

ARAGÓN Y AMÉRICA

Francisco Javier Asín

COLECCIONES
MAPFRE

1492

Las vicisitudes históricas de Aragón afectaron a la participación aragonesa en el descubrimiento, colonización, evangelización y desarrollo cultural del Nuevo Mundo. Muchos aragoneses –incluso algunos que no llegaron a salir de su patria– realizaron una enorme labor intelectual para el mejor conocimiento de la naturaleza, la historia y la cultura de aquellas tierras «de más allá de los mares». Aragoneses fueron quienes en último término apoyaron y decidieron la empresa de Colón y algunos de los más conocidos defensores de los indios. Del Reino de Aragón, tan ligado a la imprenta, salieron los que establecieron la primera imprenta bonaerense. En definitiva, puede decirse que hubo aragoneses entre los colonizadores, misioneros, navegantes, artistas, funcionarios, militares y gobernadores. Francisco Javier Asín ha realizado un magnífico trabajo al presentar por primera vez un estudio global y cronológico de las realizaciones de los aragoneses en América desde el Descubrimiento hasta nuestro siglo.

Francisco Javier Asín (Peralta - Navarra, 1946). Doctor en Historia Contemporánea. Profesor de la Universidad de Zaragoza en el Colegio Universitario de Huesca. Director de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*. Obras: *Don Alberto de Megino* (1979), *Carlismo y sociedad* (1987), con Alfonso Bullón de Mendoza *La cincomarzada* (1989).

Colección las Españas y América

ARAGÓN Y AMÉRICA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Mario Hernández Sánchez-Barba
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Francisco Asín
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-478-X
Depósito legal: M. 26312-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

FRANCISCO ASÍN
con la colaboración de
TOMÁS BUESA OLIVER Y JUAN JOSÉ ANDREU OCARIZ

ARAGÓN Y AMÉRICA



EDITORIAL
MAPFRE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
Capítulo I. LAS DIFICULTADES DE LA PARTICIPACIÓN ARAGONESA EN LA EM- PRESA DE INDIAS	11
Capítulo II. ARAGÓN EN LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO, POR <i>JUAN JOSÉ</i> <i>ANDREU OCARIZ</i>	17
Bibliografía	42
Capítulo III. ARAGÓN Y LOS DESCUBRIMIENTOS, POR <i>JUAN JOSÉ ANDREU</i> <i>OCARIZ</i>	47
Capítulo IV. ARAGONESES EN LAS INDIAS DURANTE LOS SIGLOS XV Y XVI ...	63
Navegantes, conquistadores, escritores y funcionarios aragoneses en los siglos xv y xvi	63
Eclesiásticos y misioneros aragoneses en las Indias durante los siglos xv y xvi	70
Capítulo V. EL SIGLO XVII EN ARAGÓN Y SU REPERCUSIÓN PARA LAS INDIAS	79
Capítulo VI. LA PARTICIPACIÓN ARAGONESA EN LAS INDIAS DURANTE EL SI- GLO XVII	85
Navegantes, conquistadores y funcionarios	85
Eclesiásticos aragoneses en las Indias durante el siglo xvii	102
Capítulo VII. ARAGÓN EN EL SIGLO XVIII	121
Capítulo VIII. LA PARTICIPACIÓN ARAGONESA EN EL SIGLO XVIII	127
Científicos, escritores y militares	127
Félix de Azara, por <i>Juan José Andreu Ocariz</i>	133

Marinos y militares aragoneses	148
Gobernantes y funcionarios aragoneses en las Indias durante el siglo XVIII	149
Eclesiásticos aragoneses en América y Filipinas	152
Otros eclesiásticos aragoneses: su situación y su labor en las Indias	163
Capítulo IX. ARAGÓN Y LAS INDIAS EN EL SIGLO XIX	179
Colonizadores y científicos aragoneses en las Indias durante el siglo XIX	184
Escritores y periodistas	189
Militares aragoneses en América	190
El exilio carlista en el siglo XIX	194
Títulos de Indias	195
Los eclesiásticos aragoneses en las Indias	200
Capítulo X. REPERTORIO DE LAS PRINCIPALES OBRAS Y AUTORES ARAGONESES RELACIONADOS CON EL NUEVO MUNDO ENTRE LOS SIGLOS XV Y XIX ...	205
Capítulo XI. TOPÓNIMOS DE ARAGONESES EN AMÉRICA, POR <i>TOMÁS BUESA</i> ...	227
Bibliografía	233
Capítulo XII. ARAGÓN EN EL MUNDO HISPÁNICO EN EL SIGLO XX	235
El comercio de Aragón con el mundo hispánico	240
Las relaciones culturales	242
Publicaciones americanistas en Zaragoza: 1935-1963	246
Aragoneses en América a comienzos del siglo XX	247
El exilio aragonés de 1939 y la presencia aragonesa durante el siglo XX en América	250
Bibliografía	253

APÉNDICES

ÍNDICE ONOMÁSTICO	261
ÍNDICE TOPONÍMICO	269

INTRODUCCIÓN

El propósito del presente trabajo es ofrecer una visión global de las escasamente conocidas presencia y participación aragonesas en el descubrimiento, colonización, evangelización y desarrollo cultural del Nuevo Mundo.

Es complicado sintetizar cinco siglos de historia y sabidas son las dificultades de acometer un trabajo tan tamplio cronológica y temáticamente en un momento en el que prima la especialización tanto en el tiempo como en el espacio históricos. Pero hay algo que me ha animado, quizá más que cualquier otra cosa, a realizar el estudio que aquí ofrecemos: el hecho de considerar que Aragón estaba falto de un estudio global y cronológico que destacara todo lo que los aragoneses realizaron, a lo largo del tiempo, en aquellas tierras que se descubrieron hace ahora ya cinco siglos; en el que se viera de qué forma las vicisitudes históricas de Aragón han afectado a la participación aragonesa; en el que se plasmara la enorme labor intelectual que muchos aragoneses —incluso algunos que no llegaron a salir de su patria— realizaron para el mejor conocimiento de la naturaleza, la historia y la cultura de las tierras «de más allá de los mares».

Esta empresa, singularmente atrevida por mi parte, sólo tiene la ambición de hacer que este trabajo sirva de base y estímulo para que otros historiadores mejores y más cualificados que yo la superen prontamente y encuentren en ella un asidero del que yo he carecido.

Hasta ahora la participación aragonesa sólo se ha visto reflejada en el estudio de algunos personajes y hechos aislados que no alcanzan a dar plenamente una idea de conjunto de la importancia que Aragón tuvo en la construcción del actual mundo hispánico.

Falta todavía el estudio de numerosos personajes de interés nacidos en tierras aragonesas.

Cierto que para reflejar el importante papel de Aragón en el Descubrimiento sería suficiente considerar que fueron precisamente aragoneses quienes en último término apoyaron y decidieron la empresa de Colón. Ahí están al pie de las Capitulaciones de Santa Fe las firmas del borjano Juan de Coloma y del bilbilitano Juan Ruiz de Calcena, secretario del rey don Fernando; conocidos son los esfuerzos en favor de Colón del zaragozano Juan Cabrero, camarero real, y de Gabriel Sánchez. Pero la participación aragonesa fue mucho más amplia. Los períodos posteriores ofrecen el testimonio de una relación importante entre Aragón y el mundo hispánico.

El vaciado de los repertorios bibliográficos españoles y americanos de los Palau, Vindel, Furlong, Sánchez, etc...; la búsqueda en Latasa, en los diccionarios hispanoamericanos o en los cronistas de Indias y Aragón; la lectura de las primeras historias de Indias, a veces publicadas en Zaragoza como es el caso de la que escribiera López de Gómara y publicara Agustín Millán en Zaragoza en 1552, me han supuesto a un tiempo trabajo, placer y sorpresas.

Del Reino de Aragón, tan ligado a la imprenta (no en balde en la Corona de Aragón se ubican las tres primeras ciudades que la poseyeron: Valencia, Zaragoza y Barcelona), salieron quienes establecieron la primera imprenta bonaerense.

Aragoneses fueron quienes escribieron algunas de las primeras historias de islas como las Molucas. De la misma naturaleza fueron algunos de los más conocidos defensores de los indios. Puede, en definitiva, decirse que no han faltado aragoneses entre los colonizadores, entre los navegantes, entre los artistas, entre los funcionarios, militares y gobernadores y mucho menos entre los misioneros. Todo ello quedará reflejado en las páginas de este libro para el cual hemos contado con la colaboración de los profesores don Tomás Buesa y don Juan José Andreu, que han elaborado algunos de los capítulos. Igualmente en la elaboración de fichas e índices hemos recibido la ayuda del licenciado en historia don Francisco Ceberio. Es finalmente obligado destacar la ayuda y el inestimable apoyo de quien es, sin duda, el mejor bibliófilo aragonés, don Enrique Aubá, al cual dedicamos esta obra.

Capítulo I

LAS DIFICULTADES DE LA PARTICIPACIÓN ARAGONESA EN LA EMPRESA DE INDIAS

Hablar de Aragón y las Indias es embarcarse por un mar poco conocido. Los cronistas de Indias fueron generalmente castellanos, y algunos, como el primer cronista «oficial» Antonio de Herrera, fueron asimismo cronistas de Castilla¹. Nada tiene, pues, de extraño que en sus obras destacaran y fijaran su atención en la importantísima, pero no exclusiva, participación de Castilla en el descubrimiento, conquista, y colonización de las Indias Occidentales.

Es evidente que la participación aragonesa fue cuantitativamente muy inferior a la que realizó la Corona de Castilla, aunque no es menos cierto que, cualitativamente, la aportación aragonesa fue notabilísima. Quizá Aragón no aportó a las Indias grandes masas pero sí grandes hombres.

Entre los siglos xvi y xix los aragoneses escribieron al menos dos centenares de obras sobre diversos aspectos relacionados con el Nuevo Mundo.

No faltaron aragoneses entre los conocedores del arte de la navegación como Martín Cortés, ni entre los exploradores como Jerónimo Hortal o, andando el tiempo, Félix de Azara, ni entre los amigos y protectores de los indios como Juan de Palafox y Mendoza. Incluso hemos podido detectar tempranas aportaciones de colonos aragoneses, como la que realizó en 1581, en la provincia del Espíritu Santo, el go-

¹ Existieron en los primeros tiempos cronistas cosmógrafos, siendo el primero de ellos Alonso de Santa Cruz, pero hasta 1591 no se separaron las funciones de cosmógrafo y cronista.

bernador extremeño Francisco de Cáceres². Sin embargo, es patente que, por las razones que fuera y que más tarde intentaremos desentrañar, la participación de los aragoneses, excepción hecha de los religiosos, fue proporcionalmente baja.

Diversas son las razones que se han apuntado:

- a) Exclusión legal de los aragoneses.
- b) Ser Aragón un Reino cerrado al Atlántico con una nobleza retraída y fraccionada que era en el siglo xvi la clase dirigente.
- c) Ser una región con más necesidades repobladoras que emigratorias.

Sobre el tema de la exclusión aragonesa planteada desde antiguo por Juan de Solórzano, López de Gómara, Fernando Pizarro, etc., hay ya una interesante y contundente réplica en Juan Luis López Martínez, primer Marqués de Risco³. Éste no sólo realizó diversas precisiones históricas importantes para hacer ver el papel de Aragón, sino que además comentó los diversos Fueros en los que se precisó, como el de Felipe II en 1585, en el que se afirma «que los aragoneses deben gozar de todo lo que los Castellanos gozan en las Indias». Tema que modernamente ha sido tratado por autores como don Miguel Mir con ocasión del Cuarto Centenario, Serrano Sanz a comienzos del siglo y más recientemente Demetrio Ramos, Ismael Sánchez Bella y Javier Gil Pujol⁴ entre otros.

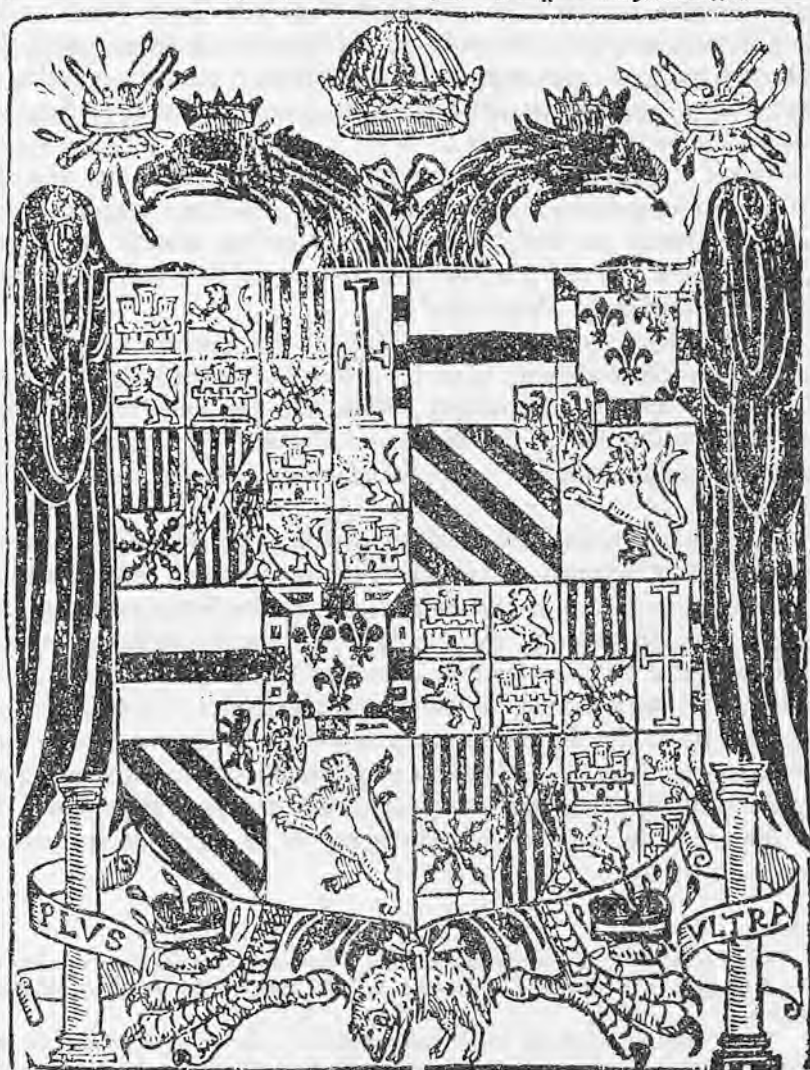
Parece evidente la incorporación accesoria de las Indias a la Corona de Castilla desde el comienzo de la conquista, la lenta incorporación posterior del Reino de Navarra y la más tardía del Reino de Aragón (1585). También es destacable la actitud de los Consejeros de

² Pueden verse los nombres y el origen de estos colonos en M.^a del C. Galvis Díaz, *Catálogo de Pasajeros a Indias, siglos xvi, xvii y xviii*, vol. VI, Archivo General de Indias, Ministerio de Cultura, Murcia, 1986.

³ J. López Martínez, *Observaciones Theo-Políticas*, Manuscrito B, Universidad de Sevilla.

⁴ M. Mir, *Influencia de los Aragoneses en el descubrimiento de América*, Palma de Mallorca, 1892. M. Serrano, *Orígenes de la Colonización Española en América*, tomo I, Madrid, 1918. D. Ramos, «La aparente exclusión de los aragoneses de las Indias: una medida de alta política de Fernando el Católico», *Estudios del Departamento de H.^a Moderna*, Zaragoza, 1976. J. Gil Pujol, «La proyección extrarregional de la clase dirigente aragonesa en el siglo xvii», en *Historia Social de la Administración Española*, Barcelona, 1980. I. Sánchez Bella, «Reserva a Aragoneses de plazas de Justicia y Gobierno en Indias (siglo xvii)», *Actas del IV Symposium de Historia de la Administración*.

¶ Con privilegio de su Alteza. 20 por diez años.



¶ Primera y segunda parte de la relación general de las Indias con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron año el año de 1541. Con la cédula de Fernando y de la nueva España. En Zaragoza. 1543.
 En la imprenta de Miguel Caputmerceder de la casa real de Zaragoza.

Indias, que primero reservaron en exclusiva y luego propiciaron la concesión de plazas en las Indias a los naturales de la Corona de Castilla. Las concesiones reales a los naturales del Reino de Aragón a partir del siglo xvii pueden interpretarse como un medio para franquearles el paso a unos puestos que, de otra forma, si no *de iure* sí *de facto* les estaban generalmente vedados ⁵.

Sobre el tema del aislacionismo aragonés en el siglo xvi, dejando aparte razones geográficas, parece cierto que la nobleza aragonesa permanecía centrada en rivalidades internas y en una mezcla de respeto hacia la institución real y recelo hacia la persona que, rodeada de castellanos, encarnaba la Monarquía ⁶.

El problema de la población afectada por guerras, epidemias y expulsiones, especialmente la de los moriscos, provocó algunas repoblaciones, y difícilmente hubiera podido soportar emigraciones similares a las realizadas en los Reinos de Castilla. Ya a finales del siglo xviii Lezaún destacaba los problemas de población del Reino de Aragón ⁷.

La suma de todos estos factores podría explicar por qué Aragón no aportó a la empresa de las Indias tantos hombres como Castilla, a la vez que explica el hecho de que, con tantos filtros entre los aragoneses que allí llegaron, sea grande la proporción de hombres destacables. Entre ellos no faltaron artesanos ni virreyes, misioneros ni militares. Es curioso que, siendo invento aragonés el virreinato, no sean más de media docena los aragoneses que llegaron a ocupar este cargo. En cualquier caso, el *vicere*x aragonés fue un invento más, que, España primero e Inglaterra después, utilizarían para el gobierno de sus dominios de ultramar, especialmente de la mano de sus misioneros.

⁵ Pueden verse al respecto las exposiciones realizadas por representantes de la Corona de Aragón en el *Memorial de Grengues* de 1776 (manuscrito), Archivo ciudad de Barcelona.

⁶ Esta situación culminará con el enfrentamiento a que dio lugar el caso de Antonio Pérez. Tras los sucesos que acabaron en las Cortes de Tarazona y bajo el virreinato del Duque de Albuquerque, parece que se observa un cierto y progresivo cambio de actitud e intereses en la clase dirigente aragonesa.

⁷ T. de Lezaún, *Estado eclesiástico y secular de las poblaciones y antiguos y actuales vecindarios del Reino de Aragón*, Zaragoza, 7 de julio de 1778 (manuscrito), Biblioteca de la Real Academia de Historia, 9/4762. Este trabajo ha sido recientemente editado por las Cortes de Aragón con una introducción de José Antonio Salas, Zaragoza, 1990.

Mucho fue, en resumen, lo que Aragón sembró en América y Filipinas en el terreno cultural —hubo más científicos y escritores que conquistadores o gobernantes— y escasa fue la compensación recibida en el aspecto material. En Aragón hay testimonios escritos del Nuevo Mundo realizados por misioneros y hombres de ciencia, pero casi no existen palacios de indianos.

Capítulo II

ARAGÓN EN LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO

Juan José Andreu Ocariz

La formación del Reino de Aragón, al igual que la de los restantes reinos peninsulares, fue una consecuencia de la invasión y conquista de España por los musulmanes. En la zona pirenaica no islamizada ni dominada de una forma efectiva por los musulmanes, fueron generándose unos núcleos de resistencia que culminaron en la formación del Reino de Pamplona, los condados aragoneses integrados posteriormente en el Reino de Aragón, y los condados catalanes bajo la hegemonía de los condes de Barcelona.

En lo que respecta a Aragón, circunscrito en principio a las montañas pirenaicas, una serie de factores se conjugaron para producir una rápida expansión: la quiebra del poder militar del Islam tras la muerte de Almanzor, la subsiguiente desmembración del califato en unos reinos de taifas, el aumento de los ingresos en las arcas reales como consecuencia del incremento comercial en las rutas pirenaicas, y, posteriormente, la valiosa ayuda militar de los cruzados franceses. Todos estos hechos iban a permitir un proceso expansionista que en breve tiempo multiplicaría la extensión territorial de Aragón: a la conquista del somontano oscense siguió la del valle del Ebro y sus afluentes. Ello convirtió al antaño minúsculo Reino aragonés en un ente político de consideración. Las concesiones de tierra a la Iglesia y a los nobles que habían participado en la conquista de los nuevos territorios incrementaron el poder económico y político de una nobleza territorial que iba a desempeñar un importante protagonismo en el futuro político del Reino.

La unión con Cataluña reforzó el poderío de los monarcas aragoneses, plasmado en importantes avances territoriales: reconquista de los

territorios que establecería definitivamente los límites de Aragón y Cataluña, y conquista de las Baleares y Valencia, integrados como reinos en la ya extensa y poderosa Corona de Aragón.

A los territorios hispanos unieron los monarcas aragoneses posesiones transpirenaicas en el sur de Francia y, a partir del reinado de Pedro III, iniciador de un proceso de expansión mediterránea, Sicilia, Cerdeña y Nápoles.

La cuestión sucesoria planteada con la muerte de Martín I, a comienzos del siglo xv, se resolvió mediante el Compromiso de Caspe, original procedimiento de sensatez política, que tuvo consecuencias de trascendental importancia para el futuro: la entronización de la dinastía Trastámara, a la sazón reinante en Castilla, lo cual colocaba bajo el dominio de una misma familia a dos de los reinos peninsulares más poderosos. Las circunstancias políticas de Castilla durante el reinado de Enrique IV, el enfrentamiento de Juan II con los rebeldes de Cataluña, el matrimonio del príncipe Fernando con la hermana del monarca castellano, dieron lugar al primer acontecimiento histórico esencial de la España moderna: la unión de las Coronas de Castilla y Aragón en las personas de sus respectivos monarcas, que puso las bases de la posterior unificación de la nación española, e hicieron posibles los acontecimientos históricos trascendentales que en breve iban a sucederse, entre los que destaca como estelar el descubrimiento, y la subsiguiente colonización de América, que ha dado a lo español dimensiones universales.

El matrimonio de Fernando e Isabel significó la unión personal de dos coronas, pero no la de sus reinos, ni mucho menos una homogeneización de sus estructuras, muy distintas en los aspectos económico, social y político.

Aragón era un reino con baja densidad de población, unos cinco habitantes por kilómetro cuadrado, tomando como base el censo de población ordenado por las Cortes de Tarazona en 1495, que arroja un total de 51.540 hogares, lo cual supondría, redondeando cifras, unos 250.000 habitantes aproximadamente. Los indicios apuntan a que en esta época se encontraba en una fase de crecimiento demográfico: el apeo ordenado por las Cortes de Valderrobles en 1429 dio 42.683 hogares, es decir, se produjo un aumento aproximado de un 20 % de la población en los 65 años que mediaron entre ambas fechas, pese a las consecuencias negativas de la peste de 1488.

Existía un desequilibrio en el reparto de la población, predominando el hábitat disperso en las zonas montañosas, especialmente en la pirenaica, y el hábitat concentrado en el valle del Ebro y en los somontanos. Llama la atención el gran número de concejos existentes, 1.471, integrados en las tradicionales 12 *sobrecollidas*: Ainsa, Alcañiz, Barbastro, Calatayud, Daroca, Huesca, Jaca, Montalbán, Ribagorza, Tarazona, Teruel y Zaragoza. De estos municipios, el 94 %, con una población inferior a 100 hogares, representaba el 58 % de la población. Solamente dos ciudades superaban los 1.000 hogares: Zaragoza, con 3.986, y Calatayud, con 1.027, y tres, Huesca, Tarazona y Alcañiz, los 500. Se trataba de una distribución demográfica esencialmente rural, con pequeños núcleos que, actuando como cabeceras, debieron cumplir la función de organizar el mercado de sus respectivas comarcas.

La estructura demográfica era consecuencia de la económica: agricultura y ganadería, en parte trashumante, constituían las actividades fundamentales del reino. La agricultura era de autoabastecimiento, con excedentes de cereales y azafrán destinados para la exportación. La ganadería era importante, estando las cabañas sujetas a una organización gremial, bajo agrupaciones locales o regionales, como las Casas de Ganaderos de Zaragoza, Ejea y Tauste, la Cofradía de pastores de Letux, la muestra de Albarracín y los ligallos de Calatayud, Teruel, etc., a diferencia de Castilla, donde la Mesta agrupaba a todos los ganaderos del Reino.

Los productos derivados de la ganadería, especialmente la lana, constituían, junto con los dos agrícolas mencionados, el capítulo fundamental de las exportaciones aragonesas. Dentro de las rutas comerciales, el río Ebro tenía suma importancia: el transporte de productos de gran volumen con relación a su peso, cereales y lana principalmente, que eran los de mayor cotización potencial, resultaba más ágil y rentable que por el transporte terrestre. Varios puertos fluviales (Zaragoza, Gelsa, Sástago, Escatrón, Chiprana, Caspe, Mequinenza) jalaban esta ruta, cuyo puerto terminal era Tortosa, desde donde la lana se exportaba a Italia.

Fueron importantes las exportaciones de cereales a Cataluña. Las realizadas a Valencia estuvieron centradas en productos agropecuarios y en la importación de sedas. Las relaciones comerciales con Castilla no resultaron tan importantes como con otras zonas, dada la coincidencia de los excedentes aragoneses con los castellanos. No obstante,

se importaron algunos productos de mejor calidad que los producidos en Aragón. Los intercambios con países extranjeros se circunscribieron a las exportaciones de productos agropecuarios y las importaciones de productos manufacturados.

No existía una actividad industrial importante, centrándose la mercantil, en buena parte, en la comercialización de los productos agropecuarios. El comercio interior, exceptuando los cereales y otros productos alimenticios, era de escaso volumen. Se trataba, en definitiva, de una estructura con predominio del autoabastecimiento y una acusada falta de articulación económica.

La coyuntura era favorable al desarrollo económico en todo el occidente europeo que, tras la fuerte depresión de la segunda mitad del siglo xiv y la primera mitad del xv, comenzaba a recuperarse, viéndose facilitada la política económica de los Reyes Católicos por esta primera fase de la recuperación. La incidencia de la coyuntura en los distintos reinos que gobernaban ambos monarcas iba a depender en principio de la capacidad de sus estructuras para aprovecharla, y en este aspecto las perspectivas en Aragón no eran muy halagüeñas, lo cual no resulta sorprendente si analizamos las estructuras sociales del Reino.

Existían varios grupos sociales claramente diferenciados. El más poderoso estaba constituido por los grandes terratenientes, pertenecientes a la alta nobleza y al alto clero, propietarios de extensos latifundios, de quienes los habitaban, de los medios de producción y, en determinados casos, de los servicios. Su número era reducido, pero su poder decisivo.

Los derechos jurisdiccionales de los señores aragoneses sobre sus vasallos diferían en los señoríos laicos y en los eclesiásticos. En los primeros existía la absoluta potestad, teniendo los señores derecho de vida o muerte sobre sus vasallos, derecho reconocido en los Fueros del Reino, mientras que en los eclesiásticos los Fueros prohibían a los señores ser jueces, y sus derechos jurisdiccionales consistían en el nombramiento y destitución local y de los oficiales de su corte, en la aprobación o derogación de los estatutos civiles y criminales, y en la participación en las penas forales y en las obtenidas por delitos de sangre, entre otros.

Además de la propiedad de la tierra, tenían la de los molinos, hornos, bienes comunales, barca donde existiese, etc. Los campesinos quedaban obligados a pagar la utilización de estos servicios y al cum-

plimiento de las condiciones que estableciesen los señores, quienes gozaban además de ciertas prerrogativas sobre el comercio y la venta de los productos, así como de otra serie de derechos que aumentaban la servidumbre de sus vasallos.

A los derechos jurisdiccionales se añadían los que les permitían un dominio total sobre los municipios, ejercido a través de determinados mecanismos de control: aprobación o derogación de las ordenaciones, la insaculación, la toma de juramento a los extractos, la exclusión de ejercer cargo alguno de quienes no contasen con el beneplácito del señor, la presencia en ocasiones de un representante en las sesiones municipales, etc. También en este aspecto existían diferencias entre los señoríos laicos, en los que el dominio ejercido a través de la insaculación y otros medios era absoluto, y en los eclesiásticos, pero la característica común a ambos era la existencia de prerrogativas tendentes al fin mencionado: el control total de los municipios.

Gozaban, además, tanto los señores laicos como los eclesiásticos, del derecho de inmunidad territorial en sus dominios, lo cual les colocaba en una posición especialmente privilegiada con respecto al rey.

Se trataba de una clase social cuya posición quedaba definida por la riqueza que sus latifundios le proporcionaban, los derechos sobre sus vasallos, el control de los municipios y su autonomía jurídica ante los monarcas. Todo ello la convertía en una clase privilegiada que detentaba buena parte de la riqueza del Reino y su control político. Poseía todos los privilegios estamentales de la nobleza de la Europa Occidental, junto a otros que le proporcionaban, con respecto a ésta, particularidad y anacronismo: el derecho de vida y muerte sobre sus vasallos y la inmunidad territorial. Divididos a veces por luchas internas, aunque no tuviesen la importancia ni las consecuencias de las acaecidas en el vecino Reino de Castilla, solían unirse en defensa de sus intereses estamentales.

La alta nobleza aragonesa representaba, tanto en el orden social como en el político, un pasado sin vigencia en los países de Europa Occidental, donde la abolición de la servidumbre de la gleba era o iba a ser en breve un hecho, salvo en Francia, y donde el robustecimiento del poder real y subsiguiente control de la antaño díscola nobleza medieval era asimismo una realidad en sus tres países más poderosos: Francia, Inglaterra y la propia España, en virtud de la política llevada a cabo por Luis XI, Enrique VII y los Reyes Católicos, respectivamen-

te, situación que sus sucesores iban a continuar. Los privilegios que la alta nobleza aragonesa conservaba y defendía, estaban más acordes con los de la nobleza de la Europa Central y Oriental que con los de la Occidental, la cual constituía su entorno geográfico en el que forzosamente tenían que jugar su papel social y político. Insensible a los cambios que en él estaban produciéndose, esgrimió siempre sus Fueros, es decir, los privilegios que en el pasado había arrancado a la monarquía, como argumento justificativo para el mantenimiento de sus prerrogativas.

La división administrativa de la Iglesia en Aragón no coincidía con la civil, existiendo obispados aragoneses que incluían territorios que no lo eran, y obispados foráneos que incluían territorios aragoneses.

El patrimonio de la Iglesia en Aragón, acumulado durante siglos, era importante: las extensas donaciones de tierras realizadas por los monarcas al clero secular y a las órdenes religiosas en los territorios conquistados a los musulmanes, las donaciones efectuadas por muchos fieles, la indivisibilidad de los bienes eclesiásticos, la oposición a su venta, y los ingresos eclesiásticos crearon gran riqueza. Dentro de este proceso acumulativo, los beneficios constituían un importante medio de traspaso de propiedades laicas a eclesiásticas.

Obispados, dignidades, Cabildos, órdenes monásticas y órdenes militares poseían derechos señoriales en muchas partes del Reino, que proporcionaban a sus titulares cuantiosos ingresos económicos. A esto hay que añadir los legados píos, derivados de la costumbre de algunos fieles de dejar, generalmente después de su muerte, sus bienes o parte de los mismos a obras piadosas, tales como cubrir las necesidades materiales de alguna iglesia, celebración de misas por el alma del fundador, u obras sociales, como el socorro de pobres y el casamiento de huérfanas. En estos casos, las iglesias donde se fundaban no se beneficiaban de ellos, siendo su misión velar por el cumplimiento de la voluntad del fundador. Otra forma generalizada de donación consistía en cargarla en censales, préstamos de los que se sacaba un determinado interés. A ello se unían las remuneraciones obtenidas por bodas, bautizos y entierros, cuyas tarifas variaban en los distintos lugares del Reino, y las limosnas.

Los ingresos económicos de la Iglesia tenían destinos diferentes según su naturaleza y las instituciones beneficiarias de los mismos, re-

virtiendo una parte de ellos en la comunidad de los fieles mediante las limosnas.

El reparto de estos bienes entre los miembros del clero era muy desigual: el alto clero percibía rentas considerables, aunque con diferencias en su cuantía, mientras que las del bajo clero eran mucho menos sustanciosas, existiendo asimismo diferencias profundas, que iban desde quienes podían vivir con holgura hasta casos de penuria.

La iglesia aragonesa de fines del siglo xv, heredera de la medieval, estaba aquejada de sus problemas, comunes a toda la Cristiandad: absentismo, nepotismo y baja calidad moral de algunos clérigos. Por supuesto, no puede generalizarse, y aunque las investigaciones en este campo no están suficientemente desarrolladas, hay que suponer que estos defectos no debieron de ser comunes a todo el clero, y que, al igual que en el resto de Europa, debió de existir en Aragón un sector exento de ellos, de alta calidad moral, deseoso de una reforma que purificase a la Iglesia de los defectos existentes en su seno.

Juan II inició en 1460 una política nepotista tendente al control de la Iglesia por el poder político, que fue continuada por Fernando el Católico, y tuvo su efectividad en la sede más importante, el Arzobispado de Zaragoza, regido durante 117 años por miembros de la Casa Real.

Entre los dos polos estamentales de la sociedad aragonesa había otro intermedio, de composición muy heterogénea y con profundas diferencias económicas y sociales, pero con una característica común: la de ser hombres libres regidos por la norma común, los Fueros, que les reconocían una serie de derechos y garantizaban los medios para su cumplimiento.

Las libertades y privilegios que los Fueros otorgaban a este conglomerado social suponían auténticos avances legislativos en aquella época: ningún juez podía proceder en secreto contra nadie; quienes hubiesen cometido un delito debían ser llevados inmediatamente después de su detención a cárceles públicas, estando prohibida su custodia en cárceles privadas y la aplicación de tormento, salvo para los falsificadores de moneda.

Los monarcas no tenían facultad de imponer nuevos tributos sin el consentimiento expreso de las Cortes del Reino, las cuales también habían de autorizarles la alteración de la moneda. Nadie podía ser obligado a admitir en su domicilio personas extrañas. Existía el dere-

cho de defender estos derechos y libertades incluso con el empleo de la fuerza.

Las prerrogativas que los Fueros concedían a los hombres libres quedaban garantizadas mediante la jurisfirma, que podían solicitar en la Corte del Justicia, y el Privilegio de la Manifestación, en el que podían ampararse cuando viesan amenazadas sus personas, derechos o intereses. A partir de este momento quedaban bajo la protección del Justicia, cuya actuación el monarca no tenía facultad para impedir y que garantizaba la estricta aplicación de los Fueros.

La élite de este grupo estaba formada por mercaderes importantes, labradores ricos, infanzones, hidalgos y miembros de las profesiones liberales (letrados, notarios, médicos), integrando los escalones inferiores pequeños propietarios agrícolas, artesanos, jornaleros, etc. Su denominador común, provenía más que de una identidad de clase o de una coherencia interna de su diferenciación respecto a nobleza y clero y de los vasallos, puesto que no estaban sometidos a ninguna jurisdicción especial.

Esta élite detentaba el monopolio y control de los cargos más importantes de sus respectivos municipios, y en calidad de representante de los mismos estaba presente en los órganos de Gobierno del Reino. Constituía uno de los cuatro brazos de las Cortes, y nombraba dos de los ocho diputados elegidos anualmente.

En dicho grupo social estaban encuadrados los comerciantes. El creciente protagonismo económico y político que estaba adquiriendo en todo el occidente europeo tuvo su reflejo en Aragón, aunque en este Reino su debilidad iba a hacer irremediable la continuación del papel dirigente de la alta nobleza en el futuro, pues la economía de autoabastecimiento imperante imposibilitó el desarrollo de una actividad mercantil importante, actividad que se centró principalmente en Zaragoza, debido a su situación geográfica, que la convertía en paso obligado de las vías de transporte, y a que era el núcleo urbano más importante del Reino, su capital y principal centro administrativo. Fue, en consecuencia, punto de concentración del capital mercantil, y residencia de los mercaderes más importantes, la mayoría de ellos pertenecientes en esta época a familias judeoconversas.

Dadas las estructuras económicas y sociales de Aragón, el capital vivía en simbiosis con el feudalismo: la apropiación de los excedentes agrarios campesinos por parte de la nobleza y la Iglesia pasó, a través

de los arrendamientos a manos de los mercaderes, que mediante una cantidad monetaria se encargaban de recaudar las rentas, inhibiéndose los señores del proceso de producción. Ello colocaba en manos de los mercaderes una suma de productos agrarios que después comercializaban.

El Consejo de Zaragoza, principal centro consumidor del Reino, practicó una política económica proteccionista plasmada en la tendencia a prohibir la entrada de productos que su propia producción agrícola era capaz de suministrar, privando así a los señores y villas del principal mercado de consumo a la hora de sacar salida a sus productos. Durante el siglo xv la exportación de trigo encontró siempre obstáculos a través de sucesivas *cridas*: el 15 de enero de 1440 se prohibió transportar trigo en barcos u otros medios de navegación por el Ebro abajo sin licencia de los jurados, y el 19 de agosto de 1447 se dictó una disposición prohibiendo comprar trigo en cualquier parte del Reino para revenderlo o comercializarlo, permitiendo que se adquiriese sólo para provisión propia y ordenando que si la cantidad pasaba de veinte cahíces se comunicasen a los jurados, en nombre del vendedor, las unidades de peso y el precio por cahíz.

Dadas las dificultades con que tropezaban los mercaderes para comercializar el trigo, resulta lógico que buscasen en los arrendamientos de las rentas señoriales y eclesiásticas el principal medio de aprovisionamiento para su posterior comercialización: así tenían almacenamiento gratuito, por cesión de los almacenes del señor, y la posibilidad de disponer libremente del producto sin llevarlo a Zaragoza ni quedar supeitados a las *cridas* de su Concejo.

Durante los siglos xiv y xv se dio en Aragón la circunstancia de que fuerzas extrañas al mismo dirigían en buena parte la producción y organizaban el comercio: empresas italianas en el siglo xiv y catalanas en el xv. No obstante, esta situación iba a cambiar en el siglo xvi en beneficio de los mercaderes locales.

A finales del siglo xv los más importantes mercaderes del Reino pertenecían a familias judeoconversas: Pedro de La Caballería, Juan de Pero Sánchez, Jaime Sánchez de Calatayud, Domingo Aznar, Pere Vilaraga, etc., pero su ocaso estaba próximo, acusándose una falta de continuidad familiar en la centuria siguiente. Ello fue debido a la recesión económica de Cataluña y a la implantación del nuevo Tribunal de la Inquisición, que trituroó a buena parte de estas familias y provocó

la huida parcial de capitales, con el consiguiente deterioro de la actividad financiera y comercial.

Aunque los mercaderes no participaban en las industrias, podían influir en ellas a través del poder que ejercían en los municipios, pues las reglamentaciones del trabajo de los gremios estaban controladas por los jurados, quienes daban licencias para ejercer oficios por excepción, sin sujetarse a las reglas del gremio, favoreciendo a estos artesanos con el fin de poder contratar su aprovisionamiento y venta de productos e incluso su fuerza de trabajo. Esto permitió al capital mercantil poder beneficiarse de cualquiera de las actividades desarrolladas por personas no sujetas a las reglamentaciones gremiales.

La base de la pirámide social la constituían los vasallos, que carecían total o parcialmente de tierras propias, debiendo trabajar las señoriales. Muchos de ellos, los de señores laicos, estaban privados de las libertades y privilegios que los Fueros reconocían a los miembros del tercer estamento, viéndose sometidos al duro régimen señorial, que se concretaba en unas relaciones de dependencia que recortaban e incluso eliminaban la libertad del vasallo y le sometían a una serie de servidumbres económicas derivadas de la explotación forzosa de las propiedades señoriales.

El pago de la renta en especie les obligaba a desprenderse de una buena parte de la cosecha, variable según los señoríos; el usufructo de los bienes comunales les suponía una nueva carga, a lo que se unían las exacciones concejiles, eclesiásticas y reales, que recortaban su potencial económico y hacían más difícil su situación.

Con la población cristiana convivieron en Aragón dos comunidades religiosas: la judía y la musulmana. La comunidad judía debió de ser en tiempos anteriores bastante importante, según parece desprenderse de las numerosas sinagogas esparcidas por múltiples lugares del Reino, y del hecho de que el barrio judío de Zaragoza, donde radicaba su núcleo principal, ocupase una extensión superficial equivalente a casi un tercio de la ciudad.

Sin embargo, su número decreció de forma muy considerable a lo largo del siglo xv por las conversiones al cristianismo, muy acusadas entre los sectores económicos más fuertes. Fue precisamente el año en que se produjo el Descubrimiento de América cuando los Reyes Católicos ordenaron la expulsión de los judíos de todos sus reinos, con prohibición taxativa de regresar, con lo cual se eliminó en el futuro a

un grupo que había sido uno de los elementos constitutivos de la sociedad hispánica a lo largo de toda la Edad Media, con una fuerte influencia en los sectores financiero, comercial e industrial.

No obstante, los judíos no desaparecieron biológicamente de España: quedaron los que se habían convertido al cristianismo, cuyo número es muy difícil de precisar, pero que según todos los indicios fue muy elevado. Al convertirse al cristianismo pasaban a ser miembros de pleno derecho de la comunidad cristiana, desapareciendo todas las trabas y discriminaciones que habían padecido mientras practicaban la religión judía. Su demostrada capacidad para los negocios y profesiones liberales pronto colocó a muchos de ellos en situaciones privilegiadas en todos los reinos peninsulares, y de un modo especial en Aragón.

Fueron frecuentes los enlaces matrimoniales de los conversos con miembros de la alta y baja nobleza, de la alta y baja burguesía. En Aragón llegaron a entroncar con la Casa Real y a poseer señoríos, controlando buena parte de las finanzas, el comercio y las actividades industriales, así como los puestos clave de la administración del Reino.

La situación de los conversos iba a tornarse difícil durante el reinado de los Reyes Católicos: las prácticas secretas de ritos de la ley mosaica por parte de muchos conversos exacerbaron los ánimos de los sectores más radicales del clero y de la comunidad de cristianos viejos, uniéndose a ello motivaciones económicas, sociales y políticas; en Castilla, fray Alonso de la Espina encabezó un movimiento que culminó con la implantación del Tribunal de la Inquisición, mucho más duro que los tribunales del mismo tipo existentes hasta entonces, y cuya actuación se extendió, sin excepción, a todos los lugares de todos los reinos peninsulares, incluidos los dominios señoriales.

La implantación de la Inquisición tuvo repercusiones graves en Aragón; por su origen y procedimiento era opuesto a los Fueros del Reino, ya que dependía de una autoridad castellana que nombraba a sus representantes sin tener en cuenta su origen, mientras los Fueros establecían que todos los oficios del Reino debían ser desempeñados por aragoneses. Los procesos incoados en Aragón no debían salir del Reino, norma que la Inquisición no cumplió. Contraviniendo los procedimientos judiciales aragoneses, actuaba en secreto: acusados, testigos, e inclusive el motivo de la denuncia permanecían ignorados por el reo, encarcelado sin conocer la acusación de que era objeto, lo cual transgredía toda la normativa que regulaba el sistema judicial aragonés.

El tormento y la confiscación de bienes, procedimientos básicos de la Inquisición, estaban prohibidos en Aragón por el Privilegio General. Mientras aquí el presunto delincuente era inocente hasta que se demostrase su delito, para la Inquisición era culpable hasta que se probase su inocencia.

Partía la Inquisición de un concepto de justicia distinto del aragonés, y desde su implantación entró en constante conflicto con la normativa foral, en la que, lejos de adaptarse, actuó como elemento disolvente. Como poder ajeno al Reino, la Inquisición escapaba totalmente al control de sus autoridades. Además, amplió las competencias de su jurisdicción, y a la herejía se añadieron inmoralidad, bigamia, sodomía, blasfemia, usura, magia, brujería, etc. Con competencias nunca bien delimitadas, intervino en múltiples campos de la vida del Reino, basándose en la complejidad de sus poderes, emanados de la autoridad espiritual y temporal que la respaldaba, sin que ninguna fuerza pudiese oponérsele de un modo eficaz.

Sin embargo, la Inquisición no se implantó en Aragón mediante un acto unilateral autorizado por el Monarca, sino en el marco solemne de unas Cortes, las de Tarazona, convocadas el 15 de enero de 1484, en las que, el 12 de febrero, expuso el rey la causa de la convocatoria. El 14 de abril, en una reunión de tres miembros de la Inquisición de Castilla, el inquisidor general fray Tomás de Torquemada, los juristas Alonso Carrillo, obispo de Mazara (Sicilia) y Felipe Ponce de Valencia con el representante del Monarca, Alfonso de La Caballería, Vicecanciller de Aragón, en quien se daba la circunstancia de pertenecer a la más importante familia judeoconversa aragonesa, y los doctos en Leyes Andrés Sort y Martín Gómez de la Pertusa, se obtuvo el acuerdo final, y tres semanas más tarde, el 4 de mayo, Torquemada dejó constituido el primer Tribunal de la Inquisición aragonesa: Pedro de Arbués, natural de Épila, canónigo de la Seo de Zaragoza, y el dominico Gaspar Juglar de Benabarre como co-inquisidores; el canónigo de Calahorra, Rodrigo Sánchez de Zuazo, como fiscal; Pedro Jordán y Juan de Anchías como secretarios; Juan de Egea como receptor de las confiscaciones; Diego López de Calatayud como alguacil; Ramón Mur como abogado, y Martín de La Raga como asesor.

El 7 de mayo el Monarca promulgó una orden por la cual todas las autoridades de Aragón debían ayudar a la Inquisición, so pena de incurrir en la real ira y multa de 10.000 florines de oro. El 19 de sep-

tiembre, en La Seo, los oficiales y diputados del Reino y señores temporales prestaron juramento solemne de favorecer al Tribunal de la Inquisición. Prestaron dicho juramento el justicia Juan de Lanuza, su lugarteniente Tristán de Laporta, el zalmedina Miguel Molón, el diputado del Reino Martín de La Raga, Micer Pedro Francés, Juan Fatás, los jurados Juan Calvo de Torla y Gil de Gracia, el regente de la Cancillería Real Juan de Algás, el maestre racional Sancho Paternoy, el merino de Zaragoza Juan de Embún, y pocos días después el gobernador general Juan Fernández de Heredia, su consejero Francisco de Santa Fe, su alguacil Juan de Burgos, el señor de la baronía de Gurrea, Lope de Gurrea y otros.

No cabe, por tanto, achacar exclusivamente al Monarca la responsabilidad de la implantación en Aragón de un Tribunal que por su propia esencia era extraño al Reino y estaba en abierta oposición a sus leyes. Dicha implantación se efectuó mediante exposición a su organismo político supremo, las Cortes, y las personalidades más importantes de los organismos políticos y los sectores sociales más representativos prestaron juramento solemne de apoyar su actuación. No cabe alegar ignorancia sobre los procedimientos de la Inquisición y la forma en que vulneraban la normativa legal existente, pues el Tribunal llevaba ya varios años actuando en Castilla y era perfectamente conocido, ni indefensión ante el poder del Monarca, que jurídicamente nada podía hacer sin el consentimiento de las Cortes, y menos en lo referente a la implantación de este Tribunal, que por su propia naturaleza no podía funcionar sin el apoyo institucional de los organismos y personas competentes del Reino, de modo que puede afirmarse que las clases dirigentes y los organismos que controlaban se doblegaron ante la petición real y la apoyaron, conociendo las consecuencias que iba a tener.

No obstante, este doblegamiento no fue unánime, y la oposición no tardó en dejarse sentir: el 23 de mayo de 1484 la ciudad de Teruel se negó a permitir la entrada a los inquisidores y envió una airada protesta a la Diputación General del Reino, que intentó apaciguar los ánimos. Los inquisidores, por su parte, trataron de crear en su favor intereses, prometiendo a los cristianos viejos perdonarles las deudas y censos que tuviesen con los judeoconvertos turolenses que resultasen convictos de herejía. Asimismo promulgaron un decreto confiscando para la Corona todos los cargos públicos de Teruel, declarando a quienes los ostentaban incapacitados para desempeñarlos, medida que el

Monarca refrendó suspendiendo sus sueldos, y urgieron al Rey a emplear la fuerza contra la ciudad, sugerencia que también aceptó, y, sentando un grave precedente, ordenó por una *Executoria* de 5 de febrero de 1485 a todos los funcionarios y nobles de Aragón reunir tropas de infantería y caballería y ponerlas a disposición de los inquisidores para invadir Teruel. Ello suponía un grave contrafuero, pero Teruel no recibió ayuda del resto del Reino, por lo cual tuvo que resignarse finalmente a admitir a los inquisidores, haciendo constar que lo hacía por miedo, obediencia y reverencia.

Los acontecimientos más graves se produjeron en Zaragoza, donde los autos de fe comenzaron muy pronto. Las protestas fueron en principio pacíficas, enviándose una embajada al Monarca para denunciar las vulneraciones, la ley que las actuaciones inquisitoriales suponían, y manifestar que no se oponían a una inquisición contra los herejes, siempre que actuase rectamente y sin infringir los Fueros y las libertades del Reino, indicando que las conversiones religiosas se conseguían mejor con la persuasión que con la fuerza. Apuntaban que si se eliminaban las confiscaciones de bienes, la Inquisición no tardaría en desaparecer. La respuesta por parte del Monarca fue una negativa rotunda y amenazas.

Fracasadas las negociaciones, se pasó a la acción violenta: el inquisidor Gaspar Juglar fue envenenado en Lérida, atribuyéndose el hecho a los judíos. A fines de 1484 se tramó en Zaragoza una conjuración secreta en la que estuvieron implicadas importantes personalidades, tanto judeoconversos, como cristianos viejos, cuyo objetivo era asesinar al inquisidor Pedro de Arbués y sucesivamente a quienes le sucediesen en el cargo. Los conjurados eran alrededor de unos treinta, y al menos 15 de ellos proporcionaron dinero para pagar a los asesinos.

Pese a la forma secreta en que se efectuó, el Rey tuvo noticia de la conjuración y los indicios fueron claros al sufrir Pedro de Arbués cuatro atentados frustrados. Finalmente, el 14 de septiembre de 1485 fue asesinado en la catedral de La Seo. Este asesinato causó gran conmoción en el pueblo zaragozano, que se lanzó a la calle pidiendo la muerte de los conversos. La situación adquirió tal gravedad que el arzobispo de Zaragoza y virrey de Aragón, hijo natural de Fernando el Católico, tuvo que recorrer a caballo la ciudad, acompañado de altas personalidades, para apaciguar los ánimos, convocándose con carácter

urgente una asamblea que facultó a todos los funcionarios eclesiásticos y civiles para que procediesen con el máximo rigor contra los responsables del asesinato sin atenerse a los Fueros y costumbres del Reino. Se llegó incluso a la amenaza de invasión de Navarra, donde se habían refugiado algunos.

Iniciadas las investigaciones, se comprobó que los autores materiales del hecho, personas de escasa importancia, sólo habían sido los meros ejecutores, pero que estaban respaldados por personas de mucho más relieve. Resultaron implicados Alfonso de La Caballería, vicescanciller de Aragón, y su hermano Felipe, el maestre racional Sancho Paternoy, Jaime de Montesa, abogado de la Diputación General, Gabriel Sánchez, tesorero de los Reyes Católicos, el abad de San Juan de la Peña, el notario Juan Fatás, tres destacados miembros de la nobleza aragonesa: Pedro Jordán de Urriés, señor de Ayerbe, Blasco de Aragón, señor de Sástago, y Lope Ximénez de Urrea, señor de Biota, etc. En los tres años siguientes tuvieron lugar en Zaragoza 31 autos de fe, con un total de 64 ejecuciones, buena parte de ellas por implicaciones en la muerte de Pedro de Arbués, con la particularidad de que ninguno de los grandes señores cortesanos o altos cargos fue ejecutado ni sufrió grandes penas, a excepción de Sancho Paternoy, quien fue torturado y condenado a cadena perpetua. La represión se centró en judeoconvertos de clase media y en la destrucción sistemática de poderosas familias también judeoconversas, como La Caballería, Santángel y Sánchez.

El Monarca premió los servicios de la Inquisición cediéndole como sede el palacio real de la Aljafería y confiriéndole abundantes privilegios. La actividad del Tribunal se intensificó y el asesinato de Pedro de Arbués produjo el efecto contrario al deseado por quienes lo tramaron: la consolidación de la Inquisición en Aragón, con consecuencias de suma importancia para el futuro: la ruptura de la legalidad foral y la posesión por los monarcas de su más poderoso medio para el control político del Reino, utilizándolo posteriormente con cualquier pretexto al servicio de los intereses reales, si bien dicha implantación y consolidación no hubiesen sido posibles sin la complicidad y el apoyo de los institucionales del Reino.

No obstante, la Inquisición siguió siendo impopular en Aragón: en las Cortes celebradas durante el siglo siguiente fueron constantes las denuncias y protestas contra los abusos inquisitoriales, pero esa cons-

tante reiteración demuestra su inutilidad frente a un poder que estaba por encima de la normativa legal vigente.

Otro grupo social numeroso era el musulmán, descendiente de los que, al producirse la Reconquista, habían aceptado el dominio cristiano y permanecido en el Reino. Su distribución demográfica fundamentalmente rural, y su dominio de las técnicas agrícolas lo convertían en un sector productivo de gran importancia dentro de la economía aragonesa. En algunas poblaciones rurales los musulmanes constituían la mayoría. También vivían en núcleos urbanos, barrios propios, dedicados generalmente a oficios artesanales y al pequeño comercio. La comunidad musulmana de Zaragoza se regía por unas ordenaciones aprobadas por Juan II en 1463, que le proporcionaban una situación autónoma respecto a la cristiana, rigiéndose por la normativa del Corán y de la Sunna, además de la foral y las disposiciones reales; su merino era el representante del Monarca. Tenían su propia administración, para la cual nombraban dos adelantados (regidores), un clavario, que hacía las funciones de tesorero, y seis consejeros, además de un juez musulmán nombrado por el Monarca; otros funcionarios menores desempeñaban cometidos policiales y fiscales, contando en los asuntos jurídicos con profesionales cristianos. Aunque su situación era mejor que la de los mudéjares castellanos, la actitud de la Corona se fue endureciendo, prohibiendo Martín I las manifestaciones públicas de religiosidad islámica.

A las estructuras económicas y sociales medievales correspondía en Aragón una similar estructura política: el poder se hallaba fragmentado en compartimentos estancos, que formaban células autónomas en la dirección de los asuntos, tales como los señoríos y, en menor medida, los concejos de realengo, en los que el señor o el concejo eran soberanos en los límites de su jurisdicción.

Los concejos eran dueños de sus propios destinos, con plenos derechos reconocidos por los Fueros, pudiendo defenderse incluso con las armas en caso de ser amenazados. En los asuntos económicos, gozaban de una amplia capacidad de gestión, y disponían libremente de sus recursos: era de su exclusiva competencia la explotación de los bienes comunales, incluido todo lo referente a pastos, leña, caza y pesca; dirigían las roturaciones de regadíos, e impulsaban el cultivo de determinados productos; tenían el control de las importaciones y exportaciones de cereales, ejerciendo un fuerte proteccionismo en materia co-

mercial cuando la producción del municipio se hallaba amenazada por la competencia exterior. Existía una clara tendencia al autoabastecimiento, para lo cual se dedicaban a producir en el término municipal todo lo necesario. Algo similar ocurría con la industria artesanal: los núcleos urbanos, que producían excedentes de determinados artículos procuraban diversificar la producción, bien atrayendo a artesanos de cuyos productos se carecía, o bien favoreciendo a los propios cuando la competencia lo requería.

Detentaban asimismo los concejos la propiedad de determinados servicios, como panaderías, carnicerías y botigas, que administraban o arrendaban al mejor postor o a quien se comprometiese con unas condiciones previamente establecidas, a vender los productos al más bajo precio.

Eran competencia del concejo la jurisdicción civil y criminal sobre los habitantes de su término y el mantenimiento del orden público, pudiendo tomar en defensa del mismo las medidas que considerase pertinentes para garantizar la seguridad ciudadana. Incluso tenía el poder de suspender los derechos forales de sus habitantes en circunstancias excepcionales en que resultaba imposible hacer frente a la oleada de violencia por los procedimientos ordinarios. En estos casos las autoridades municipales proclamaban el *desaforamiento*, que dejaba en suspenso determinadas garantías forales, procedimiento por el que la justicia, regida por normas excepcionales recogidas en los estatutos de desaforamiento, vigentes durante un tiempo fijado previamente por las autoridades, podían actuar con mayor libertad en la lucha contra la delincuencia.

A finales del siglo xv, con el fin de hacer frente a los desórdenes causados por la multiplicación de los vagabundos, el concejo de Zaragoza creó el oficio de Padre de los Huérfanos, institución que se extendió por las ciudades más importantes en los dos siglos siguientes.

Los municipios de realengo, si bien dependían directamente del Rey, quien podía ejercer un fuerte control sobre su organización interna mediante la aprobación o derogación de las ordinaciones y sobre las personas que desempeñaban los cargos a través de la insaculación, gozaban de plenas facultades en su gobierno. Ciertos municipios poseían privilegios reales que aumentaban su autonomía. Los monarcas concedieron a veces estos privilegios sin una exacta definición de su contenido, lo cual fue aprovechado en ocasiones por quienes detenta-

ban el poder para convertirlos en un instrumento del que hicieron uso indiscriminado contra sus enemigos. El caso más típico es el del Privilegio de los Veinte concedido a Zaragoza, que su oligarquía empleó sistemáticamente contra sus adversarios e incluso contra los propios Fueros. Todos los concejos podían actuar contra cualquier persona o institución que hubiese agraviado a alguno de sus vecinos.

Además de los elementos comunes al resto de los concejos, el de Zaragoza poseía peculiaridades propias, derivadas del poder de los grupos que lo gobernaban. La oligarquía urbana había conseguido a partir de 1414, con las ordinaciones de Fernando I, que los vecinos fueran considerados por sus medios económicos y no por el domicilio parroquial. Desde 1442 el procedimiento para acceder a los más importantes cargos municipales se realizó mediante insaculación, cuya característica esencial eran las condiciones limitativas impuestas para ser insaculado, principalmente económicas y únicamente satisfechas por dicha oligarquía, excluyendo por razones económicas a las personas de rentas bajas (labradores, artesanos, etc.) y, por razón de residencia, al resto de los súbditos del Reino, aunque esto último podía encubrirse de diversas formas.

El municipio zaragozano ejercía, además de las amplias competencias sobre los asuntos municipales ordinarios (hacienda, agricultura, higiene, etc.), el control de la reglamentación del trabajo de los gremios y del comercio de los productos agropecuarios, indicativo del papel que jugaba en el mercado, dado que eran los productos básicos para el abastecimiento popular y los únicos excedentes comerciables en el exterior.

El máximo organismo político del Reino eran las Cortes, entidad autónoma de la autoridad real, que representaban a los estamentos del Reino. Estaban constituidas por cuatro brazos: el de los ricoshombres, o alta nobleza, el eclesiástico, el de la baja nobleza (caballeros e infanzones) y el de las universidades, compuesto por los representantes de ciudades, villas y comunidades. Los vasallos de señores laicos y eclesiásticos carecían de representación directa en las Cortes y en todos los órganos de Gobierno del Reino. Las competencias de las Cortes se extendían a los órdenes legislativo, judicial, económico, ejecutivo, y, en general, a todos los asuntos del Reino. Debían ser convocadas y cerradas por el Rey, que en ocasiones se hizo sustituir por un lugarteniente, no existiendo periodicidad al respecto, y completaban o entorpecían

parte de las funciones de los monarcas. El Capítulo más importante que las Cortes concedían a éstos era el «servicio» en dinero u hombres de armas, por el que, generalmente y sobre todo en momentos de debilidad o apuro del Monarca, pedían contrapartidas.

Las discrepancias con los monarcas y de los brazos entre sí fueron frecuentes, y ello unido a la creciente complejidad de la política y la burocratización entorpeció su funcionamiento. Cuando todos estos factores dificultaron su función, a mediados del siglo xiv, las propias Cortes instrumentaron la solución creando un nuevo organismo, la Diputación General del Reino, comisión permanente formada por un reducido número de miembros de cada brazo, que en principio tenía como objetivo la administración y agilización de los subsidios concedidos a los monarcas, pero que con el tiempo adquirió importantes funciones políticas, llegando a ser el único organismo político de carácter representativo con autoridad en todo el Reino. Fue un logro de los grupos dirigentes para controlar el empleo de las sumas de dinero procedentes de los impuestos, logrando que una parte de éstos revirtiese en su beneficio.

Esta primera función se vio incrementada con otras de tipo muy distinto, debido a su carácter permanente y a los largos períodos en que se reunían las Cortes. Los grupos privilegiados y los elementos activos de cada brazo consiguieron el trasvase de funciones, que culminó en el reinado de Juan II cuando, acuciado por las dificultades derivadas de la rebelión catalana, otorgó una serie de concesiones a la Diputación General, es decir, en la práctica, a los miembros de la oligarquía dominante.

De este modo la Diputación tuvo una participación activa en el juramento del Rey, del primogénito y de los lugartenientes; realizó la elección de los lugartenientes de sobreconjueros, lo que le colocó en sus manos la vigilancia y la paz interna del Reino; fue la encargada de imponer la paz o tregua foral en los enfrentamientos armados, y gozó de autoridad para intervenir judicial y ejecutivamente en ciertos casos concretos de disputas entre señores y vasallos; se convirtió en árbitro de las rivalidades entre nobles y universidades; controló la insaculación y el nombramiento de los lugartenientes del justicia y de los 17 jueces encargados de sancionar los procesos seguidos contra la justicia, sus lugartenientes, notarios y vergueros; sentenciaba y ejecutaba todos los asuntos concernientes al comercio; fue el organismo encargado de ca-

nalizar las relaciones con los monarcas; tuvo la misión de velar por el cumplimiento de los acuerdos tomados por las Cortes, poder para convocar las tropas en defensa de las fronteras, y gran número de otras funciones de menor importancia, lo que la convirtió en el órgano político representativo más poderoso del Reino.

En las Cortes de 1436 se acordó el establecimiento definitivo y permanente de la Diputación del Reino como órgano de decisión al margen de las Cortes, reglamentando la forma de elección de sus miembros, que eran ocho (dos por cada brazo), con una duración de tres años en el cargo, eligiendo los diputados salientes a sus sucesores, con lo cual se perpetuaba el control de la institución por determinados grupos, sin intervención directa de las Cortes. El triunfo de la Diputación General en el campo político supuso el triunfo de la oligarquía, que dispuso así de poderosos medios para el dominio del Reino.

La Gobernación General aparece ejercida desde el *siglo xiv* por el primogénito del soberano. En principio tenía jurisdicción ordinaria, cumpliéndose desde este cargo las órdenes del Monarca, para lo cual contaba con subordinados que las ejecutaban en todo el Reino, pero en el *siglo xv* pasó a ser un cargo honorífico, siendo aplicada su jurisdicción por el lugarteniente del Rey. Actuaba en asuntos de justicia, orden público y ejército. La Lugartenencia General fue una institución surgida de la necesidad de sustituir a los monarcas durante sus ausencias. Sus titulares eran personas de plena confianza del Rey. El lugarteniente debía jurar los Fueros de Aragón y ser jurado por las Cortes.

La Gobernación General y la Lugartenencia General podían coincidir en una misma persona, sin que ello significase mezcla de competencias. Fernando el Católico institucionalizó estos cargos, dando así origen a un sistema de virreinos. Ya no se trataba de una delegación temporal, sino de un resorte permanente del poder real en la capital del Reino.

El Maestre Racional tenía a su cargo la supervisión contable de los funcionarios de la corte y de la Administración en general, ejerciendo el control de los tesoreros generales y particulares del monarca, su cónyuge, príncipes, protonotarios, secretarios, guardasellos, procuradores reales, bailes generales, y demás miembros de la Hacienda real. El escribano de ración administraba los bienes de la Casa Real. El Baile General tenía como función general administrar las rentas reales; sus competencias eran los peajes, salinas, alfondigas, almudí, treudos y

censales perpetuos y de gracia, escribanías, fraudes, composiciones, confiscaciones de bienes, minas, montazgos, alquileres de casas, bienes mostrencos, bienes *ab intestato* y otros asuntos; también existían bailes locales. Los merinos estaban al frente de cada una de las seis merindades del Reino (Zaragoza, Tarazona, Huesca, Ejea, Jaca y Barbastro); las rentas recogidas en las merindades fueron revisadas a comienzos del siglo xv y sistematizadas.

Especial importancia tenía la figura del Justicia. El origen de esta institución está desfigurado por el mito y la leyenda de los fueros de Sobrarbe. Su aparición coincide con momentos de tirantez entre el rey y la nobleza, y su figura se concretó en las Cortes de Ejea de 1265 para evitar que el Monarca juzgase los pleitos sin el concurso de los grandes señores y basándose en el Derecho Romano. En sus comienzos, el justicia sólo fue un funcionario público establecido para entender en los agravios, tanto del rey como de la alta nobleza. Debía ser un miembro de la baja nobleza, un caballero elegido por el propio Monarca. No fue un defensor del pueblo frente al Rey, ni siquiera juez entre la nobleza y el Monarca, sino únicamente la persona que entendía en un conflicto concreto que enfrentaba a un súbdito con el Monarca, y esta función no la ejercía en exclusiva, pues en determinados casos el Monarca nombraba jueces especiales. En otras ocasiones, el justicia no era más que el encargado de preparar el proceso y ratificar la sentencia dictada por el propio Monarca. Fue posteriormente, coincidiendo con la lucha entre el Rey y los nobles de la Unión, cuando el justicia alcanzó una serie de prerrogativas que le conferían el carácter de juez entre el Monarca y el estamento nobiliario. Tenía entonces autoridad para juzgar los pleitos en las Cortes; en los abiertos por causa de confiscación de bienes; podía resolver las diferencias entre todos los aragoneses enfrentados en guerra privada, y participaba en otros asuntos de menor importancia, llegando a convertirse en el intérprete de las leyes y costumbres del Reino.

Cuando esta institución adquirió autoridad y su intervención en la vida pública fue un hecho, las oligarquías dominantes instrumentaron una serie de medidas tendentes a regular este poder y controlar su actuación. Esta labor limitadora se encomendó primero a las Cortes, que antes de iniciar sus sesiones debían revisar y en su caso juzgar la actuación del justicia desde la asamblea anterior. Posteriormente, desde las Cortes de 1390, se designaron cuatro inquisidores, uno por cada

brazo estamental, para la investigación de posibles abusos cometidos por el justicia, conforme a las denuncias que pudiesen presentarse, reservándose las Cortes el juicio definitivo; y en las Cortes de Calatayud de 1461 se estableció un tribunal compuesto por 17 miembros, los Jueces Judicantes del Justicia, dependientes de la Diputación General, cuya misión era juzgar las denuncias cursadas por los particulares contra el justicia, sus lugartenientes, notarios y vergueros. En 1467 se produjo un nuevo menoscabo en su autonomía, al establecerse que los lugartenientes, hasta entonces nombrados por el mismo justicia, serían elegidos a partir de ahora mediante sorteo de una lista formada por la Diputación General, perfeccionándose además el sistema de encuesta para estudiar los posibles abusos cometidos en el ejercicio de sus atribuciones. De este modo, la autoridad del justicia se vio paulatinamente limitada, coaccionada y, en muchos casos, manejada por la oligarquía aragonesa.

Las dos actividades más conocidas del justicia eran de dos tipos de procesos privilegiados: la Firma de Derecho y la Manifestación. Cualquiera podía recurrir ante el justicia pidiendo una Firma de Derecho cuando algún juez le había hecho objeto de un contrafuero o se temía que llegase esa situación; si el acusado daba garantías de que en un momento se sometería al resultado del fallo, el justicia expedía una orden de inhibición o interrupción del proceso hasta que se demostrase que el inculpado no había sido objeto de contrafuero. Por la Manifestación, el justicia tomaba bajo su protección a las personas que hubiesen sufrido alguna violencia por parte de magistrados o funcionarios públicos; en estos casos se presentaba recurso ante el justicia pidiendo ser «manifestado» o presentado al mismo para que entrase en su jurisdicción. El justicia inhibía al tribunal correspondiente, a la vez que ordenaba la entrega del acusado, pasando éste a la cárcel de los manifestados para ser juzgado por él. En caso de hallarse culpable, se devolvía al juez inicial.

Durante el reinado de Fernando el Católico se crearon en Aragón nuevas instituciones: una de ellas fue la Santa Hermandad, a iniciativa del Concejo de Huesca, para poner fin al bandolerismo, que afectaba a dicha zona de un modo especial. En mayo de 1486 el prior de Jurados de Huesca se dirigió a los Jurados de Zaragoza para que, como capital del Reino, intentasen reunir a las demás ciudades y villas con el fin de remediar el mal. El lugarteniente del Reino dio su conformi-

dad para que los interesados se reuniesen en Zaragoza, en donde llegaron a un acuerdo e hicieron ordinación el 4 de septiembre de 1486, jurando y formando la «Unión y Hermandad» el 26 de octubre, por un período de tres años, para la defensa mutua, a la espera de la confirmación real, la cual no tardó en llegar, que ampliaba su duración a cinco años. Se estableció la concordia de los municipios y se inició la elaboración de la normativa y cláusulas del hermanamiento, realizándose la aceptación el 18 de diciembre de 1487. La Santa Hermandad atendía los delitos de tipo material y los morales, y establecía un procedimiento judicial breve que suspendía todos los juicios forales y trabas procesales, comenzando su actuación el 1 de enero de 1488.

El Monarca nombró a su Presidente y el Juez Mayor, que debía ser ciudadano de Zaragoza. El Juez Mayor era elegido entre una terna presentada por el Concejo, siendo auxiliado en su actuación por un consejo. El cuerpo armado se componía de tres escuadrones de caballería de 50 hombres cada uno, mandados por capitanes nombrados por el Monarca; en 1492 se autorizó que en Jaca y Ainsa se sustituyese cada jinete por diez infantes. Esta institución contó desde sus comienzos con la oposición de la alta nobleza, del gobernador y del justicia, disfrutando, por el contrario, de la aceptación popular, a tal punto que, cuando se impidió la entrada del justicia en Zaragoza, el propio rey hubo de franqueársela. Sin embargo, las presiones de la alta nobleza consiguieron que la Santa Hermandad se suspendiese durante 10 años.

Otro organismo creado en las Cortes de Zaragoza de 1493 fue la Audiencia Real, compuesta por cinco juristas expertos en Fueros y prácticas del Reino, que debían ser naturales del mismo y residir en Zaragoza o donde eventualmente se instalase la corte del justicia. Su misión consistía en aconsejar, deliberar y votar sobre todas las sentencias definitivas que diesen los oficiales del Reino, decidiendo por mayoría. En los asuntos de competencia del Vicecanciller, el Regente de la Cancillería Real, del Lugarteniente General, del primogénito, del regente de oficio de la Gobernación General y su asesor, el voto de éstos debía sumarse al del consejo. Serían designados por el Rey. La Audiencia Real suponía un nuevo órgano permanente, con categoría de Tribunal Supremo, constituyendo una nueva cuña del poder real.

Una provisión real de 19 de noviembre de 1494 creaba el Consejo Supremo de Aragón, necesario por la multiplicidad de los territorios. No tenía competencia en asuntos del patrimonio real si no era con la

intervención del Tesorero General o su lugarteniente, y se pretendía con su creación una reforma administrativa que diese más eficacia y rapidez a la resolución de los problemas, no sólo en el Reino de Aragón, sino de los restantes que componían la Corona.

En el orden político la nobleza, alta y baja, y el alto clero tenían una notable participación en los organismos de gobierno, constituyendo tres de los cuatro brazos de las Cortes y contando con seis de los ocho miembros de la Diputación General. El cargo de virrey solía recaer en miembros de la alta nobleza, así como los altos cargos eclesiásticos (sedes episcopales, abadías, encomiendas de las Órdenes Militares). Los cargos de Justicia y Gobernador del Reino eran desempeñados por personas pertenecientes al grupo de los caballeros.

La unificación del Derecho aragonés tuvo lugar en 1247, con la promulgación solemne de los Fueros de Aragón por el rey Jaime I y las Cortes reunidas en Huesca. El Código fue elaborado por Vidal de Canellas, jurista y obispo de Huesca. En él se establecía que, cuando las disposiciones contenidas no fuesen suficientes para resolver algún caso, se recurriese al sentido natural y a la equidad. Ello permitía que, junto a las disposiciones legales añadidas por el Monarca y las Cortes, se pudiesen incluir otras surgidas de la tradición y las costumbres, normativa que se plasmó en las Colecciones de Observancias que completaron el Código, en las que predominaban las prácticas del Valle del Ebro y las sentencias del justicia.

Los Fueros de Aragón integraron distintos derechos locales hasta entonces existentes, con la excepción de determinadas zonas del Bajo Aragón, que tuvieron un proceso integrador mucho más lento, permaneciendo en vigor los ordenamientos locales de Teruel y Albarracín hasta 1598.

El Rey era reconocido por todos como suprema autoridad, pero tropezaba con limitaciones al intentar ejercerla, dado que el propio Reino contaba con mecanismos de autogobierno y poder reconocidos por los Fueros, como eran las Cortes, la Diputación General y el Justiciazgo. El gobierno de Aragón era difícil y complejo: la nobleza señorial detentaba una omnímoda autoridad en sus posesiones; los Concejos, con una capacidad de decisión más limitada, dirigían los asuntos locales en la práctica casi con entera libertad, de acuerdo con sus necesidades e intereses, que en ocasiones eran opuestos a los del Reino, y aunque el Monarca podía hacer sentir su autoridad en ellos a través

de la insaculación y las ordinales, los privilegios, inmunidades y franquicias concedidos con anterioridad reducían su capacidad de control. A ello había que añadir las instituciones y personas que gozaban de jurisdicciones especiales.

Los reyes de la Casa Trastámara intentaron gobernar de acuerdo con las ideas imperantes en Castilla, aunque su tendencia autoritaria estuvo más atenuada en Aragón que en el reino castellano, llevando a cabo una reorganización administrativa que buscó la eficacia en los servicios y el aumento de los ingresos reales. Fernando el Católico acentuó esta tendencia, intentando sustituir el constitucionalismo medieval por un régimen autoritario, tendencia que se concretó en el establecimiento de la Inquisición; intervención en la comunidad de Teruel a raíz de las protestas contra dicho Tribunal; asentamiento de las bases que permitieron a la Monarquía un mayor control de los concejos más importantes, control excepcionalmente efectivo en el caso de Zaragoza; la reforma de la Diputación General, que permitió a la Monarquía contar con hombres de su confianza dentro del organismo ejecutivo del Reino, y, en las Cortes de 1493, el asentamiento de las bases que más tarde darían lugar a la Audiencia Real, cuyo funcionamiento mermaba la influencia del justicia y afirmaba la justicia real, sin que las competencias de ambos organismos quedasen bien delimitadas.

Los intentos de reforzar la autoridad real chocaron con las dos oligarquías aragonesas: la nobleza señorial y el patriciado urbano, cuyas áreas de poder eran el medio rural y las ciudades y lugares de realengo, respectivamente; pero el patriciado urbano se adaptó a la nueva situación y se plegó más a los intereses de la Monarquía que la nobleza señorial, que constituyó para aquélla el obstáculo más difícil, dada la fuerte posición de este estamento, con potestad absoluta sobre sus vasallos amparada por los Fueros, y una economía basada en la tributación proporcional a las cosechas, que le otorgaba gran solidez. Lo cual permitió consolidar su posición en el Reino, fenómeno político favorecido por la inexistencia de una burguesía suficientemente desarrollada y decapitada en buena parte por la Inquisición, que no pasó nunca de ocupar un segundo plano. Su debilidad, carencia de empuje y falta de voluntad de cambio favorecieron la perpetuación del poder aristocrático.

El reino aragonés era un mundo anclado social y políticamente en la Edad Media. La fragmentación del poder llevaba implícito el pre-

dominio de los intereses particulares sobre los generales, actuando de este modo tanto la nobleza señorial como los concejos, que no tenían en cuenta los de otros concejos ni los de la comunidad. En esta situación, la nueva concepción del poder real difícilmente podía arraigar en las minorías capacitadas para legitimarlo: el régimen político aragonés estaba desfasado respecto a la concepción mantenida por su Monarca, y entraba de forma gradual en la órbita de la nueva monarquía sin que se hubiesen alterado unas estructuras económicas y sociales heredadas del pasado, quedando inconcluso por falta de apoyo el cambio que pretendía Fernando el Católico.

Las perspectivas de futuro en Aragón no eran halagüeñas: aunque la unión de las Coronas de Castilla y Aragón fue meramente personal, quedando salvaguardada la identidad de cada reino, iba a resultar imposible evitar el predominio de la primera, dado su mayor peso demográfico y económico, que le permitía una mayor capacidad expansiva, pero, además, y como consecuencia de la política matrimonial de los Reyes Católicos, a comienzos del siglo xvi el reino aragonés quedó integrado en un Imperio en el que su protagonismo iba a ser mínimo por lo poco que podía ofrecerle: su problemática apenas incidió en la opinión de los monarcas, sin posibilidad de influir en ella, pero sufrió las consecuencias de su pertenencia al mismo.

El caso de Castilla fue distinto: supo aprovechar el Descubrimiento de América, lo que le permitió proyectarse, extenderse y engrandecerse hasta unos límites inimaginables para una generación anterior. Aragón tuvo un protagonismo excepcional en la génesis del primer viaje que descubrió el nuevo continente, pero sus clases dirigentes manifestaron un desapego total hacia las posibilidades que se abrieron con él.

BIBLIOGRAFÍA

Modernas investigaciones están permitiéndonos conocer mejor la situación del reino aragonés en los albores de la Edad Moderna y comprender sus pautas de comportamiento durante ella. Entre los estudios utilizados para la confección de este trabajo hemos de señalar la obra de Gregorio Colás Latorre y José Antonio Salas Auseens, *Aragón en el siglo xvi. Alteraciones sociales y conflictos políticos*, Departamento de His-

toria Moderna, Universidad de Zaragoza, 1982, que aunque trata fundamentalmente de la problemática aragonesa en el siglo xvi, da una excelente síntesis de las estructuras aragonesas a fines de la centuria anterior. De similares características en lo que a las estructuras económicas respecta, es la obra de José Ignacio Gómez Zorraquino, *Burguesía mercantil en el Aragón de los siglos xvi y xvii (1516-1652)*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, departamento de Cultura y Educación, 1987. Una síntesis esquemática de las estructuras sociales y políticas del Reino en la época mencionada se encuentra en la obra de Guillermo Redondo Veintemillas y Luisa Orera Orera, *Fernando II y el Reino de Aragón*, Zaragoza, Guara Editorial, 1980; y una visión de conjunto la ofrecen las obras de José María Lacarra, *Aragón en el pasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977; Ángel Canellas López (director), *Aragón en su historia*, Zaragoza, 1980, y, como fuente esencial, el cronista Jerónimo Zurita.

Sobre el comercio: el trabajo de J. A. Sesma, *El comercio de exportación de trigo, aceite y lana desde Zaragoza a mediados del siglo xv, Estudios de economía y Sociedad en la Baja Edad Media*, Departamento de Historia Medieval, Zaragoza, 1977; J. A. Sesma Muñoz y E. Sarasa Sánchez, *El comercio de lana por el Ebro hacia el Mediterráneo (El puerto fluvial de Escatrón a mediados del siglo xv)*, II Congreso Internacional sobre las culturas del Mediterráneo occidental, pp. 309-409, Barcelona, 1978; M.I. Falcón Pérez, *Comercialización del trigo en Zaragoza a mediados del siglo xv*, Estudios de Economía y sociedad en la Baja Edad Media, pp. 259-273, Departamento de Historia Medieval, Zaragoza, 1977, y *La cofradía de mercaderes de Zaragoza y sus relaciones con Cataluña y el Mediterráneo (siglos xiv y xv)*, II Congreso Internacional de las culturas del Mediterráneo occidental, pp. 281-295, Barcelona, 1978, y A. Canellas López, *Algunas proyecciones económicas y comerciales del Reino de Aragón en el siglo xv: la renta de aduanas*, Universidad, XXXIV, n.ºs 3-4, pp. 295-324, Zaragoza, julio-diciembre, 1957.

Sobre el régimen señorial: E. Sarasa Sánchez, *Sociedad y conflictos sociales en Aragón (siglos xiii-xv). Estructuras de poder y conflictos de clase*, Madrid, 1981, y *La condición social de los vasallos del señorío en Aragón durante el siglo xvi: criterios de identidad*, *Aragón en la Edad Media*, pp. 203-244, Zaragoza, 1979; F. Arroyo Ilera, *División señorial de Aragón en el siglo xv*, Saitabi, XXIV, Valencia, 1974, pp. 65-102, y Guillermo Redondo Veintemillas, *Fernando II y el régimen señorial en Aragón:*

la Sentencia de Celada (1497), Estudios, pp. 231-275, Departamento de Historia Moderna, Zaragoza, 1980.

Un análisis muy preciso sobre la judería zaragozana y sobre los judeoconversos en Aragón se halla en la obra de M. Serrano y Sanz, *Los orígenes de la dominación española en América*, Madrid, 1918; *La expulsión de los judíos Zaragozanos*, Serafad, XV, pp. 103-136, 1955; y sobre los mudéjares aragoneses véase J. Macho Ortega, *Condición social de los mudéjares aragoneses. Siglo xv*, Memorias de la Facultad de Filosofía y Letras, I, pp. 137-319, Zaragoza, 1923.

Un esquema de la estructuración eclesiástica aragonesa puede verse en Luisa Orera, *La Iglesia Aragonesa en la Edad Moderna*, Zaragoza, Alcorces, 1979. Sobre la implantación de la Inquisición en Aragón, véanse: I. de la Cagigas, *El Libro Verde de Aragón*, Madrid, 1929; A. C. Floriano, *El Tribunal del Santo Oficio en Aragón*, Boletín de la Real Academia de la Historia, LXXXVI, pp. 544-605, Madrid, 1925, y *El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Teruel*, *Ibidem*, LXXXVII, pp. 173-260, Madrid, 1925; A. Ubieto Arteta, *Procesos de la Inquisición en Aragón*, RABM, LXVII, pp. 549-599, Madrid, 1959, y Ángel Alcalá Galve, *Los orígenes de la Inquisición en Aragón*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, Departamento de Cultura y Educación, 1984.

Los estudios sobre las instituciones políticas son abundantes. Véanse: P. Savall y S. Penen, *Fueros, Observancias y actos de Corte del Reino de Aragón*, Zaragoza, 1866, 2 vols.; J. Lalinde Abadía, *Los Fueros de Aragón*, Zaragoza, 1976; A. Giménez Soler, *Organización política de Aragón en los siglos xiv y xv*, reimp., Estudios, pp. 9-81, Departamento de Historia Moderna, Zaragoza, 1979; L. González Antón, *Las Cortes de Aragón*, Zaragoza, 1978; A. Sesma Muñoz, *La Diputación del Reino de Aragón en la época de Fernando II*, Zaragoza, 1977; J. Lalinde Abadía, *La Gobernación General de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1963; P. A. Muñoz Casayús, *Las Hermandades en Aragón*, Universidad, n.º 3, pp. 669-703, Zaragoza, 1927, y n.º 4, pp. 905-959, 1927; A. San Vicente Pino, *El oficio de Padre de los Huérfanos en Zaragoza*, Zaragoza, 1965; M. P. de la Vega Cebrián, *El privilegio de los Veinte*, IV Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón, pp. 273-278, Zaragoza, 1981, y M. I. Falcón Pérez, *La organización municipal de Zaragoza en el siglo xv*, ed. Departamento de Historia Medieval, Zaragoza, 1979.

La bibliografía sobre la figura de Fernando el Católico es muy abundante. Entresacamos de ella en relación con su actuación en Ara-

gón: M. I. Falcón Pérez, *El patriciado urbano de Zaragoza y la actuación reformista de Fernando II en el Gobierno Municipal, Aragón en la Edad Media*, pp. 245-298, Zaragoza, 1979, y F. Solano Costa, *Introducción a la historia de Aragón en el siglo xvi*, libro-homenaje a don José Manuel Pardo de Santayana y Suárez, pp. 171-189, Zaragoza, 1963, y *Fernando el Católico y el ocaso del reino aragonés*, Universidad de Zaragoza, Secretariado de Publicaciones, 1979.

Capítulo III

ARAGÓN Y LOS DESCUBRIMIENTOS

Juan José Andreu Ocariz

La historiografía tradicional ha atribuido casi exclusivamente a Isabel la Católica el mérito de haber sido, con su protección a Colón, la impulsora y la patrocinadora del Descubrimiento de América. Sin embargo, Fernando el Católico, en carta dirigida al Capítulo General de la Orden Franciscana, reunido en Barcelona el 14 de abril de 1508, afirma haber sido él la principal causa de que se hayan descubierto y poblado aquellas islas¹. Esta afirmación implica un análisis de las circunstancias en que se llevó a cabo la gestación del Descubrimiento.

Cuando Colón llegó a España, la idea de que era portador no tenía nada de original: consistía en llegar a las costas orientales del continente asiático navegando a través del océano Atlántico. La idea había sido expuesta por intelectuales de la antigüedad y de la Edad Media y posteriormente al Rey de Portugal por el humanista florentino Toscanelli, habiendo sido rechazada. El mismo Colón la había presentado al monarca portugués, con idéntico resultado. Sin embargo, Colón logró interesar en su proyecto a los franciscanos de La Rábida, quienes le pusieron en contacto con la corte, a la que no llegó en buen momento, pues la guerra de Granada acaparaba todo el interés y consumía los recursos de la Real Hacienda, lo cual dio lugar a su largo peregrinaje en busca de apoyo.

Las dificultades con que tropezó Colón son perfectamente comprensibles: un extranjero desconocido, sin recursos, se presenta en la

¹ J. Manzano Manzano, *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1948, p. 317.

corte pidiendo que se le faciliten medios para un viaje a lo ignoto, firmando con seguridad total la existencia de islas al otro lado del océano, pero sin declarar sus fuentes de información, y exigiendo, además, como condiciones indispensables previas que se le nombre Almirante de Castilla, Virrey y Gobernador General de las tierras que descubra, y el derecho a percibir la décima parte de todo el oro, plata, piedras preciosas y mercancías que se extraigan dentro de los límites de su almirantazgo.

Sin embargo, Colón encontró fuertes apoyos en la corte; además de los franciscanos de La Rábida y el arzobispo de Sevilla fray Diego de Deza, fue decisiva la intervención de tres aragoneses: Juan Cabrero, Juan de Coloma y Luis de Santángel. Juan Cabrero, perteneciente a una familia judeoconversa, había nacido en Zaragoza hacia 1440; en 1477 quedó adscrito al servicio de palacio como continuo, siendo nombrado posteriormente por Fernando el Católico, al que fue siempre muy afecto, camarero mayor, función que llevaba implícita la de Consejero Real. Su prudencia y buen juicio motivaron que se le llamase a formar parte del Consejo Secreto de Estado y se le consultase en los asuntos más difíciles y secretos. El Monarca solía seguir sus consejos, y premió sus servicios concediéndole el hábito de Santiago, con las encomiendas de Aledo y Montalbán ².

Colón siempre tuvo confianza en Cabrero, y todos los testimonios indican que su intervención fue de suma importancia para que los monarcas aceptasen el proyecto colombino. Así lo atestiguó el rey Fernando en varias ocasiones, el propio Colón en cartas dirigidas al Monarca y a Cabrero, y el padre Bartolomé de Las Casas, quien afirma haberlo oído y haberlo visto en la carta de Colón dirigida al Monarca ³.

Cabrero procuró obtener recompensa por el apoyo prestado a Colón, consiguiendo que su hijo Diego le concediese una encomienda de 100 indios en la isla Española, hecho que agradeció Fernando el Católico en carta dirigida a Diego Colón el 3 de julio de 1510, en la que le pedía asimismo le concediese otros tantos. Asimismo, en carta fechada en Burgos el 12 de agosto de 1512, el Monarca ordenó a las

² M. Serrano y Sanz, *Orígenes de la dominación española en América*, vol. I, Madrid, 1918, pp. CCXVIII-CCXXIV.

³ *Ibidem*, pp. CCXXVI-CCXXVII, Fray Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. I, p. 228.

autoridades de Puerto Rico que se concediese a Juan Cabrero una encomienda de 200 indios en dicha isla.

Cuando en los territorios americanos comenzaron a levantarse clamores contra las encomiendas de ausentes, el Monarca, si bien los atendió, procuró que no tuviesen efectos retroactivos, manifestándolo así en carta dirigida a Diego Colón, fechada en Burgos el 23 de julio de 1512⁴, en la que dice expresamente que se mantenga la encomienda de Juan Cabrero, a quien la dio «porque trabaxó que diese la empresa al Almirante vuestro Padre», y cuando en 1513 le fueron arrebatados 30 de los indios que tenía en La Española, el Monarca ordenó a Diego Colón que le fuesen devueltos en carta fechada en Valladolid el 12 de junio de 1513.

Al arreciarse la campaña contra las encomiendas de ausentes por parte de los residentes en tierras americanas, provocada en buena parte por su deseo de lucrarse exclusivamente de las mismas, el rey Fernando prometió no hacer nuevas concesiones de indios más que a los residentes en La Española, pero renovando la excepción en favor de Juan Cabrero y sus secretarios de Consejo Pérez de Almazán y López Conchillos, por carta fechada en Valladolid el 26 de septiembre de 1513. Los deseos de Fernando el Católico fueron cumplidos en 1514, cuando por encargo suyo se hizo el repartimiento de los indios de La Española por los comisarios Rodrigo de Alburquerque y el licenciado Ibarra, siéndole encomendados a Juan Cabrero 3 caciques y 209 indios.

Juan Cabrero falleció en diciembre de 1514. En 1516 los frailes Jerónimos quitaron a su sobrino y heredero Martín Cabrero los indios que tenía encomendados en La Española, lo cual motivó una reclamación por parte de éste en una representación fechada el 21 de marzo de 1517, en la que se alegaba haber sido su tío

causa principal que se emprendiese la empresa de las Indias e se conquistasen, e que si por el non fuera non obiera Indias, o a lo menos Almirante o de otros muchos en esta Corte⁵.

⁴ Publicada en la *Colección de documentos inéditos para la historia de América*, vol. XXXII, p. 228.

⁵ M. Serrano y Sanz, *op. cit.*, CCXXXVI-CCXXXI.

Juan de Coloma, natural de Borja, entró, siendo joven, en el servicio de Palacio, granjeándose de tal forma el afecto de Juan II que fue nombrado Secretario, actuando en calidad de tal desde 1462. La fidelidad y la eficiencia demostradas en el desempeño del cargo motivaron que Fernando el Católico le mantuviese en el mismo, concediéndole en 1493 el señorío de Alfajarín ⁶. Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo y otros cronistas de la época hablan de la intervención de Coloma en los tratos que hubo para la aceptación del plan de Colón: fueron Juan de Coloma y fray Juan Pérez los árbitros del asunto y, después de estudiarlo, propusieron a los reyes soluciones que éstos aceptaron, hecho reconocido por Colón en copia del memorial acerca de los privilegios que le habían sido concedidos por las Capitulaciones de Santa Fe ⁷.

Luis de Santángel era miembro de una numerosa y poderosa familia judeoconversa con fuerte implantación en Aragón, donde controlaba muchos de sus resortes. Varias personas de esta familia se habían establecido en Zaragoza, Barbastro, Teruel y otras poblaciones aragonesas. Luis de Santángel, padre del que nos ocupa, natural de Calatayud, se dedicó en Valencia al comercio, negocios de banca y arrendamiento de impuestos. Ganó cuantiosas riquezas y el acceso a Palacio, obteniendo el arrendamiento de rentas del Monarca: en 1468 firmó unas capitulaciones con Juan II para el arrendamiento de las Aduanas de Valencia y posteriormente, el 17 de marzo de 1476, contrató con dicho Monarca el arrendamiento del *peazgo* y de los derechos que pagaban los genoveses en Valencia.

En Valencia nacieron sus dos hijos, Luis y Jaime, siendo en consecuencia inexacta la creencia generalizada de que era aragonés; él mismo se declaró natural de la ciudad de Valencia, utilizaba como lengua propia el valenciano, y escribía en ella, por lo que únicamente puede considerársele aragonés en el sentido de que descendía de una familia de judíos aragoneses convertidos al cristianismo a comienzos del siglo xv.

Luis de Santángel, padre, a fin de ensanchar la esfera de sus negocios, había fundado en Barcelona una sucursal, que encomendó a su

⁶ *Ibidem*, CXCVII-CXCVIII, CCIV.

⁷ *Ibidem*, CCI.

hijo Luis, motivo por el que éste se estableció allí. Juan II, por medio de una cédula fechada en dicha ciudad el 16 de agosto de 1475, le concedió el oficio de receptor de las pecunias del antiguo Patrimonio Real de Valencia. La concesión era vitalicia, e incluía la facultad de nombrar, de palabra o por testamento, a uno de sus herederos, a quien imponía la obligación de dar fianza por el valor de 10.000 florines. Ello le convertía en la persona a la que habían de acudir los monarcas en momento de penuria, y, en consecuencia, con una influencia considerable en Palacio.

Tras la muerte de su padre, su viuda, Brianda de Santángel, continuó los negocios de su marido, en los que debieron tomar parte activa sus hijos Luis y Jaime: una Real Cédula, dada en Toro el 18 de noviembre de 1476, ordenaba que ambos, como herederos de su padre, gozasen del arrendamiento del *peazgo* y *lezda* de Tortosa y de los derechos aduaneros que pagaban en Valencia alemanes y genoveses, contrato que finalizaba al año siguiente. Asimismo, Luis sucedió a su padre en los mencionados derechos de los arrendamientos de las Aduanas de Valencia, y en el *peazgo* y derechos que pagaban los genoveses en dicha ciudad, y para que nadie se le opusiese, Fernando el Católico dio al respecto una Cédula fechada en Trujillo el 16 de febrero de 1479.

En 1481 fue nombrado Escribano de Ración, cargo equivalente al de Administrador del Patrimonio Real, y continuó desempeñando el cargo de Receptor del antiguo patrimonio real en el Reino de Valencia, hasta que renunció al mismo en marzo de 1491⁸.

Colón debió de tener fluidas relaciones con Luis de Santángel. Así lo afirma Bartolomé de las Casas: «tuvo mucha plática y conversación porque debiera hallar en él buen acogimiento», y diversos testimonios corroboran que su intervención fue decisiva, inclinando en favor de Colón el ánimo vacilante de la Reina. El primero en constatarlo fue Fernando Colón, quien, después de referir que su padre, rechazado su proyecto y despedido por los Reyes sin ninguna esperanza, abandonó la corte, añade que Luis de Santángel, entristecido al ver que los Monarcas perdían con ello considerablemente su reputación y sus intereses, se entrevistó con la Reina y defendió con entusiasmo el proyecto

⁸ *Ibidem*, XCVII-CV, CIX.

de Colón. La Reina agradeció sus buenos deseos y consejos, y le manifestó que aceptaba el proyecto, ofreciendo inclusive empeñar sus joyas con el fin de obtener el dinero necesario para la organización de la expedición, cuya ejecución posponía hasta que descansase de las fatigas producidas por la guerra de Granada. Santángel, al ver la deferencia de la Reina hacia él al aceptar lo que por consejo de tantos había desestimado, le respondió que no era necesario que empeñase sus joyas, pues él le prestaría dinero ⁹.

Idéntico testimonio es el aportado por Las Casas respecto a la intervención de Santángel, al que describe como «persona muy honrada y prudente, querido de los Reyes» ¹⁰, afirmando que, despedido Colón por segunda vez y sin ninguna esperanza, Luis de Santángel recibió por ello tanta pena y tristeza «como si a él le fuera en ello alguna cosa, y poco menos que la vida», y no pudiendo sufrir el daño y perjuicio que juzgaba que iban a recibir los Reyes, así como la pérdida de riquezas que Colón prometía y que podía derivar en beneficio de otro monarca europeo caso de que la empresa tuviese éxito, se presentó a la Reina y le manifestó su asombro por no haber aceptado un proyecto en el que muy poco podía perder si salía mal y tantos beneficios podían lograrse en caso de éxito para el servicio de Dios, de la Iglesia, de los Monarcas y de sus reinos, añadiendo la consideración de que, si otro monarca aceptaba el proyecto y éste se realizaba felizmente, eran manifiestos los perjuicios que se seguirían para los Monarcas y sus reinos y el remordimiento que los Reyes tendrían durante toda su vida. La Reina le respondió agradeciéndole sus buenos deseos y consejos, aceptando el proyecto y ofreciendo el empeño de sus joyas para los gastos de viaje, contestando Santángel, a esto último, como ya hemos dicho anteriormente, que no era necesario, pues él haría el préstamo ¹¹.

Los documentos conservados en el Archivo de Simancas, analizados por Manuel Serrano y Sanz en la obra citada, permiten conocer la procedencia del dinero prestado por Santángel y la serie de operaciones financieras realizadas para que éste se indemnizara, percibiendo los intereses correspondientes del dinero que dio para el pago de la expe-

⁹ *Historia del Almirante Colón Don Cristóbal Colón escrita por Don Fernando Colón, su hijo*, Madrid, 1892, vol. I, pp. 70-72.

¹⁰ Bartolomé de las Casas, *op. cit.*, libro I, cap. XXIX.

¹¹ *Ibidem*, libro I, cap. XXXII.

dición. De dichos documentos y análisis se deduce que Santángel prestó 1.140.000 maravedises, pero como él formaba una especie de sociedad con Francisco Pinelo para la recaudación de lo que produjese la Santa Hermandad en los reinos de Castilla y en Galicia, y el descargo de dicha cantidad se hace en las cuentas de ambos para disminuirlo de lo que restasen debiendo, se deduce que tal cantidad salió de los fondos comunes, aunque la entregó únicamente Santángel, pues éste era el principal, y Pinelo un socio subordinado. Posiblemente ninguno de los dos prestó dinero verdaderamente suyo, sino que, manejando cuanto había cobrado de la Santa Hermandad, y acaso ya con el alcance en abril de 1492, los 1.140.000 maravedises provinieron quizá de lo recaudado por ella.

El obispo de Ávila, cuando recibió tal suma representado por Francisco González, y éste por Fernando de Ayala, le autorizó para cobrar de algunos tesoreros de la cruzada, y como éstos no pudieron entregar a Santángel tal cantidad, indudablemente por hallarse sin fondos, se le cargó dicha cantidad en las cuentas generales de la Cruzada y el Subsidio, y no siendo tampoco esto posible, decretaron los reyes que fuera recibida en descargo de lo cobrado por Santángel y Pinelo en la Santa Hermandad. En septiembre de 1495, Santángel y Pinelo consiguieron que los reyes les aprobasen, aunque no de un modo absoluto, las cuentas de lo que habían cobrado de la Santa Hermandad¹².

Antes de regresar a España de su viaje de Descubrimiento, Colón escribió a bordo de su carabela una carta dirigida a Luis de Santángel, fechada el 18 de febrero de 1493, informándole con brevedad del resultado del viaje. Ello prueba el peso de la intervención de Santángel en su favor¹³.

La intervención de los tres personajes aragoneses mencionados fue decisiva para la empresa del Descubrimiento de América, pero ¿qué motivos pudieron tener para apoyar tan decididamente el plan de Colón? Pueden combinarse varias hipótesis al respecto: la primera de ellas es la de su empeño por defender los intereses de la Corona, hipótesis fácilmente comprensible y aceptable, pues, fieles servidores como eran de la misma, la consideración de que, si la empresa de Colón tenía

¹² M. Serrano y Sanz, *op. cit.*, cap. CXVIII-CXXXV.

¹³ *Ibidem*, cap. CXLIX.

éxito, se establecería un contacto directo de España con China, la India y las Islas de las Especias, cuyo comercio podía proporcionar a los Monarcas unos beneficios de enorme magnitud, los mismos que estaban obteniendo los intermediarios árabes y venecianos, tenía el suficiente peso específico como para motivar su actuación.

La segunda hipótesis es la de un interés hacia la persona de Colón: sobre la persona y la patria de Colón existen puntos oscuros, no satisfactoriamente aclarados hasta el presente, pero si consideramos la teoría tradicional de que era genovés e hijo de Doménico Colón y Susana Fontanarosa, hay que señalar que este último apellido era de origen judío, es decir, que Colón pertenecía por parte de madre a una familia de judeoconvertos. Si este hecho fue conocido por algún conducto por Juan Cabrero y Luis de Santángel, resulta comprensible que sintiesen simpatía e intentasen ayudar a quien, en definitiva, era un coreligionario. Manuel Serrano Sanz opina que dicha protección no se debió a la descendencia hebrea de Colón, sino a que en los años en que procuró en la corte trabar amistad con personajes que pudieran favorecerle, especialmente entre los áulicos del rey don Fernando, la Hacienda aragonesa estaba en manos de conversos: Luis de Santángel, Escribano de Ración; Gabriel Sánchez, Tesorero General de Aragón; Sancho Paternoy, Maestre Racional, cargo equivalente en Aragón al de Ministro de Hacienda. Lo mismo sucedía en los altos cargos políticos de Aragón: Felipe Climent, Protonotario del Monarca, y Alfonso de La Caballería, Vicecanciller del Reino¹⁴.

Otra hipótesis pudo ser que les moviese un interés hacia su reino de origen, Aragón. Respecto a ella, tenemos que situarnos en el contexto histórico de la época: el profesor Antonio Ubieto Arteta expuso la teoría de la rivalidad lusoaragonesa motivada por el comercio de las especias, de gran peso específico para la economía aragonesa de siglos anteriores, y en la que portugueses y catalanes actuaron de forma distinta: los primeros bordeando el litoral africano para llegar hasta el océano Índico, y, a través de él, a sus centros productores, eliminando de esta forma a los intermediarios árabes y venecianos; la Corona de Aragón, firmando pactos con el Sultán de Babilonia (1430) para comerciar con Alejandría. Ante los progresos portugueses hacia la India,

¹⁴ *Ibidem*, cap. CLXXX.

se intentaría buscar un camino directo por Occidente hacia dichos centros de producción. Esta hipótesis explicaría, en opinión del doctor Ubieta, las anormalidades de las Capitulaciones de Santa Fe: el que fueran firmadas solamente por Juan de Coloma, Secretario de la Corona de Aragón, en vez de ser firmadas conjuntamente por Gaspar Griego, Secretario de la castellana; el que fuesen incluidas en los Registros de los Archivos de la Corona de Aragón, en vez de la Chancillería de Valladolid, y el que se diese a Colón el título de Virrey y Gobernador General, cargo que existía solamente en la Corona de Aragón, mientras que el de Almirante era común a ambas ¹⁵.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la empresa de Colón no era exclusivamente aragonesa: las Capitulaciones se firmaron en nombre de los dos monarcas; el título de Almirante se le concedió conforme a las prerrogativas de los de Castilla, y castellanos fueron los barcos y los miembros de sus tripulaciones, por lo que en caso de haberse llegado, como Colón pensaba, a la extremidad oriental del continente asiático, Aragón hubiese tenido que combatir con Castilla las ventajas del monopolio comercial.

Otra hipótesis puede haber sido que les moviese un interés personal, hipótesis que enlaza directamente con la anterior: si la Corona de Aragón entraba en contacto directo con los centros comerciales asiáticos, los beneficios a obtener iban a ser muy considerables, y el protagonismo de Cabrero, Santángel y Coloma fácilmente recompensado con una posición privilegiada en dicho comercio y la subsiguiente obtención de beneficios. Los tres eran ambiciosos: Cabrero solicitó posteriormente del Monarca las mencionadas encomiendas de indios en La Española y Puerto Rico; Luis de Santángel era un consumado hombre de negocios y el hecho de que Juan de Coloma contrajese segundas nupcias con una rica heredera judeoconversa en una época en que la tremenda presión ejercida por la Inquisición y las consecuencias de ella derivadas hacían estos matrimonios peligrosos, puede ser indicio de que el factor económico debió de tener más peso que el social, aunque, obviamente, pudieron mediar otros muchos.

Cualquiera de estas hipótesis puede tener valor por sí misma y también todas o parte de ellas combinadas. Por lo que respecta a Co-

¹⁵ A. Ubieta y otros, *Introducción a la Historia de España*, ed. Teide, Barcelona, 1965, pp. 169-170.

lón, de su agradecimiento a los aragoneses que habían intervenido en su favor da testimonio el hecho de que, antes de su llegada a España al regreso del viaje del Descubrimiento, escribiese cartas a Juan Cabre-ro, a Luis de Santángel y al tesorero Gabriel Sánchez.

Desde el punto de vista económico el viaje fue un fracaso: sólo se consiguieron algunas escasas muestras de oro, y en ninguna de las tierras exploradas aparecieron las especias ni las riquezas que se esperaban. Del relato de Colón se desprendía que las tierras descubiertas eran más aptas para la colonización que para el comercio. De ahí la realista política de los Reyes de iniciar ya desde el segundo viaje una tarea de colonización, transformando la primitiva empresa, de carácter comercial, en colonizadora. No se sabía entonces si dichas tierras estaban próximas a China o la India, pero en caso de ser así, podían constituir una excelente plataforma para el comercio con dichos países.

Analizada la participación de los aragoneses en la empresa del Descubrimiento, es necesario analizar el beneficio que Aragón sacó de ello. Los Reyes Católicos concertaron personalmente con Colón el viaje en las Capitulaciones de Santa Fe; en ninguna cláusula se menciona a Aragón y Castilla, sino solamente «sus Altezas», de modo que la adquisición tuvo lugar a título personal: son los Reyes, y no las Coronas, quienes se benefician por el momento de ellas ¹⁶.

Al llegar Colón a Lisboa de regreso de su viaje, el Monarca portugués le manifestó que las tierras descubiertas le pertenecían, basándose en las bulas pontificias que otorgaban a Portugal el derecho de la conquista, colonización y evangelización de todo el mundo no cristiano. Los Reyes Católicos acudieron al pontífice Alejandro VI, obteniendo mediante cuatro bulas el mismo derecho en la mitad del mundo situado al oeste del meridiano que de polo a polo se ubicaba 100 leguas al oeste de las Azores ¹⁷.

En ambas bulas *Inter coetera*, la concesión pontificia aparece dirigida a Fernando e Isabel, y en ambas se conceden todas las tierras descubiertas y por descubrir «a vosotros y a vuestros herederos y sucesores

¹⁶ J. Manzano, *op. cit.*, p. 315.

¹⁷ Estas bulas han sido analizadas por Alfonso García Gallo en su obra *Las Bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico de la expansión portuguesa y castellana en África e Indias*.

los Reyes de Castilla y León para siempre». En consecuencia, se excluye de los citados territorios a la Corona de Aragón.

Esta exclusión ha sido analizada por don Juan Manzano¹⁸, quien trata de explicarla del modo siguiente: tratándose de documentos tan fundamentales, no cabe suponer descuidos u omisiones. El pontífice se limitó a conceder lo que le pidieron y en los términos que se le pidieron. A los reyes, entendiéndose como bienes matrimoniales gananciales, les correspondía por mitad, nunca a sus reinos. Más adelante, sus sucesores en los reinos de Castilla y León serían los que se apropiarían, con carácter exclusivo, de dichas tierras, que desde ese momento quedarían incorporadas para siempre a la Corona de Castilla.

El Reino de Granada y las Islas y Tierra Firme del Mar Océano constituyen bienes gananciales del matrimonio real, y como tales pertenecen por mitad a ambos esposos. Como tierras nuevas de reciente adquisición, no incorporadas todavía a la Corona, son objeto de libre disposición por parte de sus respectivos dueños. En cambio, una vez verificada la incorporación plena de estos reinos nuevos a la Corona, son inalienables. El caso de Granada y Canarias es distinto al de las tierras americanas: Granada, como adquisición hecha durante el matrimonio, correspondía por la mitad a ambos cónyuges, pero en cuanto reyes de Castilla y León, por lo cual había de ir a parar al patrimonio de los descendientes de Isabel, ya que, por tratados anteriores entre Castilla y Aragón, pertenecía a la esfera castellana. En cuanto a Canarias, había sido siempre empresa castellana.

Ningún derecho anterior podía alegar Castilla a las nuevas tierras como no fuesen los del descubrimiento y ocupación, pues tan extraña resultaba la empresa de Colón para Castilla como para Aragón. En consecuencia, hay que pensar que su incorporación a Castilla se debió a un acto de liberalidad del Monarca, quien juzgó conveniente ceder la parte que le correspondía en las Indias a los herederos de los reinos de su mujer. De ello se infiere que, cuando ambos monarcas solicitaron de común acuerdo de Alejandro VI la concesión en la forma citada, es porque el Monarca tenía decidida de antemano la suerte de su mitad legítima.

En cuanto a las razones que pudo tener el Rey para ello, la explicación dada por los procuradores aragoneses en las Cortes de Monzón

¹⁸ J. Manzano, *op. cit.*, p. 315.

de 1528 de que la ayuda prestada por los castellanos a don Fernando en la defensa y conquista de algunos de sus reinos constituyó el fundamento de la liberalidad del monarca, no es satisfactoria: la cesión de unas tierras tan extensas y ricas, cuyas dimensiones todavía se desconocían, a cambio de una simple ayuda castellana puede parecer excesiva, máxime teniendo en cuenta la contrapartida de la ayuda prestada por el Monarca a su mujer en la lucha por la herencia al trono contra Juana la Beltraneja y en la conquista de Granada.

Cuando posteriormente se conquistó Navarra, también se incorporó a Castilla. A este respecto el padre Mariana apunta la idea de que el Monarca obró de esta forma para evitar que los navarros, caso de incorporarse a Aragón, se aprovecharan de las libertades de los naturales de este último reino, muy odiosas siempre a los reyes de todas las épocas, a lo que había que sumar los hechos de que la contribución de Castilla a la conquista de dicho reino en hombres y en dinero fue mucho mayor, y de que disponía de mayores recursos para defenderlo y conservarlo ¹⁹.

Opina Juan Manzano que parece más acertada la primera parte de la explicación que la segunda, haciendo al respecto las siguientes reflexiones: durante mucho tiempo se ha presentado la constitución política del Reino de Aragón como un modelo, en el que las libertades estaban perfectamente garantizadas contra los abusos del poder real, pero Aragón no era el país de las libertades, sino el de los privilegios, especialmente de una clase social, la nobleza, que aprovechándose de su fuerza respecto a monarcas débiles mermó su autoridad por el procedimiento de arrancarles coactivamente una serie de leyes-pactos autolimitadores de su soberanía. En Castilla el poder real tenía muchas menos trabas y mucha mayor libertad de movimientos.

Como ejemplos típicos presenta J. Manzano lo ocurrido en las Cortes de Calatayud de 1515, en las que el Monarca solicitó un «servicio» para hacer frente a los cuantiosos gastos de la Monarquía. Los dos brazos nobiliarios intentaron condicionar la concesión de este servicio a que el Monarca les concediese «la justicia» de sus vasallos, es decir, «que se revocasen los recursos de sus vasallos ante el rey», a lo que el Monarca no accedió. Refiere Zurita ²⁰ que Fernando el Católico

¹⁹ P. Mariana, *Historia General de España*, lib. XXX, cap. XXIV.

²⁰ J. Zurita, *Historia del rey D. Fernando*, lib. X, cap. XCIII.

estimaba mucho más «ser Gobernador en Castilla que con aquella libertad de sus súbditos reynar en los suyos» de Aragón, y la reina Isabel llegó a decir «quanto más honesto remedio les sería conquistar este Reyno que aguardar sus Cortes y sufrir sus desacatos». Los nobles aragoneses consagraron todas sus energías al logro de sus intereses personales, sin importarles el interés del Reino, y la incorporación a la Corona de Aragón de los nuevos territorios adquiridos entrañaba en ellos un grave peligro para la Monarquía, pues los nuevos vasallos, en más estrecho contacto con los viejos, pretenderían alcanzar sus mismas exenciones. Según la doctrina de Bartolo y Baldo, exhumada por tratadistas indianos, las Indias, como países de infieles, de conquista, tenían que ser incorporadas a los viejos reinos (Castilla y Aragón) por vía de accesión, lo cual suponía que serían gobernadas por las mismas leyes que el reino al que se agregaban. En consecuencia, la extensión a las provincias indianas de las «libertades aragonesas» hubiese planteado problemas y conflictos, agravados por la lejanía territorial.

En líneas generales, la teoría de Manzano posiblemente sea acertada: los Reyes Católicos, al igual que Luis XI en Francia y Enrique VII en Inglaterra, estaban tratando de implantar en España una monarquía que ejerciese un control efectivo en los diversos reinos bajo su dominio, y a este respecto los Fueros aragoneses constituían un obstáculo no pequeño, si bien en aquella época estaban siendo quebrantados por el Monarca sin que se registrasen reacciones excesivamente violentas, como lo demuestran los hechos de la implantación del Tribunal de la Inquisición y la ejecución del alcalde de Zaragoza. Parece lógico pensar que los Monarcas desearan ejercer un dominio personal sobre las nuevas tierras e implantar en ellas unas estructuras políticas que se lo permitiesen. La incorporación de parte de estos territorios a Aragón y una afluencia masiva de aragoneses a los mismos hubiesen conllevado la implantación en ellos de los Fueros de Aragón, con la consiguiente cortapisa al poder real. Por lo que respecta a la conquista, los pactos aragoneses suponían una contraprestación de servicios entre el Monarca y los nobles que los llevaban a cabo, suponiendo para éstos la obtención de unos territorios cuyo control no le hubiese resultado fácil al Monarca. Estos factores pudieron ser de gran importancia en la decisión de Fernando el Católico de excluir a sus reinos patrimoniales de la empresa. Las estructuras políticas castellanas resultaban mucho más útiles que las aragonesas al poder de los monarcas.

Manzano se refiere exclusivamente al Reino de Aragón, pero la Corona estaba compuesta por tres más: Cataluña, Valencia y Mallorca, a los que también se excluyó. El historiador catalán Bofarull afirma, en su *Historia crítica de Cataluña*, que la exclusión se hizo con la intención de estrangular económicamente a Cataluña, privándola del comercio atlántico. Las expediciones iniciadas hacía casi un siglo por los portugueses y el descubrimiento y subsiguiente colonización del nuevo continente iban a suponer un desplazamiento del tráfico comercial marítimo, tradicionalmente ubicado en el Mediterráneo, hacia el Atlántico. Aun teniendo en cuenta la no muy lejana rebelión de carácter separatista registrada en Cataluña contra su padre Juan II, nada hace suponer esa expresa intención en el Monarca, si bien no puede pasarse por alto la consideración del aumento del poder económico, y en consecuencia político, que la participación de la burguesía catalana, especialmente la de Barcelona, principal artífice de la citada rebelión, en el comercio atlántico ultramarino hubiese supuesto.

En ninguno de los cuatro reinos que componían la Corona de Aragón se registraron reacciones plasmadas en fuertes presiones contra la exclusión. ¿Por qué sus clases dirigentes no las realizaron? La razón de que los términos de la concesión de las bulas papales suponían un hecho consumado no parece satisfactoria, pero la realidad fue que el interés de los súbditos de la Corona de Aragón por las nuevas tierras se diluyó en emigraciones individuales, ya que la exclusión no se dio en términos absolutos²¹ desde los comienzos de la empresa: en el segundo viaje de Colón aparecen dos aragoneses de confianza del rey Fernando, el padre Boyl y Pedro Margarit, como responsables de la evangelización y de los hombres de armas respectivamente, seguidos posteriormente de otros muchos. Parece evidente que a los Reyes Católicos y a sus sucesores no les importó la presencia de súbditos de la Corona de Aragón en tierras americanas, siempre que actuasen y se integrasen en ellas dentro de las estructuras políticas establecidas, controladas por los Monarcas a través de los organismos creados en España y América a tal efecto.

²¹ D. Ramos Pérez, «La aparente exclusión de los aragoneses de las Indias: Una medida de alta política de D. Fernando el Católico», *Estudios*, pp. 7-40, Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1976.

Las Cortes de Monzón de 1519 establecen la igualdad de castellanos y aragoneses para el paso a tierras americanas, en una época en que la parte sustancial del imperio español en América estaba ya conquistada, y otras muchas tierras exploradas, pero antes y después de dichas Cortes, Jerónimo Hortal, Pedro Porter Casanate, Félix de Azara y otros muchos encabezan las listas de aragoneses que dejaron sus huellas en América.

Capítulo IV

ARAGONESES EN LAS INDIAS DURANTE LOS SIGLOS XV Y XVI

NAVEGANTES, CONQUISTADORES, ESCRITORES Y FUNCIONARIOS ARAGONESES EN LOS SIGLOS XV Y XVI

Ya hemos analizado en el apartado correspondiente las diversas razones que pudieron influir en el hecho de que, especialmente en el período que nos ocupa, la aportación aragonesa a la empresa de Indias no fuera tan significativa por el número de personas aportadas como por la calidad de las mismas. De la relativamente escasa proporción de aragoneses que en el siglo xvi marcharon a las nuevas tierras dan fe los registros de viajeros a Indias¹. De su destacado papel da testimonio el simple recuerdo de que quienes llevaron la máxima autoridad militar y eclesiástica en el segundo viaje colombino fueran, respectivamente, el zaragozano Pedro Bertrán de Margarit y el turiasonense F. Bernardo Buil.

El primero, según cuentan las crónicas, se había significado en la conquista de Granada y en ella obtuvo como premio algunos derechos económicos sobre el peaje de Zaragoza, hallándose en buena relación con Cristóbal Colón. El segundo, como veremos, era hombre de la confianza de los Reyes, desempeñó importantes comisiones y tuvo sus roces con el descubridor.

Fue Pedro Margarit una de las principales autoridades de la isla Española, lugarteniente de Diego Colón y gobernador del Fuerte de

¹ M.^a del C., Galvis Díez, *Catálogo de viajeros a Indias. Siglos xvi, xvii y xviii*, Archivo General de Indias, Ministerio de Cultura, Murcia, 1986.

Santo Tomás. De su autoridad da fe la Instrucción de Colón para reconocer las provincias de la isla de Cuba, fechada el 4 de abril de 1494, en la se dice:

mando a la gente que con vos fuere de aquí adelante que obedezcan vuestros mandamientos, e fagan todo lo que vos les digeredes o mandaredes de parte de sus Altezas, como farian bien si yo se lo mandase...²

Del aprecio que Colón tuvo a este aragonés es muestra la petición inserta en el Memorial que el Almirante envió a los Reyes con Antonio Torres el 30 de enero de 1494, en el que solicitó para don Pedro «alguna encomienda en la Orden de Santiago». Aun cuando Pedro Margarit era oriundo del Ampurdán, suele considerársele nacido en Zaragoza. Es demostrable su permanencia en esta ciudad, en la que fue alguacil del Santo Oficio en 1490.

El padre Buil fue, según bula papal de 7 de julio de 1493, la máxima autoridad religiosa en las tierras recién conquistadas y de él hablaremos más largamente. Hay que destacar que tanto Buil como Margarit mostraron, a su vuelta a Sevilla el 3 de diciembre de 1494, su disconformidad con los métodos de Colón. No fueron, por supuesto, estos dos personajes los únicos testimonios de la participación aragonesa. Junto a ellos hay que destacar a otro turiasonense que llevaba por nombre Lope de Conchillos. No llegó a marchar a las Indias pero fue en cambio quien, primero al servicio del rey Fernando y luego de Carlos I, llevó los asuntos de aquellas tierras hasta su muerte en 1521. De su influencia da testimonio Bernal Díaz del Castillo, quien lo sitúa, junto al licenciado Zapata y el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, como la persona clave para los asuntos de Indias³.

Gustó don Fernando de situar en los puestos claves de la administración de Indias a hombres aragoneses, por ser más de su confianza, y así nos encontramos con la interesante figura de Miguel de Pasamonte, tesorero del Rey en la isla Española, al que Fernández de Oviedo describió como «docto e gentil latino, honesto e apartado de vicios».

² Recogido en *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*, Madrid, 1914.

³ B. Díaz del Castillo, *Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de Nueva España*, El Día Español, S. A., México, tomo, I, p. 82

Nacido en la zaragozana villa de Ibdes fue, según algunos, quien llevó a América como oficial suyo al famoso Hernán Cortés⁴. Su figura ha sido dañada en cierta forma por la animadversión que le tuvo el padre Las Casas, según refleja éste en su *Historia de la Indias*. Afirma Latasa que fue autor Pasamonte de algunos trabajos, como *Relaciones de la isla Española*, que al parecer no llegaron a publicarse. Hemos podido verificar su importante papel de mediador en los enfrentamientos acontecidos entre Diego Velázquez y el conquistador de México, y aparece como uno de los firmantes de la carta al Emperador, fechada el 30 de agosto de 1520, en la que se explica qué medidas se han tomado para frenar el ataque de Narváez contra Cortés⁵. Junto a Pasamonte destaca la figura del oficial Juan de Ampíes, enviado por el rey don Fernando a La Española en 1511, desempeñando, aparte de diversos trabajos de administración, una buena y humanitaria labor con los indígenas; su espíritu colonizador sería heredado por su hijo Juan, que el 26 de julio de 1527 fundó la ciudad de Santa Ana del Coro. No parece extraño, pues, encontrar en estos primeros tiempos figuras aragonesas en ciertos puestos de confianza de los Reyes, pero sí lo es poder afirmar que fue aragonés uno de los más famosos autores de tratados de navegación, como es el caso de Martín Cortés de Albacar.

Cuando la Corona de Aragón abrió rutas de gloria por el Mediterráneo, el viejo Reino aportó soldados, capitanes y administradores, dejando especialmente a los mallorquines la gloria de ser quizá los más destacados geógrafos y marinos de la época precolombina. Así lo reconoce Humboldt y lo testimonian los célebres portulanos mallorquines de los siglos xv y xvi. Es cierto que algunos autores han citado y resaltado la presencia en Zaragoza del famoso matemático y cosmógrafo salmantino Abraham Zacuto, pero ello no sirvió, que sepamos, para crear ninguna escuela. Julio Rey Pastor nos sitúa al célebre matemático,

⁴ Latasa, *Biblioteca Antigua y Nueva de Escritores Aragoneses*, ed. aumentada por M. Gómez Uriel, Zaragoza, 1885, tomo II, p. 479. Hemos encontrado algunos datos de esta familia y sus entronques con la también familia ibdense de los Gobiernos en el Archivo de los Liñán de Calatayud. También se refiere el dato de que Hernán Cortés fue llevado por él a América. Referencia que es recogida en las *Historias Eclesiásticas Seculares de Aragón*, tomo I, pp. 62-63, y en autores como Martínez del Villar, Latasa o Gómez de Gómara.

⁵ Puede verse esta carta en Gayangos Pascual, *Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V*, París, 1886.

que luego asesoraría a los portugueses, impartiendo clases en una universidad de Zaragoza que en esa época todavía no existía. Con más acierto, Serrano Sanz lo localiza en las aulas de la Judería zaragozana ⁶.

Aparece, pues, Martín Cortés como una gloriosa excepción, como las habría en siglos posteriores. Su importancia es equiparable a la de los Medina o Sacrobosco, y por ello vamos a detenernos brevemente en la figura de este aragonés. Nacido en Bujaraloz (Zaragoza) en los primeros tiempos de los descubrimientos, no dejó o no hemos sabido encontrar rastros de sus primeros años en Aragón. Se dio a conocer en Cádiz en los ambientes marítimos, especialmente a partir de la publicación de su *Breve Compendio de la Sphera y de la Arte de Navegar*, obra que adquirió gran importancia, siendo lectura obligada para los navegantes en los siglos xvi y xvii. De su valor dan idea las numerosas ediciones que se realizaron, de las que hablan Vindel y Palau ⁷. Singularmente importantes fueron sus aportaciones sobre el polo magnético terrestre, destacándose su preocupación por la investigación geográfica, plasmada en las páginas de su obra:

...e no sería inconveniente antes cosa justi y muy acertada (para quitar tantos errores de los cuales se sigue tanta confusión y peligros) que Vuestra Majestad mandase doctos cosmógrafos y expertos en el arte de navegar que verificasen las alturas del polo que tienen los pueblos, cabos, islas y puertos marítimos ⁸.

Los marinos holandeses e ingleses hicieron uso frecuente de este tratado que fue libro de texto de los oficiales de la Marina Real Británica.

⁶ J. Rey Pastor, *La Ciencia y la Técnica en el Descubrimiento de América*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1942, p. 70; M. Serrano Sanz, *Orígenes de la dominación en América*, Madrid, 1918, tomo I, p. XLVIII.

⁷ A. Palau, *Manual del Librero Hispano-Americano*, Madrid, 1990, tomo II, p. 314. De las obras de Vindel conviene hacer especial mención a *Mapas de América en los libros españoles de los siglos xvi al xviii (1503-1798)*, Madrid, 1945. De esta obra se presentó un segundo tomo con el título de *Mapas de América y Filipinas en los libros españoles de los siglos xvi al xviii (1503-1798)*, Madrid, 1959. Este libro es un apéndice de la obra publicada en 1945 con una adición de lo relativo a Filipinas.

⁸ M. Cortés de Albacar, *Breve Compendio de la Sphera y de la Arte de Navegar*, Sevilla, 1551, folio LXVIII.

Otros aragoneses que sobresalieron en América y que dejaron obras importantes, en la mayor parte de los casos inéditas, fueron Juan Cristóbal Calvete de Estrella y Juan Belveder.

Este último publicó el primer impreso en Perú sobre cálculo monetario y mercantil: *Libro General de las Reducciones de Plata y de Oro de diferentes leyes y pesos de menor a mayor cantidad y de sus intereses a tanto por ciento, con otras reglas y avisos muy necesarios para estos reinos del Pirú*, Lima, 1597. Desconocemos si llegaron a publicarse otras obras de este autor natural de Tauste (Zaragoza). Por su parte, Juan Cristóbal Calvete de Estrella, el aragonés de Sariñena (Huesca) que se hiciera famoso por los elogios y la poesía que dedicó a los personajes más famosos de su tiempo, empleó también buena parte de sus atenciones en la historia de América. De los manuscritos que este aragonés nos dejó sobre la historia de América destaca *De Rebus Indicis*, obra citada a veces de forma imprecisa por autores como Latasa, Nicolás Antonio, o el padre Juan Francisco Andrés. Afortunadamente, *De Rebus Indicis* fue publicada en 1950 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas con un prólogo de su comentarista traductor José López de Toro.

Si bien Calvete de Estrella no estuvo en el Nuevo Mundo, es indudable que tuvo gran interés por cuanto allí acontecía, y conoció y se orientó para escribir su obra en las fuentes proporcionadas por Francisco López de Gómara, Agustín de Zárate y Pedro Cieza de León, entre otros. Cristóbal Calvete de Estrella no aparece en el catálogo de *Títulos de Indias del Archivo de Simancas* como cronista, sin embargo, diversos documentos del *Archivo de Protocolos de Madrid*, algunos de los cuales reproduce José López de Toro en *De Rebus Indicis*, parecen atestiguar que desempeñó dicho cargo⁹.

Ya hemos hablado de los protectores aragoneses de Colón: Luis de Santángel, Gabriel Sánchez, Juan Ruiz de Calcena, Leandro Cosco, Sancho de Paternoy, Juan de Coloma o Juan Cabrero, pero no termina ahí la participación de los aragoneses en las empresas de la época. Algunos cronistas aragoneses intentaron, con escasa fortuna, hacer descender al famoso Hernán Cortés de tierras aragonesas, en concreto de la zona de Terrer. Si esto es ciertamente difícil de verificar, resulta en

⁹ *De Rebus Indicis*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1950, prólogo de José López de Toro, LXXIII a LXXVII.

cambio evidente la relación del conquistador con Aragón, no sólo por sus contactos con Miguel de Pasamonte o el secretario Lope de Conchillos, sino también por el prestigio de que gozó en el Reino de Aragón, donde en 1523 sería publicada por Jorge Coci su segunda *Carta de Relación*, enviada al emperador Carlos I; se trataba de la enviada desde Segura de la Frontera el 30 de octubre de 1522.

Con Hernán Cortés hubo varios conquistadores aragoneses, aun cuando es difícil rastrearlos, pues hay cronistas que, pródigos en dar referencias del origen de los soldados castellanos, raramente citan la condición de los pocos aragoneses que aparecen en sus crónicas; tal es el caso, por ejemplo, de Bernal Díaz del Castillo¹⁰. Acaso estos y otros silencios fueron los que hicieron que Bartolomé Leonardo de Argensola se quejara de ello en uno de sus Anales¹¹.

Entre los aragoneses que hemos podido localizar se encuentra el capitán Miguel Díaz de Aux, descendiente de una noble familia aragonesa que proporcionó varios escritores ilustres. En 1520 se unió a Cortés en Veracruz al frente de 50 soldados. Se destacó, según los historiadores de la época, en diversas acciones, y Solís, a diferencia de los otros cronistas, cita su naturaleza. Fue un «caballero aragonés y tan señalado en aquellas conquistas que fue su persona socorro particular»¹².

Otros soldados que aparecen en estas conquistas son Juan de Aragón y Luis de Zaragoza. Pero más conocida que la de estos dos fue la figura —a veces maltratada por ciertos estudios— de Gerónimo de Hortal. Este zaragozano recibió, según Latasa, el encargo de Carlos I de conquista y gobierno de la costa desde el río Marañón hasta el cabo de La Vela. Pobló la ciudad de San Miguel de Neveri. Parece ser que hacia 1534 llegó con 136 hombres a las bocas del río Amazonas y, tras ocupar diversos cargos, como el de gobernador de Paria, murió en la isla de Santo Domingo¹³.

¹⁰ Díaz del Castillo, *La conquista de Nueva España*, El Día Español, México S.A., 4 tomos.

¹¹ B. Argensola, *Anales*, libro I, cap. 10.

¹² A. Solís, *Conquista de Méjico*, Buenos Aires, 1944, tomo II, p. 244. Para su localización en otras ediciones véase el libro V, capítulo VI.

¹³ Pueden verse referencias biográficas en J. Castellanos, *Elogios de Varones Ilustres de Indias*, Madrid, 1589, pp. 204-257. Resultan un tanto peyorativos, pese al carácter literario de la obra, algunos comentarios de Majó Framis en su obra *Navegantes Españoles del siglo XVI*, Madrid, 1964, pp. 1190-1191: «y se había ido a fundar unos pueblecillos de cómodas haciendas...».



Mapa de las Regiones Amazónicas.

Aún podríamos citar en este siglo la figura de algún otro célebre aragonés como Rodrigo Zapata y Palafox, a quien el Rey hizo de su Consejo de Indias, pero no nos extendemos en esta figura, una de las más destacadas de su tiempo, porque su vida y su obra, pese al cargo desempeñado por breve tiempo, estuvieron hasta su muerte más ligadas a España que a América. Falleció en Calatayud en 1591.

Hubo, por supuesto, otros muchos anónimos aragoneses en este período del siglo xvi y los hubo de todos los rincones de Aragón. El porcentaje no es muy amplio, sirva como muestra que, de un total de 10.870 viajeros a Indias registrados entre 1578 y 1599, hemos encontrado 76 aragoneses que, con profesiones diversas, salen para las Indias; a los que habría que sumar, ignorando en este caso su naturaleza, unos 40 frailes franciscanos salidos de conventos de Aragón a los que se estaban fundando en las Indias. Si el período elegido es 1509-1599, la cifra se eleva a 311¹⁴.

Entre estos viajeros hemos podido detectar algunos personajes curiosos, como es el caso de Juan de Marroviza y Estrella, de Cariñena, que se embarcó para Perú con su tío Pedro de Estrella de Salamanca, el 4 de enero de 1592. Este Pedro de Estrella era hijo del cronista Cristóbal Calvete de Estrella y de doña Ana de Villarroel Cabeza de Vaca. Hemos visto también que salió, como gobernador de Yucatán, el 13 de julio de 1592, el capitán Alonso Ordóñez, natural de Calanda (Teruel), o que fue contratado como cantor de la catedral de México Tomás Lopes, natural de la ciudad de Jaca (Huesca), en 1595.

La mayoría de los 311 aragoneses a los que hemos hecho alusión anteriormente partieron para las Indias como criados, artesanos, secretarios o sacerdotes. El 1 de octubre de 1515 registra el Catálogo el embarque de Esteban de Pasamonte, hijo de Juan de Pasamonte y de Juana Sánchez, vecinos de Ibdes (Zaragoza).

Creemos que queda claro que Aragón contribuyó, en mayor medida de la que los propios aragoneses suponen, a ese legado de lengua, cultura y religión que dio España a una América con la que se fundió en lo bueno y en lo malo.

Quince siglos después de que la nación más poderosa del mundo del siglo I de nuestra era romanizase España, ésta hispanizaba América.

ECLESIAÍSTICOS Y MISIONEROS ARAGONESES EN LAS INDIAS DURANTE LOS SIGLOS XV Y XVI

Mucho más destacada quizás que cualquier otra fue la participación aragonesa en la evangelización de las Indias en el período que nos ocupa. Estos misioneros no sólo realizaron una labor evangelizadora y pacífica, sino que en muchos casos contribuyeron con sus escritos al mejor conocimiento de aquellas tierras y estudiaron lenguas y dialectos de los primitivos pobladores.

Ya comentamos que fue un aragonés, fray Bernardo Buil, nacido en Tarazona (Zaragoza) el año 1446, el primer responsable de la evan-

¹⁴ En los catálogos publicados de *Pasajeros a Indias*, que teóricamente abarcan todo ese período, hay importantes tramos en los que no se registran los pasajeros que se embarcaron para América, por lo que la cifra de aragoneses pudo ser algo mayor.

gelización de tierras americanas¹⁵. Antes de su marcha con Cristóbal Colón había realizado el padre Buil diversos servicios a los Reyes Católicos, como igualmente seguiría prestándoselos a su regreso. Fue además el encargado de llevar al papa Alejandro VI la petición de los Reyes de que fuera permitida en España la Orden de Frailes Mínimos Franciscanos, que tanto trabajaron en la evangelización de las Indias. En el Archivo General de la Corona de Aragón se conserva la carta fechada en Tarazona el 21 de octubre de 1495, de presentación al padre Buil, hecha por el rey Fernando y registrada por Coloma¹⁶.

El hecho más conocido de su historia aconteció cuando salió de la bahía de Cádiz junto a Colón, el 25 de septiembre de 1493. Previamente el Papa, atendiendo a la solicitud de los Reyes y por una bula especial de 7 de julio de 1493, daba al padre Buil amplísimos poderes en las tierras descubiertas por el Almirante.

En las instrucciones dadas a Colón por los Reyes y recogidas por Fernando Navarrete pueden leerse:

Sus Altezas... envían allá al devoto P. Fr. Buil juntamente con otros religiosos, quel dicho Almirante consigo ha de llevar, los cuales por mano e industria de los indios que acá llegaron, procure que sean bien informados de las cosas de nuestra Santa Fe, pues ellos sabrán e entenderán ya mucho de nuestra lengua, e procurando de los instruir en ello lo mejor que se pueda¹⁷.

Los intereses del padre Buil y los del Almirante eran evidentemente diferentes y, según Fernández de Oviedo, fueron fuertes las disputas entre ambos. Son significativas estas líneas en su *Historia General y Natural de las Indias*:

e así como Colom hacía alguna cosa que al Fraile no pareciese justa, en las cosas de la justicia criminal, luego ponía entredicho y lo açia

¹⁵ El lugar de nacimiento de fray Bernardo Buil, citado también Boyl o Boil, es discutido, V. Azagra o Casteñedo lo hacen aragonés, Jaime Caresmar lo sitúa como catalán; Villanueva, como valenciano, y así un largo etcétera de autores.

¹⁶ *Archivo General de la Corona de Aragón*, registro 3.685, folio 118.

¹⁷ M. Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo xv...* Madrid, Imprenta Real, 1825-37, 5 vols. Las instrucciones dadas a Colón pueden encontrarse en el vol. I, XLV.

censar el oficio divino. Y en esa hora el Almirante mandaba censar el ração, y que no se le diese de comer al Fraile Buil ni a los de su casa ¹⁸.

Este libro de Fernández de Oviedo contiene algunas curiosidades como la condena por parte del Almirante de un aragonés que tenía por nombre Gaspar Ferriz y que fue ahorcado pese a las protestas del padre Boil o Buil.

En su juventud, el padre Buil había sido ermitaño en las montañas de Montserrat, y si desgraciadamente no nos dejó o no hemos sabido localizar ninguna obra suya que trate de los descubrimientos, ya antes había hablado de los hechos que hemos narrado. Fue autor y traductor, respectivamente, de dos interesantes incunables editados en Barcelona y San Cucufate el Vallés, dando en ellos muestra de su erudición y conocimiento. Estos libros son: *Isaac de Religiones*, San Cucufate, 1490; que fue dedicado al arzobispo de Daroca, Pedro Zapata. Y *Liber abbatis y sach de ordinacione anima valde utilis pro viris spiritualibus ad stirpadi vicio et adquiriendas virtutes*, Barchinone, 1497 ¹⁹.

Existe también una hermosa y lírica noticia que habla del primer matrimonio religioso celebrado en las Indias, del que fueron protagonistas un zaragozano y una haitiana, actuando como sacerdote el padre Buil, según refiere Juan Castellanos:

Conocidas las grandes aficiones que los dos amantes hacen muestras el Fray Boyl les dio las bendiciones por orden de la Iglesia nuestras (...) y fueron los mestizos que éste tuvo los primeros que en la tierra hubo ²⁰.

Independientemente de estas curiosidades, lo cierto es que el padre Buil gozó en su tiempo de gran predicamento hasta su muerte, acontecida siendo abad de la Abadía de Cuxa en el Rosellón.

Si Buil fue el primer responsable de la evangelización de las tierras recién descubiertas, otro aragonés, Julián Garcés, sería uno de los pri-

¹⁸ G. Fernández de Oviedo, *Historia General de las Indias*. Madrid, Imprenta de la Academia de la Historia, 1851-55, 4 vols. vol. I, Libro II, cap. XIII.

¹⁹ Los libros citados pueden consultarse, respectivamente, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca Universitaria de Barcelona.

²⁰ J. Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, Vda. Alonso Gómez, Madrid, 1589.

Breue compendio de la sphaera y de la arte de nauegar con nuevos instrumentos y reglas-exemplificado con muy subtiles demonstraciones: compuesto por Martin Cortes natural de burjalaroz en el reyno de Aragon y de presente vezino de la ciudad de Cadiz: dirigido al inuictissimo Monarcha Carlo Quinto Rey de las Espanias etc. Señor Nuestro.



(Portada.)

Martin Cortes: Edices, Sevilla, 1551.

meros obispos de tierras americanas. Fray Julián Garcés, nacido posiblemente en la villa de Munebrega (Zaragoza), aunque diversos historiadores han planteado que nació en Borja (Zaragoza)²¹, era hijo de un rico infanzón aragonés de Munebrega que llevaba el nombre de Ximén Garcés. Estudió en la Universidad de Alcalá de Henares y amplió sus estudios en la Sorbona. Tomó hábito de dominico en marzo de 1474 y se sabe que a finales de siglo era maestro de novicios en el convento de Zaragoza. Estuvo antes en Salamanca, donde parece ser que adquirió profundos conocimientos en lenguas clásicas²². Fue nombrado por Carlos I predicador real y más tarde, por Real Cédula del 19 de septiembre de 1526, obispo de Tlaxcala, siendo el primer obispo de dicha diócesis creada aquel mismo año, de la que tomó posesión en 1529. Gracias a sus esfuerzos se construyó la catedral de dicha ciudad dedicada a la Inmaculada Concepción. Por su defensa de los indios, fue nombrado, junto al Franciscano Juan de Zumárraga, «protector de los indios». Es de destacar su estrecha relación con el obispo antes citado, con el cual llegó a redactar algunos escritos en favor de los indios. Murió en 1547.

Suelen atribuirse a fray Julián Garcés las gestiones que provocaron la bula *Veritas ipsa* del año 1537, en la cual se decía que los indios, aun cuando estuvieran fuera de la fe, no debían ser privados de su libertad ni del dominio de sus bienes. Esta bula fue expedida por el papa Paulo III (1534-1549) y en ella se recoge el espíritu de nuestras Leyes de Indias, en las que se penaba con la excomunión a quienes redujeran a la esclavitud a los indígenas.

Entre otras obras, fray Julián Garcés proyectó lo que sería posteriormente la catedral de la Puebla de los Ángeles, que más de un siglo después concluiría otro aragonés, el virrey y obispo Juan de Palafox y Mendoza. Hay que destacar que fue en 1531 cuando por Real Cédula se encomendó la fundación de Puebla a este ilustre obispo aragonés, cuyos restos descansan a los pies del altar mayor de la catedral que tanto le debe. Como curiosidad cabe resaltar que Isabel Garcés, her-

²¹ Hemos hablado con el párroco de Munebrega, que nos ha confirmado tal extremo y mostrado un óleo que representa a fray Julián Garcés, el cual se encuentra en la iglesia parroquial de Munebrega.

²² Latasa, *op. cit.*, tomo I, p. 584. Comenta que perfeccionó sus estudios en París y que fue ponderado por Nebrija.

mana del obispo aragonés, fue la mujer de Miguel López de Legazpi, conquistador de las Filipinas, y que —aunque es un aspecto que no hemos podido verificar— no faltan quienes afirman que el apoyo económico del obispo Garcés facilitó la expedición del famoso marino.

Hemos hablado de dos de las figuras quizá más importantes de este período. Convendría reseñar aquí que los primeros obispados creados en México fueron ocupados por grandes prelados como Garcés en Tlaxcala, Zumárraga en México, Quiroga en Michoacán, Goez Marever en Guadalajara y Toral en Yucatán. No es difícil comprobar que los distintos conventos de algunas órdenes en Aragón, especialmente las de los franciscanos y dominicos, tuvieron un papel importante en la aportación de misioneros a las Indias Orientales y Occidentales ya desde el siglo xvi.

A veces, las salidas de frailes procedentes de conventos aragoneses eran verdaderas expediciones. El 2 de noviembre de 1588 salía del convento de franciscanos de Zaragoza hacia Costa Rica, Nicaragua y Honduras un grupo de trece frailes bajo la dirección de fray Nicolás de Vargas. Poco antes, el 21 de marzo del mismo año, y bajo la dirección de fray Juan de la Cruz, habían salido rumbo a Santo Domingo ocho franciscanos procedentes del convento de Borja, seis de Tarazona, cinco del de Huesca y seis del de Zaragoza.

La lista sería más larga como puede comprobarse en los *Apuntamientos de Viajeros de Indias*²³. Aquí sólo vamos a citar a algunos de los sacerdotes y misioneros más destacados de este siglo. Los agustinos llegaron a las tierras americanas poco después de los franciscanos y dominicos, siendo su primer convento el de San Agustín de Ocuisteco, fundado en 1533. También aquí el primer agustino en pisar tierras americanas fue un aragonés, fray Vicente de Requejada, nacido en Zaragoza hacia el 1500²⁴. Llegó a La Española hacia 1527, acompañó al zaragozano Juan de Ampiés en la fundación de Coro, el año 1528, y realizó diversas expediciones por tierras de la actual Venezuela y Colombia. A propuesta de Hernán Pérez de Quesada, montó con él una

²³ Hasta el momento se han publicado siete volúmenes del *Catálogo de Pasajeros a Indias* que abarcan el período de 1509-1599.

²⁴ P. M. Berruco Salvador, *Agustinos Aragoneses Misioneros*, Col. Aragón-América, Zaragoza, 1990 p. 29; y J. Pérez Gómez, *El primero agustino que arribó a las playas americanas*, Archivo Agustiniiano, 32, 1929.

expedición en busca del mítico «El Dorado», expedición que fue objeto de la atención de Juan de Castellanos, quien versificó la desgraciada aventura del agustino que duró casi dos años, al que describe casi como a un don Quijote en su asno Muzubare que tuvo que sacrificar para subsistir. Cuando murió el padre Requejada en Tunja, en 1575, sus bienes se repartieron entre el convento agustino de Bogotá y el de Zaragoza.

Ya hemos dicho que una de las órdenes religiosas que más se distinguió en la defensa y protección de los derechos de los indios fue la de los dominicos, a la que pertenecía el obispo Garcés. No evitó esa postura que algunos de ellos dejaran su vida en manos de aquellos a los que defendían y así aconteció con fray Luis Cancer. Este misionero, nacido en Barbastro (Huesca), tras breve estancia en La Española (actual Santo Domingo) pasó como prior de una de las primeras comunidades dominicas a Puerto Rico en 1525. Estuvo en tierra de la actual Guatemala como compañero de fray Bartolomé de las Casas. Aprendió varias lenguas de los indios, lo que facilitó su labor misionera. Se sabe que precisamente con Las Casas volvió a España en 1539 a reclutar misioneros. A su regreso a América siguió desarrollando su importante tarea en pro de los habitantes indígenas. En 1547, volvió a España con el obispo de Chiapas, con quien tuvo frecuente relación. En España fue designado para acompañar a la expedición que debía dirigirse a La Florida y allí murió a manos de los indios en junio de 1549.

No faltaron tampoco misioneros aragoneses en las ilas Filipinas y en Japón. Entre ellos queremos destacar la figura de fray Francisco Blancas, de la orden dominica, nacido en Tarazona en 1560. En 1594 se encontraba ya en aquellas islas. Es famoso por haber escrito diversas obras sobre la lengua tagala a las que haremos referencia. A comienzos del siglo XVII fue nombrado Procurador General de las Misiones Filipinas. Él fue quien publicó el primer libro impreso en Batán, pueblo que en 1578 había fundado el dominico fray Sebastián de Baeza²⁵. Sus obras aparecen bajo el nombre de fray Francisco de San José, y puede verse en el capítulo IX.

²⁵ Este libro es citado por Latasa, *op. cit.*, tomo I, p. 213. Palau, en su manual del Librero Hispano-americano (*op. cit.*), da la noticia de que a él se debe el primer libro

Otro destacado aragonés de este siglo fue Francisco Ximénez Lobera. Nació en Luna (Zaragoza) en 1552, y joven aún viajó a tierras americanas. En 1612 ingresó en la Orden de Santo Domingo en la ciudad de México. En 1615 publicó una importante obra: *Cuatro Libros de la Naturaleza y Virtudes de las Plantas y Animales que están recibidos en el uso de la Medicina en la Nueva España*, Vda. de López Dávalos, México²⁶. Se trata de una traducción de la obra del famoso médico Francisco Hernández —traductor de la *Historia Natural* de Plinio y uno de los más importantes botánicos de la época— a la que el lego dominico hizo algunas adiciones. Diversos autores han estudiado la figura de Francisco Ximénez Lobera, que fue, sin duda, importante por sus trabajos sobre botánica y medicina²⁷.

Aun cuando al parecer no estuvo en América, es de destacar finalmente la labor de fray Antonio Ruiz de Calcena, franciscano nacido en Calatayud que llegaría a vicario general de su orden y obispo de Tortosa, quien dedicó varias de sus obras a las misiones franciscanas en América.

Como a lo largo de la obra iremos desgranando siglo a siglo lo más destacable de la presencia pionera aragonesa en América, queremos hacer aquí algunas advertencias. No todas las órdenes e institutos religiosos llegaron a América, como es lógico, en un mismo siglo; dominicos, franciscanos, agustinos y mercedarios, fueron quizá quienes tuvieron una más temprana presencia, y en el caso de los tres primeros, una mayor implantación colectiva. Los jesuitas no llegaron hasta finales del siglo xvi y su labor quedó temporalmente cortada por la exclusión que se llevó a cabo en la época de Carlos III. Los capuchi-

impreso en Batán, dato al que hacemos referencia en el texto dentro del Diccionario Geográfico Tipográfico H. XXIII.

²⁶ Hemos encontrado pocas referencias de este libro que, no obstante, parece ser que gozó de cierta popularidad. Puede verse un ejemplar del mismo en la Biblioteca Nacional de Madrid.

²⁷ Véase J. Catalan Sesma, «La farmacia y las ciencias relacionadas con ella en algunos personajes naturales de Luna», trabajo inédito depositado por el autor en la Cátedra de Historia de Farmacia de la Universidad complutense de Madrid. Este trabajo ha sido citado por Vicente Martínez Tejero en *Aragón y América*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1991, p. 178. No faltan tampoco algunas alusiones críticas a sus cuatro libros sobre la naturaleza. José Montoro, en su obra *Virreyes españoles en América*, Mitra, Barcelona (s.f.), p. 93, la tilda de «pésima copia», aunque reconoce que se agotó nada más salir de la imprenta.

nos llegaron en el siglo xvii y así sucesivamente irían llegando los distintos institutos religiosos. En cualquier caso la llegada de los misioneros no siempre implicaba una paralela presencia de aragoneses y castellanos. En estos primeros tiempos y durante determinados períodos, en algunas órdenes sólo se enviaron miembros a las misiones desde las provincias castellanas. Y esto pudo ser un obstáculo para una mayor presencia de aragoneses, que sólo podían llegar en la medida en que los hubiera en los conventos de Castilla.

Capítulo V

EL SIGLO XVII EN ARAGÓN Y SU REPERCUSIÓN PARA LAS INDIAS

Murió el siglo xvi en Aragón tras un agitado final: revueltas de moriscos que duraron hasta 1589, pleitos entre señores y cierta hostilidad de la nobleza a los nombramientos reales. Todo ello, junto con el incidente más grave y trascendente suscitado por Antonio Pérez, su prisión y liberación, el asesinato del Conde de Almenara, y los hechos subsiguientes determinaron la antiforal entrada en Aragón del ejército castellano y la oposición a éste de fuerzas aragonesas improvisadas y faltas de coherencia.

No vamos a relatar aquí los hechos que ya pormenorizó hace más de un siglo el Marqués de Pidal, pero sí queremos resaltar que las ejecuciones «ejemplarizantes», aunque en algunos casos injustas, de unas veinticinco personalidades tras la derrota aragonesa consiguieron someter quizá definitivamente a la nobleza del Reino¹.

Una prueba de que en Antonio Pérez defendía la nobleza aragonesa más sus privilegios que la figura del secretario fue el posterior rechazo que éste sufrió por parte de los aragoneses cuando pretendió, con ayuda de fuerzas francesas, levantar nuevamente este Reino contra Felipe II. Las Cortes de Tarazona de 1592, que sorprendentemente para algunos historiadores aragoneses de la época como Argensola en absoluto significaron una pérdida de los fueros, consiguieron una mayor vinculación de la clase dirigente aragonesa a los objetivos de Felipe II. Esto fue facilitado tanto por las modificaciones forales como por el sometimiento de la nobleza.

¹ Marqués de Pidal, *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, Madrid, 1863.

Murió el Rey en 1598 y empezó un nuevo siglo. Una serie de hechos, además de lo anteriormente apuntado, tuvo gran importancia para entender, de un lado, el interés renacido de la clase dirigente por el tema de Indias y, de otro, que ello no significase un aumento considerable del número de aragoneses que se dirigieron a los nuevos reinos.

El siglo xvii aragonés estuvo marcado por la expulsión de los moriscos, las guerras con Francia y Cataluña y los problemas epidémicos. Es evidente que la conjunción de estos factores determinó tanto el empeoramiento de la situación económica como importantes problemas demográficos que explican, ya de por sí, que Aragón no fuera una exportadora de hombres hacia el Nuevo Mundo.

El primero de los problemas apuntados fue la expulsión de los moriscos. Aun cuando faltan estudios que permitan valorar en toda su amplitud la importancia de esta medida, podemos afirmar que la misma tuvo un notable costo, tanto económica como socialmente. Aragón, junto con Valencia, fue el Reino que más sufrió con esta medida, por ser ambos los que en la fecha tenían un mayor número de personas afectadas. Es cierto que la distribución de los moriscos en Aragón era bien desigual, concentrándose principalmente en las provincias de Zaragoza y Teruel y, dentro de ellas, en el ámbito rural.

La población morisca, a tenor del estudio comparado del censo de 1495 y del realizado por el Marqués de Aytona en 1610, seguía ubicada predominantemente en las mismas zonas del Jalón, el Jiloca, el Ebro y las comarcas de Albarracín, Hija y Calanda, y había experimentado un considerable incremento demográfico². En el censo de 1495 aparecen reflejados un total de 5.674 fuegos, y el de 1610 evalúa el total de moriscos en 14.109, lo que vendría a representar aproximadamente entre un 15 y un 20 % de la población total.

Es importante, además, destacar que en una sociedad con una economía de subsistencia y básicamente rural en la que el problema de los cereales, aceite, etc., predominaba sobre cualquier otro, el hecho de la expulsión tuvo que originar importantes consecuencias. Desgracia-

² El primero de los censos apuntados puede verse en el Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza. El segundo ha sido estudiado por E. Regla, *Estudios sobre los moriscos*, Ariel, Barcelona, 1974, y H. Lapeyre, *Geographie de l'Espagne morisque*, G.E.V.E.N., París, 1959.

damente, la salida de los moriscos, que ha sido estudiada en el ámbito de la ciudad de Zaragoza, no lo ha sido precisamente allí donde había mayores concentraciones³. Poblaciones como Belchite, Borja, Brea de Aragón, Gelsa, Cadrete, María de Huerva, Muel, Pedrola, Rueda de Jalón, Ricla, Urrea de Jalón, Villafeliche, Gea de Albarracín, Hijar y Puebla de Hijar o Urrea de Gaen entre otras, estaban en su mayor parte habitadas por moriscos.

La expulsión fue rápida y se realizó pacíficamente. Se aprobó el 4 de abril de 1609 y, pese a las gestiones que para su anulación realizaron diversos miembros de la nobleza aragonesa y una comisión de diputados, Felipe III dio la orden de expulsión definitiva el 17 de abril de 1610. No viene al caso resaltar aquí, los sistemas de incautación de tierras de los moriscos, mas conviene destacar que diversos lugares quedaron prácticamente despoblados y que numerosas rentas de censales de lugares de señoríos dejaron de percibirse por parte de los señores.

El segundo factor que incidió fuertemente sobre Aragón fue el de las sucesivas guerras contra Francia y los secesionistas catalanes. Un decreto de Felipe IV de 25 de julio de 1626 determinó la creación de la Coalición de Armas.

Hasta esta fecha era primordialmente Castilla el recurso humano y económico de los Austrias; a partir de esta fecha y con una concepción más moderna se intenta unificar el esfuerzo militar de todas las Españas.

El decreto marca la obligada naturaleza aragonesa de las fuerzas aportadas por Aragón y la obligatoriedad de sostenimiento económico de las mismas con fondos del Reino.

Si en 1626 las Cortes votaron un contingente de 2.000 hombres durante 15 años equivalía a 144.000 libras, la separación de Portugal y la guerra de Cataluña exigieron una aportación mayor a partir de 1640. Las continuas demandas de hombres y de fondos y el hecho de ser Aragón frontera con Cataluña y Francia determinaron constantes perjuicios económicos y comerciales para el Reino de Aragón⁴.

³ Sobre el tema de la expulsión en Zaragoza puede verse J. I. Gómez Zorraquino, *La expulsión de los moriscos zaragozanos: el destino de sus bienes*, Floresta Histórica, homenaje a F. Solano, Zaragoza, 1984, y M. C. Ansón, *Demografía y Sociedad urbana en la Zaragoza del siglo xvii*, C.A.Z.A.R., Zaragoza, 1977.

⁴ El tema del Servicio de Armas puede verse en J. A. Armillas, *El servicio de Armas en Aragón*, Floresta Histórica, homenaje a F. Solano, Zaragoza, 1984.

Finalmente, el tercer factor apuntado es el de importantes brotes epidémicos favorecidos por procesos de debilitamiento causados por las malas cosechas y por los efectos de la guerra con Cataluña y Francia. No hay que olvidar que franceses y catalanes saquearon en diversas ocasiones las zonas de Ribagorza y la Litera, y que los pueblos de Tamarite o Monzón sufrieron ocupaciones y destrucciones considerables. Dormer afirma que la guerra de 1640-1646 costó al Reino de Aragón cinco millones de libras jaquesas, un dato difícil de confirmar.

La peste, que ya entre 1648 y 1654 entró en Aragón, al parecer procedente de Valencia, causó una gran mortandad. Sólo la ciudad de Zaragoza sufrió la pérdida de una cuarta parte de su población y Huesca, un porcentaje similar. En 1676 surgieron nuevos brotes epidémicos que se prolongaron hasta 1684.

La guerra, la peste y la expulsión de los moriscos, factores no compensados por algunos aportes de población, procedentes especialmente de Francia, determinaron una mala situación demográfica y económica en el Aragón del siglo xvii.

Con todo, el Reino de Aragón ya había demostrado en la época de don Fernando un cierto aunque minoritario interés por las Indias que evidencia, tras una larga etapa absentista, su deseo de participar en las empresas de la Monarquía⁵. En las Cortes de Monzón de 1585 se permitía de derecho que los aragoneses disfrutasen, igual que los castellanos, de oficios eclesiásticos y seculares en las Indias, lo cual se hace patente en las demandas realizadas por Aragón en el siglo xvii.

El acceso al aparato burocrático de personas de extracción burguesa y la búsqueda de recursos económicos de una cierta nobleza más abierta y dinámica determinaron lo que Gil Pujol denomina una «proyección extrarregional de la clase dirigente aragonesa en el siglo xvii». Las Cortes de Calatayud y Barbastro de 1626 consiguieron que se fijaran plazas para aragoneses en Tribunales de Indias, Nápoles, Sicilia y Milán. En lo que hace referencia a las Indias se fijaron dos plazas para aragoneses en los Consejeros Particulares de Perú y Nueva España. Esta concesión se ratificó en 1646, cuando se amplió además con la reserva

⁵ Sabido es que, pese al «monopolio de Castilla», algunos comerciantes aragoneses consiguieron de don Fernando autorización real para mantener relaciones comerciales con América. Tal es el caso de Juan Sánchez, de la Tesorería.

de una plaza en la Audiencia de Perú y otra en la de Nueva España. En las Cortes de Zaragoza de 1677, las demandas de los diputados consiguen un gobierno más en Indias.

A todo lo anterior, hay que sumar las muchas peticiones frustradas. El hecho de que a veces, según consta en los Títulos de Indias, hasta cuatro naturales del Reino de Aragón ocuparan Plaza en las Audiencias marca tan sólo unos máximos moderados. Las concesiones, como ya hemos analizado, fueron el medio de que los aragoneses, iguales en derecho pero un tanto marginados de hecho, pudieran disfrutar al menos de unos puestos mínimos en la Administración y Gobierno de las Indias. También el aumento del número de obispados y la implantación en aquellas zonas de nuevas misiones y órdenes religiosas contribuyeron a un aumento notable de religiosos procedentes de Aragón. A pesar de todo, el aumento global de aragoneses en las Indias no supuso un incremento porcentual, que a tenor de los registros de Pasajeros de Indias nunca superó el 1 %.

Capítulo VI

LA PARTICIPACIÓN ARAGONESA EN LAS INDIAS DURANTE EL SIGLO XVII

NAVEGANTES, CONQUISTADORES Y FUNCIONARIOS

El vaciado de diversos catálogos y repertorios bibliográficos nos ha permitido constatar el proporcionalmente amplio número de aragoneses que durante este siglo dedicaron sus desvelos al estudio, cuidado o evangelización de las Indias. Hemos visto que fueron varios los aragoneses que publicaron en o sobre las Indias libros, folletos y sermones, a veces en los idiomas nativos; y también que durante este siglo no faltaron arzobispos, virreyes y navegantes aragoneses que se destacaron por su labor.

Si en el siglo xvi sobresalió la figura de un aragonés como gran teórico de la navegación, en el xvii Aragón dio otros dos marinos ilustres: Francisco Domingo de Ruesta y Pedro Porter Casanate. El primero, poco conocido y aún sin estudiar, nació posiblemente en Barbastro (Huesca) a finales del siglo xvi. Fue Piloto Mayor y, según parece, se avecindó en Sevilla, donde ejerció como Examinador de los Pilotos contratados para los viajes a Indias. No sabemos si existen estudios sobre él, pero, en cambio, abundan las citas y referencias, en los cronistas aragoneses Andrés y Dormer, en el testimonio del almirante Pedro Porter o en Latasa, que le dedica una pequeña referencia biográfica ¹.

Mucho más conocida es la biografía del propio Porter y Casanate, posiblemente uno de los más destacados aragoneses de este siglo, al

¹ Latasa, *op. cit.*, p. 79.

que se han dedicado varios estudios biográficos². Hombre que tuvo precisamente el apoyo del licenciado Domingo de Ruesta en sus primeras peticiones al Rey. Las exploraciones de Pedro Casanate como base de la posterior colonización de California fueron de notable importancia, así lo reconocen, entre otros, Del Portillo o Román Piña, aunque este último apenas le dedique espacio en su afán por resaltar el papel de catalanes y mallorquines en tierras californianas³.

Nació Pedro Porter y Casanate en Zaragoza, de noble familia procedente de Barbastro, el 30 de abril de 1611 y fue bautizado en la zaragozana iglesia de la Magdalena⁴. Hermano del que fue cronista de Aragón Juan José Porter, tras comenzar la carrera de Leyes, que debió abandonar, lo encontramos, aún muy joven, en la Real Armada Española. Eso podemos deducir si consideramos que en 1629 es nombrado alférez tras su primer viaje a América. En 1632 volvió de nuevo a las Indias, esta vez bajo el mando del almirante Oquendo, al que daba clases de Cosmografía. A su regreso a España fue nombrado Capitán del Mar.

Su aventura, la de California, parece que empieza a fraguarse en 1635, siendo virrey de México el Marqués de Cerralbo. Diversas circunstancias retrasaron su sueño y le retuvieron combatiendo en Europa contra los franceses. Fue en 1640 cuando capituló con Felipe IV la empresa del descubrimiento y colonización de California, la cual preparó y realizó entre 1643 y 1649.

Con el cargo de almirante y su permiso real se dirigió Porter a Nueva España y allí presentó sus títulos al virrey Conde de Salvatierra el 26 de septiembre de 1643. Antes, siendo virrey el Marqués de Cerralbo, ya había realizado varios servicios de navegación por aquellas costas. Conviene recordar que las primeras exploraciones de esta zona

² Entre otros: A. Gascón de Gotor, *Aventurero Genial, Soldado, Navegante, descubridor y Publicista*, Zaragoza, 1950; M. Gracia Rivas, *El sueño del nuevo Reino de Aragón. La California de Pedro Porter y Casanate*, 5.º Centenario, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1989; J. A. Armillas, «Pedro Porter Casanate, explorador de California», en *Aragón en el Mundo*, C.A.I., 1988; W. M. Mathes, *California II. Documentos para la Historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*, Madrid, 1971.

³ A. del Portillo, *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California 1532-1650*, Madrid, 1982; R. Piña, *Catalanes y Mallorquines en la Fundación de California*, Barcelona, 1988, p. III.

⁴ Archivo Parroquial, *Libro de Bautismos*, siglos XVI-XVII, folio 225.



Don Pedro Porter y Casanate: El sueño del Nuevo Reino de Aragón.

de California habían comenzado en la época de Hernán Cortés, aunque nunca habían tenido continuidad. Ahora, la apertura de la comunicación estable entre Manila y Nueva España, la necesidad de puertos seguros en la costa y la ambición de tierras más ricas que las hasta entonces conocidas propiciaron la exploración. Las dificultades que tuvo Porter en sus primeras tentativas, siendo virreyes el Marqués de Cerralbo y el Marqués de Cadreíta, parecen vencidas con la licencia real de que dispone ahora, tras la aprobación previa del Consejo de Indias. Es una licencia en exclusiva y sin restricción de tiempo. Su autoridad sólo se subordina al virrey y su sueño comienza a ser realidad.

El Nuevo Reino de Aragón

Este nombre, que no sueño, aunque quedó un poco en eso, es el que dio el propio Porter a las tierras de California: «A las tierras de California puse el nombre de Nuevo Reino de Aragón y en muchas islas dejé los de los Santos de la patria...»⁵.

Entre las varias virtudes que adivinamos en Porter una es indudablemente la del tesón y otra la de la constancia. Había capitulado con el Rey realizar a su costa la empresa y así lo hizo. Cuando sus naves parecían estar a punto, después de laboriosa construcción, fueron quemadas por un portugués, Antonio Fernández, que más tarde, y por estos hechos, fue condenado a muerte. Era la primavera del año 1644. Entre 1644 y 1647, fecha en la que fue nombrado gobernador de Sinaloa, Porter gestionó y buscó afanosamente aquellos recursos que necesitaba para acometer nuevamente el flete de los barcos y el material necesario. Habían pasado siete años desde que comenzara la empresa, cuando por Real Cédula de 1 de noviembre de 1647 se comunicó al virrey Salvatierra que prestara su ayuda a don Pedro Porter y que informara de la causa y razón del rechazo de la empresa⁶.

⁵ Carta que Porter escribió desde Sinaloa a Ustarroz el 13 de abril de 1649. Biblioteca Nacional, ms. 7095. Citado por Manuel Gracia Rivas, *op. cit.* Juan Francisco de Ustarroz era por esta fecha Cronista de Aragón y Cronista Real.

⁶ *Archivo General de Indias*, México, 1607. Recogido por Manuel García Rivas, *op. cit.*, p. 65.

Hacía poco que Porter había sido nombrado gobernador de Sinaloa; el 11 de marzo de 1647 había tomado posesión de su cargo, a cuyo otorgamiento no había sido ajeno otro aragonés, el obispo virrey Juan de Mendoza. El 23 de octubre de 1648, finalmente, Porter se hizo a la mar con dos barcos y con ellos empezó a convertir en realidad su empresa. Su primer viaje duró hasta el 7 de enero de 1649. El 13 de abril el mismo Porter dio cuenta al Rey del resultado de su viaje de la demarcación de la costa.

En 1651 Porter renunció a su cargo de gobernador. Según el profesor Armillas, su trato con el virrey no fue malo, sin embargo, Manuel Grasa apunta un enfrentamiento, en temas no personales, con el virrey conde Alba de Liste como un factor para su dimisión⁷. Dando ejemplo de su desinterés económico, Porter ofreció sus barcos sin beneficio alguno, consciente de la necesidad que de ellos tenía el Rey⁸. Pero aún no habían acabado los servicios de Porter: el 30 de octubre de 1655 fue nombrado capitán general de Chile. Quedaba atrás California, y el descubridor se veía ahora con la dura tarea de enfrentarse y pacificar a los indios bora y mapuche, y más tarde a los araucanos. Sus últimas actuaciones contra éstos se llevaron a cabo en 1660 y 1661. El 27 de febrero de 1662 moría en la ciudad de La Concepción a la edad de 51 años.

La obra escrita de Porter, de la que ofrece una relación Latasa, está en gran medida sin publicar⁹. De la editada destaca su *Repaso de errores de la Navegación española*, que dedicó precisamente a uno de los marinos importantes de su época don Fadrique de Toledo Osorio. Era entonces alférez como reza en la portada del libro, impreso en 1634 en Zaragoza. Más que un libro de navegación, es un análisis de la situación de la misma y de sus problemas. Da consejos a los pilotos a partir de sus experiencias prácticas, plantea las materias y conocimientos que se les debe enseñar y denuncia que hay poca seriedad en la concesión de títulos. En el segundo capítulo advierte y plantea diversos errores que se cometen en la navegación como consecuencia de las deficien-

⁷ J. A. Armillas, «Pedro Porter y Casanate (1662-1622). Explorador de California», en *Aragón en el Mundo*, op. cit., p. 254. M. Grasa, op. cit., pp. 76-77.

⁸ *Relación Ajustada de los servicios del Almirante D. Pedro Porter Casanate, Caballero de la Orden de Santiago*, Biblioteca Nacional, ms. 6438.

⁹ Latasa, op. cit., pp. 586 y 587.

cias en los conocimientos científicos de los pilotos que no dominan los problemas de las declinaciones de los meridianos, las variaciones de la brújula, etc. En el tercer capítulo enumera los problemas de la poca exactitud de las cartas de navegar, proponiendo diversos remedios, y finalmente intenta hacer ver la necesidad de un «reciclaje científico», en el lenguaje actual, de los marinos cuando no están en la mar.

Latasa enumera cinco obras escritas por Pedro Porter, con poca concreción salvo en el caso del *Diccionario Náutico*, que no creemos que llegase a ser publicado. Se conserva en cambio en la Biblioteca Nacional una *Carta Geográfica de Navegación*¹⁰. Asimismo, en la obra de Anselmo Gascón de Gotor se da cuenta de los documentos de Pedro Porter, algunos de ellos impresos, que se conservan en la Biblioteca Nacional y en el Archivo General de Indias¹¹.

Las diversas gestiones realizadas por los diputados aragoneses, los servicios que a lo largo del siglo xvii prestó Aragón a los sucesivos monarcas, la propia valía de las personalidades a que haremos referencia, explican que algunos aragoneses accedieran a gobiernos, haciendas y virreinos de Indias en este siglo. Los más destacados son el obispo y virrey fray Juan de Palafox y Mendoza, Juan Francisco Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Luis López Martínez y Melchor de Navarra y Rocafull. De Palafox y Mendoza hablaremos en el apartado correspondiente a la obra misionera de Aragón en América.

Don Juan Francisco Montemayor Córdoba de Cuenca nació en La Luenga (Huesca), de familia noble, el año 1620. Cursó estudios de derecho en la Universidad de Huesca, que era por aquella época la más prestigiosa de Aragón y que en palabras de Gil Pujol «cobra singular relevancia en la formación de la burocracia aragonesa»¹². Tras acabar su carrera de Leyes y siguiendo los peldaños típicos de la carrera burocrática en la época, ejerce como Juez de Encuestas en 1640, pasando más tarde a Cataluña como Auditor General y de allí a América como Oidor de la Real Audiencia de la isla Española, para lo que contó con el apoyo del Consejo de Aragón¹³. Allí lo vemos en 1651, hasta que

¹⁰ Biblioteca Nacional, ms. 7095.

¹¹ A. Gascón de Gotor, *op. cit.*, pp. 136-139.

¹² J. Gil Pujol, *La Proyección extrarregional...*, *op. cit.*, p. 45.

¹³ Aprovechando la reserva de las plazas para aragoneses le fue solicitada por el Consejo de Aragón como puede verse en las comunicaciones de J. Lalinde Abadía e

es nombrado Oidor de la Real Chancillería de México en 1657. Antes y en ese intervalo de tiempo, según Latasa, extremo que no hemos podido confirmar, fue en dicha Chancillería e Isla, Decano, Presidente y Gobernador así como Capitán General de la Tortuga.

Parece ser, siguiendo al mismo Latasa, que realizó una importante labor en la pacificación de los indios y mejora de la Hacienda. Murió en Huesca el 25 de agosto de 1685.

Latasa y Palau destacan sus obras, de algunas de las cuales se hicieron varias ediciones. Aquí citamos solamente las que tienen alguna relación con las Indias:

Discurso Político: Histórico Jurídico del Derecho y repartimiento de presas y despojos apprehendidos en Justa Guerra. Premios y Castigos de los soldados, México, 1685. Esta obra, que contiene un hermoso mapa de las islas de Santo Domingo, Cuba y Tortuga, fue impresa por dos veces en Amberes.

Relación de lo sucedido en las provincias de Nexapa, Iztepex, y la villa de Alta, inquietudes de los indios naturales, México, 1662.

Excubationes Semicentum ex Decisionibus Regiae Chancilleriae Sancti Dominici Insulae, vulgo ditae Española totius nobi Orbis Primatis. Mexici, F.R. Lupercio, 1667.

Pastor onus: Dominus Jesus: Sacerdos in aeternum, Christus, secundum ordinem Melchisedech: exemplum dedit crucem suam baiulantibus illius vestigia sequentibus. Preasuli sanctissimo divo Nicolao, Myrae archiepiscopo ipsi ex corde addictus servus D. Joannes Franciscus a Montemaior, etc. Mexici, ex typographia Francisci Rodriguez Lupercio, 1678. Existe reimpresión de Lugduni, Maffre, 1681.

Sumarios de las Cédulas, Órdenes y Provisiones Reales, que se han despachado por su Magestad, para la Nueva España y otras partes: especialmente desde el año de mil seiscientos y veinte y ocho, en que se imprimieron los quatro libros, del primer tomo de la Recopilación de Leyes de las Indias, hasta el año de 1677, México, viuda de Bernardo Calderón, 1678.

Recopilación de algunos mandamientos y ordenanzas del Gobierno de esta Nueva España, México, Zúñiga y Ontiveros, 1787 (esta edición fue realizada por Eusebio Ventura Beleña).

La primera edición de la obra citada anteriormente con el título de *Recopilación Sumaria de algunos Autos acordados de la R. Audiencia y Chancillería de Nueva España*, fue publicada también en México en 1678. Y una de sus más conocidas y cotizadas obras sobre el tema aragonés fue editada en América: *Sumaria investigación de el origen y privilegios de los Ricos Hombres o Nobles, Caballeros, Infanzones e Hidalgos y Señores de Vasallos de Aragón y del absoluto poder que en ellos tienen*, Parte primera, México, 1664.

Un turolense, Melchor de Navarra y Rocafull, fue uno de los más famosos virreyes que tuvo el Perú en el siglo XVII. De familia noble, como testimonian sus títulos, Caballero de la Orden de Alcántara, Duque de la Palata, Príncipe de Massa y Vizconde de Torrecilla, nació en Torrelacárcel, un pequeño pueblo de la provincia de Teruel. Estudió en la Universidad de Salamanca disfrutando de una beca en el Colegio Mayor de Oviedo, uno de los más notables de dicha universidad junto con el de Burgos y especialmente el de San Bartolomé, en el cual estudiaron en este siglo otros aragoneses ilustres¹⁴.

En 1654 fue nombrado Asesor de la General Gobernación de Aragón, pasando en 1657 a la Audiencia de Cataluña, en 1660 a Italia donde sería Fiscal del Consejo Supremo de Italia, Consejero de Estado y Guerra en 1680 y ese mismo año Virrey de Perú. Entró en Lima el 20 de noviembre de 1681 y allí obtuvo el gobierno de Chile, Perú y Tierra Firme. Su obra la resumió así otro aragonés del que luego hablaremos, el Marqués del Risco Juan Luis López Martínez:

El cual en ocho años de Gobierno amuralló la gran Ciudad de Lima, y la de Trujillo, sin gasto alguno de la Real Hacienda, ni imponer

¹⁴ El colegio de San Bartolomé fue fundado por don Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla y uno de los obispos que hubieron de realizar difíciles negociaciones con el aragonés don Pedro de Luna, Benedicto XIII tras el concilio de Constanza. De él fueron Colegiales diversos aragoneses ilustres como el obispo de Albarracín, Juan Truilo (1550), el doctor en Teología y Maestro de Artes por la Universidad de Huesca Miguel Arcilo, obispo de Barbastro (1559), el que luego sería Virrey de Aragón, aunque era natural de Gandía, don Tomás de Borja (1571), o ya en el siglo que nos ocupa don Jacinto de Valonga, Colegial de Santiago de Huesca, que sería Catedrático de Prima y más tarde del Supremo de Aragón en Madrid (1641), y don Adrián de Sada y Azcona (1631), que en 1658 sería propuesto para el Consejo de Indias que no aceptó (*Vida del Ilustrísimo Señor Don Juan Diego de Anaya, escrita por Don Francisco Ruiz de Vergara*, Madrid, 1661).

tributo alguno al pueblo para ello... Fundó en Lima la Casa de Moneda. Creció las Rentas Reales en ciento veinte y tres mil pesos de renta anual. Padeció los espantosos terremotos de 20 de octubre de el año de 1687, y la rebelión de Piratas que molestara a Perú cuatro años a los cuales destruyó dos veces, primero junto a Panamá y después sobre Guayaquil con la escuadra del Mar... Fabricó de nuevo el Palacio y Tribunales que habían arruinado los temblores. Aumentó y Publicó las Ordenanzas del Perú para luz de los mismos Tribunales ¹⁵.

Latasa, por su parte, le atribuye el adelantamiento de las misiones de Xabara o el descubrimiento de los indios Panitaguas y del río Perene. Igualmente, a las obras que cita el Marqués del Risco añade el perfeccionamiento de la iglesia del Sagrario de Lima. Otra de sus tareas importantes fue la instalación en la capital de Perú de una ceca que comenzó la emisión de moneda el año de 1684. En Lima, en aquella época, se juntaban en importantes cargos Melchor de Navarra, como Virrey, y Juan Luis López, como Alcalde del Crimen de la Audiencia de dicha ciudad.



Vista de Lima.

¹⁵ J. Luis López, *Observaciones Theopoliticas*, manuscrito, Biblioteca de la Universidad de Sevilla, 1680-1690.

Murió en Portobelo el 13 de abril de 1691, cuando se disponía a volver a España, donde había sido nombrado por segunda vez Vicecanciller del Consejo de Aragón. Con él y por su mano fueron a Perú otros ilustres aragoneses, como Francisco López, su confesor, que publicaría en Lima diversas obras de las que más tarde hablaremos, o el médico José Revilla Bonet, que luego sería cirujano de Cámara de otro virrey, el madrileño Melchor de Portocarrero.

De las obras de Melchor de Navarra relacionadas con América, ninguna es recogida por Antonio Palau, que sólo cita *Las Ordinaciones de la ciudad de Albarracín*, publicada por Ibor en Zaragoza en 1755. La fecha debe estar equivocada y sin duda es la de 1655, como plantea Latasa, ya que la Imprenta de Juan de Ibor dejó de funcionar en 1676.

Según Latasa, en el Colegio Mayor de Oviedo en Salamanca se conservaban otras obras suyas como:

El Gobierno del Perú y de todo lo sucedido allí hasta el año de 1689 desde el de 1681, manuscrito en folio.

Publicaciones para luz de todo gobierno, de las ordinaciones y leyes municipales de América...

Instrucción sobre el estado del Perú hecha por el Duque de la Palata...

Desgraciadamente, no hemos podido localizar ninguna de estas obras sobre Perú, a las que hace mención, entre otros, Latasa y el Marqués del Risco¹⁶.

Es precisamente el Marqués del Risco uno de los pocos aragoneses que consiguieron una de esas plazas reservadas para naturales de este Reino en las Audiencias de Indias. Téngase en cuenta que la proporción de aragoneses en las 48 plazas existentes en las 12 Audiencias de América y Filipinas nunca pasó del 6 %, lo que motivó diversas quejas y lamentaciones del Consejo de Aragón¹⁷.

¹⁶ Latasa, *op. cit.*, pp. 392 y 393, tomo II (no hace referencia de fecha y lugar de edición). Palau, ni en la edición nueva ni en la antigua de su *Manual del Librero*, hace mención a otras obras de Navarra y Rocafull que las *Ordinaciones de la ciudad de Albarracín*. Suponemos que todo el resto de las obras citadas por Latasa son manuscritos y solamente en las obras *Instrucciones sobre el Estado del Perú* y *El gobierno del Perú* da Latasa alguna referencia de localización, y se podría pensar, sobre todo en el segundo caso, que pudiera haber sido impresa.

¹⁷ Pueden verse al efecto las diversas consultas del Consejo de Aragón obrantes en el Archivo de la Corona de Aragón, legajo 22.

Don Juan Luis López y Martínez había nacido en Zaragoza y era su padre don Juan Lamberto López, Diputado del Reino en 1670. Estudió Jurisprudencia en Zaragoza, donde se doctoró, y después de ejercer diversos cargos en su tierra como el de Fiscal de la Universidad de Zaragoza, fue nombrado Alcalde del Crimen en la Real Audiencia de Lima. Latasa no cita la fecha de nombramiento, que fue el 4 de noviembre de 1680¹⁸.

El 23 de octubre tomó posesión de su cargo y, favorecido por la presencia como Virrey del Perú del Duque de la Palata, ocupó numerosos cargos en aquel virreinato, Teniente de Capitán General de la provincia de Angaraes, Gobernador de Guancabelica, Juez e Intendente de Minerales del Reino del Perú, etc. En 1694 fue nombrado Fiscal del Supremo Consejo de Aragón, del que más tarde sería Regente, y desde tal cargo defendió notablemente el papel y los intereses de los aragoneses en la empresa de Indias. Fue nombrado por Felipe V primer Marqués del Risco.

Su obra escrita es muy abundante, dedicándole Latasa 33 apartados. Nosotros daremos referencia exclusivamente de las obras que tienen relación con el tema que nos ocupa. Entre las impresas hay que destacar:

Discurso Legal y Teológico práctico en defensa de la previsión y ordenanzas de Gobierno de 20 de febrero de 1684 (impresa en el tomo I de las Ordenanzas del Perú, escrito por orden del Virrey Duque de la Palata, Lima, 1684. Libro que tiene un grabado con el retrato y armas del autor).

Discurso Jurídico, histórico y político en defensa de la Jurisdicción Real, Lima, 1685.

De las Informaciones secretas que hacen los corregidores sobre el nudo hecho, Lima, 1685.

Observaciones Theopolíticas en que se ilustran varias leyes de la Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias, Lima, 1668. Esta obra es quizá la más interesante del autor y en ella reivindica la participación e importancia de los aragoneses en el descubrimiento y colonización de las Indias, mencionando los personajes más importantes del Reino que se destacaron en tal empeño.

¹⁸ Títulos de Indias. Archivo de Simancas. Audiencia de Lima (1.º 28-32).

Guanacabelica, Ilustrada. Relación del descubrimiento de su cerro. Fundación de la villa... Lima, 1689.

Publicó, además, otras obras de temas diversos que no citamos por no tener relación con América.

Observaciones Theopolíticas puede considerarse como la primera historia que trata específicamente de los aragoneses en América y, pese a algunos mitos —origen aragonés de Hernán Cortés— y posibles errores —hace al padre Buil natural de Cataluña—, en ella se efectúan importantes observaciones y precisiones sobre el tema.

No fueron éstos los únicos aragoneses en cargos burocráticos importantes de las Indias. Tanto Ismael Sánchez Bella como Javier Gil Pujol y actualmente José M.^a Pérez Collados han estudiado y hecho relación de los aragoneses empleados en Audiencias, Consejos, etc... de Indias, entre los siglos XVII y XVIII¹⁹. Al final de este capítulo presentaremos una relación de los que en los citados estudios y en otras fuentes hemos podido localizar.

Entre los historiadores aragoneses que dejaron estudios sobre las Indias hay que referirse al barbastrense Bartolomé Argensola, nacido en 1564 y muerto en 1631; fue autor de *La Conquista de las Islas Malucas. Al Rey Felipe III*, N.º Sor., Madrid, Alonso Martín, 1609. Obra que acometió el rector de Villahermosa por encargo del Conde de Lemos, precisamente en la época en que éste era Presidente del Consejo de Indias. La obra, que comienza con un prólogo de su hermano Lupericio, se ocupa del descubrimiento del estrecho de Magallanes por Pedro Sarmiento, de la Historia del Reino de Cambodja, de los descubrimientos y navegaciones de los holandeses, y finalmente de la conquista de las Molucas que da título al libro. Del interés de éste, que se volvió a entregar a la imprenta en Zaragoza en 1891, da idea el hecho de haber sido publicado en francés, inglés y alemán, en 1706, 1707 y 1708, respectivamente²⁰.

En la redacción holandesa publicada en Amsterdam en tres tomos en 1706-1707, dedicada al Barón D'Autel, el importante y culto impresor holandés Jaques Desbordes recogió, en los dos primeros, la obra

¹⁹ J. M. Gil Collados, *Sobre Letrados y Administración en la Formación del estado Moderno*, Anuario Mexicano de Historia del Derecho, n.º 3, 1990, México, D.F.

²⁰ Hemos situado en este siglo a Argensola porque de él data la obra que le vincula a las Indias Orientales.

CONQVISTA DE LAS

ISLAS MALVCAS^{OR}
ALREY FELIPE III. N. S.

Eſcrita por el Licen.^{do} Bartolome
Leonardo de Argenſola capellan
de la Mageſtad de la Emperatriz
y Retor de Villahermosa.



del autor aragonés para añadir en el tercero cinco nuevos libros a los 10 que en su día hiciera el rector de Villahermosa. En estos nuevos libros se recogen los hechos posteriores a la publicación de la primera edición de la obra de Argensola y se dice que nada se puede añadir del período anterior a la obra que con tal riqueza de fuentes y datos había elaborado Argensola. Acertó, pues, Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, al encomendarle esta obra que recoge no sólo datos de las Molucas sino gran cantidad de noticias de Filipinas, China, las Antillas e incluso del Ártico. Téngase en cuenta que de los 10 libros que componían la obra original sólo el último estaba dedicado específicamente a la conquista española de las Molucas.

Las Molucas, sobre las cuales existía la polémica de si de acuerdo con el Tratado de Tordesillas correspondían a España o Portugal, eran a juicio de Magallanes y del propio Argensola empresa hispánica. Una comisión de astrónomos, pilotos y cosmógrafos se reunió en Vitoria el 29 de febrero de 1524, pero portugueses y españoles no se pusieron de acuerdo. Expediciones de una y otra nación, enfrentamientos y discordias —hasta que, como en la fábula de los galgos y los podencos, los holandeses conquistaron estas islas— marcaron el siglo xvi. En el xvii y pese al interés de hombres como el Conde de Lemos, los holandeses se harían definitivamente con ellas.

Otros muchos aragoneses de las profesiones más diversas dejaron en las Indias el testimonio de su entrega. Médicos como el ya conocido José Revilla Bonet, que fue cirujano de Cámara del virrey Melchor de Portocarrero y del hospital de Lima y que según Latasa publicó en 1695 en la antedicha ciudad una obra con el título *Desvíos de la Naturaleza o Tratado del origen de los monstruos*. Matemáticos como el zaragozano José Bonet de Campodarve, que sería Contador de la casa de Contratación de Sevilla. Tampoco faltaron en este siglo los eficientes secretarios aragoneses en las Indias; sirva de ejemplo la figura de Lucas Raimundo de Capdevilla, Secretario Real, nacido en Zaragoza; Marchó a Perú en 1630 como secretario y hombre de confianza del Conde de Oñate, su virrey, y allí desempeñó una eficiente labor hasta su muerte, acontecida el 23 de junio de 1663 en la ciudad de Lima ²¹.

²¹ Archivo Parroquial de Santa Engracia de Zaragoza, *Libro de la Execución de Isabel Juana de Capdevilla e Isabel de Capdevilla, hermanas vecinas de Zaragoza*, sin signatura, folio 3; en él se dan noticias del aludido don Raimundo de Capdevilla.

A continuación pasamos a exponer una lista de los aragoneses que durante este siglo ocuparon plazas en las Audiencias y Gobiernos de Indias:

— *Abarca de Bolea, Luis*. Consejero de Indias (27-1-1613).

Fuente: Archivo de Simancas, «Quitaciones de Corte», Títulos de Consejero, legajo 32.

— *Aldas y Hernández, Jerónimo*. Audiencia Guadalajara. Comisión a Nueva Vizcaya (7-3-1653).

Fuente: Archivo Simancas, Audiencia Guadalajara (167-211).

— *Ardevives, Juan*. Capa y Espada. Alcaldía Mayor de Portobelo (1646).

Fuente: J. Gil Pujol, «La proyección extrarregional de la clase dirigente aragonesa en el siglo XVII» en *Historia Social de la Administración Española*, Barcelona, 1980. (I. Sánchez Bella, «Reserva de plazas aragonesas...», *op. cit.*, lo menciona como Corregidor de Tunja).

— *Bardaxí, Felipe*. Corregimiento de Loja (1679).

Fuente: I. Sánchez Bella. «Reserva de plazas aragonesas...», *op. cit.*

— *Blázquez de Valverde, Juan*. Oidor Audiencia Santa Fe. (Catedrático de Leyes Univ. de Lima).

Fuente: I. Sánchez Bella, *op. cit.*

— *Carnicer y Solar, Lorenzo*. Corregidor de Guamanga (10-4-1680).

Fuente: Archivo Simancas, Corregimiento Guamanga (1.º-27-241v.).

— *Caverni, Domingo*. Audiencia en México.

Fuente: J. Gil Pujol, *op. cit.*

— *Cavero, Pedro*. No aceptó plaza en Audiencia de Indias (1646).

Fuente: J. Gil Pujol, *op. cit.*

— *Contreras, Diego*. Entretenido Armada de Indias, Corregidor de Collaguas.

Fuente: Archivo Simancas, Armada de Indias (1.º-23-101).

— *Cueva y Silva, Antonio*. Consejero de Indias. Fiscal (1624-1626).

Fuente: I. Gil Pujol, *op. cit.*

— *Dorado Astorga, Fernando*. Corregimiento de Saña y Chiclayo en Perú (1647).

Fuente: I. Sánchez Bella, *op. cit.*

— *Escudero de Peralta, Miguel*. Consejero de Órdenes. Comisiones en ... Consejo de Indias (1654).

Fuente: J. Gil Pujol, *op. cit.*

— *Fernández de Heredia, Juan Francisco*. Gobernador de Antioquia.

Fuente: Archivo de Simancas, D.G. del T.º In.º 13. Leg. 10 (Relación de nombramientos).

— *Fraso, Domingo*. Fiscalía de Guatemala (8-5-1660). Oidor de la Audiencia de Lima (16-3-1680) y Fiscal de la Audiencia de Charcas (22-4-1684).

Fuente: Archivo Simancas, Audiencia Guatemala (168-446), Audiencia Lima (170-253), Audiencia Charca (169-491).

— *Latras, Francisco*. Capa y Espada (1646).

Fuente: J. Gil Pujol, *op. cit.*

— *Latras, Jacinto*. Capa y Espada. Corregidor de Trujillo (29-5-1652).

Fuente: Archivo Simancas, Audiencia Trujillo (167-112).

— *López Martínez, José Isidro*. Perú (1680).

Fuente: J. Gil Pujol, *op. cit.*

— *López y Martínez, Don Juan Luis*. Alcalde del Crimen en la Real Audiencia de Lima (2-5-1684). Gobernador de Guancabélica (1684-1689).

Fuente: Archivo de Simancas, Virreinato de Perú, Audiencia de Lima (1.º-28-32).

— *Miranda y Vega, Antonio*. Consejero de Indias (1653).

Fuente: J. Gil Pujol, *op. cit.*

— *Modesto Meler, Juan*. Audiencia de Santa Fe (12-8-1647).

Fuente: I. Sánchez Bella, *op. cit.*

— *Montemayor de Cuenca, Juan*. Oidor de la Real Chancillería de México (22-9-1654).

Fuente: Archivo de Simancas, Audiencia de México (168-220).

— *Mur y Soldevilla, Juan*. Capa y Espada. Corregidor de Arica (1698).

Fuente: Archivo Simancas, D. G. del T.º In.º 13. Leg. 10.

— *Navarra y Rocafull, Melchor*. Virrey del Perú (1681).

Fuente: Archivo de Simancas, Virreinato de Perú (1.º-28-4v.).

— *Palafox y Mendoza, Juan*. Consejero de Indias (14-7-1633). Arzobispo de Tlaxcala y Puebla de los Ángeles. En 1642, provisionalmente, fue nombrado Virrey de Nueva España.

Fuente: Archivo Simancas, Consejo de Indias (1.º-9-43), Puebla de los Ángeles, Tlaxcala (1.º-14-223).

— *Pascual de Pano, Francisco*. Oidor en Manila (Filipinas), (13-1-1655). Oidor Audiencia Guatemala (28-10-1668).

Fuente: Archivo Simancas, Audiencia de Manila (168-160).

— *Pérez Manrique, Dionisio*. (Marqués de Santiago). Alcalde del Crimen, Audiencia de Lima, Presidente de La Plata, Gobernador y Capitán General de Santa Fe (1629-1661).

Fuente: Archivo de Simancas, Virreinato de Perú, Audiencia de Santa Fe (2.º-31-7). Gobierno Sta. Fe (167-109).

— *Pueyo, José*. Pidió plaza en Consejo de Indias (1643-1645).

Fuente: I. Gil Pujol, *op. cit.*

— *Pujadas, Juan*. Almirante de la Flota de Nueva España (27-12-1641).

Fuente: Archivo de Simancas, Armada de Indias (1.º-15-6).

— *Quijada y Solórzano, Jerónimo*. Consejero de Indias (1644-1645).

Fuente: Archivo de Simancas, «Quitaciones de Cortes», Títulos de Consejeros de Indias, legajo 21.

— *Sada, Diego de*. Capa y Espada (1646).

Fuente: J. Gil Pujol, *op. cit.*

— *Zagarriaga, Ramón*. Corregimiento de Santa Marta.

Fuente: I. Sánchez Bella, *op. cit.*

— *Zamora Orencio, Luis*. Capa y Espada.

Fuente: I. Gil Pujol, *op. cit.*

Otros aragoneses aparecen citados por diversos autores en relación con América. Así, Latasa da noticia de Francisco Juárez, Caballero de Malta, natural de Daroca (Zaragoza), del que dice que ocupó en el tránsito del siglo xvi al xvii un puesto de gobernador en América sin concreción alguna²². También Latasa destaca la figura del zaragozano Félix de Lucio Espinosa y Malo, bautizado en el Pilar el 25 del 1 de 1646, que se doctoró en la Universidad de Nápoles. Fue Caballero de Calatrava y ocupó los puestos de Cronista del Reino de Aragón, las Indias y Castilla²³. A pesar de sus cargos es muy poca la relación con América que en sus obras hemos podido encontrar.

— La dedicatoria de su obra *Declaraciones. Escarmientos Políticos y Morales*, Madrid, 1674, en la Imprenta de José Fernández de Buendía, que dedicó a Melchor de Navarra y Rocafull.

²² Latasa, *op. cit.*, t. II, p. 77.

²³ Latasa, *op. cit.*, t. II, p. 185.

— Las partes referidas a América que pueden encontrarse en su colaboración en la Historia de España del padre Mariana: *Relaciones Históricas Generales desde 1.º de Enero de 1670 hasta último de Diciembre de 1676*, Madrid, 1679, imprenta García de la Iglesia.

ECLESIÁSTICOS ARAGONESES EN LAS INDIAS DURANTE EL SIGLO XVII

El siglo XVII fue particularmente difícil e importante para la evangelización de las Indias. Y que nadie piense que la evangelización se limitó al trabajo que religiosos y sacerdotes hicieron con su palabra. Allá fueron, además, constructores de hospitales, fundadores de universidades o defensores de los derechos de los naturales de aquellas tierras y estudiosos de sus lenguas y culturas. A veces resulta complicado ubicar en los apartados de la evangelización a sacerdotes que destacaron también como historiadores, colonizadores o virreyes, y a veces, nos duele no poder dedicar nuestra atención a todos los sacerdotes desconocidos que entregaron su vida sin apenas dejar rastro.

El siglo XVII, tan difícil para la Iglesia católica en Europa, significó en las Indias un período de gran expansión y progreso. En este siglo se produjo la llegada a América de los jesuitas, se intentó desde Filipinas la evangelización de China y el Japón y proliferó la publicación de obras religiosas y especialmente catecismos y vocabularios en todos los idiomas indígenas. En todos estos hechos fue significativa la labor de un buen número de aragoneses. Vamos a intentar destacar aquí a algunos de ellos.

Don Juan de Palafox y Mendoza fue hijo natural del Marqués de Ariza, de cuya villa era su familia. Nació en Fitero (Navarra) el año 1600. En 1610 fue reconocido por su padre. A partir de entonces, por razones familiares y económicas primero, y de servicio y sentimiento después, siempre estuvo vinculado a Aragón. Prueba de ello es que ya en las Cortes de Aragón, que comenzaron en Barbastro y acabaron en Calatayud en 1626, acudió como representante del marquesado de Ariza. Otro detalle que refrenda la anterior afirmación es que en la catedral de la Puebla hizo poner junto a las armas de Castilla las del Reino de Aragón y las de Sobrarbe²⁴. Estudió sus primeras letras en Tarazo-

²⁴ A. González de Rosenda, *Vida del Ilustrísimo y Excelentísimo señor Don Juan Palafox y Mendoza*, Madrid, Lucas de Bedmar, 1671, 63 páginas.



D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA:

Nació en Aragón á principios del siglo XVII. fúe Obispo de los Angeles en Nueva España, y después de Coma. Ilustre por su piedad, sabiduría, y prudencia. Murió en 1659.

na, para más tarde cursar los niveles superiores en las universidades de Huesca, Alcalá de Henares y Salamanca. Uno de sus primeros empleos como sacerdote fue el de tesorero de la Santa Iglesia de Tarazona, y más tarde el de Abad de Cintruénigo.

Cita Latasa que el 9 de noviembre de 1926, en las Cortes de Monzón, Felipe IV le hizo Fiscal de su Consejo de Guerra, para más tarde, siendo ya sacerdote, nombrarlo en octubre de 1629 Fiscal del Consejo de Indias²⁵. Era ya por entonces canónigo de la catedral de Tarazona. Parece ser que al servicio del Rey viajó por Italia, Alemania, Francia y Flandes. El 14 de julio de 1633 fue nombrado Consejero de Indias y, finalmente, el 22 de julio de 1640 tomó posesión del obispado de la Puebla de los Ángeles. Según relata él mismo en su obra *Vida Interior*, su consagración tuvo lugar en el Monasterio de los Padres Bernardos de Madrid en 1639, de la mano del arzobispo de Santiago, Don Agustín Espínola.

En la época de su llegada era virrey Diego López Pacheco, duque de Escalona, al que por razones que aquí no vienen al caso sustituyó interinamente el obispo Palafox, entre el 9 de junio de 1842 y el 23 de noviembre del mismo año, en que fue reemplazado por el nuevo virrey Conde de Salvatierra.

El 19 de febrero de 1642 fue presentado para el Arzobispado de México al que renunció el 19 de marzo del año siguiente para seguir en su diócesis anterior. Allí permanció hasta que el 6 de mayo de 1649 hubo de dejar La Puebla de los Ángeles y volver a España, donde el 22 de febrero de 1654 ocupó la sede de Osma. Finalmente, el 1 de octubre de 1659 murió en dicha ciudad a los 59 años de edad.

Su obra en lo que se refiere a América fue impresionante: fundó conventos y hospitales, colaboró en el desarrollo de la Universidad de México y concluyó la construcción de la catedral de La Puebla de los Ángeles, en cuyo trascoro hizo colocar lo que pensó que sería su sepulcro.

Entre los templos por él fundados destacan los de San Miguel y San Juan. Esto es, en síntesis, la biografía que de él hace Latasa y que copian otros autores, a la que hemos añadido algunos datos tomados de su *Vida Interior* y de la biografía de González Rosenda; pero la rea-

²⁵ Latasa, *op. cit.*, t. I, p. 446.

lidad es que su estancia en México fue dura y complicada, llena de polémicas y enfrentamientos y acaso a ellos se debió su vuelta a España. Es más, la petición que hizo al Rey para volver a La Puebla de los Ángeles en 1652 no fue atendida, dándosele en cambio el aludido puesto de Osma.

Nuestra opinión, que luego razonaremos, es que tanto su vuelta a España como su nombramiento para el pequeño obispado de Soria estuvieron motivados por sus enfrentamientos con los jesuitas. Estos enfrentamientos provocaron su huida del obispado. Gracias a la ayuda del capitán asturiano Juan de Solís, pudo refugiarse en Chiapa, mientras su sede se declaró vacante el 6 de julio de 1647, hasta que pudo regresar en el mes de noviembre.

Después llegó la orden de volver a España y su nombramiento como obispo de Osma. Él mismo comenta con humildad cómo su amor propio y su soberbia, vanidad y presunción le hicieron difícil aceptar un obispado que le parecía menor que el que dejaba ²⁶.

Existían ya en México, antes de la llegada de Palafox, diversos problemas entre los regulares del gobierno espiritual y temporal de los Indios y el clero regular. Intentó el obispo a su llegada imponer la disciplina eclesiástica. En esta tarea chocó su jurisdicción con la que creía tener la Compañía de Jesús. El tema de correspondencia de diezmos, eminentemente económico, fue una de las principales causas de desavenencia. Si las religiones de santo Domingo, san Francisco y san Agustín se sometieron no sin resistencia a las razones del obispo, no ocurrió lo mismo con los jesuitas ²⁷. Hubo de recurrir don Juan de Palafox por tres veces al papa Inocencio X en cartas fechadas, respectivamente, los años 1645, 1647 y 1649.

En síntesis, el texto de las mismas es la exposición de los problemas que padeció por la defensa de la jurisdicción eclesiástica y la denuncia de que los jesuitas no sólo se llevaban los diezmos sino que también intentaban mermar su jurisdicción. En la primera carta, no obstante, no se refiere en concreto a los jesuitas. En la segunda, que a continuación comentamos, en la que clamó con más fuerza por el

²⁶ De ello habla el capítulo 34 de su *Vida Interior*, que puede verse en el tomo I de las Obras del Venerable Señor Don Juan de Palafox, Madrid, 1772.

²⁷ Sobre este tema puede verse el trabajo de R. Olaechea, *Algunas precisiones en torno al venerable Juan de Palafox*, Caracas, 1976.

tema de las jurisdicciones y contra la riqueza de los jesuitas que contrastaba con la pobreza que sufrían las iglesias e incluso el resto de las órdenes religiosas. Veamos unos párrafos de su segunda carta:

Hallé, y están Padre Beatísimo, casi todo la opulencia, caudal y riqueza de estas Provincias de la América Septentrional en poder de los Religiosos de la Compañía, como los que son señores de las mayores haciendas; pues sólo dos Colegios poseen hoy trescientas mil cabezas de ganado de ovejas, sin otras muchas de ganado mayor; y entre todas las Religiones, ni catedrales, no tienen apenas tres Ingenios de Azúcar, y sólo la Compañía de Jesús posee seis de los mayores...

A la opulencia de las haciendas (que es tan excesiva) se llega al poder, y caudal de la administración con que las van aumentando, y la industria de la negociación, teniendo públicas Oficinas, Rastros y Carnicerías, y obrages para vender estos géneros aún los más impuros e indecentes a su profesión, remitiendo a China por Filipinas otros, y haciendo cada día mayor con su mismo poder su poder, con su riqueza, su riqueza y con esta misma la ruina y perdición agena²⁸.

Es significativo que su tercera carta fue escrita el 8 de enero de 1649 y que poco después, el 6 de mayo, regresó a España. Aunque la orden de vuelta fue anterior, es indudable que se intentó cortar una polémica encendida que produjo gran número de escritos de uno y otro signo. La misma Inquisición llegó a prohibir la publicación de varios de los escritos del obispo y entre ellos su carta de 1649, en edicto publicado el 13 de mayo de 1759, o su Memorial al Rey *Satisfacción al Memorial de los Religiosos de la Compañía del nombre de Jesús de la Nueva España*, que se puso en el Expurgatorio del año 1707. En todos los casos se matizó que las prohibiciones no eran por razones ideológicas, ni de doctrina, sino por el daño que hacían las controversias²⁹. Contrastan estas polémicas con los jesuitas, que llegaron incluso a hacerle huir de su diócesis durante cuatro meses, con la defensa y aprecio con que Juan de Palafox habló de los indios.

²⁸ Texto tomado de la *Carta del V. Siervo de Dios D. Juan de Palafox y Mendoza al Sumo. Pontífice Inocencio X*, traducida del latín al castellano por Salvador González, Madrid, 1766, CI.

²⁹ Hay que hacer constar que el Papa expidió Sentencia a Favor del Obispo en Breve de 14 de mayo de 1648.

CARTA SEGUNDA

DE TRES,

QUE EL VENERABLE

SEÑOR

DON JUAN DE PALAFOX,

ESCRIBIO

AL SUMO PONTIFICE

INOCENCIO X.

SOBRE

LOS DOS PLEYTOS, QUE LITIGABA
con los Padres Jezuítas; fobre Diezmos,
y Jurisdiccion.



EN SEVILLA

Por Francisco Lira. Año 1650.

Es famosa su obra *Virtudes del Indio*, que empieza: «Pocos ministros han ido a la Nueva España ni buuelto della más obligados que yo al amparo de los Indios». Este escrito fue publicado en Zaragoza en 1661 con el título de *Historia de las Virtudes del Indio* y tuvo varias reediciones. En él expone el estado de miseria en que vivían los indios y pide medidas para mejorar su situación. Parece ser que esta obra se publicó anteriormente en La Puebla de los Ángeles, posiblemente en 1650. Por este trabajo se ha considerado a Palafox como un segundo Bartolomé de las Casas, aunque hay que significar que nada tiene que ver la forma con que uno y otro realizan la defensa de los indios.

De la obra de Palafox se podrían escribir páginas enteras. Tiene obras históricas como: *Relación y Socorro de Fuenterrabía*, Madrid, Catalina del Barrio, 1639, o *Historia de la Conquista de China por el Tártaro*, París, Antonio Berthur, 1670. De santos como: *Vida de San Juan el limosnero Patriarca y Obispo de Alejandría*, Madrid, D. García Morras, 1650. Constituciones como: *Constituciones de la Real y Pontificia Universidad de México*, México, Zúñiga y Ontiveros, 1775 (antes se había publicado en 1668).

La relación de sus obras ocupa más de cinco páginas del *Manual del Librero Hispano-Americano*, siendo uno de los más prolíficos escritores de su siglo. Además de las obras escritas realizó diversas traducciones como *La vida del B. Enrique Sasón*, realizada por encargo de las religiosas dominicas de la Villa de Ariza, como puede verse en *Vida interior o confesiones*. En gran medida esta última obra coincide con la biografía que en 1671 publicó en Madrid, en la casa de Lucas de Bedmar, el padre Antonio López de Rosenda con el título *Vida del ilustrísimo y excelentísimo don Juan de Palafox y Mendoza*.

La fama de este controvertido prelado fue grande, y así en 1772 se publicó, fuera de España, en Colonia, otra biografía con el título de *Vie de Venerable Don Jean Palafox, Eveque de L'Angelopolis*. Si hemos de ofrecer algunas de las obras más recientes a las que puede acudir quien esté interesado en el tema, es importante reseñar la de Gregorio Bartolomé; *Jaque mate al Obispo Virrey*, FCE, Madrid, 1991. En ella se hace un detallado seguimiento de los enfrentamientos acontecidos en vida del obispo y los suscitados posteriormente a su muerte, hasta mediados del siglo XIX. Ofrece además un interesante apéndice de fondos documentales para un mejor estudio del tema. Independientemente de los muchos detalles que podríamos contar de este Obispo aragonés, lo más

sobresaliente quizás es su trascendencia simbólica, la utilización que de él se hizo posteriormente frente a los jesuitas y su profunda huella cultural. De ella fue testigo la propia ciudad de la Puebla con su catedral y la biblioteca Palafoxiana.

No fue Palafox el único obispo aragonés que tuvieron las Indias en este siglo XVII, aunque sí el más conocido. En su misma época nacieron en América dos hombres unidos a Aragón, en un caso por su destino y en otro por su origen. El primero fue fray Luis Javier de Asís y Arnedáriz, nacido en Quito, hijo de los marqueses de Cadreíta. En 1618 fue nombrado obispo de Jaca, donde permaneció durante cuatro años. También nació en tierras americanas, esta vez de familia aragonesa, Martín de Hajar y Mendoza, quien tempranamente ingresó en los Agustinos profesando a la edad de 16 años, el 1 de enero de 1644. Pronto se doctoró en la famosa Universidad de San Marcos. Ocupó los puestos de prior de Copacabana y el Cuzco. Estuvo misionando con los indios Ninarbas y finalmente fue nombrado obispo de La Concepción de Chile³⁰. Antes había ocupado los puestos de Definidor y Provincial de su orden en 1669 y 1681, respectivamente.

Mucho más conocida es la figura del padre Aznar. Nació Andrés Aznar y Naves en 1612 en Zaragoza y profesó como agustino en el convento de la orden en la parroquia de la Magdalena. Pronto pasó al convento agustino de Huesca y de allí marchó a la ciudad de Lima. Ejerció la docencia en la Universidad de San Marcos, y trabajó con ahínco en la canonización de santo Tomás de Villanueva, lo cual le llevó a Roma, regresando finalmente a Zaragoza. En 1663 fue nombrado obispo de Alguer (Cerdeña), isla de la que sería nombrado virrey por Felipe IV. Ocho años rigió aquella diócesis, hasta ser nombrado obispo, primero de Jaca en 1671 y más tarde de Teruel, donde murió el 7 de mayo de 1682.

Pero si hemos puesto en primer lugar a estos aragoneses que alcanzaron la condición episcopal, otros muchos, especialmente en Perú y Filipinas, contribuyeron con su trabajo y con sus obras al conocimiento y evangelización de las Indias. Entre los que pertenecieron al clero secular podemos destacar al padre Nicasio Rubio, nacido en San

³⁰ De este obispo agustino da una breve biografía el padre Manuel Berrueco en su obra *Agustinos aragoneses misioneros*, Colección Aragón y América, Zaragoza, 1990.

Martín del Río (Teruel) a finales del siglo xvi. Sabemos que estudió en el Colegio de Aragón de la Universidad de Alcalá que fundara el arzobispo zaragozano Ferrer de Valenzuela. Se doctoró en dicha universidad y allí regentó la Cátedra de Sagradas Escrituras. Marchó a La Puebla de los Ángeles, donde fue calificador del Santo Oficio. Participó en las duras controversias habidas entre los jesuitas y Juan de Palafox, como asesor que fue de este último³¹. Según Latasa, fue vicario del Partido de Huamantla y gobernador de la diócesis de Puebla de los Ángeles, y dejó varios escritos, entre ellos una Descripción de la Provincia de México que no hemos visto citada como publicada en ninguno de los tratados bibliográficos que hemos consultado.

Otro ilustre aragonés, vinculado también como el anterior al obispo Palafox y Mendoza, fue el licenciado Pedro García Ferrer. Nació en Alcorisa, provincia de Teruel, en el último año del siglo xvi. En Valencia y Madrid realizó sus estudios de pintura y arquitectura. Sus obras se encuentran hoy dispersas por España y América. El Pilar de Zaragoza o el Seminario de San Carlos de esta misma ciudad albergan algunas de sus más conocidas obras pictóricas, que tampoco faltan en la catedral de la Puebla de los Ángeles. Es aquí precisamente, en la capilla llamada de los Reyes, donde puede verse el cuadro, *El Nacimiento de Cristo*, en el que don Pedro García retrató a su benefactor el obispo Palafox en traje de pastor.

El prelado de la Puebla de los Ángeles fue quien introdujo en Madrid a este pintor aragonés y quien igualmente lo reclamó para que viajara con él a América. Sería, pues, don Pedro el más destacado del grupo de aragoneses, algunos de ellos jóvenes de Ariza, que acompañaron al obispo. Realizó su viaje en 1641, el mismo año en que se ordenó de sacerdote.

Entre los puestos que ocupó en dicho obispado cabe destacar, al margen de su trabajo como limosnero mayor, el de director y superintendente de las obras de la catedral, consagrada el 18 de abril de 1649. Poco después, con Palafox, regresó a España y, tras desempeñar el cargo de arquitecto mayor del cardenal de Toledo don Baltasar de Mos-

³¹ Hay que matizar que algunos jesuitas, según el testimonio del propio Juan de Palafox, estuvieron a su lado. Así ocurrió con los padres Antonio Carvajal Hernando de Fuente, Luis Juárez, Lorenzo López y Gerónimo Pérez de Nueros, entre otros. «*Carta del V. Siervo de Dios Don Juan de Palafox*», traducida por Salvador González, *op. cit.*, p. 26.

coso, regresó a su pueblo natal, donde, según su biógrafo Emilio Moliner, murió en 1662³².

Entre los clérigos regulares podríamos citar una legión de aragoneses, pero queremos destacar:

Agustinos

Los agustinos de América no tuvieron tantos conventos como los dominicos y los franciscanos, acaso por haber llegado posteriormente, pero pronto se destacaron por su trabajo educacional y evangelizador. Alcanzaron gran importancia en Colombia y Venezuela, de cuya provincia agustina uno de los primeros Provinciales de este siglo fue el aragonés Pedro Leonardo de Argensola. Sin embargo, donde realmente brillaron las misiones agustinas fue en Filipinas, adonde se encaminaron, según Manuel Barrueco la mayoría de los agustinos aragoneses.

No hay que olvidar que uno de los primeros misioneros de Filipinas fue un agustino de gran prestigio, el padre Andrés de Urdaneta, nacido en Villafranca de Oria (Guipúzcoa), famoso como navegante, pues ya en 1525 se encontraba en las Molucas³³. En 1564 llegó a Filipinas la primera expedición de esta orden con Urdaneta como prior. Más tarde llegaron los franciscanos (1578), los jesuitas (1581), los dominicos (1587) y los agustinos recoletos (1606). De los agustinos aragoneses que destacaron por su labor en Filipinas durante este siglo menciona Manuel Barrueco los siguientes: José Felix (Zaragoza, 1628), Jaime Balsac (Coello, Huesca, 1638), José Borruey (Caspé, 1648), Fulgencio Lezcano (Zaragoza, hacia 1625), Juan Labao (Huesca, hacia 1630), José Pardo (Zaragoza, 1638), Eugenio Torres (Zaragoza), Juan Sierra (Zaragoza), Miguel Rubio (Baguena, Teruel, 1641). Sobre todos ellos destaca la figura del padre Miguel Rubio. Lector de Teología en Manila, realizó misiones en China, siendo Visitador en 1672, Definidor Provincial de la Orden tres años más tarde y prior de los conventos de Manila y Cebú (este último fue el primero de los construidos

³² E. Moliner Espada, *El Aragonés Lcdo. Mosen Pedro García Ferrer, Arquitecto y Pintor...*, Zaragoza, 1991.

³³ De ellas dejó un testimonio en su *Relación del Viaje hecho a las Islas Molucas de la Experiencia por la Armada a las Órdenes de Comendador Jofre de Loaysa*.

en Filipinas: 8-V-1565). En 1683 llegó a Macao donde permaneció durante 24 años, y en 1686 era Superior de las Misiones en China. Falleció en Bigaa el 7 de agosto de 1710.

De los agustinos que realizaron su labor en tierras americanas fue el más conocido el padre Pedro de Argensola, según Latasa, natural de Barbastro, y según el padre Barrueco³⁴, de Zaragoza. Hermano de Lupercio y de Bartolomé de Argensola, entró en la Orden de San Agustín el 22 de febrero de 1589. En 1600 se encuentra en Lima, y en el Capítulo Provincial de 23 de julio de 1607 fue elegido por unanimidad Provincial de los Agustinos. Parece ser que aprendió el lenguaje de los indios de la zona, por lo que participó en la elaboración del catecismo en lengua chibcha. «Gran teólogo y elegante poeta», en palabras de Latasa, no hemos podido localizar ninguna obra suya publicada, aunque el propio Latasa, no sin cierto error, ofrece la referencia de unos versos suyos en una obra de Martel de 1591, que es en realidad la *Relación de la Fiesta que se ha hecho en el Convento de Santo Domingo de la Ciudad de Zaragoza a la Canonización de San Hyacinto*, Lorenzo Robles, Zaragoza, 1595.

No faltaron entre los agustinos aragoneses quienes hallaron la muerte a manos de los indios en tierras americanas, como ocurrió en Damaguel con el padre Miguel de la Magdalena, natural de Benabarre (Huesca), que se había ofrecido voluntario para la fundación de misiones entre los indios. Entre los que nos han dejado el testimonio de sus publicaciones destaca fray Bonifacio Cortés del Rey, nacido en Zaragoza en 1612, quien tomó el hábito en 1632 y escribió varias obras históricas y religiosas: *Noviliario genealógico, desde Noé, por la línea de Jordano, hasta Carlos II, Rey de las Españas*, Vda. de Calderón, México, 1670, y *Clarísimo Lucero para los espirituales y contemplativos*, Juan de Ibar Zaragoza, 1662. De él nos dice Latasa que fue cronista de su provincia de Aragón.

También destacó otro Cortés del Rey, Dionisio, hermano del anterior y como él misionero, que salió al frente de una expedición de 40 agustinos para tierras americanas, donde fue Provincial de su orden³⁵. Entre los agustinos descalzos resalta Latasa la figura de su Pro-

³⁴ M. Barrueco, *op. cit.*, pp. 75-81.

³⁵ La lista de agustinos en América es bastante más extensa: José Lanzuela, Martín de Bescansa, Agustín de Villanueva y otros.

vincial en Filipinas, fray Francisco de San José (José Rapún), natural de Jaca, muerto en 1668 en la isla de Romblón. Provincial de Filipinas, escribió varias obras editadas en Manila: *Explicación del Catecismo, proporcionado a la inteligencia de los neófitos*, Manila, 1654, 4.º, y dos tomos de sermones morales en lengua bisaya, citados por Latasa.

Capuchinos

Una interesante obra del padre Anguiano, *Vida y Virtudes del Capuchino español, el venerable siervo de Dios Fray Francisco de Pamplona* (L. García, 1685), Madrid, ofrece en su tomo II interesantes noticias sobre las misiones de los capuchinos en América. En ella hemos podido detectar la presencia de algunos franciscanos capuchinos aragoneses que destacaron por su labor misionera³⁶, especialmente en Cumaná, Caroní, Orinoco, Alto Pádamo, etc. Las tierras de Venezuela saben mucho de su trabajo y a ellas llegaron numerosos misioneros aragoneses: el padre Lorenzo de Belmonte (Zaragoza), fray Miguel de Torres de Albarracín (Teruel), el padre Domingo de Vilhel (Teruel), que fundó en 1681 la misión de Santa Cruz de Casanay y el pueblo de Santa Isabel en las costas del golfo de Paria, y el padre Agustín de Frías de Albarracín.

Son abundantes las referencias de capuchinos aragoneses fundadores de misiones y pueblos en tierras venezolanas: Agustín de Frías fundó en 1662, junto con el padre José de Carabantes, natural de Soria, un pueblo de caribes al que puso el nombre de Nuestra Señora del Pilar, y la misión y el pueblo de San José de Caymeguar. El padre Francisco de la Puente fundó el pueblo-misión de Nuestra Señora de Belén, en 1674, en el valle de Mapuy, cerca del golfo de Iriarte. El padre Francisco de Torres, natural de Albarracín, fundó la misión del Patrocinio de San José. Y el padre Pablo de Gargajos de Montalbán (Teruel) fundó, en la zona de Caramapuey, el pueblo de San Lorenzo Mártir en 1697.

³⁶ Los capuchinos son en realidad los franciscanos descalzos, de la Orden de Hermanos Menores Franciscanos. Nacieron como una corriente reformadora dentro de la orden franciscana, y fueron aprobados por el papa Clemente VII en 1528.

El primero de los capuchinos aragoneses que llegó a América fue el padre Lorenzo de Magallón (Zaragoza), primer superior de la Misión de Cumaná y compañero del famoso navarro fray francisco de Pamplona, que antes había sido capitán de la Armada con el nombre de Tiburcio Redín³⁷ y estaba llamado a ser su continuador. Fray Francisco de Pamplona consiguió de Felipe IV el permiso para que los capuchinos establecieran misiones en la zona del Darién. En 1650 partieron, junto con el también aragonés padre Antonio de Monegrillo, de Cádiz hacia tierras americanas para encargarse de las misiones de Cumaná. Trabajaron en la evangelización de los indios cumangotas y palenques. El Padre Monegrillo, por encargo del padre Lorenzo, fundó la misión de San Miguel en tierra de los indios chacupatas. Muerto el padre Francisco de Pamplona, el Consejo de Indias y el Rey ordenaron el regreso a España de los capuchinos.

El padre Magallón volvió a España con el fin de conseguir la confirmación de aquellas misiones para su religión, y habiéndolo logrado, no sin oposición, por Real Orden de 20 de noviembre de 1656 y Real Cédula de 20 de enero de 1657, partió hacia América con otro grupo de capuchinos de la provincia de Aragón.

A los misioneros aragoneses se les dio en la zona de Venezuela la misión de evangelizar la orilla izquierda del río Orinoco, desde la desembocadura del río Caroní hasta el mar. Allí encontraron la muerte y el martirio algunos de ellos como el padre Miguel de Albalate (Teruel), nacido en 1646, fundador en 1681 del poblado de San Miguel, donde murió a manos de los indios.

A lo largo del siglo siguiente y merced a la labor del padre Magallón, continuó la importante labor misionera y fundacional de los capuchinos evangelizando las tierras venezolanas. En una obra del padre Carrocera, *Misión de los Capuchinos en Cunamá* (Caracas, 1968, 3 volúmenes), se puede rastrear la importante aportación aragonesa a estas misiones a lo largo de su historia. Mirén Maite Abaurre ha identificado más de 200 misioneros capuchinos aragoneses³⁸.

³⁷ Tomó el hábito en el convento capuchino de Tarazona (Zaragoza).

³⁸ En total 230, reconocidos a partir del topónimo que los misioneros añadían a sus nombres. Véase «Eclesiásticos aragoneses en América», en *Aragón y América*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1991, pp. 155-157.

Tampoco faltaron en Filipinas las misiones franciscanas descalzas, siendo de destacar la labor de fray José de Santa María, Definidor de la provincia de San Gregorio, quien, siempre según Latasa, escribió hacia 1689 un *Tratado de la Orden Tercera de la Penitencia de San Francisco y de los Santos que le han profesado* que se imprimió en el convento de Manila.

El franciscano Alfonso de la Rea, que Latasa supone aragonés, publicó dos obras en México: una crónica y un Panegírico de Santa Clara, impreso en México en 1646. Palau valora especialmente la aludida crónica que tuvo varias reediciones y que lleva por título *Chronica de la Orden de Nuestro Seraphico Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacan en la Nueva España*, Vda. de Bernardo Calderón, México, 1643.

Otro franciscano capuchino que en este siglo dejaría varias obras fue el padre Juan del Pobo (Teruel), que marchó con el padre Frías a tierras de Venezuela. Allí escribió *Instrucción para los indios y Progresos de los Capuchinos en la Conversión de los Indios de la Nueva Andalucía*, obras que no hemos podido localizar, aunque sí hemos encontrado la obra de otro capuchino aragonés, fray Francisco de Tauste, autor de *Arte y Vocabulario de la lengua de los indios Chaymas, Cumanagotas, Cores, Perias y otros diversos de la provincia de Cumani*, Bernardo de Villadrejo, Madrid, 1680.

Franciscano de la Regular Observancia y del que volveremos a hablar posteriormente fue fray Manuel Mimbela, natural de Fraga (1648), que gobernó varios conventos en América, llegando a ser Definidor de la provincia de Zacatecas y Procurador General de la provincia de Nueva España. Llegó a ser presentado por S. M. para los obispados de Panamá y Ohajaca y en 1714, para el de Guadalajara en Nueva España. Escribió varias obras, una de ellas sobre los Reales Privilegios concedidos a su orden en Nueva España³⁹.

La lista de franciscanos aragoneses podría ser bastante más amplia. Nos limitaremos a reseñar la presencia, como profesor en el primer colegio creado por los franciscanos en Nueva España, el de Querétaro, de fray Pablo de Rebullida, natural de Fraga (1664), muerto por los indios en 1709.

³⁹ Palau recoge una breve biografía sobre él en el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*, en su tomo 13.

Dominicos

Los dominicos fueron de los primeros religiosos en llegar a las tierras descubiertas. Fray Alonso de Zamora, autor de *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada* (Barcelona, Llopis, 1701), da noticia de algunos de ellos como el oscense Francisco de Garrayta, Provincial en dicha región en 1630.

Dominico fue el famoso fray Andrés de Valdecebro, nacido en Albarracín (Teruel) en 1620, que en Nueva España, y en concreto en La Puebla de los Ángeles, fue rector del colegio de San Luis. De vuelta a España, fue Calificador de la Inquisición. Su fama nace del número y calidad de sus obras, algunas de las cuales se editaron en tierras americanas. De la treintena de obras que citan Palau, Vindel o Latasa, recogemos algunas de las que tienen relación con América:

Peligros de la América y calamidades de la Religión Católica, Puebla de los Ángeles, 1650.

Lamentación apologetica en defensa del R. P. Abraham Borobio... y contra el P. Pedro de Alva, Puebla de los Ángeles, 1650.

Erección Sacra del Templo más glorioso de la América contra Cronwell el tirano de Inglaterra, Puebla de los Ángeles, 1654.

Anticertamen. Aprecio de las Musas y venganza del Parnaso, Puebla de los Ángeles, 1655.

Decentes lágrimas y sentimientos Justos..., Puebla de los Ángeles, 1657.

En Filipinas, adonde llegaron los dominicos en 1587, fue uno de los primeros fray Francisco Blancas, natural de Tarazona, que llegó a aquellas tierras a finales del siglo xvi, en 1594. Sus obras son sumamente interesantes y algunas de ellas escritas en lenguaje indígena. Se le llegó a conocer como «el Cicerón Tagalo».

Entre sus obras destaca: *Arte y Reglas de la lengua Tagala. Libro en que aprenden los tagalos la lengua castellana*, editado por Tomás Pimpin, Bataan, Diego Talaghay, 1610. Entre las varias ediciones son notables las de 1752 y 1832, ambas realizadas en Manila. *Librong pagaaralan hang mengo tagalos Bataan*, Diego Talaghay, 1610. *Librong pinagpapalaman yto nang aasalin nang tavong Christiano sa pagco confesar*, Manila, 1742, sexta edición. Murió hacia 1615, después de una fecunda labor.

Otro dominico zaragozano que realizó una importante labor fue fray Diego de Aduarte, Prior de su Orden en Manila y Rector del Colegio de Santo Tomás. Nacido en Zaragoza en 1569, su labor como

misionero le llevó a ser uno de los primeros sacerdotes que llegaron a tierras de Camboya. En 1632 fue presentado para el obispado de Nueva Segovia. Latasa ofrece varias referencias incompletas de sus obras, que son de sumo interés para el conocimiento de la evangelización de Filipinas y el Japón y en las que se encuentran abundantes alusiones a la historia de estos países. Las más importantes varias veces reimpresas son: *Relación de lo que han padecido los cristianos del Japón desde 1628 a 1630, acompañada de la vida del religioso Fray Mateo Cobisa*, Manila, Imprenta de Santo Tomás, J. Magarilau, 1631 (de esta obra, se hicieron al menos seis ediciones). *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores de Filipinas, Japón y China*, Manila, Colegio de Santo Tomás, Luis Beltrán, 1640. Este libro, sumamente raro, fue reimpresso en Zaragoza en 1693 como tomo I de la Historia de la Provincia del Santo Rosario, por D. Gascón, quien también realizó la impresión del tomo II de la Historia de la provincia del Santo Rosario de Fray Baltasar de Santa Cruz, en el mismo año. Fray Diego Aduarte arroja en la obra citada los primeros datos fidedignos sobre la introducción de la imprenta en Filipinas. La historia de la provincia del Santo Rosario es además la obra de mayor cuerpo impresa en Filipinas durante el siglo xvii.

De igual modo, queremos citar al zaragozano de la Orden de Predicadores fray Carlos Gan, nacido en la ciudad del Ebro en 1580. En 1611 se embarcó para Filipinas, donde fue dos veces provincial, la última en 1640. Publicó *Epístola de Cultu, et ritibus Sinensium ad Emmanuelem Díaz, Visitatorem S. J. in Chinae, et Japoniae Regnis*, Manila, V. Martii, 1639.

Jesuitas

La Compañía de Jesús, si bien es cierto que tanto en América como en Filipinas fue precedida por diversas órdenes religiosas, pronto se extendió con singular celeridad y pujanza hasta el punto de superar en número de conventos, riqueza y labor cultural a los que le habían precedido. Fueron numerosos los jesuitas aragoneses que ingresaron en la provincia de Castilla y desde ella emprendieron el camino de las Indias, algunos lo hicieron desde Aragón.

Unos se distinguieron por sus predicaciones, como ocurrió con el padre Francisco López, hermano del Marqués del Risco y confesor del virrey don Melchor de Navarra (1648-1696); otros destacaron como Provinciales de la Compañía en tierras de Indias, como el padre Hernando Caverio de Hernao, nacido en Frías de Albarracín en 1599; Provincial en Panamá, Colombia, México y Perú, murió casi centenario. Algunos otros destacaron como defensores de los indios, como aconteció con el padre Gaspar Sobrino, jesuita zaragozano (1585-1656) que fue a tierras de Chile en Compañía del padre Valdiria y con él defendió a los célebres araucanos. Fue además Provincial de Nueva España y uno de los artífices de la creación de la Universidad de San Miguel.

Otros muchos nos dejaron buen número de publicaciones históricas y religiosas a veces fundamentales para el conocimiento de aquellas tierras en la época que nos ocupa. Los más importantes son: el padre Pedro Martínez de Ródenas (zaragozano); que escribió en Manila, donde murió en 1626, *Litterae de Missionibus in India ad occidentem a Patribus Societatis Jesu Institulis, annis 1590 et 1591*. El padre Pedro Lope, nacido en Maluenda el 12 de noviembre de 1613, fue Rector de los colegios filipinos de Antipolo y Silango, y gran conocedor del Tagalo, según afirma Latasa; publicó *Práctica del Catecismo Romano en lengua Tagalog*, Manila, 1671. El historiador y jesuita padre Francisco Combes, elogiado en el Diccionario Hispano-Americano⁴⁰, que desarrolló una fructífera labor en Filipinas. Es famoso por su *Historia de las islas de Mindanao, Jolo y sus adyacentes. Progresos de la Religión y Armas Católicas*, Herederos Pablo de Val, Madrid 1667. Esta obra es, en palabras de W. E. Retana, «la más antigua y circunstanciada historia de las Islas del Sur», a la que califica de magistral⁴¹; adquirió tal importancia que fue nuevamente publicada en Madrid en 1897. Otro libro suyo es *Panegírico Sacro a las tiernas memorias de Santa Teresa de Jesús*, Colegio de la Compañía, Manila, 1658. Algunos entendidos consideran, en nuestra opinión equivocadamente, que Francisco Combes es el mismo Luis Pimentel, autor de obras sobre diversos aspectos históricos y literarios de México. Es un error fácilmente detectable, tanto por las fechas con

⁴⁰ Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, tomo V, p. 553.

⁴¹ W. E. Retana, *Epítome de la Bibliografía General de Filipinas*, parte primera, Madrid, 1895, p. 9.

que uno y otro publicaron sus obras, como por los pies de imprenta de las mismas.

El ya mencionado padre Francisco López, hermano del Marqués del Risco, escribió varios libros y numerosos sermones, uno de ellos impreso en Lima y dedicado a la Virgen del Pilar: *Sermón Panegírico de Nuestra Señora del Pilar*, L. de Lyra, Lima, 1683, de gran éxito puesto que en el mismo año hubo de ser reimpresso; cuatro años más tarde publicó *El Sueño de Joseph en el viaje de los Exmos SS duques de la Palata, Príncipes de Massa, Virreyes del Perú, y Chile*, M de Lira, Lima, 1681.

El escritor jesuita Francisco Jarque, natural de Orihuela de Albaracín, que en 1627 viajó al Paraguay, hubo de abandonar el Instituto al parecer por razones de salud. Fue protegido por Francisco de Borja y publicó diversas obras, siendo las más interesantes para nuestro tema: *Insignes misioneros Jesuitas de la Provincia del Paraguay y estado del Río de la Plata*, Juan Micón, Pamplona 1687; *Vida del V. jesuita Joseph Cataldino misionero apostólico en América*, J. Ibar, Zaragoza, 1664; *Vida Prodigiosa del V. P. Jesuita Antonio Ruiz de Montoya*, Ibar, Zaragoza, 1661 (libro que según Palau, fue escrito por su hermano Juan Antonio); *Ruiz de Montoya en las Indias (1608-1652)*, Victorino Suárez, Madrid, 1900, obra de gran interés que fue recogida en la *Colección de libros raros y curiosos que tratan de América*, volúmenes XVI al XIX; es quizás la más rica en contenido de las realizadas por el que fue rector en el Perú de la imperial villa de Potosí, Francisco Jarque. Y podríamos continuar la relación de escritores jesuitas aragoneses de este siglo con los padres José de la Justicia, Gaspar de la Figuera, José Raimundo Arxo, Alfonso de Aragón, Juan Sebastián de la Parra, Miguel Gómez y otros que misionaron en tierras de Filipinas, China, Japón o las Américas.

No faltaron aragoneses ilustres que en otras órdenes e institutos realizaron una fecunda labor al servicio de la Iglesia y de los naturales de las tierras americanas y orientales e incluso africanas; aquí queremos destacar al oscense, natural de Sallente, fray José Martón que, tras estudiar Humanidades en la Universidad de Zaragoza, entró como monje en Santa Engracia; su vocación misionera le llevó a los franciscanos y con ellos al Chocó y Darién y más tarde a Tierra Santa. De todos estos viajes dejó, según Latasa, memoria en sus libros⁴². Al padre fray

⁴² Latasa, *op. cit.*, t. II, pp. 284-285.

Andrés Ordóñez, nacido en Zaragoza en 1592, que llegó a General del Instituto de San Juan de Dios; ingresó en el de Sevilla y marchó como misionero a Brasil, para regresar luego a España, siendo nombrado entonces Secretario General (tras proceso canónico fue desposeído de su cargo por llevar a cabo varios intentos de reforma). A don Pedro Cubero, natural del Frasno (Zaragoza), que escribió en Nápoles en 1648 *Descripción General del Mundo*, una de sus partes dedicada a las tierras del Nuevo Mundo; viajó a Nueva España donde realizó algunos estudios. Y a los miembros de la Orden de la Merced, fray Juan de Molina y fray Francisco Neila, que desarrolló fecunda labor en tierras africanas. Hubo además quienes, aun no naciendo en Aragón, tuvieron gran vinculación con nuestra región y dejaron su vida en su misión evangelizadora; así aconteció con el beato Juan de Santa Marta, natural de Prades (Tarragona), que llegó a Zaragoza en 1586 como infante del Pilar para hacerse luego franciscano y salir en 1607 hacia Japón, donde el 16 de agosto de 1613 fue degollado junto a dos centenares de cristianos nativos y religiosos dominicos y franciscanos ⁴³.

⁴³ J. M.^a Morán, *Relación de la vida y gloriosa muerte de ciento diez Santos...*, Madrid, 1867, obra escrita con motivo de la beatificación de los mismos por Pío IX el 7 de julio de 1867.

Capítulo VII

ARAGÓN EN EL SIGLO XVIII

Este siglo aparece enmarcado entre dos profundos conflictos que fueron a la vez guerras internacionales y civiles, con importantes cambios que afectaron a todos los ámbitos de la Monarquía española. La llamada Guerra de Sucesión y la derrota del archiduque Carlos de Habsburgo, que tuvo en la Corona de Aragón a sus más firmes valedores, significaron no sólo un cambio de dinastía sino una nueva forma de Monarquía. Las Españas, mediante un rápido proceso de centralización, pasaban a ser España. Ese proceso se vio favorecido por las aboliciones forales que sufrieron los reinos integrantes de la Corona de Aragón, tras la batalla de Almansa. El decreto del 29 de junio de 1707, que siguió a la Pragmática de derogación foral, pese a ser más moderado consiguió de hecho y de derecho una unificación nacional al estilo borbónico. En teoría Aragón se igualaba a Castilla administrativamente. La Monarquía borbónica, que regía aproximadamente 15 millones de kilómetros cuadrados, emprendió una política reformista que tenía como uno de sus primeros objetivos dar cohesión a tan amplios y diversos territorios. La necesidad de esa cohesión se manifestó en la política del Conde-duque de Olivares como la única solución frente a la presión de nuestros enemigos europeos, no sólo en este continente, sino también y muy especialmente, en las Indias.

Pero, ¿cómo repercutió todo esto en Aragón y en su relación con América? Parece probado el poco peso que en el siglo xvii tenían ya las instituciones políticas de Aragón. El Consejo de Aragón era —como ya hemos visto en el caso de las peticiones de puestos en Indias para naturales del Reino— una fábrica de súplicas; los ocho Consejos aún

tenían menor fuerza: la situación económica y demográfica del Reino no era muy boyante.

Las Cortes aragonesas solicitaron por medio de sus procuradores, en 1674, la implantación de un régimen económico basado en el libre cambio que atendiese a los intereses de Aragón; Diego José Dormer elaboraba proyectos para una reactivación de la producción agrícola¹; se empezaba a hablar de la navegabilidad del Ebro hasta el mar: todo pedía en Aragón una reforma.

El siglo XVIII, traza de forma brusca una reforma posiblemente distinta de la que Dormer imaginaba:

Reducir todos mis Reinos de España a la uniformidad de unas mismas leyes, usos y costumbres y Tribunales, gobernándose igualmente todos por las leyes de Castilla...

Éste era el propósito de la abolición foral, que a cambio otorgaba:

Pudiendo obtener por esta razón mis fidelísimos vasallos los castellanos, oficios y empleos en Aragón y Valencia de la misma manera que los aragoneses y valencianos han de poder en adelante gozarlos en Castilla sin ninguna distinción.

Claro está que si esto había de ser así en Castilla, mucho más en las Indias donde desde bastante antes los aragoneses gozaban ya de esa teórica igualdad.

En Aragón desapareció el Consejo de Aragón y el Virrey; el Capitán General era ya la primera autoridad, generalmente natural de Castilla, y se prescindió de las Audiencias; la castellanización de Aragón era un hecho: se cumplía en este aspecto una parte de lo pretendido o proclamado por Felipe V, pero no parece, en cambio, que los integrantes de la Corona de Aragón y en este caso los aragoneses obtuvieran un trato similar en Castilla, ni que en la administración y gobierno de Indias gozaran de una mayor representación.

¹ D. J. Dormer, *Discursos Históricos Políticos sobre lo que se ofrece tratar en la Junta de los Ilustrísimos Cuatro Brazos del Reino de Aragón*, Zaragoza, 1684.

Es al efecto ilustrativo el llamado *Memorial de Greuges* de los Cuatro Reinos de 1760². En él, los ocho diputados elegidos por las cuatro ciudades más importantes de la Corona: Zaragoza, Barcelona, Valencia y Palma de Mallorca, plantean al Rey una serie de consideraciones: el desaparecido Consejo de Aragón había quedado integrado en el de Castilla, pero apenas había en él representación aragonesa; lo mismo hacen ver de los obispados, de las Audiencias y de las Indias. Dice textualmente la exposición:

Se ha faltado muy poco para excluir del todo a los naturales de la Corona de Aragón de las primeras dignidades eclesiásticas, son cerca de ciento las Mitras que V. M. provee en sus dominios: las de la Corona de Aragón son diecinueve, y de éstas tienen solamente dos los aragoneses, tres los catalanes, otra un valenciano y otra un mallorquín...

Igual repaso se hace de las Togas, del Consejo de la Suprema Inquisición, donde según el informe no hay ningún aragonés igual que en los otros Consejos incluido el de Castilla. Y se dice refiriéndose a Felipe V:

Quiso S. M. que en ambas Crónicas se diesen promiscuamente los empleos, sin distinción de Naciones, y con sólo la atención de los méritos. Abrió las puertas de unos y otros Reinos, y en efecto los castellanos las hallaron abiertas en Aragón, y entraron francamente en Aragón... mas para los Aragoneses, Catalanes y Valencianos han estado casi cerradas en Castilla.

Valora el documento que con Carlos III se ha nombrado a tres embajadores naturales de la Corona de Aragón, igual que al Virrey de Nueva España y a otros cargos diversos, pero hace un encendido elogio del antiguo sistema foral. Advierte cómo los aragoneses, catalanes y valencianos dejaron el gobierno en Cerdeña, Sicilia o Nápoles a los naturales y así evitaron problemas mientras estuvieron sujetos a la Corona de Aragón. Plantea como los labradores catalanes o valencianos

² Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, Sección Acuerdos, 1760, folios 468-469, entre los dos folios.

parecen ser de peor condición que los indios, pues allá se procura que los párrocos entiendan y hablen la lengua de los feligreses, cosa que no acontece en Cataluña o en Valencia.

Quizá el documento, a falta de una seria investigación sobre sus afirmaciones, extreme un poco la situación de la marginación aragonesa. En lo que se refiere a la provisión de cargos en Indias, la presencia aragonesa sigue siendo cuantitativamente similar a la del siglo anterior. Ahora bien, esto mismo pone en tela de juicio la pretendida igualdad de los reinos peninsulares planteada por la Monarquía borbónica.

Es más, la nobleza castellana salió fortalecida en su posición tras su apoyo a Felipe V, tal como expone el citado *Memorial de Agravios*. Fue precisamente a partir de 1760 cuando los aragoneses, o lo que algunos han llamado «el partido aragonés», empezaron a desempeñar papeles importantes en la política y el gobierno de la nación con figuras como el Conde de Aranda o Manuel de Roda, por citar sólo dos de los más destacados. Fue precisamente en esa segunda mitad del siglo cuando más brillaron los aragoneses en las Indias, dando muestras del impulso científico de los ilustres aragoneses.

Pero... ¿y la emigración a América? Desconocemos, es una investigación pendiente, si varió la tónica de la escasa proporción de aragoneses que en los siglos anteriores viajaron a Indias, superando rara vez el 1 % del total³. Ya hemos visto cómo en el siglo xvii la población aragonesa se vio seriamente afectada por la expulsión de los moriscos, las guerras con Francia y Cataluña y las epidemias, lo que ya de por sí no creaba una situación favorable para la emigración.

En el siglo xviii la situación demográfica era bien distinta. En 1711, según el censo de vecindario, la población aragonesa ascendía a 76.163 familias⁴, lo que equivalía aproximadamente a una población total de 313.297 vecinos, que pasó a ser 614.070 en el censo de Floridablanca de 1787, uno de los estudios más fiables de población del siglo xviii.

³ La media hasta el siglo xvii no superó el 0,6 % según la media que se obtiene de los catálogos de Pasajeros a Indias.

⁴ Censo ya manejado por diversos especialistas, y cuyo original puede verse en el *Archivo Histórico Nacional*, sección Estado, leg. 416-1.

De todo esto se deduce un importante cambio en la situación de Aragón en lo que a población se refiere. Aragón era al filo del 1700, en palabras del profesor Guillermo Pérez Sarrión:

un reino que estaba lejos de alcanzar su óptimo poblacional, incluso dentro de los relativamente estrechos límites que, el sistema económico imperante en el reino, imponía al pleno aprovechamiento de los recursos productivos disponibles en esos años ⁵.

A finales del siglo XVIII era en cambio una de las regiones que habían experimentado un mayor crecimiento dentro del general aumento de población que había en España. Habría que plantear aquí teóricamente una situación más favorable a la emigración pero no hay que olvidar la escasa densidad de población de Aragón, lo que provocó, como apunta Pérez Sarrión, «un amplio proceso de ocupación de espacios vacíos, semivacíos o anteriormente ocupados y abandonados». Sería interesante plantear en la dirección contraria qué pudo influir en que Cataluña, Valencia o Aragón, con un crecimiento geográfico comparativamente superior, por ejemplo, al de Vascongadas, Galicia o Castilla, no enviaran importantes cantidades de población en edad de procrear, tal como aconteció en otras regiones.

⁵ G. Pérez Sarrión, «Crecimiento económico y transformaciones sociales en Aragón 1700-1808», en *Historia de Aragón*, ed. Guara, obra todavía en prensa en la que se inserta el estupendo estudio que aquí citamos.

Capítulo VIII

LA PARTICIPACIÓN ARAGONESA EN EL SIGLO XVIII

CIENTÍFICOS, ESCRITORES Y MILITARES

Si en siglo xvii lo más significativo de la participación aragonesa pudo ser «el sueño del Nuevo Reino de Aragón», el cambio de actitud de la clase dirigente aragonesa que luchó por una mayor presencia en los puestos de gobierno en Indias y la talla intelectual de hombres como Argensola o Palafox y Mendoza, en el siglo xviii la participación aragonesa tuvo otros puntos referenciales, entre los que queremos señalar especialmente dos: el interés de nuestros ilustrados por las Indias, su flora y su fauna, lo que llevó a algunos a trasladarse allí para dar una visión más científica; y la ruptura de la ascendente presencia aragonesa en los puestos de gobierno de Indias que se había experimentado en el siglo anterior.

En cuanto al primer punto, lo que hizo Aragón fue proyectar hacia las Indias el gran impulso que experimentaron todas las ciencias en buena medida gracias a la labor de la Sociedad Económica de Amigos del País, pero sobre todo la ciencia de la naturaleza. La creación de un Museo de Ciencias Naturales, un jardín botánico y una escuela de dicha materia demuestran tal aserto.

En 1973 el profesor Buesa destacaba el hecho de que en Jaca nacieran o vivieran, a comienzos del siglo xviii, tres figuras que dedicaron su vida al estudio y desarrollo científico de las Indias: Martín de Sessé, Juan del Castillo y Antonio Bergosa¹. Hay que tener en cuenta

¹ T. Buesa Oliver, *Ventura de unos aragoneses del siglo xviii en Indias*, Institución Fernando el Católico (discurso de ingreso en la citada Institución), Zaragoza, 1973.

que Jaca contaba en el Censo de 1787 con una población de 3.198 habitantes. Martín de Sessé, que había cursado la carrera de medicina junto al farmacéutico Juan del Castillo, se aplicó al estudio de la flora de Nueva España cuando Antonio Bergosa, más tarde arzobispo de Tarragona, desarrollaba su labor en aquel obispado.

El nacimiento de Sessé se produjo en realidad en Baraguas (Huesca) en 1751, pero muy pronto se trasladó a Jaca, estudiando medicina en Zaragoza. Dirigió expediciones científicas por Nueva España, junto con Juan del Castillo, el riojano José Longuinos, el extremeño Vicente Cervantes y el mexicano José Mociño. Con ellos estudió la flora de Nueva España, Cuba y Puerto Rico y en 1787 era Director del Jardín Botánico de la ciudad de México y Catedrático de Medicina de su Universidad; más tarde fue Director del Hospital Real del Pilar de La Habana. Con José Mociño escribió la obra *Plantæ Novæ Hispaniæ*, publicada en México en 1893², de la que existe una edición anterior en castellano con algunas variantes que lleva el título de *Flora Mexicana*, Ignacio Escalante, México, 1887.

Juan del Castillo, que ejerció en Jaca y Almudévar su oficio de farmacéutico, pasó a Cádiz como farmacéutico de la Armada, y de allí salió para Puerto Rico como boticario Mayor del Real Hospital, trasladándose a Nueva España en 1788. La causa de este traslado fue haber sido reclamado como botánico de la Real Expedición de Martín de Sessé. Por encargo real realizó una importante labor sobre la flora mexicana, muriendo en la capital de Nueva España el 25 de julio de 1793. Su obra está sin publicar aunque se conservan diversos manuscritos. Dio nombre científico a una especie de árbol mexicano conocido como «árbol del Ule» que se denomina «Castilla Elástica».

Pero no serían éstos los únicos científicos aragoneses que en este siglo destacaron en las Indias. El médico, matemático y naturalista Cosme Bueno, nacido en Belver de Cinca en 1711, se trasladó a los 19 años a Perú y realizó sus estudios en la Universidad de San Marcos. Allí fue Catedrático de Medicina y Matemáticas, cargo que iba unido al de Cosmógrafo Mayor del Perú. Su fama llegó a ser tal que en España fue nombrado miembro de las Sociedades Médicas de Madrid (1768) y Vascongadas (1784). Su obra más divulgada fue *El conocimiento*

² Esta obra no está citada por Latasa, y Palau sólo da esta edición.

A. D. José Antonio Cavanilles.

BALTHASAR EMMANUEL

BOLDO,

BOT. REG. CAESARAUG.

IN INSULAM CUBENSEM

NUNC LEGATUS,

D. D. THOMAE VILLANOVA,

BOT. PROF. VALENT.

S. P. D.



HAVANÆ:

In Typographia Curiae Episcopalis.

Don Baltasar Boldo. Uno de los exponentes de la proyección de los naturalistas aragoneses a tierras americanas.

de los tiempos, de la que, según el profesor Buesa, se hicieron 15 volúmenes entre 1763 y 1768, aunque en realidad debieron de ser más, ya que Palau cita: Bueno (Cosme), *El conocimiento de los Tiempos*, Lima, 1758, 8.º, y dice que se publicó hasta 1798.

Era una especie de almanaque anual con pronósticos del tiempo, noticias, y curiosidades de Lima. Sin embargo, como científico sus obras más importantes fueron *Descripción de las Provincias de la América Meridional*, Madrid (s.f.), y *Descripción de las Provincias del Perú*, Lima, 1763. En ellas se da todo tipo de referencias sobre la organización y costumbres de las diferentes tribus indias, y las características geográficas y económicas de Perú, Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay, así como de su fauna y su flora.

Otro famoso médico y naturista, en este caso zaragozano, nacido en 1776, fue Baltasar Manuel Boldo, Médico de los Reales Ejércitos en el Rosellón. Pasó los últimos años de su vida en la isla de Cuba, pero antes había sido elegido Académico de Buenas Letras de Barcelona, quizá como premio a su labor en el Principado como botánico y como estudioso de sus aguas medicinales. A él se deben diversas obras que cita Latasa, aunque sólo sabemos que publicó en América la que lleva por título *Epístola en latín dirigida desde Cuba a Don Tomás Villanova*, Curice Episcopales, Habana, 1798³. Se conservan varios manuscritos en el Archivo del Jardín Botánico de Madrid, con descripción de la flora cubana. Vicente Martínez Tejero escribió un breve pero interesante artículo sobre este zaragozano que, llevado de sus intereses científicos, viajó a los Estados Unidos para estudiar sus jardines botánicos⁴. Una planta, la *Boldoa Purpuracense*, da testimonio de su fama. Aragón debe agradecerle el envío de diversas remesas botánicas para sus jardines. La Real Sociedad Económica de Aragón le nombró socio de mérito en 1798.

Otro médico aragonés que se distinguió en Indias fue José Iranzo, que viajó a Nueva España en 1760 al servicio del virrey Marqués de Ermillas. Nacido en Zaragoza en 1729, se doctoró en la universidad

³ Latasa no cita esta obra, pero da referencia de otras cinco de las que sólo una, *Advertencias útiles sobre herborizaciones*, se refiere parcialmente a América, *op. cit.*, t. I, pp. 227-228.

⁴ V. Martínez Tejero, «Baltasar Boldo», en *La Presencia Aragonesa en el Descubrimiento*, General Motors, Zaragoza, 1991.

que fundara Pedro Cerbuna en 1760 y fue miembro de la Sociedad económica de Amigos del País. Como los anteriores fue un apasionado de la botánica, según el testimonio de Latasa que hace referencia a dos obras publicadas que no citamos por no tener relación con América. Otro médico, en este caso de Albarracín, que viajó a las Antillas fue Francisco Barrera Domingo, sobre el que realizaron un estudio A. Albert Matea y J. M. Cañete Fernández, *La medicina en la Cuba de 1798*, a partir del manuscrito *Reflexiones histórico, físico, naturales, medico-quirúrgicas*, del licenciado español Francisco Barrera y Domingo, Cátedra de Historia de la Medicina ⁵.

No faltaron tampoco en el siglo XVIII arquitectos aragoneses en América y así nos encontramos con Marcos Ibáñez, turolense de Odón, que fue arquitecto real y en 1782 proyectó la catedral de Guatemala, colaborando también en buena medida en el diseño urbano de la ciudad de Nueva Guatemala de la Asunción. Fue Francisco Sabatini, arquitecto mayor de la corte de Carlos III, quien decidió la marcha de su discípulo, Marcos Ibáñez, para que dirigiera las obras de reconstrucción de la antigua Guatemala, destruida en el terremoto de 1773.

Pero entre todos los que se destacaron por su labor en las Indias en esta época es preciso citar la figura de Félix de Azara. Él es, a la vez, la síntesis y el mejor exponente de la proyección ilustrada de Aragón en tierras americanas. Su actividad en América fue notable como explorador, geógrafo y naturalista. Su obra escrita es tan extensa que se siguen encontrando escritos suyos no recogidos en sus biografías. Es un aragonés que requiere una investigación profunda.

Son conocidas sus obras: *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, Vda. de Ibarra, Madrid, 1802, 2 vols., con ediciones en inglés y francés; *Apuntamiento para la historia natural de los paxaros del Paraguay y Río de la Plata*, Vda. de Ibarra, Madrid, 1802-1805, 2 vols.; *Voyages dans l'Amerique meridionale, contenant la description du Paraguay et de la riviere de la Plata, depuis 1781, jusqu'en 1801, publiés d'apres, les manuscrits de Pauteur*, par C.A. Walckenaer, enrichis de notes pur G. Cuvier, 4 vols., París, 1809 (obra en

⁵ De él da noticia V. Martínez Tejero en un interesante artículo que lleva por título «La Ilustración Aragonesa en América: Naturalistas en Cuba», en la revista de cultura aragonesa *Rolde*, abril-septiembre de 1990.

la que aparece incluido su trabajo sobre los «paxaros» del Paraguay); existen ediciones posteriores en italiano, alemán y español, pero ésta no aparece hasta 1845 en Montevideo; *Descripción o Historia del Paraguay y del Río de la Plata*, Sánchez, Madrid, 1847, obra póstuma que publicó su sobrino y heredero Agustín de Azara y que se reprodujo en 1896 en Paraguay; *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801, demarcación de límites entre el Brasil y el Paraguay a últimos del siglo XVIII*, Madrid, 1847, obra importante puesto que la realización de tal trabajo fue una de las razones de su estancia en América; *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y misiones guaraníes*, Asunción, 1790, el manuscrito de esta obra se encuentra en la Biblioteca Nacional de Montevideo.

Estas obras son las más conocidas, aunque desgraciadamente difíciles de encontrar incluso en las bibliotecas importantes de su tierra. En *Panteón Biográfico de los Ilustres Azaras*, Madrid, 1848, se dedica a Félix Azara una pequeña biografía (pp. 85 a 136). Aquí, sin concretar lugares de edición, se citan otras obras suyas como unas *Memorias*, posiblemente la misma que aparece en las *Memorias sobre el Estado rural*. Cita también sin precisión *Diario de la Navegación del Río Tebucará* y otras que por ser relativas a Aragón aquí no recogemos. Recientemente hemos podido adquirir este último libro, cuyo título y referencia exacta es: *Diario de la Navegación y Reconocimiento del Río Tebucará*, obra póstuma de Félix de Azara, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836.

En su discurso preliminar Pedro de Angelix presenta una situación reveladora:

Tres siglos de negociaciones y tratados no bastaron a poner de acuerdo a las Cortes de Madrid y Lisboa sobre el deslinde de sus colonias, y estas cuestiones, que habían comenzado con su dominación en América no acabaron con su decadencia. Cada paso que daban aumentaba las dudas y hacía más difícil su resolución; porque carecían de un conocimiento exacto de las localidades ni podían adquirirlo por falta de documentos exactos ⁶.

Ese conocimiento, que ya en su momento reclamó Martín Cortés, aunque entonces para las costas, iba a ser ahora acometido por Félix

⁶ *Op. cit.*, en el texto, p. 1.

de Azara. Pintaba Félix de su correspondencia con el virrey Arredondo el hecho de que los ríos Iguerey y Corrientes, que se señalaban en el artículo 9 del tratado como líneas directorias, ni tan siquiera existían.

El *Diario de la Navegación del Tebicuarí* es un libro corto (47 folios) pero interesante y minucioso y a él hay que añadir el interesante discurso preliminar de cinco páginas en el que se refiere que a los planes de Félix de Azara se debe la fundación del pueblo de San Gabriel de Balovi o que las autoridades dificultaron su trabajo negándole el acceso a los archivos. Hemos podido adquirir otro libro que no habíamos visto citado y cuya referencia es *Diario de un Reconocimiento de las plazas y Fortines que guarnecen la línea de la frontera de Buenos Aires, para ensancharla por Don Félix de Azara Capitán del Navío de la Real Armada*, Buenos Aires, 1837. Este trabajo le fue encomendado por el virrey Melo, quien le nombró Comandante General de una expedición en la que le acompañaron el ingeniero geógrafo Pedro Cerviño y un total de unos 150 hombres entre soldados, oficiales, milicianos e intérpretes⁷. En él aprovecha Azara cualquier ocasión para acercarse a la flora de la región, sus usos y utilidades, al mismo tiempo que elabora planes de defensa y de repoblación. Es posible que circularan otras obras no conocidas de Félix de Azara, uno de los más brillantes y todavía no suficientemente conocidos aragoneses al que el profesor Andreu dedica dentro de esta obra una breve biografía.

Félix de Azara, por Juan José Andreu Ocariz

Félix de Azara nació en Barbuñales en 1742. Era hijo de Alejandro de Azara y Loscertales, señor de Barbuñales y de Lizara y barón de Pertusa, y de María Perera y Rivas. Entre los siete hijos del matrimonio, dos iban a tener un relieve especial: Félix y Nicolás, una de las figuras más importantes de la Ilustración española. Diplomático al servicio de Carlos III y Carlos IV, fue Ministro Plenipotenciario entre la Santa Sede y Embajador en Francia; con amplias relaciones en buena parte de Europa, le distinguieron con su amistad Federico II de Prusia,

⁷ En el libro se da la relación exacta de 168 hombres. El *Diario* recoge cada día la tabla de rumbos y distancias.

José II de Austria, Catalina de Rusia y Napoleón. Otros de sus hermanos desempeñaron asimismo cargos destacados: Eustaquio fue obispo de Barcelona; Mateo, Auditor de la Real Audiencia de Barcelona; Lorenzo, profesor de la Universidad de Huesca y Deán del Cabildo oscense; Francisco Antonio, Regidor en Huesca. Del matrimonio de Mariana, la única hija, y de José Bardají nacieron Dionisio, que fue cardenal, Eustaquio, que llegó a ser ministro, y Anselmo, que fue marino.

Félix cursó estudios en la Universidad de Huesca. Su padre deseaba que siguiese la carrera jurídica, pero él eligió la de las armas, ingresando como cadete en el Regimiento la Infantería de Galicia (1764). Posteriormente realizó estudios en la Academia Militar de Barcelona, pasando después al Cuerpo de Ingenieros. Este hecho es sistomático, ya que revela su inquietud intelectual en el aspecto militar. El Cuerpo de Ingenieros era un cuerpo técnico, un cuerpo de élite dentro del Ejército.

Subteniente de Infantería e Ingeniero delineador de los Ejércitos nacionales, Plazas y fronteras, trabajó durante seis años en la corrección hidrológica de los ríos Tajuña, Oñar, Jarama y Henares, marchando posteriormente a Mallorca, donde realizó trabajos de reconstrucción en las fortificaciones de la isla, y después a Barcelona, como Maestro de Estudios de Ingenieros, trabajando asimismo en las fortificaciones de Figueras.

Ascendido a teniente en 1775, tomó parte en la expedición contra Argel que dirigió Alejandro O'Reilly. Fue uno de los primeros en desembarcar en las playas argelinas, resultando gravemente herido. En 1776 ascendió a capitán de Infantería e Ingeniero Extraordinario. Sus inquietudes intelectuales quedaron reflejadas una vez más en su participación como socio fundador de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

En 1780 es teniente coronel en la guarnición de San Sebastián. Poco después las circunstancias derivadas del Tratado de El Pardo, firmado en 1777 entre las Cortes de Madrid y Lisboa, le proporcionaron lo que iba a ser trascendental en su vida: la marcha a tierras americanas. Dicho tratado cerraba definitivamente un viejo conflicto fronterizo hispano-portugués en América: el de la demarcación fronteriza. Desde época muy temprana, hubo interés por parte de Portugal en extender la frontera brasileña más allá de los límites que el Tratado de



Félix de

AZARA.

Félix de Azara

Grabado de Félix de Azara correspondiente a la obra *Panteón de los Azara*.

Tordesillas de 1494 le señalaba. La expansión se realizó en tres direcciones geográficas: norte, este y sur.

El escaso interés que la Corona española demostró hacia estas zonas, facilitó el expansionismo portugués; las infructuosas expediciones por las zonas selváticas del Amazonas y del Orinoco en busca de riquezas míticas y el fracasado intento de colonización de Francisco de Orellana en la desembocadura del Amazonas desanimaron a posibles colonizadores, que encontraban mejores posibilidades en otras zonas de la América española. La Corona no subsanó el vacío dejado por la iniciativa privada, de modo que los portugueses pudieron explorar y colonizar el territorio sin más obstáculos que los que suponían la naturaleza y las tribus indias. Los artífices de esta penetración fueron en buena medida los *bandeirantes*, que en busca de esclavos y oro remontaron los ríos y pusieron las bases que permitieron la ulterior colonización, dando al Brasil sus gigantescas dimensiones actuales y que en modo alguno le correspondían conforme a las estipulaciones de Tordesillas.

En su avance meridional llegaron al límite de las zonas colonizadas por España, cuyos habitantes tuvieron que defenderse de sus incursiones, siendo constantes los conflictos fronterizos. A ello se unió el deseo de dominar la desembocadura del Río de la Plata, a fin de efectuar un productivo contrabando en el que holandeses, franceses y especialmente ingleses tuvieron una destacada presencia. El avance por esta zona era más dañino para la Corona española que el llevado a cabo por las zonas selváticas, y dio lugar al problema de la colonia de Sacramento, omnipresente en las relaciones diplomáticas hispanolusas durante un siglo.

Fundada por orden de Juan IV en 1680, el gobernador de Buenos Aires la atacó y conquistó, siendo desautorizado por el monarca español Carlos II, que temió la acción de Portugal alentada por Francia, por lo que en 1681 se firmó un tratado que concedía a Portugal el territorio, nombrándose una comisión mixta para que delimitase la frontera, comisión que no llegó a ponerse de acuerdo, pues cada parte mostraba mapas diferentes. Pese a que la colonia estaba claramente dentro de los límites de las posesiones españolas, se cedió en 1683 a Portugal, que la utilizó como base de un activo contrabando.

Poco después de su subida al trono, Felipe V, deseoso de lograr el apoyo de Portugal en la Guerra de Sucesión, ratificó por el Tratado de

Alfonza (1701) la cesión a Portugal. Al estallar la guerra en 1704 con motivo de haberse sumado Portugal a la causa del Archiduque de Austria, el gobernador de Buenos Aires se apoderó de la colonia, pero Inglaterra influyó diplomáticamente para que fuese devuelta a Portugal en el Tratado de Utrech (1713). Los portugueses fueron extendiéndose hacia el sur, hasta ocupar la playa de un lugar llamado Montevideo en 1723. El gobernador de Buenos Aires les exigió la retirada y, ante su negativa, los expulsó, fundándose Montevideo en 1729.

Deseosas ambas Cortes de solucionar definitivamente los litigios fronterizos, firmaron en Madrid en 1750 el Tratado de Permuta, que declaró nulos los límites establecidos en todos los tratados anteriores y estableció unos nuevos. Portugal renunció a la colonia de Sacramento y a sus pretensiones sobre Filipinas, recibiendo a cambio los territorios de Ibicuy.

Cuando Carlos III ascendió al trono, anuló el Tratado de Permuta en 1761, pasando nuevamente Sacramento a manos portuguesas. Al intervenir España en la Guerra de los Siete Años en contra de Inglaterra y su aliada Portugal, el gobernador de Buenos Aires conquistó Sacramento (1762), pero la derrota española frente a Inglaterra supuso una nueva cesión de la colonia por la Paz de París de 1763. Puso fin a esta larga serie de cambios de dominio el Tratado de El Pardo de 1777, que reconoció a España la posesión de la colonia de Sacramento y trató de establecer de forma definitiva los imprecisos límites entre las posesiones españolas y portuguesas.

En esta tesitura recibió la orden de presentarse al embajador español en Lisboa, desde donde partió con sus compañeros de expedición en un buque portugués, dado que España se encontraba a la sazón en guerra con Inglaterra. Ya en el mar, supo que había sido nombrado capitán de fragata, pues el rey había juzgado conveniente que todos los comisionados fuesen oficiales de la Marina. Al desembarcar en Río de Janeiro se entrevistó con las autoridades portuguesas, pasando después a Montevideo, donde estaba el virrey, que le comunicó las órdenes e instrucciones: se trataba de fijar, conjuntamente con los comisarios portugueses, la demarcación de las respectivas posesiones desde el mar hasta debajo de la confluencia de los ríos Quaporé y Mamoré, desde donde se forma el Madeira.

Esta parte de la frontera se dividió en cinco secciones, a cubrir por los cuatro oficiales enviados desde España y un quinto que se

nombró sobre el terreno. El capitán de navío José Varela y Ulloa fue encargado de las dos partes meridionales, y Azara de las dos siguientes. El virrey envió a Azara por tierra a Río Grande de San Pedro, capital de la provincia brasileña del mismo nombre, para concertar con el general portugués la ejecución de las operaciones. Cumplida esta misión, se le ordenó marchar a Asunción, para hacer los preparativos necesarios y esperar la llegada de los comisionados portugueses.

Los ingenieros españoles de la comisión terminaron las operaciones de que estaban encargados, pero como los portugueses se veían obligados por el cumplimiento estricto del tratado a abandonar zonas de las que ilegalmente se habían apoderado, procuraron diferir cuanto les fue posible la terminación de las operaciones, y en ello se vieron ayudados por la negligencia o connivencia culpable de los gobernadores españoles, junto con los grandes hacendados y autoridades confabuladas en los asuntos de contrabando, que hicieron cuanto pudieron para que fracasase todo cuanto Azara emprendía, llegando a prohibirle consultar los archivos de Asunción.

Viéndose Azara detenido en aquellas regiones con pretextos que amenazaban ser interminables, concibió el proyecto de elaborar un mapa del país del que había levantado solamente la frontera por iniciativa particular y corriendo personalmente con los gastos. No sólo no esperaba ninguna ayuda de las autoridades sino que temía entorpecimientos, por lo que se vio obligado a ejecutar a sus espaldas una parte de sus viajes. Tuvo, no obstante, la ventaja de los medios que le ofrecían su rango y las funciones de que estaba investido, y la excelente colaboración de los oficiales que tenía a sus órdenes.

El momento era oportuno: la zona del Río de la Plata encerraba unas enormes posibilidades de desarrollo hasta entonces parcialmente aprovechadas, pues había sido una zona deprimida como consecuencia de la política económica practicada por la Corona. Concebida en principio como escala en la ruta hacia Asia por Occidente, y posteriormente como lugar de tránsito hacia el Perú, al ceñir Felipe II la Corona portuguesa se le confirió un nuevo cometido: abastecer al Brasil de harina, ganado, pieles y sebo, recibiendo a cambio del Brasil hierro procedente de Europa y esclavos de África, pues el envío desde allí al Perú resultaba menos costoso que a través de Panamá.

El comercio entre Buenos Aires y los puertos brasileños colocó en manos de los comerciantes bonaerenses considerables cantidades de

plata que dedicaron a intensificar el comercio con Brasil, pasando de este modo dicha plata a la ruta del azúcar, con destino final en Portugal y Holanda, hecho que alarmó a la Corona, que congeló el puerto de Buenos Aires, prohibiendo el acceso a los puertos peruanos y chilenos por el estrecho de Magallanes. En este aspecto fue presionada por la oligarquía peruana, deseosa de conservar el monopolio en Perú y Chile.

Para paliar el efecto negativo de la medida, se intentó establecer la ruta comercial de Buenos Aires con Brasil y Sevilla, a fin de que la plata y el azúcar llegasen a este último puerto, intento que fracasó al convertirse en un comercio de contrabando de plata entre el alto Perú y Holanda, con escalada en Portugal. Para evitarlo, y favorecer la ruta comercial establecida entre Sevilla, Panamá, Lima y el alto Perú, se prohibió en 1613 la salida de plata con destino a Buenos Aires, y se creó una aduana en Córdoba que empezó a funcionar en 1623, cobrando unas tasas de hasta un 50 % del valor de las mercancías procedentes de Buenos Aires. Pese a ello, el contrabando continuó siendo floreciente negocio. La política económica diseñada por Felipe II y continuada por sus sucesores perjudicó de un modo muy especial al territorio del Río de la Plata, que por sus recursos naturales podía haber sido una de las zonas más prósperas de América si se hubiesen explotado adecuadamente sus recursos.

Esta situación cambió como consecuencia de las reformas emprendidas durante el reinado de Carlos III: iniciadas en 1765, culminaron en 1778 con la promulgación del *Reglamento y aranceles para el comercio libre de España e Indias*, cuyos objetivos eran la supresión de trámites burocráticos, flexibilización del contrabando mediante el aumento de gravámenes sobre productos extranjeros y disminución para los hispanos. Se derogaron las prohibiciones sobre el comercio entre los puertos del Pacífico, autorizándose dos años después al Río de la Plata. Constituido el Río de la Plata en virreinato, fue aprobada la iniciativa de su virrey (1777) de prohibir la salida de plata del alto al bajo Perú pero que el metal fluyese a la capital del nuevo virreinato y fortaleciese económicamente a éste. Estas reformas económicas favorecieron mucho al Río de la Plata, región hasta entonces subdesarrollada y marginada.

Las exportaciones de pieles y cueros de Buenos Aires crecieron de forma gigantesca. Se empezó a comercializar el sebo, antes no expor-

tado, para la fabricación de velas, y la industria de salazón de carnes, que se exportaban a Cuba y Brasil, adquirió un desarrollo rápido, originando subsidiariamente la puesta en explotación de salinas. Llegó Félix de Azara al territorio del Plata en una coyuntura crucial y prometedora para su futuro. Realizó largos recorridos por el país: viajó por el Paraguay, llegando hasta las misiones jesuíticas y la provincia de Corrientes. Después de haber pasado así cerca de 13 años, recibió orden de regresar a Buenos Aires. Se le dio el mando de toda la frontera del sur, es decir, el territorio de los indios pampas, y se le ordenó reconocer el país avanzando hacia el sur, porque el virreinato, en plena fase expansiva, quería extender las fronteras en aquella dirección.

Cuando terminó esta misión, el virrey le permitió visitar todas las posesiones españolas al sur del Río de la Plata y del Paraná. Azara ordenó a dos de sus oficiales de máxima confianza, Pedro Cerviño y Luis Inciarte, embarcarse y levantar el mapa del río Paraná, a fin de comparar sus observaciones con las que Azara haría por tierra. Ambas observaciones coincidieron plenamente. Levantó un mapa del distrito de Santa Fe, y cuando se disponía a hacer lo mismo en las provincias de Córdoba, Salta y Mendoza y sobre los límites occidentales del Chaco y de la Patagonia, recibió orden de regresar inmediatamente a causa de la guerra con Inglaterra, que creía iba a ampliarse en breve a Portugal.

En consecuencia, se le dio el mando de toda la frontera oriental, es decir, con Brasil, lo que le proporcionó la oportunidad de recorrerla a su gusto y trazar su mapa. Algunos años después, cuando volvió al país a realizar diversas comisiones, verificó y rectificó sus observaciones. Navegó por los principales ríos de la zona: el Paraguay desde el Jauré; todo el Paraná desde Tieté; una parte de éste y del Iguazú; el Uruguay, Curuguay, Jesuy, Tebicuary y Gatemy, con partes del Aguarray, determinando en todas partes las desembocaduras de sus afluentes, pero dado el gran número de éstos y la imposibilidad de marcar exactamente la dirección del curso entero de cada uno de ellos, tarea superior a las posibilidades de trabajo de una sola persona, procuró aproximarse a este fin tomando como puntos seguros las desembocaduras y los otros lugares de su curso que había observado por tierra trazando el intervalo con los datos que se le proporcionaban o por aproximación.

No todos los datos del mapa de Azara son originales suyos: copió las fuentes, o primera parte de los cursos del Paraná y del Paraguay,



Vista de Cuzco.

del mapa inédito del brigadier portugués José Custodio de Saa y Faria; los mapas de las provincias de Chiquitos y Santa Cruz de la Sierra, del trabajo de su compañero Antonio Álvarez de Sotomayor, jefe de una de las divisiones de comisarios de límites; el mapa del río Paraguay, desde la desembocadura del Jauré hasta el 19° de la latitud, del que trazaron los comisarios de límites del Tratado de Permuta; la parte superior del Paraná, desde su gran cascada hasta el pueblo del Corpus, del trabajo de su compañero el capitán de navío Diego de Alvear, jefe de otra división de comisarios de límites. El resto lo trazó Azara, excepto el curso de los pequeños riachuelos que nacen en la parte oriental de la cordillera andina y que al reunirse forman los diferentes ríos que atraviesan el Chaco. Copió todos estos ríos y parte de su dependencia del mapa de Juan de la Cruz de 1775, con algunas correcciones.

En los viajes se hizo acompañar siempre de algún subalterno para observar y confrontar las mediciones al mismo tiempo que él; además de los ya citados Cerviño e Inciarte, le ayudaron el capitán de navío

Martín Boneo, el capitán de fragata Juan Francisco Aguirre y los pilotos Pablo Zizur e Ignacio Pazos, entre otros. Hizo en Motevideo, Buenos Aires y Corrientes observaciones astronómicas sobre los satélites de Júpiter, los eclipses de Sol y la ocultación de las estrellas por la Luna.

La fama de Azara le viene fundamentalmente como naturalista, tarea para la cual paradójicamente se creía menos capacitado: con su modestia habitual él mismo manifiesta los motivos que le impulsaron a esta tarea y su valoración de la misma. Encontrándose en un país inmenso, desconectado de Europa y desprovisto de libros y conversaciones instructiva, apenas podía ocuparse más que de lo que la Naturaleza colocaba ante su vista, viéndose, en consecuencia, casi forzado a observarla, por lo que juzgó conveniente tomar nota de sus observaciones y de las reflexiones que le sugerían, pero le contenía, dice humildemente, la desconfianza que le inspiraba su ignorancia, y la suposición de que lo que tenía ante sí había sido ya descrito por los historiadores, viajeros y naturalistas de América. No obstante, decidió emplear el tiempo que tras el cumplimiento de sus tareas le quedaba libre en observar y tomar nota de lo que veía. Sus descripciones se acumularon de tal forma, que algunas veces le resultaba imposible acordarse de si había descrito o no ciertas especies, y, en la duda, las describía varias veces. Para evitarlo, concibió la idea de distribuir en grupos los individuos que conocía, dando a estos grupos los caracteres generales que había observado en todas las especies que los componían, con la consiguiente simplificación, lo que le permitió mayor habilidad en las observaciones y más claridad en la forma de redactarlas. Sin saberlo, era el creador de un método sucesivamente inventado y combatido por los dos naturalistas más célebres: Linneo y Buffon.

Poco después, Azara pudo procurarse una traducción española de las obras de Buffon, y dándose cuenta de que en las localidades que había descrito existían numerosas especies desconocidas por el naturalista francés, redactó de nuevo su trabajo, hizo las observaciones críticas que le sugirió la obra de Buffon, y envió estas notas a su traductor español, que ni las utilizó ni le contestó. Azara siguió, no obstante, describiendo las formas y costumbres de cuadrúpedos y aves, procurando que sus descripciones se aproximasen a la *Historia Natural* de Buffon, único libro de que disponía, y anotaba, comparándolos cuidadosamente, todos los errores que creía descubrir. Su modestia le impedía

escribir una obra original, siendo su objetivo aumentar y corregir la obra de Buffon, al cual se proponía enviar sus notas. Sus descripciones de las formas y hábitos de los animales son de una gran exactitud, prueba de su sagacidad y paciencia. Entre las 448 especies de aves que describe, hay más de 200 de las que hasta entonces no se tenía noticia en Europa, y gran número de otras de las que da descripciones y detalles de costumbres ignoradas antes. Descubrió, y le han sido dedicadas, dos especies de mamíferos: el Aguarichay (*Canis Azarea*) y el Micurú (*Didelphis Azarea*). La parte más débil de sus observaciones zoológicas corresponde a los insectos, peces y reptiles.

La labor de naturalista de Azara fue reconocida en América: el Cabildo de Asunción, que le había pedido un extracto de sus trabajos sobre los países cuyos mapas había levantado, le concedió el título de «ciudadano más distinguido de la ciudad de Asunción», pero suscitó envidias que le causaron muchas persecuciones y sinsabores: el gobernador se irritó tanto de la distinción mencionada, que hizo retirar secretamente de los archivos de la ciudad el mapa y la descripción de Azara, así como el registro en que estaba inscrito el título de ciudadano distinguido. Pese a las precauciones tomadas por el gobernador para ocultar el robo, éste se hizo público; la ruin venganza fue comunicar a todos los ministros de la corte que Azara no había levantado sus mapas ni escrito sus memorias más que para entregárselos a los portugueses. Asimismo lo comunicó al virrey, quien se apoderó de todos los mapas y papeles de Azara que pudo recoger, y que nunca devolvió. Azara se vio obligado a tomar la precaución de depositar en manos de un monje de su confianza la parte principal de sus obras.

El gobernador había informado a la corte que él había escrito una *Historia Natural* de las aves y cuadrúpedos de su gobierno y que la enviaría inmediatamente, y utilizó el engaño y la fuerza para que su verdadero autor se la entregase, pero Azara resistió sus presiones y se negó a ello. El gobernador hizo todo lo posible para impedir a los indios que llevasen animales a Azara, tratanto así de privarle de los medios para terminar su trabajo.

Azara había hablado de varias de sus memorias a algunos subalternos que sacaron copias, apareciendo una parte de ellas en un periódico impreso en Buenos Aires, teniendo la precaución de omitir el nombre del autor. El virrey, reuniendo las partes impresas y manuscritas que pudo procurarse, compuso una relación que envió a la corte

como suya. Estas autoridades jamás mencionaron en sus informes a la corte los méritos y servicios de Azara; emplearon toda su influencia en impedirle el regreso a España, y trataron de condenarle al abandono y al olvido. Sin embargo, injusticias e ingratitudes no hicieron mella en el ánimo de Azara, que cumplió con gran eficacia y celo cuantas misiones se le encomendaron.

Su labor no se ciñó exclusivamente al campo naturalista. Fueron de gran importancia sus observaciones astronómicas y climatológicas. Aunque no tenía conocimientos de Geología y Botánica, sus aportaciones en este campo no son nada desdeñables, lo mismo que las geográficas y agrarias. Su labor como historiador es sumamente meritoria: a su conocimiento de las Relaciones de los conquistadores unió la consulta científica de los archivos, lo que le permitió corregir errores en que aquéllos habían caído. Más importantes son sus aportaciones etnológicas, pues a las noticias adquiridas en libros y documentos unió las observaciones directas de las numerosas tribus con quienes en el curso de sus exploraciones se puso en contacto. Sus descripciones antropológicas y etnológicas de las mismas constituyen hoy día un elemento imprescindible básico para cualquier estudio sobre el tema. El hecho de que algunas de estas tribus hayan desaparecido aumenta en la actualidad este valor.

En el orden administrativo, Azara presentó proyectos para mejorar la Administración, y compuso diferentes instrucciones que le fueron encargadas al respecto por los virreyes. Uno de sus proyectos fue el de dar la libertad a los indios civilizados de las reducciones. Preparó informes para el Tribunal de Cuentas de Buenos Aires, y emitió informes sobre la población de la Banda Oriental. Fue comisionado para visitar los puertos de la Plata y trazar un plan de defensa preventivo contra un ataque inglés, que posteriormente se produjo.

De gran importancia fue su labor como colonizador: en 1778 el Gobierno español había concedido el proyecto de poblar la costa de la Patagonia, y a tal fin gran número de familias españolas fueron transportadas a los puertos de Montevideo, Maldonado y Sacramento, pero solamente se estableció a un pequeño número, permaneciendo las obras en la ociosidad, mantenidas a costa del Real Erario. Veinte años después la situación no había cambiado. No se sabía qué hacer con estas familias, cuya manutención costaba 50.000 pesos fuertes anuales. Fue Azara quien solucionó el problema, transportándolas a las fronte-

ras del Brasil, cerca de las fuentes del río Ibicuy, donde les distribuyó tierras y les proporcionó los medios necesarios para explotarlas. Fundó la villa de San Gabriel de Batovi; estableció colonos cerca del río de Santa María, afluente del Ibicuy, y trazó el emplazamiento de la futura villa que llamó de la Esperanza. Con ello consiguió el objetivo de emplear útilmente a estas familias, librar al Real Erario del gasto que suponían, y de poblar y defender unas zonas fronterizas de las que los portugueses se hubiesen apoderado.

En 1801 obtuvo el permiso para regresar a España, pero hasta el último momento continuó su actividad en América: como no existían mapas del río Uruguay desde su catarata hasta el estuario del Plata, hizo levantar uno a sus expensas por dos de sus oficiales. En 1789 había sido nombrado capitán de navío, y en 1802 ascendió a brigadier. Pasó algún tiempo en Francia, pero el monarca no tardó mucho en llamarle a la corte, donde se le ofreció el virreinato de México, que rechazó. En 1805 fue nombrado miembro de la Junta de Fortificaciones y Defensa de Indias, pero en 1808 se retiró definitivamente a Barbuñales. Al producirse la invasión napoleónica, ofreció sus servicios a Palafox y subvencionó la resistencia. Sus tierras fueron invadidas, y hubo de refugiarse en Barbastro y Huesca. Finalizada la resistencia, presentó sus respetos a Fernando VII cuando entró en Zaragoza.

En 1815 se le concedió la recién creada Orden americana de Isabel la Católica, que rechazó. Su actividad intelectual continuó hasta el fin de sus días: mantuvo correspondencia con amigos y científicos e intervino en la Real Sociedad Económica de Amigos del País, para la que escribió dos informes en 1818: *Las pardinas del Alto Aragón y Los olivos de Alquézar y sus aldeas*. En 1820 fue elegido Regidor de Huesca, en sustitución de su hermano Francisco Antonio, que acababa de morir, pero su fin estaba próximo, falleciendo el 20 de octubre de 1821.

Fue Félix de Azara una de las figuras señeras de la Ilustración española y americana, pues a América dedicó 20 años de su vida y en ella desarrolló su labor más importante. De sus cualidades excepcionales merecen destacarse su innata modestia, rigor científico, claridad y exactitud en las exposiciones, y, sobre todo, su abnegado cumplimiento del deber, que le llevó, según sus propias palabras, a pasar

los veinte mejores años de mi vida en los confines de la Tierra, olvidado de mis amigos, sin libros, sin ningún escrito razonable, conti-

nuamente ocupado en viajar por desiertos o en inmensos y espantosos bosques, casi sin ninguna sociedad más que la de las aves del aire y los animales salvajes,

y a un celoso cumplimiento de cuantas misiones le encomendaron sus superiores, inmune a la envidia, maledicencia y sucios manejos de quienes intentaron arrebatarle el mérito de sus investigaciones, y por intereses inconfesables intentaron obstaculizar su labor.

La bibliografía sobre la obra de Félix de Azara es abundante. Él mismo publicó los *Apuntamientos para la Historia Natural de los Quadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*, en francés, en París, 1801, y poco después en Madrid en 1802; en 1805 publicó los *Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*; una relación de sus viajes, *Voyages dans l'Amerique Méridionales*, se publicó en París en 1809. Su tercer volumen es la edición francesa de las *Aves del Paraguay y del Río de la Plata*. Esta obra, traducida al español, fue publicada por Espasa-Calpe en Madrid en 1941.

Además de estas dos obras, Azara escribió los trabajos siguientes: *Diario de navegación del Tebicuary*, *Memoria rural del Río de la Plata*, publicándose en Madrid en 1847. Escribió asimismo unas *Reflexiones económico políticas sobre el estado del Reino de Aragón*. Su manuscrito inédito *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes* fue publicado por R.R. Schuller en 1904 por encargo de José Arechavaleta, director del Museo y Biblioteca de Montevideo.

Numerosos autores han estudiado su figura y su obra: Agustín de Azara publicó en 1847 en Madrid: *Félix de Azara y sus Memorias póstumas sobre asuntos del Río de la Plata y del Paraguay*; B. Mitre y J. Gutiérrez: *Viajes inéditos de Azara*, Buenos Aires, 1973, *Revista del Río de la Plata*; Luis María Torres: *Les études géographiques et historiques de Félix de Azara*, Buenos Aires, 1905; Olivier Baulny: *Félix de Azara. Un aragonais précurseur de Darwin*, 1968 y *La colonización de la Banda Oriental vista a través del epistolario de Félix de Azara*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1971, y María Dolores Albiac Blanco: «Félix de Azara "inventor" del Río de la Plata», *Aragón en el mundo*, pp. 277-288, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1988.

DIARIO
DE UN
RECONOCIMIENTO
DE LAS
GUARDIAS Y FORTINES,
QUE
GUARNECEN LA LINEA DE FRONTERA
DE
BUENOS-AIRES,
PARA ENSANCHARLA;
POR
D. FELIX DE AZARA,
CAPITAN DE NAVIO DE LA REAL ARMADA.

Primera Edición.

BUENOS-AIRES.

IMPRENTA DEL ESTADO.

1837.

MARINOS Y MILITARES ARAGONESES

No faltó en este siglo la huella aragonesa de militares y marinos de relieve. Por América pasó uno de los más célebres militares aragoneses que alcanzó notable fama en su época: el general Ricardos. De todos es conocida su actuación en Italia, en el norte de África o en el Rosellón, pero es quizá menos conocido, fuera del ámbito aragonés, su paso por América. Sin embargo, en 1764 fue trasladado a Nueva España para reorganizar allí el ejército español. Su misión debió de ser concreta, sin ostentar en Veracruz plaza alguna, razón por la cual no aparece en el catálogo de Títulos de Indias.

Figura destacada fue también Vicente Doz y Funes, nacido en Tarazona el año 1736. En 1769, siendo teniente de navío, fue incluido en la expedición científica que realizó diversos estudios en la baja California. Vuelto a la península, sus actuaciones científicas y militares le llevaron al cargo de brigadier de la Armada. Realizó, además, diversos trabajos geográficos y fue director del Colegio de Nobles de Madrid. Aragonés fue Juan Antonio Artigas, nacido en La Puebla de Albortón (Zaragoza) y que en 1717 llegó a tierras americanas en calidad de soldado, siendo uno de los primeros pobladores de lo que más tarde sería la ciudad de Montevideo. En 1730 era miembro del primer Cabildo de la ciudad que entonces se llamó San Felipe de Montevideo. Uno de sus hijos, José Gervasio Artigas, llegó a ser colaborador de Félix de Azara.

Otro militar, José Mariano Monroy, capitán de Infantería y diputado de la ciudad de Zaragoza en 1774 y 1775, tomó parte, según Latasa, en la comisión de límites del Marañón y en la exploración de las orillas del Orinoco, llegando hasta su nacimiento. En América cimentó su carrera el oscense de Anceles Valentín Ferraz. Llegó a tierras americanas con el grado de capitán y regresó a España en 1840 como brigadier, llegando a ostentar el grado de Capitán General de Castilla, Ministro de la Guerra, diputado en Cortes y senador electivo y vitalicio. Y militar aragonés fue José de Ibarra que, al servicio del teniente general Marqués de Rubí, se dedicó a la inspección de los presidios y fortalezas de Nueva España.

Entre los marinos destacan: el oscense, natural de Graus, Anselmo Bardají y Azara, que realizó una expedición a Cuba y escribió una descripción de la isla de Puerto Rico que al parecer no llegó a publicarse,

y Juan de Soto, nacido en Zaragoza en 1712, que tras sentar plaza en el departamento de Cádiz viajó a América Septentrional y tuvo el mando de diversos navíos.

GOBERNANTES Y FUNCIONARIOS ARAGONESES EN LAS INDIAS DURANTE EL SIGLO XVIII

No está tan estudiada la participación aragonesa en este siglo como en el anterior. No obstante, un somero análisis de los Títulos de Indias permite ver que no se produce precisamente un aumento de aragoneses en los gobiernos, audiencias y consejos. El *Memorial de Grengues* de 1760 pudo extremar la situación pero no estaba falto de razones. Eso no quiere decir que los puestos quedaran vedados a los aragoneses tras la abolición foral, pero se cerró el proceso de ir arrancando reservas en plazas de Indias a la Monarquía. Por otra parte, la escasa presencia aragonesa de la Península durante la primera mitad del XVIII pudo repercutir en la obtención de los de Indias por naturales del Antiguo Reino de Aragón. Entre los que obtuvieron plaza como consejeros de Indias podemos destacar a José Cistue y Coll, barón de la Menglana, natural de Estadilla (Huesca), donde nació en 1725. Hizo sus estudios de jurisprudencia en la Universidad de Huesca y fue honrado con numerosos puestos recorriendo varias Audiencias desde que el 4 de marzo de 1758 fuera nombrado fiscal de la Audiencia de Quito. El 7 de febrero de 1773 fue nombrado fiscal de la Audiencia de Guatemala, y el 21 de julio de 1775 pasó como Alcalde del Crimen a México, de cuya Audiencia llegó a ser Oidor el 12 de julio de 1776. El 26 de octubre de 1788 fue nombrado consejero de Cámara del Consejo de Indias, jubilándose el 25 de septiembre de 1802. Como se ve, casi 50 años de servicio⁸.

Otros aragoneses aparecen en audiencias y gobiernos en Indias: El Marqués de la Torre, que aparece en el Catálogo del Archivo General de Simancas como gobernador de La Habana, siendo su nombramien-

⁸ Todos los datos de este y de los siguientes Títulos de Indias a los que haremos referencia proceden del Archivo Central de Simancas y pueden encontrarse en el catálogo XX del Archivo General: Títulos de Indias, Valladolid, 1954.

to el 17 de julio de 1771; sabemos que mantuvo correspondencia con la Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza. Francisco Aysa, primer Marqués del Castillo de Aysa, natural de Sesa (Huesca), donde nació el 30 de julio de 1696, fue nombrado presidente de la Real Audiencia de Guadalajara en el virreinato de Nueva España el 6 de octubre de 1740, tras ocupar en México las alcaldías mayores de Juchapel, Aguas Calientes, Minas de Sombrerete y Llerena. José de Estachería, turolense de Blancas, fue nombrado gobernador y capitán general de Guatemala el 28 de agosto de 1783. Antes había sido gobernador de Nicaragua el 16 de agosto de 1782. Tomás Brun Normante, nacido en Bolela (Huesca), abogado y rector de la Universidad Sertoriana de Huesca (1710), fue nombrado Alcalde del Crimen de la Audiencia de Lima el 1 de octubre de 1723, tras haber actuado como protector general de Indias en la misma ciudad, cargo para el que fue designado el 30 de agosto de 1720. Mariano Tobías, natural de Orihuela de Albarracín, fue Guardia de Corps hasta que pasó a Nuevo México al servicio del virrey de Nueva España. De los distintos cargos que ostentó, según Latasa, sólo hemos podido verificar en el catálogo de Títulos de Indias el de sargento mayor de Manila, cargo para el que fue nombrado el 30 de enero de 1772. Parece cierto que actuó como gobernador de Las Marianas, aunque no hemos podido verificar que se llegasen a publicar ninguna de las obras que sobre estas islas le atribuye Latasa. Andrés Pueyo y Urries fue Regente de la Audiencia de Santo Domingo, cargo para el que fue nombrado al cesar como Oidor de la misma Audiencia. Desempeñó estos cargos desde el 7 de diciembre de 1755 hasta el 21 de mayo de 1780. Pedro Pablo Pomar Tudela de Lanuza, zaragozano de la casa de los marqueses de Ariño, sirvió como Guardia de Corps hasta su paso a América donde fue nombrado, como consta en el Archivo de Simancas, corregidor de Huilas. Latasa lo confunde con el cargo de gobernador de Huazar. Su nombramiento tuvo fecha de 24 de febrero de 1773. Fue miembro de la Sociedad Económica Aragonesa y es conocido por sus importantes obras sobre la situación de los caballos en España aunque en algunas de ellas toca también este mismo tema en las Indias: *Memoria en que se trata de los Caballos de España*, Vda. de Ibarra, Madrid, 1789; *Causas de la escasez y deterioro de los Caballos de España y medios de mejorarlos*, Vda. de Ibarra, Madrid, 1793.



Alf. Conde de Guadalupe

Otro aragonés vinculado a la Económica de Amigos del País que tuvo una dilatada carrera en América fue Vicente Ruperto de Luyando. El 6 de abril de 1766 era Oidor de la Audiencia de Santo Domingo. El 11 de mayo de 1772 fue nombrado para igual cargo en Guadalajara, pasando el 27 de febrero de 1777 a Alcalde del Crimen de México, el 19 de enero de 1780 a Oidor de la Audiencia de México y el 26 de marzo de 1786 a fiscal de la Casa de Contratación.

Victoriano de Villaba y Aybar fue otro de los aragoneses que en este siglo ostentó un título de Indias. En concreto, el 8 de agosto de 1789 fue nombrado fiscal de la Audiencia de Charcas. Conocido ilustrado y rector de la Universidad de Huesca, había solicitado el puesto de Oidor en la Audiencia de Buenos Aires. Finalmente hemos de destacar la figura de otro virrey aragonés, hijo de los condes de Sástago; Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, nacido en Luceni, un pueblecito cercano a la capital, en 1687, fue nombrado virrey de Nueva España el 31 de enero de 1742. Allí permaneció cuatro años antes de pasar como embajador a Viena. Casado con M.^a Teresa Patiño, sobrina del ministro José Patiño, gozó de los favores de la corte. Durante su mandato en México, realizó la reedificación del acueducto de Chapultepec y se preocupó de diversas mejoras urbanísticas en la capital. Organizó varias expediciones, siendo la más conocida la encargada de reconocer la Barra de Tampico. Fue uno de los impulsores del poblamiento de Texas, donde mandó realizar diversas fortificaciones.

ECLESIÁSTICOS ARAGONESES EN AMÉRICA Y FILIPINAS

Siglo importante fue sin duda el XVIII por la calidad y el número de eclesiásticos aragoneses que aportaron su esfuerzo a la evangelización de la Indias e igualmente a su historia y desarrollo cultural y científico. Sería suficiente enumerar los obispos aragoneses que en este siglo fueron nombrados para diócesis de Indias para justificar esta afirmación: Basilio Sancho de Santa Justa, arzobispo de Manila; Miguel Claver Caldevilla que, aun cuando no aceptó, fue nombrado obispo de Nicaragua; Mariano Clavo Cortilles, obispo electo de Tucumán; fray Jaime de Mimbela, obispo de Santa Cruz de la Sierra en Argentina; fray Manuel de Mimbela, obispo de Panamá y Guadalajara; Antonio Macarulla, obispo de Camayagua (Honduras) y de Durango (Mé-

xico); fray Francisco Pallas y Faro, obispo de Sinopolis y Vicario Apostólico de Fo-kien; Pedro Cortés y Larraz, arzobispo de Guatemala; fray José Antonio de San Alberto, arzobispo de la Plata; fray Antonio Espinosa, obispo de Maracaibo.

Dejando aparte al doctor Miguel Claver y Capdevilla, oscense de Sieso, que fue canónigo de Barbastro y maestrescuela de la Universidad Sertoriana y que nombrado el 20 de enero de 1770 obispo de Nicaragua declinó el cargo, ofreceremos una mínima semblanza de los restantes.

El padre Basilio Sancho de Santa Justa nació en Villanueva del Rebollar (Teruel) el 17 de septiembre de 1718, profesó como escolapio el 8 de febrero de 1745 y fue nombrado por Carlos III Predicador real y Calificador de la Inquisición. Finalmente fue nombrado arzobispo de Manila el 23 de diciembre de 1765⁹, siendo consagrado el 18 de agosto de 1766. Fue el introductor de las Escuelas Pías en Filipinas y el que llevó a las islas a Joaquín Traggia. Defensor y continuador de las líneas de gobierno eclesiástico que en su día defendiera Palafox y Mendoza, tuvo, como aquél, abundantes problemas en su diócesis; impuso en ella la visita diocesana. Fue autor de bastantes obras entre las que destacan: *Representación a Rey... Don Carlos III*, Manila, 1768; *Memorial hecho con el motivo de los disturbios, que han intentado algunos Regulares de Filipinas*, Manila, 1768; *Sanctissimo Domino Nostro Clementi XIII*, Manila, 1768 (sobre la beatificación del aragonés Juan de Palafox); *Ejemplares de Carta... al Capitán General D. J. Raon*, Manila, 1771. Las obras publicadas por este arzobispo fueron por lo general cartas pastorales, la mayoría breves y de carácter religioso, aunque no falta alguna en la que se observa su posición política: *Carta Pastoral que enseña las Obligaciones del Cristiano en Orden a Dios, a su Rey*, Imprenta del Seminario Pedro Ignacio Advínculo, Manila, 1775.

Mariano Calvo Cortilles, nacido en Pomer del Cinca (Huesca) en 1737 y muerto en Tucumán en 1781, fue el único que no tuvo ocasión de demostrar su valía como obispo ya que murió el mismo año de su nombramiento (1781) sin llegar a ocupar su puesto. Fray Jaime Mimbela, natural de Fraga (Huesca), perteneció a la orden de los dominicos y ejerció como catedrático de la Universidad de Manila. Fue

⁹ Archivo de Simancas, Audiencia de Manila, Catedral (2.º-50-82), cat. XX (Ayuda).

visitador general de su orden en el Perú, obispo y gobernador de Santa Cruz de la Sierra (Argentina) y obispo de Trujillo. Su primer nombramiento para la sede Argentina fue en 1714, según Conte Oliveros, y no aparece reflejado en el Catálogo de Títulos de Indias; el nombramiento de obispo de Trujillo fue el 18 de mayo de 1720¹⁰. Desde su convento de Zaragoza salió para Filipinas, embarcándose en Cádiz el 14 de julio de 1692. Allí fue catedrático de la Universidad de Filipinas. Más tarde sería nombrado visitador de la orden en Perú, tras lo cual y quizá en reconocimiento de su labor le llegó la Real Cédula por la cual se le presentaba como obispo de Santa Cruz de la Sierra (Audencia de Charcas), donde al parecer permaneció entre 1716 y 1719. Murió en Trujillo el 4 de abril de 1739. Publicó, según Latasa, algunos escritos sobre su diócesis de Trujillo.

Fray Manuel de Mimbela, hermano del anterior y como él nacido en Fraga en 1648, vivió más en el siglo anterior, pero tiene acomodo en el XVIII ya que su nombramiento como obispo de Guadalajara fue el 26 de abril de 1711¹¹. Con anterioridad fue Calificador del Santo Oficio y Definidor de la Provincia de Zacatecas, en México. Según Latasa, publicó un tratado para la congregación de los reales privilegios concedidos a los franciscanos menores en la Nueva España.

Antonio Macarulla, oscense de Benabarre, del que poco sabemos. Consta en el Archivo de Simancas su nombramiento como obispo de Durango (Nueva Vizcaya) el 30 de enero de 1773¹². Antes y durante cinco años había ocupado el obispado de Comayagua en Honduras para el que había sido nombrado en 1768¹³.

Fray Francisco Pallas y Faro nació igualmente, como los anteriores, en la villa oscense de Benabarre el 3 de diciembre de 1703 y estudió en la Universidad de Zaragoza Filosofía y Teología. A la edad de 22 años entró en la Orden de Santo Domingo. En 1736 pasó a Filipi-

¹⁰ Archivo de Simancas, Títulos de Indias, Cabildo Trujillo, 2.º, 1823, cat. XX, p. 592.

¹¹ Archivo de Simancas, Audiencia de Guadalajara, Catedral (2.º-14-65), cat. XX, p. 119.

¹² Archivo de Simancas, Audiencia de Guadalajara, Catedral Durango (2.º-57-9), cat. XX, p. 113.

¹³ Archivo de Simancas, Audiencia de Guatemala, Comayagua (Honduras), Catedral (2.º-52-18).

nas y en 1739 era catedrático de Cánones en la Universidad de Manila. En 1752 viajó a Roma donde trató con el pontífice Benedicto XIV el estado de la Iglesia en China. Un año más tarde fue nombrado obispo de Sinopoli y vicario apostólico de Fo-Kien ¹⁴. Allí tuvo que vencer las dificultades de una iglesia que vivía entre la persecución y la tolerancia, hasta su muerte en Ki-Chien, provincia de Fo-Kien, donde recibió sepultura. Latasa enumera una relación de trabajos escritos por este obispo; de ellos sólo hemos podido verificar como publicados: *Apéndice a la Relación que de la persecución de la Christiandad de Fogan... escribió el P. Fr. Francisco Serrano*, Manila, 1748; *Relación del Martirio de los VV.PP. Francisco Serrano, Fr. Juan Alcover... Misioneros de la Orden de Predicadores*, impresa en Sevilla y reimpressa en Valencia por José García, 1750.

Pedro Cortés y Larraz nació en Belchite (Zaragoza) en 1712. Estudió en la Universidad de Zaragoza, donde en 1741 obtuvo el doctorado en Teología. Trabajó como párroco de los pueblos turolenses de Ejulve, Rafales e Hajar, de donde a los 42 años de edad pasó a una canongía de La Seo de Zaragoza que obtuvo por oposición. A los 54 años, en 1766, fue nombrado obispo de Guatemala ¹⁵, y allí escribió al parecer una obra que llevaba por título *Descripción geográfico moral de la Diócesis de Guatemala*, de la que no hemos podido encontrar referencias; en cambio hemos localizado estas dos: *Reglas y estatutos del Coro de la... Iglesia de Santiago de Guatemala*, Arévalo, Guatemala, 1770; e *Instrucción pastoral sobre el método práctico de administrar con fruto el Santo Sacramento de la Penitencia*, A. Sánchez Cubillas, Guatemala, 1773. En esta diócesis tuvo al parecer diversos problemas con una parte del clero, lo que le llevó a renunciar en su Mitra y en 1781 volver a España donde fue nombrado obispo de Tortosa en 1782. Tras renunciar también a este puesto se retiró a Zaragoza donde murió en 1786.

A continuación, presentamos una más amplia biografía de tres prelados aragoneses (dos de ellos ocuparon sede en las Indias y uno en la Península después de varios años de labor en América) que son posiblemente los que realizaron una más destacada labor.

¹⁴ En el Archivo de Simancas aparece como obispo de China el 9 de marzo de 1754, Audiencia de Manila, China (2.º-40-65), cat. XX, p. 410.

¹⁵ Archivo de Simancas, Audiencia Guatemala, Catedral (2.º-52-91), cat. XX, p. 265.

Fray José Antonio de San Alberto, nacido en el Frasno (Zaragoza) el 17 de febrero de 1727, fue uno de los obispos españoles que más profunda huella dejó en tierras americanas. Recientemente se ha publicado un buen trabajo sobre el arzobispo aragonés que tan importante labor educativa realizó, como veremos, en el virreinato del Río de la Plata¹⁶. Desde el Frasno fue llevado por sus padres a Calatayud donde entró en relación con los carmelitas descalzos de la ciudad bilbilitana. En 1742 entró en el convento de San José de Zaragoza, en el que el 4 de abril de 1743 hizo su profesión religiosa, dejando su nombre y apellidos de nacimiento José Antonio Campos y Julián, para adoptar el de fray José Antonio de San Alberto. El 21 de febrero de 1750 fue ordenado diácono por el obispo Antonio Sánchez en la ciudad de Huesca. Una carrera fulgurante le lleva a ser prior del convento de Tarazona en el 1766. Su fama hizo que Carlos III le nombrase Predicador Real. En 1769 fue elegido Secretario Provincial de su orden, llegando a ser en 1772-1778 procurador general. En 1778 el Rey lo propuso como obispo de Córdoba de Tucumán¹⁷.

El 28 de abril de 1780 embarcó para América desde Cádiz y aquí comienza su aportación a las Indias. Rápidamente, en 1781, inició los planes de reconstrucción de la catedral de Córdoba. Si antes, al parecer, había renunciado al nombramiento del obispado de Cádiz, esta vez la terminante orden del Rey y el consejo de su confesor le persuadieron a aceptar el obispado y a acometer con gran impulso todo lo que creyó obligaciones de su cargo. Fundó colegios, casas de huérfanos, iglesias, etc. A él se debe la creación del primer colegio de huérfanos de Córdoba y del colegio de Catamarca, entre otros. En 1784, por encargo del virrey Vértiz elaboró unas constituciones para la Universidad de Córdoba. El 27 de julio de 1785 tomó posesión del arzobispado de la Plata, donde fundó un colegio de huérfanos en 1792. Finalmente, muere en 1804 en la ciudad de la Plata.

De su labor hay que destacar: 1) su papel en la reforma del plan de estudios carmelitanos; 2) su labor en pro de los huérfanos y desvalidos que le llevó a la creación de escuelas y hospicios, lo que hizo a

¹⁶ P. Gato Castaño, *La educación en el Virreinato del Río de la Plata. Acción de San Alberto en la Audiencia de Charcas, 1768-1810*, Dip. Gral. de Aragón, Zaragoza, 1990.

¹⁷ Archivo de Simancas, Audiencia Río de la Plata, obispado de Tucumán, 21 de diciembre de 1778 (2.º-22-75), cat. XX, p. 666.

costa de sus rentas; 3) su preocupación por la educación y la enseñanza; 4) sus obras de diversa índole publicadas generalmente con una intención social o educativa; 5) ser uno de los introductores de la imprenta en Buenos Aires.

El siglo XVIII vivió numerosos procesos de reforma en un intento de ampliar y adaptar los estudios científicos al pensamiento tradicional. En esta línea la orden carmelitana inició diversos cambios en sus programas de estudio en la segunda mitad del siglo. El padre San Alberto fue uno de los encargados de preparar tales modificaciones por el general de la orden, padre Manuel de San Vicente, y por el nuncio de su Santidad en Madrid. Su labor en pro de los huérfanos se desarrolló básicamente en tierras americanas y en ellas levantó, generalmente a sus expensas, colegios de niños huérfanos. Su preocupación por la enseñanza y la educación es quizá su rasgo más definido y valorado. En ellas volcó su calidad humanística. En frase de Purificación Gato fue a América «contagiado de esa inquietud de redimir al hombre a través de la cultura».

En dos direcciones orientó principalmente su trabajo: la educación primaria y la educación y formación del clero. De la primera dan fe sus fundaciones y su preocupación por elaborar nuevos proyectos pedagógicos e introducir en ellos trabajos mecánicos que habrían de llevarse a cabo en los colegios. De la segunda habla en sus continuas pastorales a curas y párrocos.

San Alberto, que obtuvo celebridad con sus escritos bonaerenses, publicó abundantes trabajos, en su mayoría Cartas Pastorales. Veamos algunas de sus obras: *Catecismo Real*, Madrid, 1766 (se reimprimió en Lima en 1818); *Carta Pastoral que dirige a los párrocos, sacerdotes y demás fieles de su diócesis de Córdoba de Tucumán*, Ibarra, Madrid, 1778 (posteriormente en Buenos Aires, 1781); *Panegírico de Santa Teresa de Jesús que traducido del francés al español, dedicó a la misma Santa y ofreció sus hijos los Carmelitas Descalzos*, Buenos Aires, 1779; *Segunda Carta Pastoral a todos los fieles del Obispado de Córdoba en Tucumán, en la entrada y principio de su gobierno*, Buenos Aires, 1781; otras dos cartas pastorales fechadas en Buenos Aires los años 1781 y 1783; *Carta a los Indios infieles Chiriguano*s, Imprenta Real, Madrid, 1781; *Carta Pastoral a todos sus diocesanos con ocasión de haber fundado dos casas para niños huérfanos*, Buenos Aires, 1783; *Carta Pastoral acompañando las constituciones para las Casas de niños huérfanos*, Imprenta Real, Madrid, 1784 (antes en

Buenos Aires, 1783); *Carta Pastoral, con motivo de publicar una instrucción para los seminarios de niños y niñas*, Imprenta Real, Madrid, 1786; *Carta segunda Pastoral que el Arzobispo de la Plata dirige a los curas, tenientes y sacerdotes*, Buenos Aires, 1786; *Catecismo Real, que bajo la forma de instrucción compuso y publicó para enseñar a los seminarios de niños y niñas de su diócesis*, José Doblado, Madrid, 1786; *Carta a los indios infieles Chiriguanas*, Real Imprenta de los Niños Expósitos, Buenos Aires, 1788; *Oración fúnebre que en las solemnes exequias del muy alto y poderoso señor Carlos III Rey de España y de las Indias, celebradas en la Iglesia Metropolitana de la Plata*, Real Imprenta de los Niños Expósitos, Buenos Aires, 1789; *Carta... a Pío VI, con motivo de los alborotos de Francia*, Imprenta de la Universidad, Alcalá, 1791; *Carta Pastoral que... el Arzobispo de la Plata dirige a todos los que en el pasado concurso han sido nombrados y elegidos para curas*, Imprenta Niños Expósitos, Buenos Aires, 1791, obra en la que compara los indios del Perú con aquellos a los que Juan de Palafox pintaba en Nueva España; *Carta Pastoral, a todos sus Vicarios, Curas, Tenientes y Clero exortándoles a que contribuyan en algún donativo o empréstito, sin interés para las actuales urgencias de la Corona*, Niños Expósitos, Buenos Aires, 1799. Después de su muerte, según Palafox, se publicó su obra *Instrucción, sobre las obligaciones más principales que un vasallo debe a su Rey y Señor* (Lima, 1818). Creemos que es una reedición de su *Carta Pastoral que el ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Fray Antonio de San Alberto... dirige a sus Diocesanos con ocasión de publicar una instrucción para los Seminarios de Niños y Niñas, donde por lecciones, preguntas y respuestas se enseñan las obligaciones que un vasallo debe a su Rey y Señor*, Buenos Aires, 1794.

Hemos relacionado aquí sólo las obras que hemos considerado más interesantes para el conocimiento del arzobispo aragonés y en las que quedan reflejadas las características y aspectos más representativos de su obra y su personalidad. En las cartas pastorales a los curas y sacerdotes queda patente su afán educador, su espíritu de reforma en la línea marcada por el Concilio de Trento y su acción Pastoral. En la carta dirigida a los indios chiriguano muestra su afán evangelizador y persuasivo y da muestras, en una línea «palafosiana», de su respeto a la libertad del indio.

Su posición política se plasmó en las cartas escritas con ocasión de la derrota de Tupac Amaru en 1791, dirigida al cabildo, en su carta a Pío VI con ocasión de la Revolución Francesa y en su carta de peti-

CARTA PASTORAL

SEGUNDA,

DEL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR

D. FR. JOSEPH ANTONIO DE S. ALBERTO;

DEL CONSEJO DE S. M.

X. OBISPO DE CÓRDOBA DE TUCUMAN:

DIRIGIDA

A TODOS LOS FIELES DE SU DIÓCESIS

EN LA ENTRADA

Y PRINCIPIO DE SU GOBIERNO,

EN EL AÑO DE M.DCC.LXXXI.

ción de ayuda al clero bonaerense para la Corona y su opinión sobre las obligaciones del súbdito para con el Rey. Incluso su Catecismo Real es una defensa de la armonía que existe entre las obligaciones para con el Rey y el Trono. Las cartas pastorales para la instrucción de sus colegios muestran su vocación pedagógica. La síntesis de lo que buscó San Alberto, profundo admirador de otro arzobispo aragonés, Juan de Palafox, la da muy bien Purificación Gato: quiso y cultivó «un tipo de ilustración con raíces hincadas en el suelo profundo de la tradición»¹⁸.

Las diferencias que algunos han marcado entre la visión que dio del indio Palafox y la que ofrece San Alberto, evidentemente bien dispares, no empañan el respeto que San Alberto sintió por la libertad del indio ni la admiración que tuvo por Palafox, cuyos escritos recomendó vivamente a sus párrocos¹⁹. No hay que olvidar que San Alberto fue postulador de la causa del venerable Palafox e incluso llegó a publicar, según algunos autores, una carta circular y pastoral a todos los vicarios, curas, clérigos y fieles sobre la beatificación de don Juan de Palafox que no hemos podido localizar.

En cuanto a nuestra consideración de San Alberto como uno de los impulsores de la imprenta en Buenos Aires, aspecto que no destaca Purificación Gato, no hay que olvidar la tardía aparición de la imprenta en Argentina, siendo la del Colegio de Huérfanos una de las primeras de aquel virreinato, y la primera de la ciudad bonaerense²⁰. Fue en 1780 cuando se introdujo la imprenta en Buenos Aires gracias, sobre todo, al esfuerzo del intendente gobernador Manuel Ignacio Fernández, del impresor lusitano José Silva y Aguiar y del virrey Juan José de Vértiz y Salcedo. No obstante, dos aragoneses fueron claves en la aparición y desarrollo de la imprenta bonaerense: el franciscano aragonés, del que más tarde hablaremos, padre Parras, y el padre San Alberto. Al primero se le debe el envío a la actual capital de Argentina, Buenos Aires, de su primera imprenta y al segundo, la autoría de los primeros libros en ella publicados.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 105.

¹⁹ La visión que San Alberto da del indio corresponde a otro siglo y a otro pueblo, lo que en parte puede explicar la diferencia entre aquel indígena colaborador, trabajador y honrado del que hablaba Palafox y el indio revoltoso y poco dispuesto al trabajo que describe San Alberto.

²⁰ Sobre ella puede verse el libro de C. Heras, *Orígenes de la Imprenta de niños expósitos*, La Plata, 1943.

SEPTENARIO
DE LOS DOLORES
DE MARIA

SANTISIMA,
COMPUESTO, Y DEDICADO
A LA MISMA
SOBERANA SEÑORA,
VENERADA EN LA IGLESIA
de los Padres Carmelitas Descalzos
de Calatayud, y Huesca.

POR EL IL.^{mo} Y REV.^{mo} SEÑOR
D. Fr. JOSEF ANTONIO
de S. Alberto, Carmelita Des-
calzo, y Obispo de Cordova
de Tucuman.

CON LICENCIA: REIMPRESO EN
Buenos-Ayres: En la Real Imprensa de
los Niños Expositos. Año de 1782.

No faltan estudiosos de la bibliografía argentina, como Luis Ricardo Forns, que consideran como edición Príncipe de Buenos Aires el *Septenario// de los Dolores// de María// Santísima// compuesto y dedicado// a la misma// soberana Señora// venerada en la Iglesia // de los Padres Carmelitas Descalzos de Calatayud y Huesca//. Por el Ilmo. y Revmo. Señor// D. Fr. Josef Antonio de San Alberto, Carmelita Des-// calzo y Obispo de Córdoba de Tucumán//*. Real Imprenta de los Niños Expósitos año 1781 ²¹.

En cambio, según Guillermo Furlong y Carlos Heras, lo sería otra de las obras citadas de San Alberto, la *Carta Circular// o edicto// del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor// Don Fray José Antonio// de San Alberto// del Consejo de S.M.// y Obispo de Córdoba de Tucumán// dirigida a todos sus amados hijos y// diocesanos que desean y solicitan y que// en adelante solicitasen ser promovidos// a las Sagradas Órdenes//*, Buenos Aires, MDCCLXXXI, Real Imprenta de Niños Expósitos. Como vemos, ambas obras están editadas en la misma imprenta, ciudad y año ²². De la primera se hicieron 377 ejemplares y de la segunda, 325. Lo que es evidente en cualquier caso es que este obispo fue el primer autor que vio publicadas sus obras en la imprenta de Buenos Aires.

Nos hemos extendido un poco sobre la obra de San Alberto y su interés desde el punto de vista de la bibliofilia por ser uno de los pocos aspectos no tocados en la completa biografía realizada por Purificación Gato. Concluiremos nuestro comentario con el que del obispo daba el canciller de la Universiad de Córdoba:

Este hombre llega a donde no llegó ninguno de sus predecesores la gente se halla como sorprendida al ver que se levanta a las tres de la mañana, que asiste muchas horas al confesionario, da la comunión, el viático, la extremaunción, asiste a los enfermos, busca a los huérfanos, da de comer a los presos y pobres, explica la doctrina y corta pleitos ²³.

Fray Antonio de Espinosa nació en Orihuela del Tremedal (Tehuacan). Joven aún ingresó en la orden de los dominicos. Fue catedrático

²¹ De esta obra hemos podido localizar un bello ejemplar procedente del convento de los carmelitas de Huesca.

²² G. Furlong, *Historia y bibliografía de las Primeras Imprentas Rioplatenses*, ed. Guaranía, Buenos Aires, 1953, tomo I, p. 475.

²³ Diccionario Biográfico Colonial Argentino, Buenos Aires, 1954, pp. 812-813.

en la Universidad de Zaragoza, Maestro Provincial de la orden en Aragón y más tarde Procurador General en Madrid. Carlos IV lo nombró Predicador Real. El 27 de febrero de 1796 fue nombrado obispo de Maracaibo ²⁴.

OTROS ECLESIAÍSTICOS ARAGONESES: SU SITUACIÓN Y SU LABOR EN LAS INDIAS

El siglo XVIII fue un siglo duro, notablemente duro para la Iglesia. No sólo hubo de continuar su labor evangelizadora con los pueblos indígenas sino que además tuvo que sufrir más que cualquier otro estamento de la sociedad la profunda crisis que detonó a partir de la segunda mitad del Siglo de las Luces. Hechos importantes como la expulsión de los jesuitas, el impacto de los sucesos provocados por la Revolución Francesa, el Regalismo, los ataques de algunos de los enciclopedistas y su propia reforma crearon no pocos problemas y controversias en el seno de la Iglesia. Pero en absoluto puede afirmarse que tanto el clero regular como el secular perdieran su norte. Lo ha definido bien el profesor Hernández Sánchez-Barba:

Se ha dicho que en el siglo XVIII pierden los misioneros todas las virtudes que en dos siglos anteriores les caracterizaron.

Nada más lejos de la verdad. Conservaron colectivamente e individualmente los mismos afanes apostólicos y no puede calibrarse todo su esfuerzo sin apreciar las circunstancias que, por contraste, desenvuelven su labor en el siglo de la Ilustración ²⁵.

Y esta afirmación general puede completarse con la que, refiriéndose a los obispos, hace Konetzke:

²⁴ Archivo de Simancas, Maracaibo, Catedral (2.º-80-31), cat. XX.

²⁵ M. Hernández Sánchez-Barba, «Los Borbones. El siglo XVIII en España y América», en *Historia de España y América social y económica*, dirigida por Vicens-Vives, Barcelona, 1982, tomo IV, p. 404.

...es lícito afirmar, por cierto, que los prelados en la América española fueron, en su mayoría, dignos de sus cargos y entre ellos se encontraron personalidades de excepción ²⁶.

Sin duda, y por nuestra parte, hemos encontrado algunos obispos aragoneses que entrarían en el capítulo de los elogiados por Konetzke, tal como hemos podido dejar traslucir en las breves biografías que hemos expuesto. Pero pasemos a relatar la huella histórica de otros aragoneses.

Orden de la Merced

Ya en la conquista de Nueva España, como resaltara el que fuera arzobispo de Zaragoza fray Juan Cebrián, hubo presencia de frailes mercedarios. A pesar de todo su labor se centró en tierras del Mediterráneo y a ello se debe que en nuestro trabajo dedicado a las Indias no hayamos prestado atención a tan aragonesa orden. En este siglo, sin embargo, dos hechos importantes nos obligan a hablar de ello:

a) Un aragonés nacido en Ambel (Zaragoza) en 1672, Francisco Salvador Gilaberte, que desde 1732 fue general de su orden, consiguió el paso franco de las Indias para sus vicarios generales ²⁷.

b) Tras ciertos problemas con los trinitarios la orden que tuteló Jaime I consiguió una Privativa en Indias para la recogida de limosnas destinadas a la redención de cautivos. Así puede verse en la Real Cédula despachada en San Lorenzo el 16 de noviembre de 1726 ²⁸.

Escuelas Pías

Fue en el siglo XVIII cuando los escolapios llegaron a Filipinas y más en concreto a su capital Manila. Lo hicieron de la mano del ar-

²⁶ R. Konetzke, *América latina II. La Época Colonial*, Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 213.

²⁷ Latasa, *op. cit.*, t. III, p. 115.

²⁸ Dice textualmente este impreso: «Abiéndose visto en mi Consejo de las Indias... y que esta prohibición se extienda generalmente a Ambos Reinos de las Indias, para otra cualquiera persona que se quisiera introducir a pedir esta limosna que no sea religiosa de la enunciada Orden».

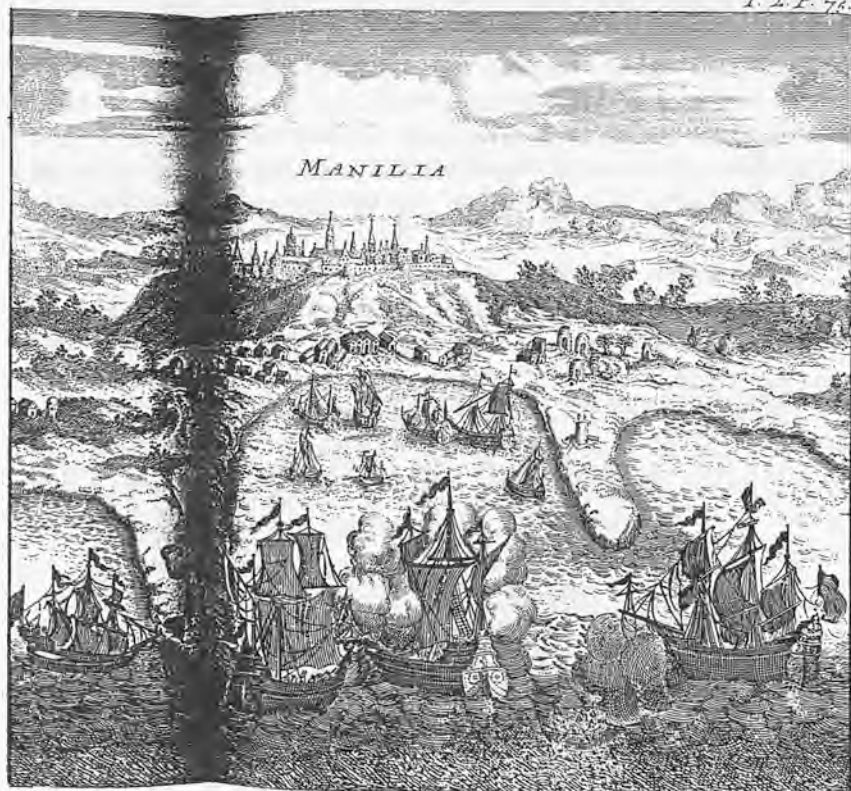
zobispo aragonés padre Sancho pocos años después de que los ingleses destruyeran y saquearan la ciudad. Era gobernador general a su llegada Simón de Anda, el magistrado que había encabezado la resistencia contra los ingleses. Hay quienes afirman que la aceptación de Sancho para el puesto de arzobispo de Manila se debió precisamente al interés de los escolapios por asentarse en las islas. Había en ellas un arzobispado (Manila) y tres obispados (Nueva Cáceres, Nueva Segovia y Cebú).

Las primeras órdenes e institutos que allí se habían establecido eran cronológicamente: 1.º agustinos. Ya hemos hablado de su llegada de la mano de Andrés de Urdaneta entre 1564 y 1571, cuando fundaron su primera casa en Manila; 2.º franciscanos. Desde 1578; 3.º jesuitas. Desde 1581, aunque su primer colegio, el de San José de Manila, es de 1605; 4.º dominicos. A partir de 1578. Su importancia no sólo radicó en su obra misional sino también en su obra cultural estamental, la Universidad de Santo Tomás en Manila; 5.º agustinos recoletos (1606).

Estas órdenes e institutos regulares llevaron casi en exclusiva la obra evangelizadora. La entrada de otros institutos no fue fácil. A mitad del siglo xviii habían llegado los hospitalarios de San Juan y en el último tercio del xviii llegó la hora de las Escuelas Pías. Fue precisamente el padre Sancho, arzobispo de Manila, quien llevó consigo a varios escolapios de los cuales algunos eran, como el aragonés Joaquín Traggia, el más claro exponente eclesiástico de la proyección ilustrada aragonesa.

Si antes hemos hablado de un obispo carmelita en tierras americanas, ahora hablaremos de un escolapio en tierras filipinas. No sería aventurado afirmar que en este siglo dio Aragón a las Indias Occidentales y Orientales sus dos más esclarecidos eclesiásticos. Ambos vivieron los difíciles años de las primeras revoluciones que germinaban a ambos lados del Atlántico; hoy, los dos disponen afortunadamente de recientes biografías. En el caso de Joaquín Traggia hay que destacar el estupendo trabajo de María Asunción Arijá, *La Ilustración Aragonesa: Joaquín Traggia (1748-1802)*, Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1987.

Joaquín Traggia fue el noveno hijo de Domingo Traggia y Pascuala Uribarri. Nació el 10 de febrero de 1748 y fue bautizado en la za-



ragozana parroquia de San Pablo²⁹. En 1756 comenzó sus estudios en los escolapios de Barbastro tras dos años en el colegio de escolapios de Zaragoza. La decisión de su padre, viudo desde hacía dos años, de entrar en la comunidad de los Carmelitas Descalzos de Zaragoza pudo ser la causa del traslado de sus hijos al que había sido el primer colegio escolapio de España, fundado en 1721.

Apunta, sin embargo, María Asunción Arija que el privilegio que tenían los jesuitas, en los años que nos ocupan, de enseñar en exclusi-

²⁹ Hasta doce hijos de Domingo y Pascuala, incluido el que nos ocupa, aparecen en los registros de bautismo y defunción de la parroquia. El de Joaquín: Archivo Parroquial Bautismos, n.º 33, folio 77.

va la gramática en Zaragoza, fue el motivo del traslado a Barbastro. Allí fue donde quizá, con la influencia del gramático escolapio padre Antonio Canales, comenzó su afición por las letras³⁰. Pero también otra afición o vocación vino a florecer en aquellos años y el 20 de septiembre de 1761 vistió, por primera vez, el hábito escolapio. Hacia 1764 y tras profesar en Peralta de la Sal, pasó al noviciado de Daroca en el que según su propio testimonio se aficionó al estudio de los clásicos y a la filosofía, cimentando su profunda formación humanística.

Un hecho determinó su marcha a Filipinas: el nombramiento del también escolapio y aragonés padre Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina como arzobispo de Manila. Fue éste quien llevó a Filipinas a algunos escolapios aragoneses, entre ellos el que fue rector del colegio de San Fernando de Madrid, padre Martín Martínez de San Antonio y a nuestro Joaquín Traggia. En Manila, en 1770 se ordenó sacerdote y realizó su doctorado en la Universidad de Santo Tomás. Esta universidad fundada y dirigida por los dominicos era el centro del desarrollo cultural de las Indias Orientales desde la segunda mitad del siglo XVII. No sólo se dedicó Traggia a los estudios filosóficos y teológicos, sino que prestó especial atención al estudio de la lengua tagala, lo que más tarde le permitió escribir en esta lengua una gramática española. Hasta 1772 estuvo el padre Traggia en Manila, dedicado en buena medida a la enseñanza, aun cuando su vocación era, según él mismo, misionera. En una carta recogida por María Asunción Arijá decía: «estoy bien y mejor si me dedicase en los montes a educar negritos...»³¹.

En 1771 y por encargo del arzobispo elaboró el aparato del Concilio Provincial de Manila del mismo año, del cual hay ejemplares en la Real Academia de la Historia³². Las polémicas suscitadas en este concilio que enfrentaron al arzobispo de Manila y al obispo de Nueva Cáceres, el franciscano Antonio de Luna, hicieron que el primero enviase a España al padre Traggia como procurador³³. Ya no volvería a las Indias; permaneció en las Escuelas Pías hasta 1794, enseñando todo

³⁰ El padre Antonio Canales había nacido en Abanto (Zaragoza) en 1727.

³¹ *Op. cit.*, p. 79, Archivo General Escuelas Pías, Roma, R. Gral. 213.

³² Biblioteca Real Academia de la Historia, Colección Traggia, B. 181, folios 13-165. B. 159, folios 73-81.

³³ Era entonces General de las Escuelas Pías otro aragonés, el padre Cayetano Ramos.

tipo de materias desde gramática a matemáticas en los colegios de Valencia, Zaragoza y Madrid.

El 2 de septiembre de 1791, a propuesta de Campomanes, fue nombrado Académico de la Historia, y en 1794 abandonó los estudios conservando su condición sacerdotal. Desde entonces su vida se dedicó a la investigación histórica hasta su muerte que aconteció en Madrid el 23 de mayo de 1802. Su obra, buena parte sin publicar, se encuentra en la Academia de la Historia y cubre las más variadas materias. De ellas, recogidas en buena medida por Latasa y ampliadas por María Asunción Arija, tienen relación con las Indias las siguientes: *Repáros puestos a la Historia de Indias* de Don Juan Bautista Muñoz por la Academia de la Historia³⁴; *Sobre el P. Servando Mier, O.P. de la Provincia de Santiago de México* (trata de un Sermón predicado en México el 12 de diciembre de 1794³⁵; *Índice de la Colección de Manuscritos pertenecientes a la Historia de Indias* que escribió Don Juan Bautista Muñoz y por su muerte se han hallado en su librería. Madrid, 12 de agosto de 1799³⁶.

Estos informes los realiza en su condición de miembro de la Academia. En la misma Biblioteca de la Real Academia se guardan exposiciones a diversas autoridades solicitando medidas, respondiendo a preguntas o denunciando abusos, a veces, referentes a cuestiones relacionadas con Filipinas. En 1787 llegó a presentar a Carlos III un plan sobre las posesiones de Ultramar³⁷. Sobre el Concilio de Manila se conserva igualmente un Memorial³⁸. También una gramática española en tagalo³⁹. En tagalo se conservan, asimismo, en la Biblioteca de la Real Academia diversos sermones y novenarios.

Su obra impresa es muy interesante pero, al no estar directamente relacionada con el tema remitimos al lector a las citas de Latasa, Palau o María Asunción Arija⁴⁰. Destacamos que en ella se encuentran desde

³⁴ Biblioteca Real Academia de la Historia, B. 151, folios 333-346.

³⁵ Biblioteca Real Academia de la Historia, B. 151, folios 222-238.

³⁶ Biblioteca Real Academia de la Historia, B. P. ms. 1668, 53 folios. Está realizado conjuntamente con Manuel Abella.

³⁷ Archivo Histórico Nacional Estado, leg. 4817, n.º 13. De él da noticia María Asunción Arija.

³⁸ En realidad es más bien una relación de su actuación en el mismo. Archivo Histórico Nacional, leg. 4817, n.º 13.

³⁹ Biblioteca Real Academia de la Historia, B. 174.

⁴⁰ M.ª A. Arija, *op. cit.*, pp. 379 y ss.

trabajos de botánica como *Memoria sobre La Arnica...*, Blas Miedes, Zaragoza, 1786, hasta trabajos históricos como *Ilustración del reinado de Don Ramiro II de Aragón*, Sancho, Madrid, 1799; o quizás la más conocida *Aparato a la Historia Eclesiástica de Aragón*, Sancho, Madrid, 1791-1792, 2 volúmenes.

Agustinos

La participación de los agustinos aragoneses en la evangelización de las Indias ha sido estudiada por el padre Barrueco en la obra a la que ya hemos hecho mención en capítulos anteriores. De la presencia agustina y de su labor en este siglo conviene, no obstante, resaltar la creación en Filipinas de un colegio-seminario de esta orden. La autorización para ello fue dada por Clemente XII en 1736 y las obras comenzaron en 1743. El nombre del colegio es el de Real Colegio de Valladolid y fue diseñado por Ventura Rodríguez. Su importancia como vivero de misioneros en Oriente fue notable en años posteriores. En estas mismas islas misionaron varios agustinos aragoneses de los que queda memoria y testimonio. Así, tenemos noticias de Juan de Altolaquirre (Belchite, 1727), que vivió la ocupación inglesa de Manila de 1762; de Francisco Amperosa (Belchite, 1735), que misionó en Bisayas, Patmongón y otros puntos de Filipinas, llegando a ser prior de Cebú; de Pedro Andrés (Torrelosnegros, Teruel); de Pedro Bello (Lon del Puerto, Teruel, 1749), que misionó como los anteriores en Filipinas, aprendiendo el tagalo, y fue procurador general entre 1785-1793. La lista podría ser bastante más larga pero remitimos para ello al trabajo de Barrueco.

Entre los agustinos descalzos destaca la figura de fray Pedro de San Francisco de Asís, nacido en Hija (Teruel), que dirigió en México el hospicio que tenía su orden. Según Latasa, publicó en México un *Sermón de Nuestra Señora del Pilar* en 1739 y es autor de los tomos 3 y 4 de la *Historia General de la Congregación de Agustinos Descalzos de España e Indias*⁴¹; nosotros hemos podido confirmar la publicación del

⁴¹ Latasa, t. III, p. 142. Esta obra es recogida y comentada por W. E. Retana, que especifica que el tomo 3 lo escribió fray Diego de Santa Teresa aunque fue ampliado

tomo 4 en Zaragoza, F. Moreno, 1756. La realidad es que el tercer tomo lo dejó escrito parcialmente fray Diego de Santa Teresa y fue continuado por fray Pedro de San Francisco de Asís. Se publicó con el título de *Historia de los Religiosos Descalzos de la Orden de los Ermitaños del Gran Padre y Doctor de la Iglesia San Agustín de la Congregación de España y de las Indias (1651-1660)*, t. III, herederos de J. Pablo y María Martí, Barcelona, 1743. El tomo 4, que con el mismo título y comprendiendo los años 1661-1690 fue impreso en Zaragoza por Francisco Moreno en 1798, es obra exclusiva del agustino aragonés.

En la misma orden destacó la figura del zaragozano de la parroquia de San Pablo fray Facundo Raulín y San Martín, nacido el 11 de mayo de 1694. Profesó en 1710 y ocupó diversos cargos, entre ellos el de Asistente General de la Orden en España e Indias y Provincial de Aragón. Escribió varias obras, algunas relacionadas con las Indias como *Año Santo dentro y fuera de Roma*, Francisco Moreno, Zaragoza, 1750. Obra en dos tomos que se refiere tanto a España como a las Indias ⁴².

Franciscanos capuchinos

Siguieron realizando en este siglo una intensa labor misionera, resaltando la actividad de buen número de frailes aragoneses. Como en el siglo anterior, destacó su presencia en las misiones de Cumaná, del Caroní y del Orinoco, regiones en las que establecieron pueblos y aldeas. Sobresalieron el padre Simón de Torrelosnegros (Teruel); ignoramos la fecha de su nacimiento, aunque sabemos que profesó en el convento de Tarazona en 1746; fue prefecto de la misión Cumaná en 1780, introduciendo el uso de telares. El padre Silvestre de Zaragoza profesó en el mismo convento de Tarazona, auténtico vivero de las misiones de la actual Venezuela, donde en 1760 fundó el pueblo de Nuestra Señora del Rosario de Yagurapan, en la costa de Paria. El padre Pedro de Gelsa fundó en 1734 uno de los cuarenta pueblos debidos a los capuchinos aragoneses, con el nombre de Ángel Custodio de

por fray Pedro de San Francisco de Asís. Retana, *Epítome de la Bibliografía general de Filipinas*, Madrid, 1895, p. 23.

⁴² Para ver sus obras: Latasa, t. III, p. 26; Palau, t. VI, p. 215, y *Enciclopedia Hispanoamericana*, t. XVII, pp. 167-168.

Caipe. Al padre José de Jarque se le atribuye la fundación, en 1737, del pueblo de San Carlos Borromeo de Amacuru; fue asesinado por los indios. El padre Manuel de la Mata de los Olmos (Teruel) fue prefecto de las misiones de Cumaná y fundador de los pueblos de Santa María Magdalena y los Santos Reyes (1740) y Nuestra Señora del Carmen (1769).

Franciscanos de la Regular Observancia

Fray Lorenzo Fraguas, conocido teólogo franciscano, nació en Maella (Zaragoza) y fue definidor en la provincia de Nueva España y autor de diversas obras publicadas en la ciudad de México⁴³. Fray Pedro José Parras, natural de Pancrudo (Teruel), salió del convento de franciscanos de Zaragoza a la provincia de Buenos Aires; llegó a ser definidor de la provincia de Paraguay; fue rector y canciller de la Universidad de Córdoba de Tucumán. Publicó *Gobierno de los Regulares de América, ajustado religiosamente a la voluntad del Rey*, J. Ibarra, Madrid, 1783, 2 vols.; obra en la que intenta conciliar los límites de las jurisdicciones. Latasa ofrece una biografía de Francisco Parras a la que queremos añadir algunas importantes referencias⁴⁴.

El padre José de Parras, después de la expulsión de los jesuitas, desarrolló una importante labor en la Universidad de Córdoba; por ello, tras el abandono del cargo de rector del padre Pedro Nolasco Barrientos en 1778, fue nombrado para sustituirle, siendo designado para ello por el virrey Vértiz:

Y estando bien informado que en fray Pedro José de Parras se haya la necesaria aptitud a los fines referidos he venido en nombrarle, como por el presente le nombro (interim su Majestad dispone otra cosa) de Rector, no sólo del Colegio de Montserrat sino también de la Universidad de Córdoba, y por Cancelario de ella con todas las preeminencias y prerrogativas que le competen, y deben serle guardadas⁴⁵.

⁴³ Puede verse en Latasa, t. I, p. 527.

⁴⁴ Latasa, *op. cit.*, t. II, pp. 478-479.

⁴⁵ Archivo General de Indias, 124-2-13; Zenón Buslos, *Anales de la Universidad de Córdoba*, Córdoba, 1402, t. II, p. 2-3.

Desempeñó los aludidos cargos hasta su muerte en 1782. En el prólogo de la obra *Gobierno de Regulares*, citada, da interesantes noticias sobre su biografía y sus estudios. Publicó también, aunque no la citan Palau ni Latasa, un *Reglamento para las Oficinas del Colegio de Montserrat* y un *Itinerario* de sus viajes en Europa, Río de la Plata y Paraguay, obra reeditada por José Luis Busaniche con el título de *Diario y Derrotero de sus Viajes* ⁴⁶. Fue precisamente fray Pedro de Parras quien envió la imprenta del colegio de Montserrat a Buenos Aires para convertirla en la primera imprenta de dicha ciudad ⁴⁷.

Otros destacados franciscanos fueron Manuel de Sobreviela y Francisco Garcés, quienes destacaron no sólo por su labor misionera, sino también por sus exploraciones. El primero, natural de Épila, realizó entre 1787 y 1791 una expedición por los Andes; a él se deben dos trabajos interesantes: *Relación Sumaria de los Progresos de los Misioneros Franciscanos Observantes del Colegio de Propaganda Fide en Santa Rosa de Ocopa*, Lima, 1790, y *Mapa de todas las Misiones del Perú*, Lima, 1791. Sobre el padre Sobreviela puede consultarse el libro de Joseph Skinner *Voyages au Peru faits dans les annés 1791-1794 par les PP. Manuel Sobreviela et Narciso Barcelo*, Dentre, París, 1809, 2 vols. y atlas. El segundo realizó su trabajo en el momento en que se daba quizá el último impulso español en América, propiciado por el rey Carlos III. Este impulso tendía a la penetración española hacia el norte.

Conocida es la labor de don José Gálvez en este sentido y el papel colonizador de los franciscanos que llevó a la fundación de San Francisco (1776) y Los Angeles (1781). Dentro de este proceso tiene un importante y destacado papel Francisco Garcés, nacido en Morata de Jalón (Zaragoza) el 12 de abril de 1738. En 1754 ingresó en el convento franciscano de San Carlos de Alpartir y en 1763 fue enviado al colegio de Querétaro. Más tarde, en 1768, pasó a la misión, entonces fronteriza, de San Javier de Boca y aquí comenzó su difícil labor de exploración.

Cierto que sus intentos de entrar en contacto con los indios tenían una intención evangelizadora, pero sirvieron de base a un mejor

⁴⁶ G. Furlóng, *op. cit.*, p. 142.

⁴⁷ La relación de enseres de esta imprenta enviada por el padre Parras está en Buenos Aires, *Archivo General de la Nación*, Hacienda 40-8, folio 85v.



Vista de Quito.

conocimiento de las tierras de Arizona. La labor de Garcés, considerado por E. H. Solton como el principal explorador de aquellas tierras, ha sido estudiada por el profesor José M.^a Bardavio⁴⁸.

Realizó varios viajes de exploración entre los que destaca el de 1771 que le lleva a encontrar un paso entre Sonora y California. Más importante si cabe es el de 1775 en el cual, buscando el desierto de Yuma llegó a California e inició la pacificación y acercamiento de los indios. El padre Garcés vivió sus últimos años entre los indios yumas posibilitando diversas colonias. Cuando la política misional fue sustituida por el intento de ocupar los territorios por la fuerza, la llegada de los soldados provocó una rebelión en la que murió apaleado en 1781.

⁴⁸ J. M. Bardavio, *California empieza en Aragón*, Zaragoza, 1988.

Jesuitas

Notablemente duro fue para los jesuitas el llamado Siglo de las Luces. En 1767 Carlos III decretó su expulsión tanto de España como de las Indias. En esta expulsión tuvieron cierto protagonismo algunos ilustrados aragoneses como el Conde de Aranda y José Nicolás de Azara. Pero no es justo atribuirles el protagonismo de una medida que, no lo olvidemos, se dio en la casi totalidad de las naciones europeas. Desde hacía más de un siglo las críticas a los jesuitas habían partido de los propios ambientes eclesiásticos. Para unos la medida de su expulsión entrará de lleno en la concepción de Menéndez y Pelayo del siglo XVIII como un período heterodoxo y contrario a las esencias de la tradición; para otros, su expulsión es el reencuentro con aquella savia que pugnaba por brotar del árbol de la tradición desde el siglo XVI, como piensa Sarrailh.

Lo cierto es que la batalla contra los jesuitas en el siglo XVIII, en España y en las Indias, se dio en todos los terrenos, incluido el de la enseñanza, en el que tanto prestigio y poder habían alcanzado. De hecho, los tres más destacados reformadores de la enseñanza en este siglo fueron Roda, Bertrán y Pérez Bayer, conocidos por su espíritu antijesuitico ⁴⁹.

A todo esto contribuían los intereses absolutistas de algunas de las monarquías europeas y en concreto la española. No hay que olvidar que en los jesuitas tenía el Papado a sus mejores aliados frente a la ofensiva regalista. El caso es que siendo agente general en Roma el aragonés José Nicolás de Azara se verificó la medida de expulsión de España y las Indias e igualmente en este período se produjo el *Breve* de 21 de julio de 1773 por el que Clemente XIV extinguía la Compañía de Jesús. Era la época en la que la beatificación de quien había sido bandera del antijesuitismo, Juan de Palafox y Mendoza, parecía inminente ⁵⁰.

⁴⁹ Aspecto este que destaca Vicente Palacio Atard en su libro *Los Españoles de la Ilustración*, Guadarrama, Madrid, 1964.

⁵⁰ Para ver el ambiente antijesuitico en este período hay que destacar la estupenda biografía que sobre José Nicolás de Azara realizó quien fuera mi maestro y amigo Carlos Corona Baratech, reeditada por la Facultad de Filosofía y Letras, *José Nicolás de Azara*, Zaragoza, 1987.

La repercusión en las Indias fue notable: colegios y universidades hubieron de improvisar su profesorado con éxito o sin él, y algunas misiones quedaron temporalmente desatendidas. Entre los jesuitas a quienes afectó tal medida no faltaron algunos destacados aragoneses como es el caso del padre Joaquín Millas. Nació en Zaragoza el 12 de junio de 1746; estudió filosofía en la Universidad de Zaragoza; pasó a Tarragona ya como jesuita, y desde esta ciudad salió para la provincia de Paraguay. En la Universidad de Córdoba de Tucumán (una de las que dirigían los jesuitas) prosiguió sus estudios hasta que llegó la orden de expulsión que le llevó a Italia. Allí fue catedrático de Metafísica en la Universidad de Mantua hasta que pudo volver a Zaragoza. En Mantua y Bolonia publicó diversas e importantes obras literarias y filosóficas⁵¹.

Otro destacado jesuita aragonés fue Juan Antonio Tornos, nacido en Aldehuela de Liestos (Zaragoza) el 5 de noviembre de 1727; estudió filosofía y teología en Alcalá de Henares y, acabada su carrera de filosofía, entró en la Compañía en Madrid. Luego pasó a Filipinas donde actuó como misionero durante 14 años, llegando a estar prisionero de los musulmanes. Finalmente, con la expulsión salió para Italia. Fue autor de una obra extensamente descrita por Latasa con el título *Retrato geográfico, histórico apologético de las islas Filipinas, con un apéndice de las islas Marianas y Carolinas*. No hemos encontrado referencia alguna de que llegase a ser publicada.

Benedictinos

Si hay una figura destacada entre los benedictinos aragoneses que en este siglo vivieron y trabajaron en América es la de Íñigo Abbad y Lasierra. Su figura, hasta ahora algo oscurecida por la de su hermano Manuel Abbad y Lasierra, Académico de la Historia e Inquisidor General en España, tiene una especial relevancia para la historia de América y la aportación que a ella han hecho historiadores y escritores aragoneses. Es curioso que el mismo Latasa no le mencione. Hoy, su

⁵¹ No las citamos por no tener especial relación con las Indias. Pueden verse en Palau, *op. cit.*, p. 183, y Latasa, *op. cit.*, t. II, p. 307.

biografía, que ya en su época mereció la atención de Ramón de Huesca, ha sido estudiada por Gutiérrez Arroyo y Hilton ⁵².

Nació el historiador benedictino estudioso de las tierras de California y Puerto Rico en la villa de Estadilla (Huesca) el 17 de abril de 1745; estudió filosofía en la Universidad de Zaragoza y más tarde profesó como benedictino en el convento de Nájera; siguió sus estudios en el monasterio navarro de Irache, junto a Estella, hasta alcanzar el grado de doctor. En 1771 marchó a tierras americanas como secretario de fray Manuel Jiménez Pérez, que había sido nombrado obispo de Puerto Rico. Allí, en el desarrollo de su labor recorrió toda la diócesis que se extendía más allá de las islas por las provincias de Cumaná y Orinoco.

Tuvo diversos problemas, posiblemente de jurisdicción, con las autoridades civiles. Tras varias denuncias, en 1778 por Real Orden de 31 de enero se le ordenó volver a España, lo que hizo el 21 de mayo. En España se dedicó con ahínco al estudio de América, tierra que le dejó una profunda huella, y así comenzó un rosario de trabajos e investigaciones. En 1781 escribió su *Viaje a América* y en 1782 concluyó su historia de Puerto Rico: *Historia Geográfica, Civil y Política de la Isla de San Juan de Puerto Rico*, Antonio de Espinosa, Madrid, 1778.

En 1783 solicitó y obtuvo permiso para dedicarse exclusivamente a sus investigaciones sobre América, y en 1785 acabó su obra sobre Florida *Relación del Descubrimiento, Conquista y Población de las Provincias y Costas de la Florida*, Madrid, 1885. En 1790 fue propuesto por Carlos IV como obispo de Barbastro (no lo hemos incluido en el apartado dedicado a los prelados por no ser obispado de Indias). Entre sus muchas e interesantes obras no publicadas podemos citar su *Historia de California*, sus apuntes sobre las poblaciones del Orinoco, su descripción de la isla Margarita y otros numerosos trabajos sobre botánica, geografía, costumbres, etc. de aquellas tierras (hemos de aclarar que su

⁵² Ramón de Huesca, *De las Iglesias, Catedrales y Diócesis de Roda y Barbastro*, t. IX del Teatro Histórico de las Iglesias del Reino de Aragón, Pamplona, 1772, pp. 289-283. I. Gutiérrez Arroyo, «Fray Íñigo Abbad y su Historia de Puerto Rico», en *Estudios de historiografía Americana*, México, 1948, pp. 13-16. S.L. Hilton, «Noticia biográfica de Fray Íñigo Abbad y Lasiera», en *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, Fundación Universitaria Española, Seminarios Menéndez Pelayo, n.ºs 2 y 3, Madrid, 1980, pp. 41-49.

Historia de California sólo está concluida en lo que Íñigo Abbad presenta como primera parte). Podríamos decir que el número y el interés de los numerosos manuscritos de Íñigo Abbad que se conservan en el archivo de Barbastro hacen preciso un exhaustivo estudio histórico aún no realizado. Temas como los viajes de Cook o el diario de navegación de don Bruno de Ezeta así como numerosas descripciones sobre diversas regiones de las costas de Centroamérica aparecen con comentarios y notas manuscritas de este eclesiástico y escritor aragonés.

En una reciente tesis doctoral leída en la Universidad de Zaragoza por Ángela Pardo, la nueva doctora aportó un amplio estudio sobre el Fondo Documental Americanista del Obispo don Agustín Íñigo Abbad⁵³. No obstante se trata de un trabajo de ordenación y catalogación de los fondos sin entrar en el estudio y análisis histórico de los mismos. En el nuevo inventario de Ángela Pardo se recogen nada menos que 137 manuscritos —a veces extensos— debidos a Íñigo Abbad, así como otros 20 de autores diversos en los que participa él. Es evidente que, además de otros méritos, a Abbad se debe que Barbastro disponga de un interesante Archivo Americanista, que sin duda contribuirá en el futuro a interesantes trabajos sobre la América de finales del XVIII. En la cantidad de trabajos manuscritos que en este archivo se reúnen, tanto de obras editadas como inéditas, hay una prueba más del trabajo e inquietud de este eclesiástico aragonés.

⁵³ Tesis que obtuvo la calificación de *cum Laude* y que fue dirigida por el profesor Ángel Canellas, Zaragoza, 1990.

Capítulo IX

ARAGÓN Y LAS INDIAS EN EL SIGLO XIX

El siglo XIX vive una conjunción de acontecimientos sociales y políticos que impactan fuertemente en España y en las Indias. La invasión napoleónica, los pronunciamientos liberales, el paulatino deterioro de los cimientos del Antiguo Régimen alumbraron el nacimiento de las naciones hispanoamericanas y de Filipinas¹. Eran como hijos que alcanzaron una mayoría de edad y salieron del hogar paterno no, desgraciadamente, sin resistencia.

Es posible, como lo demostraron los acontecimientos históricos posteriores, que las nuevas naciones americanas estuvieran aún faltas de madurez, pero no es menos cierto que España, con su Marina rota, su hacienda quebrada y sus hijos divididos, ya no era seguro para sus Indias ni freno para las apetencias inglesas y norteamericanas. En este siglo Aragón siguió enviando a las Indias, y más tarde a lo que le quedó de ellas, a muchos de sus mejores hijos, al mismo tiempo que por Aragón pasaron algunas de las figuras claves de la independencia de las naciones hispanoamericanas y de Filipinas. El siglo XIX en Aragón marcó páginas gloriosas. En las luchas contra la Francia revolucionaria, que se abren con la guerra contra la Convención y culminan en la Guerra de Independencia, los aragoneses tuvieron un lugar destacado. Pero

¹ Es evidente que en los casos de Cuba, Puerto Rico o Filipinas, como en las Carolinas o Marianas, influyeron nuevos factores. El auge del imperialismo en la segunda mitad de siglo, la escasez de espacios libres para nuevas naciones con apetencias imperialistas: Alemania, Estados Unidos y el interés de Filipinas como plataforma comercial hacia Asia, fueron esfuerzos —exitosos— para, eliminada España, crear otras formas de colonización.

también en el siglo XIX sufrió Aragón el impacto de las guerras civiles y perdió peso en su proporción de población y riqueza respecto al total nacional.

A comienzos de siglo, si cogemos como referencia el Censo de Frutos y Manufacturas, tenía Aragón una población de 657.376 habitantes o 131.474 familias ². La tendencia era ascendente ya que, según Madoz, en 1833 esta población alcanzaba los 734.685 habitantes ³. De las 34 provincias existentes en 1799 Aragón era la de mayor población después de Galicia, Cataluña, Valencia, Sevilla y Granada. Había, sin embargo, 25 provincias con una mayor densidad, 533,3 habitantes por legua cuadrada (17,2 hab. por km²). Seguía, pues, Aragón arrastrando los problemas demográficos generados en épocas anteriores. El producto provincial bruto era el segundo de España, 561,60 millones de reales, por detrás de Valencia (620,88 millones) y por delante de Granada y Cataluña (426,93 y 416,47 millones, respectivamente).

El porcentaje de Aragón en el producto nacional bruto era de un 8,89 %, porcentaje que disminuyó a finales de siglo y aún más al filo de 1950, cifrándose entonces en un 3,95 %. Aun cuando la producción industrial de Aragón era pequeña a comienzos de siglo y muy inferior a la de Galicia, Cataluña y Palencia, compensaba su economía con el hecho de ser la primera provincia de producción triguera de España, lo cual la situaba en una aceptable situación económica familiar media (la séptima provincia en renta per cápita).

Aunque en el interior de Aragón comenzó un sensible proceso migratorio hacia la capital a finales del siglo, no hubo en cambio circunstancias particulares que variaran sensiblemente la participación de los aragoneses en América y Filipinas. Es decir, afectó, evidentemente, a Aragón la independencia de la mayor parte de lo que había sido el imperio español, pero no en mayor medida que al resto de «las Españas». Hubo, eso sí, factores nuevos que llevaron especialmente a Cuba, Filipinas, las Carolinas y las Marianas a algunos aragoneses.

² *Censo de Frutos y Manufacturas de España e Islas adyacentes*, Imprenta Real, Madrid, 1803.

³ *Adición de Madoz a Moreau de Jonnes. Estadística de España*, Barcelona, 1835, nota 22, p. 39. Obtenida la cifra total de Aragón por la suma de las provinciales que ya en esta fecha eran las actuales. La cifra que da Moreau de Jonnes en 1826 era aún superior con 856.219 habitantes.

Las luchas políticas en general y las guerras carlistas en concreto provocaron que bastantes aragoneses fueran confinados en aquellas tierras. Del mismo modo los exilios de liberales y carlistas favorecieron salidas de unos y otros hacia las nuevas naciones hispanoamericanas ⁴.

Del comercio de Aragón con América, por el que tanto clamó la Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza y sobre el que hubo proyectos y realidades plasmados en aragoneses como Arteta o el Duque de Alagón, hemos podido encontrar pocos vestigios. Lo cierto es que las realidades del comercio de Aragón con las Indias a comienzos del siglo XIX eran prácticamente nulas. A finales del siglo XVIII el padre Antonio Arteta ya había puesto en evidencia la situación. Este ilustrado oscense formado en la Universidad Sertoriana y afincado en Zaragoza como racionero del Pilar, era un florón más del fecundo ramo de hombres ilustres que dio Aragón a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX ⁵. En 1780 obtuvo un premio de la Sociedad Económica de Amigos del País por su trabajo *Discurso Instructivo sobre las ventajas que puede conseguir la Industria de Aragón con la nueva ampliación de Puertos concedida por S. M. para el comercio de América, en que se proponen los géneros y frutos de este Reino más útiles a este fin y los medios de extraerlos y negociarlos con mayor economía y beneficio*, Miedes, Zaragoza, 1780, e Imprenta Real, Madrid, 1783. En este escrito, del que recientemente se ha realizado una edición facsímil con un estudio preliminar del profesor Pérez Sarrión, a la vez que se observaban los proyectos planteados se deducían las carencias existentes ⁶. A finales de siglo, época en que empezaba a florecer el comercio de manufacturas catalán con América, Aragón estaba casi ausente de los mercados de Indias ⁷.

⁴ Independientemente de quienes salieron al final de la guerra hacia aquellas tierras, hubo al comienzo de la misma abundantes confinamientos de los que hablaremos más adelante. También la Capitanía General de Aragón en bando de 24 de enero de 1834, firmado por el Conde de Ezpeleta, comunicaba que todos los individuos detenidos en las partidas carlistas serían enviados, al menos por seis años, a Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Hemos verificado, no obstante, que esta medida sólo se hizo efectiva en Aragón durante los dos primeros años y no en todos los casos.

⁵ Sobre estos ilustrados, y siguiendo y ampliando el camino que abrió en su día el profesor Corona, hay estupendos trabajos de los profesores Olaechea, Ferrer Benimeli, Pérez Sarrión, Fornies, etc.

⁶ Trabajo publicado por la Diputación Provincial de Zaragoza en 1985.

⁷ Sobre las Sociedades Mercantiles que los catalanes crearon en Puerto Rico puede verse la tesis doctoral de Ivete Pérez Vega, *Las oleadas de inmigración sobre el sur de Puerto*

El trabajo de Arteta pasa revista a los productos excedentes de Aragón, a las demandas de los distintos puntos comerciales de América, expone el hecho de los precios y los productos aragoneses más baratos que los catalanes y saca sus consecuencias. Plantea además la vieja idea de un puerto catalán para Aragón y estudia las posibilidades del proyecto, que desgraciadamente quedó en un sueño más ⁸. La activación del comercio que produjo en América y España la ampliación de puertos, y que destaca Robertson, potenció el comercio catalán pero no el aragonés. Los proyectos e ideas de Arteta estaban en la línea de otros ilustrados que, como Bernardo Ward, vislumbraban las verdaderas posibilidades del comercio con las Indias. En su proyecto económico Ward denunciaba

que los que tienen colonias en América las surten con frutos y géneros propios sin pagar derechos sino muy ligeros o ninguno: que todo lo contrario sucede en España por nuestra desgracia: que sus géneros están casi excluidos de América así por las cargas intolerables y mal entendidas del comercio de Cádiz, como por la facilidad de hacer contrabando los extranjeros ⁹.

La Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza hizo a lo largo del siglo XVIII importantes esfuerzos para potenciar y, casi sería más apropiado decir, comenzar una relación comercial entre Aragón y América. De hecho, fue a finales del siglo XVIII cuando, por iniciativa de Juan Antonio Hernández y Pérez de Larrea, esta sociedad contactó con los más importantes aragoneses que en 1777 ocupaban cargos en tierras americanas para interesarles en esta empresa. Por otra parte, si el siglo XIX, en dos fases situadas a comienzos y finales del siglo, vivió la independencia de sus colonias, pudo contemplar también indudables muestras de amor de las mismas hacia España: en la Guerra de Independencia decía el ilustrado aragonés Alberto Megino:

Rico: el caso de las Sociedades Mercantiles creadas en Ponce (1816-1830), Universidad de Valladolid, 1986. Un resumen de la misma se encuentra en *Aportes, Revista de Historia Contemporánea*, n.º 3, septiembre, 1986.

⁸ Los puertos establecidos para el comercio libre con América, según Robertson (*L'Histoire de l'Amerique*, París 1780, p. 365), fueron: Cádiz y Sevilla para Andalucía; Alicante y Cartagena para Valencia y Murcia; Barcelona para Cataluña y Aragón; Santander para Castilla; La Coruña para Galicia, y Gijón para Asturias.

⁹ B. Ward, *Proyecto Económico*, Ibarra, Madrid, 1779, p. 111.

Nuestros hermanos de América nos asisten con las armas y fuerzas más importantes, se desprenden de sus bienes, y nos envían cuantiosas riquezas; allí hay patriotismo y religión¹⁰,

en su obra *Disertación//. Sobre la necesidad de Juntar Cortes en// España// y estas qué cosa son y con qué fin//. Escrita por un rancio, buen español y duro aragonés natural de Zaragoza*. D.^a A. de M., Malta 7 de agosto de 1810.

Hay que aclarar que Megino canalizó algunos envíos de armas realizados desde América para las tropas españolas, como consta en su correspondencia con Cevallos¹¹. Igualmente y en un impreso hecho en Malta para el propio Megino, se hace relación del armamento por él remitido a España en 18 meses (fusiles, uniformes, tabacos, culebrinas, balas de cañón, etc.) y dice haberlo pagado con fondos coloniales «de donativos gratuitos o voluntarios hechos a S. M. por los honrados Americanos nuestros buenos hermanos»¹².

Tras la Guerra de Independencia en que españoles y americanos lucharon codo con codo, ahí está el caso del general San Martín en la batalla de Bailén, las guerras independentistas abrieron una pequeña brecha felizmente superada. Puerto Rico, Filipinas y Cuba principalmente siguieron siendo punto de relación de Aragón y América aunque no faltaron aragoneses que, en unos casos por su propia voluntad y en otros por circunstancias políticas, arribaron a tierras americanas para seguir fundiendo su sangre con la nuestra.

Tras la pérdida de Cuba y Filipinas, con las que ya tenía Aragón cierta relación comercial, la vuelta de algunos aragoneses y la repatriación de capital sirvió como activador de algunos negocios zaragozanos. En cualquier caso, pocos beneficios generales obtuvo a cambio Aragón de las Indias, si tenemos en cuenta que en siglos anteriores algunos aragoneses habían dado su saber y sus obras, su docencia o su labor misional a unas tierras hoy más hermanas que nunca. Son los casos,

¹⁰ Obra citada en texto, folios 26-27. Sobre la personalidad de Megino puede verse, F. Asín, *Don Alberto Megino un ilustrado zaragozano de la época de Fernando VII*, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1979.

¹¹ Correspondencia con Cevallos, Archivo Remírez de Esparza, Carpeta 2.^a.

¹² Original impreso en Archivo Remírez de Esparza, reproducido en Asín, *op. cit.*, apéndice 7.

por ejemplo, de José Martí, hombre mítico de la independencia cubana que realizó estudios de Derecho y Filosofía en la Universidad de Zaragoza los años 1873 y 1874, que paseó sus calles y colaboró en algunas de sus publicaciones; y del Nobel aragonés Ramón y Cajal, que por los mismos años vivió en tierras cubanas como soldado.

COLONIZADORES Y CIENTÍFICOS ARAGONESES EN LAS INDIAS DURANTE EL SIGLO XIX

Era el ocaso quizás del dominio de un imperio que languidecía en el mismo siglo del imperialismo. Cuando Francia, Inglaterra, Estados Unidos, iban a lanzarse a la ocupación definitiva de África, Asia y cualquier espacio débil o vacío de poder, España se desangraba en guerras civiles. Cuando el Congreso de Viena hablaba de la estabilidad y el equilibrio europeos y la Santa Alianza sofocaba las revoluciones de la Europa de los años 20, Inglaterra con las manos libres extendía sus dominios a través de los mares al mercado hispanoamericano siempre apetecido. Hispanoamérica se libraba de los virreyes españoles y caía en las manos de los comerciantes ingleses y norteamericanos que alentaban su independencia¹³.

Y si esto acontecía en la primera mitad de siglo, en la segunda, cuando el Congreso de Berlín planteaba el reparto del mundo colonial o cuando, tras la batalla de Fachoda, Francia e Inglaterra concretaban sus áreas de expansión, España perdía primero las Carolinas y las Marianas y más tarde Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Entonces naciones pujantes y nuevas, Alemania y Estados Unidos, sustituían a España. En el primer caso como nuevo dueño de las islas, en el segundo como encubierto director de la política de las nuevas naciones que se emancipaban de España.

Pero todo esto no fue obstáculo para la casi continua afluencia de españoles a sus Indias primero o a sus países hermanos después. Y la presencia y colonización aragonesas continuaron, y en tierras de Gua-

¹³ El beneficio económico de la independencia de los países hispanoamericanos fue espectacular. Solamente en lo que hace referencia a las exportaciones inglesas de algodón de esta zona se ha podido observar que entre 1820 y 1840 se multiplicaron por cuatro: Hobsbawn, *Las revoluciones burguesas*, Madrid, 1988, apéndice, vol. I.

temala, la antigua Chixoc que Alfonso de Heredia bautizó con el nombre de Nuestra Señora del Pilar Heredia, cambió de nombre. La que en lengua azteca se llamaba Quauhquemallan —tierra de árboles o tierra del águila— vio la aparición de una ciudad que tomaba el nombre de Zaragoza. Lo hacía, y esto es importante, cuando ya era una nación independiente.

Gabino Gaínza, último gobernante español de aquellas tierras, firmó el 15 de septiembre de 1821 el acta de independencia. El 22 de enero de 1822 el gobierno, a petición de los habitantes en su mayoría de origen zaragozano, dio a la ciudad el nombre de Zaragoza (en la actualidad esta ciudad del departamento de Chimaltenango tiene más de 10.000 habitantes). En Filipinas, exiliados carlistas aragoneses establecen, tras la primera guerra, algunos poblados agrícolas. Eran originarios de la zona del Maestrazgo aragonés ¹⁴.

Pero junto a estos testimonios un tanto llamativos de colonizadores aragoneses sólo los que sobresalieron por sus conocimientos y su aportación cultural científica han dejado un rastro que hoy podemos seguir.

La estela que en siglo XVIII dejaron Juan del Castillo, Martín de Sessé, Baltasar Boldo o Francisco Barrera con sus estudios sobre botánica o medicina americana, que continuaba en el siglo XIX por el navarro establecido en Zaragoza y alcalde examinador de su colegio farmacéutico Pedro Echeandía y Giménez, que precisamente en 1800 publicó en la zaragozana imprenta de Miedes *Memorias sobre el Mani de los Americanos, Cacahuete de los Españoles y Arachis Hypogaea de Linné*. Autor de varios trabajos de botánica y socio de la Real Sociedad Económica Aragonesa no parece que llegara a las Indias pero sí que sintió vivo interés científico por las mismas ¹⁵. De hecho es citado con elogio por botánicos como Casimiro Gómez Ortega en su obra sobre botánica americana *Casimiri Gomecii Ortigae novarum, aut rariorum cum nonnullarum iconibus...*, Ibarra, Matriti, 1797.

En cambio, el zaragozano José Nogueras, después de cursar estudios de medicina en la Universidad Cesaraugustana y obtener un be-

¹⁴ Sus actuales alcaldes visitaron Zaragoza en el año 1983 realizando una entrevista en la revista zaragozana *Esfuerzo Común*.

¹⁵ Entre los botánicos aragoneses que desarrollaron buena parte de su actividad en las Indias habría que citar también a fray Manuel Blanco, del que hablaremos en el apartado de Sacerdotes y misioneros en las Indias en el siglo XIX.

neficio en el Pilar de Zaragoza, salió para tierras mexicanas. Estuvo especialmente preocupado por las aguas medicinales tanto europeas como americanas. Fue examinador sinodal del obispado de Guayana. Publicó en México un libro que recopilaba varios tratados sobre aguas medicinales, en concreto los de los doctores Pérez, Carballo y Clarigde. El título del libro es *La Medicina en el agua o sea la Hidropatia*, Imprenta de la Voz de la Religión, México, 1849. Obra interesante pese a lo incorrecto del título y que no aparece reseñada en Latasa ni Palau.

Figura mucho más conocida es la de Mariano Torrente, barbasrense nacido en 1792 y uno de los mejores estudiosos de la Cuba de comienzos de siglo. Tras diversos servicios consulares en tierras italianas, este sabio economista e historiador fue a Londres donde, según Latasa, «trabó íntima amistad» con Agustín Iturbide¹⁶. En 1833 fue enviado por el gobierno a la tesorería de rentas de La Habana, donde en 1873 se le concedieron los honores de intendente.

Latasa cita, aunque de forma incompleta, un buen número de obras de este aragonés centradas en temas americanos. Nosotros daremos aquí la referencia completa de las más importantes: *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, Amarita, Madrid, 1829-1830, 3 vols., obra con planos y mapas bien realizados que constituye uno de los primeros trabajos sobre el proceso de emancipación americana, germinado durante la Guerra de Independencia y desarrollado en los años anteriores a la publicación del trabajo de Torrente; colección escogida de novedades científicas, cuadros históricos, artículos de costumbres y misceláneas jocosas, con el título de *Recreo Literario*, La Habana, 1837-1838, 12 vols.; *Revista General de Economía Política*, La Habana, 1835, 3 vols.; *Proyecto de Contribución apoyado en los sólidos principios de la ciencia económica, con el cual puede la isla de Cuba hacer frente al pedido extraordinario de Guerra*, La Habana, 1838; *Bosquejo económico de la isla de Cuba*, Pita, Madrid, 1852, tomo I, y Barcina, La Habana, 1853, tomo II; *Política ultramarina que abraza todos los puntos referentes a las relaciones de España con los Estados Unidos, con la Inglaterra y las Antillas, y señaladamente con la isla de Santo Domingo*, Madrid, 1854; *Cuestiones impor-*

¹⁶ Latasa, *op. cit.*, t. III, p. 264. Iturbide llegó a Londres tras ser desterrado a Italia después de su abdicación como emperador de México, en marzo de 1823; Mariano Torrente lo hizo a finales del 1823.

tantes sobre la esclavitud en la isla de Cuba, Wood, Londres, 1853; *Historia de la Independencia de México*, Pueyo, Madrid, 1918 (como hacemos habitualmente, mencionamos tan sólo las obras relacionadas con las Indias).

Fue diputado a Cortes en las legislativas de 1841 y 1843 y murió en 1856 en La Habana. Un curioso folleto que lleva por título *Manifiesto de D. Mariano Torrente dirigido a los Electores de la Provincia de Huesca*, Vda. de Jordán, Madrid (1841), aclara algunos detalles de su biografía. Así, por ejemplo, aclara que fue en Liorna (Toscana), ciudad para la que había sido nombrado cónsul por Evaristo San Miguel, donde conoció a Iturbide, con el que se trasladó a Londres en 1823.

Explica cómo —y éste es un detalle importante— con la conformidad de Iturbide se gestionó coronar emperador de México al infante don Francisco y cómo se frustraron las negociaciones. Habla igualmente de sus ocho años de permanencia en tierras americanas y da testimonio de su liberalismo, más próximo a los progresistas que a los moderados.

Otro oscense al que los avatares políticos y su formación tanto en la administración como en las ciencias físicas y químicas llevaron a tierras americanas fue Alejandro Oliván. Este político, literato y científico nació en el pueblecito de Aso de Sobremonte el 28 de febrero de 1796. Recibió su formación tanto en España como en Francia. En la Guerra de Independencia combatió a los franceses y más tarde se inclinó por el liberalismo moderado. En 1828 se embarcó para La Habana con la comisión de estudiar y mejorar la producción de azúcar de caña. En 1836 volvió para ser diputado por la provincia de Huesca, llegando a ser, tras el triunfo de los moderados, ministro de Marina en 1847. Murió en Madrid en 1878.

Latasa le adjudica diversas obras de las que no da referencia completa. Por nuestra parte citaremos: *Informe de un viaje de investigación a Jamaica para mejorar la elaboración del azúcar*, Fraternal, La Habana, 1831. En España es mucho más conocido, no obstante, por su obra *De la Administración pública con relación a España*, publicada en 1954 por el Instituto de Estudios Políticos y prologada por García de Enterría.

Aún podríamos citar otros hombres de ciencia aragoneses que durante este siglo inscribieron su nombre en tierras americanas o en Filipinas. Entre ellos cabe destacar la figura de Cirilo de Tornos, nacido

en 1828 en Cariñena. Este ingeniero de minas fue nombrado inspector de los existentes en la isla de Santo Domingo y fue, más tarde, comisionado por el Gobierno para estudiar y elaborar informes sobre sustancias bituminosas. En esta misión viajó por los diversos países de América.

Fuera del área geográfica en la que nos movemos, en tierras africanas descollaban las figuras del naturalista de Zuera (Zaragoza) Odón de Buen y del geógrafo y explorador del Sahara Emilio Bonelli. Odón de Buen merecería un estudio más amplio dada la relevancia que adquirió en América pese a no haber estado allí. Prueba de tal fama sería el hecho de haber sido nombrado miembro correspondiente de la Sociedad Geográfica de Washington.

Finalmente, queremos hacer mención de quien fue uno de los mejores botánicos del siglo XIX: Mariano Lagasca. Ni estuvo en América, ni publicó obra alguna específicamente dedicada a aquel continente. Sin embargo, contagiado de la preocupación que los botánicos aragoneses del siglo XVIII sintieron por la flora y fauna americanas se dedicó a su estudio en los años de exilio londinense. Nació en Encinacorba (Zaragoza) en 1776 y murió en Barcelona en junio de 1835. Se inició en la carrera eclesiástica que pronto abandonó para cursar estudios de medicina en Zaragoza y Valencia. En Madrid gozó de la amistad del médico Soldevila y de Cabanillas. Éste fue uno de sus más importantes valedores, quien le ayudó en la publicación de su *Flora Española*. Este aragonés, discípulo según algunos de Echeandía, se dedicó definitivamente a la botánica tras la Guerra de la Independencia¹⁷. En este conflicto de 1808 Lagasca abandonó su puesto de profesor de botánica médica y se incorporó como médico militar al ejército nacional. Entre sus descubrimientos suele citarse el llamado *Liquen islandico*.

Tras haber sido diputado por Aragón en 1820 y haber votado la destitución de Fernando VII, al final del trienio hubo de salir de España y exiliarse en Inglaterra. Fue allí donde se dedicó al estudio y traducción de trabajos sobre botánica inglesa y americana. Volvió a España con la regencia de María Cristina y fue nombrado director del

¹⁷ F. Ballarín y M. Pardo, *Memoria sobre el Jardín Botánico de Zaragoza y su primer Profesor don Pedro Gregorio de Echeandía*, Zaragoza, 1856, p. 14. También en V. Martínez Tejero, «Mariano Lagasca: un botánico de fama mundial», en *Aragón en el Mundo*, p. 310.

Jardín Botánico de la capital. Como premio por su preocupación por la flora hispanoamericana fue nombrado Comendador de la Orden Americana de Isabel II. Para su estudio remitimos a biografías como la que en 1842 hizo sobre él en Barcelona Agustín Yáñez y Girola: *Elogio Histórico de don Mariano Lagasca y Segura*. También a este aragonés le cupo el honor de dar su nombre científico precisamente a una especie de plantas que define así el *Diccionario Hispano-americano*:

Lagasca: género de plantas, familia de las compuestas, tribu de las Vernanineas. Comprende unas diez especies que habitan en la América Tropical.

ESCRITORES Y PERIODISTAS

A partir del siglo XIX el interés de nuestros periodistas y escritores por temas y aspectos de América y Filipinas no sólo no disminuye sino que se acrecienta. Varios de los más ilustres escritores aragoneses pusieron su pluma y a veces toda su pasión y estima al servicio de las naciones americanas y filipina. Podríamos decir que la especial sensibilización que 1898 produjo en España hizo que también en los periódicos y revistas aragoneses se volviese los ojos hacia aquellas tierras a las que Aragón y España estuvieron especialmente unidas.

Pero al margen de esa especial atención, antes de que estos hechos se produjeran M.^a Concepción Gimeno Gil, Don Pedro Pruneda, Mariano de Cavia y Marcos Zapata habían viajado a tierras americanas o habían escrito sobre ellas. Quizá de todos los citados fue la alcañizana Concha Gimeno de Flaquer la que más estrechó el abrazo entre los pueblos de ambos lados del Atlántico. Nacida en Alcañiz el 11 de diciembre de 1850, pronto demostró sus dotes de escritora¹⁸. Se casó con Francisco de Paula Flaquer, director de la Crónica de México y en 1883 se trasladó a este país. Pronto alcanzó allí la estima de los círculos literarios, prueba de ello es la Corona literaria que le dedicaron los poetas mexicanos. En 1827 fundó «La Ilustración de la mujer», obra importante para comprender su labor en pro del reconocimiento del

¹⁸ Libro de Bautismos, Archivo Parroquial de Alcañiz, tomo V, folio 109.

papel de la mujer en la sociedad. En México publicó la «Ilustración Hispanoamericana» titulada *El Album de la Mujer*.

Entre sus varias obras destacaremos: *Civilización de los antiguos pueblos Mexicanos*, Madrid, 1890, y *Mujeres de raza latina*, Madrid, 1904. Para una mayor ampliación de su biografía podemos remitir a una de las primeras que se le dedicaron, precisamente la de Domingo Gasco en el n.º 21 de *Miscelánea Turolense*.

Otro ilustre turolense, distinguido con el título de «ciudadano de México», fue Pedro Pruneda. Nació en 1830 y de sus obras la que más se acercó a América es *Historia de la Guerra de México desde 1861 a 1867 con todos los documentos diplomáticos justificativos*, Elizalde, Madrid, 1867; contiene 31 láminas de personajes y ciudades del México de la época.

También Mariano de Cavia, uno de los más destacados periodistas de su época, nacido en Zaragoza el 25 de septiembre de 1865, escribió en ocasiones en *El Sol* y *El Imparcial* sobre temas americanos, especialmente en sus «Despachos del otro Mundo» y «Columnas Volantes». Finalmente, queremos mencionar a un poeta aragonés, Marcos Zapata, que entre 1890 y 1898 vivió en Buenos Aires. Este aragonés de Ainzón, autor de jotas y de tangos, poeta y escritor, publicó en 1902 en Madrid una de sus últimas obras impresas, *Poesías*, prologado por Ramón y Cajal.

MILITARES ARAGONESES EN AMÉRICA

Los distintos conflictos de independencia que vivió el siglo XIX, el nuevo tipo de ejército que introdujo y los propios conflictos civiles españoles llevaron a América a buen número de militares aragoneses. En buena medida algunos de los más famosos generales españoles tuvieron sus primeras experiencias bélicas en tierras americanas, donde se les acuñó el término de los Ayacuchos en recuerdo de la última batalla que el 9 de diciembre de 1824 se libró entre americanos y españoles y que puso fin a la Guerra de Independencia argentina.

Mariano Renovales luchó en 1806 en Argentina, aunque en donde se distinguió realmente este comandante aragonés fue defendiendo la zaragozana Puerta de Santa Engracia en 1808. Otro comandante, en este caso el de la Puerta del Portillo, Francisco Marcó del Pont, fue

nombrado más tarde, el 24 de septiembre de 1814, Presidente de la Audiencia de Chile y Gobernador y Capitán General¹⁹. Azares de la historia lo situarían en 1817 frente al general San Martín en la batalla de Chacabuco (Chile).

No faltaron en los sitios defensores nacidos en América como el comandante de Ingenieros José Cortínez Espinoza, natural de Caracas, figura destacada por el cronista de los sitios Agustín Alcalde Ibieca²⁰, quien lo presenta, precisamente, como capitán primero del Real Cuerpo de Ingenieros, defendiendo la simbólica Puerta del Carmen.

Entre los generales aragoneses que comenzaron su carrera en las guerras americanas, se encuentra también Antonio Ibarz y Faure, un montisonense que en 1854 era Mariscal de Campo. Otros muchos son citados en un pequeño libro que lleva por título *Los Pueblos de América y los Sitios de Zaragoza*²¹. Fueron, sin embargo, bastantes más que los citados en este libro los aragoneses que, tras luchar en la Guerra de Independencia, participaron en las guerras americanas. Así ocurrió, por ejemplo, con Valentín Ferraz y Barran, nacido en Anciles, cerca de la villa oscense de Benasque, en 1794. Muy joven aún participó como voluntario en la Guerra de Independencia española y, después, en 1826, fue enviado al Perú donde permaneció ocho años hasta volver a la Península en 1824 con el grado de brigadier. Tomó parte en la conquista de la provincia de Torija²². En 1839 era teniente general del Ejército. En la política ocupó el Ministerio de la Guerra y llegó a ser presidente del Consejo de Ministros²³. También se destacó en las guerras de independencia española y americana el montisonense Antonio Ibarz, que nació en 1792 y luchó frente a los insurrectos chilenos al-

¹⁹ Archivo Simancas, Audiencia de Chile (2.º-95-45), cat. XX, y Audiencia de Chile (2.º-95-46).

²⁰ A. Alcalde Ibieca, *Suplemento a la Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza...*, Imp. de Burgos, Madrid, 1831, p. 125.

²¹ Libro de José A. Pizarro, editado en Zaragoza en 1989 en la Colección Aragón y América. A pesar de su título es un libro dedicado, primordialmente, a los sitios y sólo de refilón hace mención a América.

²² Diccionario Hispano-Americano, tomo VIII, pp. 273-274.

²³ En Maíz y Moratilla, *Estadísticas y vicisitudes de las Cortes y de los Ministerios de 1833 a 1858*, Imprenta Nacional, Madrid, 1858, pp. 83 y 98. Ministro de Guerra en la legislatura del 31 de octubre de 1939 hasta el 25 de julio de 1840, ostentó el mismo cargo y la presidencia del Consejo de Ministros durante la legislatura siguiente entre el 25 de julio de 1840 y el 24 de agosto de 1841.

canzando el generalato. También participó en ambas guerras Antonio Laplana y Burrell, nacido en el pueblo oscense de Puy de Cinca; luchó en Nueva España y durante la Guerra Carlista alcanzó el grado de coronel.

Podríamos añadir otros defensores de Zaragoza durante los sitios que, posteriormente, tuvieron un destacado papel en América y que no eran aragoneses, como es el caso del virrey de Perú José de la Serna, natural de Jerez, que obtuvo en Zaragoza un ascenso a brigadier. Otros militares aragoneses destacaron posteriormente en las guerras de Cuba y de Filipinas.

Así aconteció, por ejemplo, con Manuel Macías, nacido en Teruel en 1845, quien a los 18 años marchó al Nuevo Mundo tomando parte en la campaña de Santo Domingo y pasando después a Cuba donde permaneció 13 años. Su figura es recogida en el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano.

Representativa de cuantos caracteres aragoneses participaron en la guerra de Cuba puede ser la figura de Román Aturia y Loscertales, natural de Abiego (Huesca) y héroe de aquella guerra; fue declarado benemérito de la Patria por Real Decreto de 3 de julio de 1876²⁴. Al comienzo del capítulo hemos mencionado la figura de otro militar: el duque de Alagón Francisco Fernández de Córdoba, nacido en Zaragoza el 4 de marzo de 1758. No lo hicimos en su carácter de militar sino como uno de aquellos pocos aragoneses que en este siglo XIX realizaron algún comercio con América. Su figura ha sido tratada recientemente por Carlos Franco de Espés²⁵. Entre sus actividades en América está el haber intentado la introducción de harinas extranjeras en Cuba; fue uno de los privilegiados que obtuvo una de las exclusivas que dio el rey Fernando VII para el comercio de harina entre 1816 y 1819. La concesión era de 50.000 barriles; sin embargo, según Espés, renunció a tal exclusiva a cambio del pago de la Intendencia de Cuba de 200.000 duros. En La Florida obtuvo diversas concesiones, en este caso para explotaciones agrarias. Se le otorgaron tierras en la zona de los ríos Hielas y San Juan con una extensión considerable. No estuvo en Amé-

²⁴ De su biografía en J. Conte Oliveros, *Personajes y escritores de Huesca y su Provincia*, Zaragoza, 1981.

²⁵ C. Franco de Espés, *Un negocio americano de un Señor Aragonés*, Zaragoza, 1990, col. Aragón y América.

CAPITANIA GENERAL

DE ARAGON.

El Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra con fecha 22 del actual me dice lo que sigue.

„Excmo Sr.=S. M. la REINA Regenta Gobernadora se ha servido dirigirme con fecha de ayer el Real decreto siguiente.=Mi maternal solicitud no ha omitido medio alguno de cuantos pudieran contribuir al desengaño de los ciegos enemigos del Trono de mi augusta Hija y de la prosperidad de la Monarquía: mas no habiendo alcanzado á impedir que en algunos puntos como las provincias Vascongadas y Navarra hayan reincidido en su criminal conducta, es llegado el caso doloroso á mi corazon de dictar providencias mas severas que pongan término á los males que afligen á aquel desgraciado pais, y á este fin, despues de haber oido mi Consejo de Ministros he venido en decretar: Que todos los individuos pertenecientes á las facciones (escepto los cabecillas y los que hayan usurpado el título de oficiales, los cuales deberán sufrir las penas de la ley) bien sean aprehendidos por la tropa, por las justicias ó por los paisanos, serán destinados al servicio de las armas por seis años, á saber: los titulados sargentos y cabos á los regimientos fijos de Ceuta, la Habana y las compañías fijas de los presidios de Africa, y los restantes á cuerpos de los existentes en las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Tendreislo entendido y dispondreis su cumplimiento.=Estrá rubricado de la Real mano=Lo que de Real orden traslado á V. E. para su inteligencia y efectos convenientes.”

Lo que comunico á V. para su debido cumplimiento y publicidad, debiendolo fijar este ejemplar en la puerta del Ayuntamiento ó parage acostumbrado, avisándome por el primer correo haberse asi verificado. Zaragoza 24 de Enero de 1834

El Conde de Ezpeleta.



Señor Alcalde y Ayuntamiento de

rica ni hay constancia de que realizara tales explotaciones, pero especuló hábilmente con estas tierras favorecido tanto por su posición social como por su espíritu comercial.

EL EXILIO CARLISTA EN EL SIGLO XIX

Figura romántica y representativa de carlistas aragoneses que después de la primera guerra, antes de firmar el Convenio de Vergara, prefirieron el exilio es la de Celedonio Domeco de Jarauta. Nació en Zaragoza en 1814 y más tarde ingresó en la orden franciscana. Obligado a exclaustrarse por el Decreto del Gobierno liberal se unió a las filas carlistas. Tras el Convenio de Vergara emigró a La Habana, pasó a Veracruz en 1844 y en 1847 se puso al frente de una partida guerrillera mexicana para luchar contra la invasión napoleónica. Rechazando la paz establecida en el tratado de Guadalupe Hidalgo siguió la lucha junto al general Paredes. Fue capturado en Valenciana y fusilado en 1848 por orden del general Bustamante.

Sirva este nombre de representación de todos aquellos carlistas aragoneses que en el siglo XIX acabaron en el exilio. A él llegaron, en primer lugar, los confinados por el gobierno de María Cristina de conspiración carlista el año 1833, entre ellos el que había sido capitán general de Aragón, Pedro Grimaraest y Oller que, implicado en la conspiración de Madrid de 1833, fue deportado a las islas Marianas donde murió en 1841. En segundo lugar, y a partir del Consejo de Ministros que se celebró en Aragón el 24 de enero de 1834, algunos soldados de las partidas carlistas del Maestrazgo fueron enviados a Cuba, Filipinas y Puerto Rico. En tercer lugar, los que al final de la guerra, que en la Corona de Aragón se prolongó un año, salieron para Francia, Italia e Inglaterra.

Sólo en Francia, según datos del Ministerio del Interior francés publicados con el título de *Situation Numérique de Refugies Espagnols aur 1er. octobre 1840*, 26.423 carlistas, en su mayor parte procedentes del ejército de Cabrera, estaban confinados en diversos depósitos²⁶. Inves-

²⁶ Véase F. Asín, «El exilio Carlista», ponencia publicada en *Destierros Aragoneses*, IFC, Zaragoza, 1988.

tigaciones posteriores en el Archivo Municipal de Montpellier (Francia) me han permitido observar que la mayoría volvieron posteriormente a España en los sucesivos indultos y, sobre todo, en vísperas del nuevo movimiento carlista de 1848²⁷. No obstante, también existen anotaciones de salida de refugiados carlistas como colonos para Orán y en menor medida para América.

Después de la guerra de 1872, se produjo un nuevo éxodo de carlistas hacia América y Filipinas, en este caso mayor. A comienzos del siglo XX hemos podido encontrar el dato de cómo Francisco de Paula Oller, activo periodista, político y abogado catalán que, tras luchar en el ejército carlista marchó en 1892 hacia tierras argentinas, legalizó y obtuvo el permiso para la creación de dos colonias con exiliados carlistas.

La empresa por él creada llevaba el título de «Edificadora Villa Loredán, S.A.» y tenía su local social en la calle Belgrano, 1658, Buenos Aires. El fin era la edificación de dos pueblos carlistas que tendrían los nombres de Villa Loredán y Villa Pío X²⁸. También es de destacar la publicación por los carlistas exiliados en tierras americanas de diversos periódicos y revistas, entre otras podemos destacar la que el propio Oller publicó en Buenos Aires con el título de *España*.

TÍTULOS DE INDIAS

Último siglo en el que podemos hablar de virreyes, capitanes generales, auditores, etc., el XIX nos ofrece la presencia aragonesa en la figura de unos cuantos ministros de Ultramar como Francisco Tadeo Calomarde, Tomás Castellano y Gil Berges: cada una de las tres provincias, un ministro y una época.

Un noble aragonés, Joaquín de la Pezuela y Sánchez, nacido en el pueblo oscense de Naval en 1761, fue uno de los últimos virreyes y capitales generales del Perú. Su nombramiento se produjo en tiempos sumamente difíciles, el 25 de marzo de 1817. A este cargo unía el de

²⁷ Archivo Municipal de Montpellier, Legajos correspondientes a Emigration 1840-1857, C1, 1824-1871, y Emigration 1824-1871, y 4/1 y 4/2.

²⁸ En la actualidad tenemos en preparación un libro sobre el exilio carlista en el que ampliaremos estos datos procedentes del Archivo de Francisco de Paula Oller.

presidente de la Audiencia²⁹. Aun cuando la primera referencia que hemos encontrado de él en el Catálogo de Títulos de Indias es de 1814, su presencia en América es bastante anterior. Según el testimonio de Antonio Urbina, en 1809 era comandante de Artillería del departamento de Lima³⁰. En esa ciudad nació el más conocido de sus hijos, Juan Manuel de la Pezuela, destacado general moderado.

Era don Joaquín el típico ejemplo del español identificado con los gustos y costumbres americanas. Partidario de buscar el apoyo del elemento criollo como único sistema para mantener aquellas tierras vinculadas a España, hubo de ver cómo se perdían. Cuando el independentista Belgrano invadió las provincias del Alto Perú, Pezuela recibió, el 24 de abril de 1813, el mando del ejército que debía combatirlo. Con ayuda del general criollo Ramírez, Pezuela logró vencer a Belgrano primero y a Pumacahua después. Estos éxitos y no otra cosa le hicieron ganar su puesto de virrey.

La citada obra de Urbina recoge del Archivo Familiar el testimonio del pensamiento del virrey. La indisciplina de algunos de los oficiales recién llegados de España y el hecho de que se desplace de sus puestos a experimentados militares criollos alejan cada vez más a España de las Indias. El propio virrey fue depuesto violentamente, en 1821, por un grupo de estos oficiales españoles que luego no supo emularlo en sus victorias, como destaca el historiador peruano Ricardo de Palma, autor de las célebres *Tradiciones Peruanas*. En 1830, año de su muerte, fue nombrado por Fernando VII, en Real Cédula de 8 de febrero de 1930, primer marqués de Viluma, en recuerdo de una de sus mejores victorias. La obra básica para seguir sus juicios y opiniones sobre aquellos agitados años es *Manifiesto en que el Virrey del Perú... refiere el hecho y circunstancias de la separación del mando, demuestra la falsedad, malicia e impostura de las atroces imputaciones contenidas en el oficio de intimación de 29 de enero de los Jefes del ejército de Lima, autores de la Conspiración...*, Núñez de Vargas, Madrid, 1821.

Virrey aragonés, en este caso de Nueva Granada, fue Antonio Amar y Borbón, nacido en Zaragoza en 1742. Siendo teniente general

²⁹ Archivo de Simancas, Títulos de Indias, Virreinato de Perú (2.º-98-45), cat. XX, *idem* (2.º-98-44), *idem* Ejército y Marina (2.º-95-39).

³⁰ A. Urbina, *Cheste o todo un siglo 1809-1906*, Espasa-Calpe, Santander, 1939, p. 29.

del ejército, fue nombrado virrey de Nueva Granada el 26 de julio de 1802. Ejerció este cargo hasta ser depuesto del mismo en 1810. No parece que su actuación fuese especialmente destacable hasta ser retirado de su cargo por el Consejo de Regencia, pese a haber realizado una buena labor en la recogida de fondos para ayudar a las fuerzas españolas que combatían a las francesas en la Península. Acaso sea esto lo único positivo en un mandato en el que fidelidad y honestidad no supieron complementarse con tacto e inteligencia, cualidades de las que al parecer estuvo poco dotado. Murió en Zaragoza en 1826.

Entre los aragoneses que ocuparon cargos importantes en el Gobierno militar de las Españas situadas más allá del océano destacó, en este mismo siglo, Manuel de Ena y Sas, nacido en 1801 en Loarre. Héroe de la guerra de Cuba, sobresalió en numerosas acciones; luchó contra los anexionistas estadounidenses venciendo en el campo de Pozas en la expedición organizada por éstos en Nueva Orleans. Nombrado general jefe del ejército de Cuba después de haber ascendido a teniente general, murió en el campo de batalla el 17 de agosto de 1851. Sus restos fueron sepultados en el Pilar de Zaragoza, donde tiene un bello monumento sepulcral de mármol en la capilla de Santa Ana. Su biografía puede ampliarse con la obra de Juan Barrio y Agüero, *Biografía del Excmo. Sr. D. Manuel de Ena, Teniente General de los Ejércitos Nacionales*, Madrid, 1851.

Capitán general de Cuba y Filipinas fue Mariano Ricafort Palacín y Abarca, nacido en Huesca en 1776 y muerto en Madrid en 1846. Hijo de José Ricafort, regidor perpetuo de Huesca, se destacó en las guerras contra la Convención y de la Independencia. Ocupó la Capitanía General de Filipinas en 1825 y la de Cuba en 1832. Hemos localizado varias obras suyas: *Reglamento para establecer la comisión de policía, ordenado con acuerdo de la Real Audiencia de las Islas Filipinas*, Imprenta de Sampaloc, 1826; *Reglamento para los empleados de Hacienda del puerto de Zamboanga*, Manila, 14 de marzo de 1829, s.l.n.a. (posiblemente Sampaloc, 1829); *Decretos sobre las funciones que debe llevar el Intendente de Manila*, Sampaloc, 1829; y *Reglas que deben observarse para el uso del papel sellado*, Sampaloc, 1830.

Todas estas publicaciones son de pocas hojas, en folio y dan testimonio de la actividad organizativa de este oscense que ocupó el gobierno general de las Filipinas. Formó parte y fue presidente en 1839 de la Asamblea Cubana de la Real Orden Americana de Isabel la Ca-

tólica, instalada en La Habana el 5 de agosto de 1817³¹. Entre otros cargos y honores fue consejero del Supremo de Indias y Regidor perpetuo del ayuntamiento de la ciudad de la Paz en Perú. En su honor Huesca le dedicó la calle donde se ubicaba la casa en la que nació³².

En las Audiencias siguió destacando la presencia del tipo aragonés ilustrado que alternaba su trabajo en la Audiencia con la pluma. Un claro ejemplo fue la figura de Pascual Saval y Dronda, zaragozano que estudió la carrera de derecho en la universidad de su ciudad natal, ocupó a partir de 1846 los puestos de Promotor Fiscal de los juzgados de Alcañiz y Daroca, pasó luego a ocupar el del distrito del Pilar de Zaragoza, y finalmente, en 1848, fue nombrado abogado fiscal de la Audiencia Territorial de Aragón. El 18 de noviembre de 1874 tomó posesión de la plaza de magistrado de la Audiencia de La Habana y más tarde ocupó la Fiscalía de la de Puerto Rico y la de Manila hasta el 18 de enero de 1883, en que volvió nuevamente a La Habana como magistrado.

Escribió varias obras de historia y jurisprudencia, siendo la más conocida la realizada conjuntamente con Santiago Penen y Dehesa titulada *Fueros y Observancias y actos de Cortes del Reino de Aragón, precedido de un discurso sobre la legislación Foral de Aragón*, Madrid, 1886, 2 volúmenes. Pero no hemos encontrado ninguna relacionada con América o Filipinas a pesar de los años que pasó en aquellas tierras.

De los ya aludidos ministros de Ultramar, el primero cronológicamente fue Francisco Tadeo Calomarde, figura controvertida y necesitada de una profunda revisión histórica. Pese a que su persona no suscita la simpatía de historiadores liberales ni tradicionalistas del siglo XIX, su valía parece indudable. Nació en Villed (Teruel) y murió, como tantos otros, en el exilio, en Tolosa (Francia) en 1842. Estudió jurisprudencia y filosofía en la Universidad de Huesca en la que obtuvo el doctorado. Fue socio de mérito de la Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza y autor del Plan de Universidades del año 1832.

³¹ *Guía de forasteros en la Siempre Fiel isla de Cuba*, imprenta del Gobierno de La Habana, 1834, 63 pp.

³² J. Brioso y Meiral, *Las calles de Huesca*, ed. Guara, Zaragoza, 1986.

Entre las obras que publicó puede destacarse su *Discurso Económico-político*, Gerónimo Ortega, Madrid, 1800³³. En él apunta, en la línea de Arteta, la necesidad de estimular el comercio de Aragón con las Indias. Con Fernando VII fue ministro de Ultramar y de Gobernación. Es curioso que este personaje, acusado de carlista por los liberales que le llevaron al exilio y de tibio y traidor por los carlistas, fue en su exilio benefactor de cuantos de uno u otro lado hubieron de refugiarse en Tolosa.

El segundo ministro de Ultramar fue, cronológicamente, Joaquín Gil Berges. Nació en Jaca (Huesca) el 15 de septiembre de 1834 y estudió la segunda enseñanza en los escolapios de Jaca y más tarde la carrera de derecho en Zaragoza. De ideas republicanas, fue elegido diputado para las Constituyentes en 1869, 1871 y 1873, más tarde en 1879, 1881 y 1884. Sin duda Gil Berges llegó a ser uno de los juriscultos más famosos de su tiempo. Con Pi y Margall fue ministro de Gracia y Justicia e interinamente en 1873 se encargó del departamento de Ultramar. No podemos dejar de reseñar que fue director de la Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza, que como ya hemos visto en tantas ocasiones demostró su preocupación e interés por los temas americanos.

El tercero de los ministros de Ultramar fue Tomás Castellano. Nacido y muerto en Zaragoza (1850-1906), perteneció al partido moderado, siendo diputado por Zaragoza, ministro de Ultramar (1785-1797) y gobernador del Banco de España. Ya en 1874 había sido elegido diputado por el distrito de Sos-Ejea, al que luego representaría en las Cortes. Igualmente sería elegido diputado por la circunscripción de Borja-Zaragoza. Es de destacar que durante su ministerio dispuso el canje de la moneda de Puerto Rico.

La lista podría ser bastante más extensa si considerásemos todos aquellos aragoneses que se vincularon políticamente de una u otra forma con América. Citaremos tan sólo a José Ferraz y Cornel, natural de Benasque (Huesca), que, además de senador y ministro de Hacienda (1839-1840), fue consejero de Ultramar³⁴. Y a José Fernando González

³³ J. del Burgo, *Bibliografía del siglo XIX*, Pamplona, 1978. Existen algunas breves biografías de Calomarde en: «Retrato de don Francisco Calomarde por H.G.», *Bol. del Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza*, 1922, L. de Taxonera, Calomarde, Madrid, 1932.

³⁴ Véase Maíz y Moratilla, *op. cit.*

Sánchez, natural de Jaca (Huesca) donde nació en 1836. Este político, escritor y periodista, colaborador de los periódicos madrileños *La Discusión* y *La Democracia*, tuvo siempre una especial atención a los temas americanos. Colaboró con *La Ilustración Iberoamericana* y publicó diversos artículos sobre la guerra con los Estados Unidos. Como político, diputado y senador, intervino varias veces en el Congreso y en el Senado en asuntos relacionados con Cuba, Puerto Rico y Filipinas³⁵. Son de destacar su intervención en el Congreso solicitando la inmediata y definitiva abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico y sus peticiones de reforma de la política de Ultramar, y en el Senado, como representante de la Sociedad Económica de Cuba, sus intervenciones con ocasión de la guerra de 1898. De su obra escrita lo más conocido es su colaboración en la *Crónica General de España*, Madrid, 1865-1868, en la que escribió las partes correspondientes a Huesca y Zaragoza. Curiosamente la dedicada a las Antillas fue escrita por el hijo del virrey aragonés Joaquín de la Pezuela, Juan de la Pezuela, nacido en Lima a comienzos de siglo y más tarde capitán general de Cuba.

LOS ECLESIAÍSTICOS ARAGONESES EN LAS INDIAS

El siglo XIX español vivió la instrumentalización, adoración, despojo y persecución de la Iglesia. Se instrumentalizó el sentimiento religioso —espontáneo por otra parte— del pueblo español en la Guerra de la Independencia. No hay más que repasar los bandos, proclamas y manifiestos de la época para ver en qué forma la lucha contra el francés, la lucha por la independencia de la patria y por la vuelta del Rey cautivo se convirtió a la vez en una especie de cruzada en defensa de la religión, frente «a los hijos de una Revolución atea y extranjera»³⁶.

³⁵ Véase en Conte Oliveros, *op. cit.*

³⁶ Así suele presentarse a los soldados franceses en los escritos de la época. Citaremos como ejemplo a R. de Vélez, *Preservativo contra la irreligión*, Madrid, 1813, y *Napoleón o el verdadero Don Quixote de la Europa, o sean comentarios crítico patriótico burlescos... escritos por un español amante de su patria y de su Rey desde febrero de 1809*, Ibarra, Madrid, 1813.

La gran masa del pueblo español, como manifiesta Manuel Revuelta, «no sabe todavía separar lo divino de lo humano»³⁷.

Fue una instrumentalización política y práctica en la que se inauguró la imagen del «cura guerrillero». En todas las regiones de España afloraron partidas dirigidas por curas y canónigos; la gente los siguió en pueblos y ciudades, sobresaliendo los padres Santiago Sas, José de la Consolación y Teobaldo. La vinculación del Altar y el Trono dio evidente fuerza y poder a la Iglesia tras el Congreso de Viena pero propició, tras el triunfo de la revolución liberal, un camino de despojos y persecuciones. Los liberales no olvidaron el papel de la jerarquía eclesiástica como auxiliar de la monarquía absoluta de Fernando VII.

Durante el Trienio Liberal comenzó la campaña anticlerical, con la proliferación de escritos antirreligiosos y la presentación del clero como culpable de cualquier mal o calamidad que afectase al pueblo. Paralelamente, comenzaron las medidas legales; el 26 de abril de 1822 se prohibieron las ordenaciones sacerdotales hasta que se elaborara un nuevo plan del clero. A esta medida siguieron otras que autorizaban al Gobierno a ocupar las temporalidades de los obispos «desobedientes» que no se manifestaran favorables a la Constitución, y finalmente asumió la competencia de declarar sedes vacantes las de aquellos obispos que fueran extrañados del Reino. En el clero no faltó un sector, aunque minoritario, que aceptó la postura del Gobierno. En ese sector estaban el obispo Borbón, el obispo de Sigüenza, Fraile y los obispos Posada, González y Ramos García. Entretanto comenzaron los destierros de los obispos «hostiles al liberalismo». Así aconteció con los de León, Oviedo, Tarazona, Valencia, Orihuela, Cádiz, Ceuta, Málaga, Pamplona, Urgel, Solsona y Lérida. Alguno como el de Vich, fray Ramundo Struch, fue asesinado.

Curiosamente, los liberales pretendían un regalismo anticuado, que les permitiera «crear» obispos adictos al sistema. El final del Trienio sólo fue un paréntesis en el que la reacción contra los adictos al liberalismo amplió esa herida difícil de cicatrizar en el cuerpo de la Iglesia española. El alto clero era para los liberales, cuando menos, cómplice pasivo de su persecución.

³⁷ M. Revuelta González, «La Iglesia Española y el Antiguo Régimen» en *Historia de la Iglesia en España*, dirigida por Ricardo García Villoslada, Madrid, 1979, tomo V, *La España Contemporánea*, p. 7.

Nada tiene de extraño que con la Guerra Civil de 1833-1840 la crisis se hiciera tan profunda que Roma y Madrid rompieran relaciones. La mayoría de los obispos fueron confinados o hubieron de salir para el exilio. Así aconteció en Aragón con los de Zaragoza, y Albaracín. Al de Tarazona le salvó su muerte, y la sede de Teruel estaba vacante³⁸. Órdenes e institutos religiosos fueron suprimidos y sus bienes quedaron sujetos a las leyes de la Desamortización. El panorama de la Iglesia en España, al menos hasta 1851 pero sobre todo hasta la Restauración, fue duro y difícil.

Es además importante destacar que no fue menos difícil la situación, por otras causas, de obispos y religiosos españoles que vivieron las revoluciones y los movimientos independentistas americanos. Todo esto dificulta el seguimiento de los sacerdotes aragoneses que, en este siglo, marcharon a las Indias. No lo hacían, como en otras épocas, enviados por sus provinciales sino huyendo de la situación política. Así llegó a México, tras una primera etapa de exilio italiano, el paúl oscense padre Ramón Sanz y Español, fundador en la capital de aquella nueva nación de una casa de paúles y redactor del periódico *El Católico*.

A pesar de todo, también en este siglo fue importante la presencia aragonesa en los obispados de América y Filipinas. Dos aragoneses ocuparon el cargo un tanto honorífico de patriarca de las Indias: el doctor Antonio Allué y Sesé, nacido en Asín de Broto (Huesca) el 16 de agosto de 1776, y el doctor José Duaso y Latre, nacido en Campol (Huesca) el 8 de enero de 1775; el segundo, que ocupó interinamente el cargo, fue precisamente uno de los representantes de Aragón en las Cortes de Cádiz.

Entre los que ocuparon sedes en las Indias podemos destacar al doctor Antonio Bergosa y Jordán, nacido en Jaca (Huesca); fue nombrado obispo de Oaxaca (México) el 16 de mayo de 1801³⁹, y en 1817 volvió a la Península como obispo de Tarragona, donde murió en 1819. Parece ser que su llegada a tierras de América se produjo en 1791, año en el que fue nombrado inquisidor de México. En América

³⁸ Puede verse un estudio sobre la situación de la Iglesia española durante la Guerra Carlista en: F. Asín y A. Bullón, *Carlismo y Sociedad*, ed. Aportes, 1987, pp. 102-132.

³⁹ Archivo Simancas, Antequera del Valle de Oaxaca, Catedral (2.º-85-68), cat. XX.

publicó una pequeña obra dedicada a la patrona de Jaca, Santa Orosia, titulada *Relación de la vida y martirio de Santa Orosia, patrona de la ciudad de Jaca* (Zúñiga y Ontiveros, México, 1803). Según Palau publicó también algunos opúsculos y una pastoral exhortando a los indios al estudio del castellano. En el Archivo de la Catedral de Huesca se custodian los fondos americanistas que dejó este obispo; fondos que abarcan una serie de informes económicos de Oaxaca y Veracruz. También hay notas sobre diversos tipos de cultivo como el tabaco, edictos de tipo político en los que toma postura frente a los insurgentes, y otros manuscritos de carácter religioso ⁴⁰.

Obispo también, en este caso auxiliar de Oaxaca, fue fray Ramón Casús y Torres. Nacido en Huesca en 1764, estudió en el convento de dominicos de Zaragoza en cuya orden ingresó. Obtuvo el doctorado en teología y profesó en el convento de Huesca. Fue nombrado obispo auxiliar en 1806 y más tarde, el 30 de marzo de 1811, arzobispo de Guatemala ⁴¹. En México publicó varios sermones y en Guatemala una oración fúnebre en honor del excelentísimo señor don Antonio González Mollinedo, en 1813. Vvió la Independencia de Guatemala y el 1 de julio de 1822 fue desterrado por el gobierno de la nueva nación, pasando a administrar el obispado de Cuba.

De los escasos obispos aragoneses que colaboraron en alguna medida con el gobierno liberal, es un exponente Pedro Fonte. Este prelado, que para algunos historiadores fue de los más próximos al gobierno de 1834, nació en Linares de Mora (Teruel) el 13 de marzo de 1777. Estudió filosofía en el seminario de San Carlos de Zaragoza; cursó estudios igualmente en la Sociedad Económica de la capital, y se doctoró en la Universidad Cesaraugustana en Derecho Civil y Canónico. Fue a México de la mano del que algunos citan como obispo aragonés Francisco Javier Lizana, al que otros, con más tino, hacen natural de Arnedo (Logroño). Este riojano, virrey de Nueva España entre 1809-1810, había sido obispo de Teruel, donde posiblemente nació su relación con Pedro Fonte. El Gobierno español le designó para dirigir la Junta Eclesiástica para la Reforma del clero secular y regular. Fue pro-

⁴⁰ Todos estos fondos han sido ya catalogados y se espera la próxima publicación de un informe sobre los mismos.

⁴¹ Archivo de Simancas, Guatemala, Catedral (2.º-96-60), cat. XX.

movido a arzobispo de México el 13 de enero de 1816⁴². Anteriormente, y con el arzobispo Lizana y Beaumont, había sido doctoral de la catedral desde el 31 de octubre de 1809⁴³. Pedro José Fonte fue el último arzobispo de México ante de su independencia. En 1822 volvió a España instalándose en Valencia primero y en 1834 en Madrid.

Bienvenido Monzón nació en Camarillas (Teruel). Fue promovido al arzobispado de Santo Domingo en 1862, asistiendo como teólogo al Concilio Vaticano I; también fue arzobispo de Sevilla. Fray José Burillo nació en Olite (Teruel), ingresó en los dominicos y fue vicario provincial de su orden en Manila, ocupando el puesto de rector en la universidad filipina; finalmente, en 1815, fue propuesto como obispo de Cebú, cargo que no llegó a ocupar, ya que murió aquel mismo año. Antonio Marcuello nació en Benabarre en 1772; tras la independencia de México, ya en pleno siglo XIX, fue obispo de Durango.

⁴² Archivo Simancas, México, Catedral (2.º-97-6), cat. XX.

⁴³ *Idem*, México, Canónigos doctorales (2.º-92-68), cat. XX.

Capítulo X

REPERTORIO DE LAS PRINCIPALES OBRAS Y AUTORES ARAGONESES RELACIONADOS CON EL NUEVO MUNDO ENTRE LOS SIGLOS XV Y XIX

Es triste ver cómo a veces el masoquismo hispano muestra y airea más sus penas que sus glorias. Por ello, no es extraño que, a lo largo de los tiempos, hombres como M. Robertson, Max Müller, o Humboldt, entre otros, hayan valorado más positivamente la labor española en el Nuevo Mundo de lo que lo han hecho muchos historiadores españoles.

En lo que se refiere a la huella que Aragón pudo dejar en las tierras hermanas de América y Filipinas, este capítulo puede ser el mejor exponente. Apenas existe en Aragón una casa de indianos, en cambio, abundan las obras de ciencia, historia, geografía o religión que hombres de esta tierra ofrendaron a la cultura de las naciones que hoy configuran el mundo hispánico. Ello es una prueba más de la ya destacada participación aragonesa, más importante en lo cualitativo que en lo cuantitativo. Globalmente podríamos decir que la presencia de aragoneses, en contraste con otras regiones, es desde el principio ínfima en conquistadores, muy corta aunque notable en marinos, exploradores y teóricos de la navegación, limitada en colonizadores.

Junto a ello, y por encima de mitos y realidades sobre la debatida exclusión aragonesa en la empresa de Indias y precisamente en los momentos en que esa exclusión legal aparecía vigente, destacó, de la mano del rey don Fernando, la importante actuación de aragoneses como el padre Boil, Miguel de Pasamonte, Bertran de Margarit, Juan de Ampiés, Lope de Conchillos, etcétera.

A lo largo de las introducciones a cada siglo hemos podido ver, en el siglo xvi, como la despreocupación de la nobleza aragonesa, y siempre la ausencia de costas y puertos y la baja demografía limitaron,

más que cualquier otra causa, la relación entre Aragón y las nuevas tierras. Pero en lo que se refiere a la labor misionera, a la presencia de obispos aragoneses, a la inquietud que América despertó en los científicos españoles del siglo XVIII, la participación de Aragón en nada desmerece de la de otras regiones.

Conviene no olvidar que en las nuevas tierras se intentaron dos conquistas paralelas: una por la espada y otra por la lengua y la cultura; en esta segunda tuvo quizás Aragón un papel más destacado. Fueron aragoneses quienes realizaron algunos de los mejores estudios sobre las Molucas (Argensola), Paraguay (Félix de Azara) o Puerto Rico (Abbad y Lasierra). En lugares como Buenos Aires fueron naturales de Aragón, como el obispo San Alberto y el padre Parras, quienes introdujeron la imprenta. Otro aragonés, fray Francisco de San José, fue el autor del primer libro impreso en Batán (Filipinas), y otro, fray Diego Aduarte, realizó la obra más amplia de cuantas se llevaron a cabo en Filipinas a lo largo del siglo XVII. Un insigne aragonés, el Conde de la Viñaza, dice en la *Bibliografía Española de las Lenguas Indígenas* que «no pequeña parte de los triunfos de la lingüística corresponden a la ciencia cristiana y genuinamente española»¹.

Para certificarlo puede citarse el ejemplo de varios misioneros aragoneses que publicaron obras en lenguas indígenas, como el ya citado fray Francisco de San José (o Blancas), al que se debe una de las primeras gramáticas de la lengua tagala, o el padre Francisco de Tauste, que estudió y publicó el vocabulario de las lenguas de la religión de Cumaná o Nueva Andalucía. Precisamente dice este último, en el prólogo de su *Arte y Vocabulario*, que fue el enseñar la fe a los indios lo que hizo que los misioneros se lanzaran a estudiar sus lenguas y a explicar por qué carecían de «libros, escritos o caracteres».

Quizás únicamente sea preciso añadir que, en Zaragoza, una de las cunas de la imprenta en España, se realizaron las ediciones de algunos libros muy importantes en su época para el mejor conocimiento de lo que aconteció en las nuevas tierras descubiertas. Es cierto que las prensas aragonesas dedicaron en el siglo XVI más atención al mundo mediterráneo que a las Américas, pero aún así en 1523 se realizó en

¹ Conde de la Viñaza, *Bibliografía Española de las Lenguas Indígenas*, Sucesores de Ribadeneira, Madrid, 1892, prólogo, V.

Zaragoza, en la imprenta de Jorge Coci, la publicación de la segunda *Carta de Relación* de Hernán Cortés, sólo medio año después de que esta misma obra se publicara por primera vez en Sevilla. En 1549 se publicó, en la imprenta de Juana Millán, el *Enchiridion de los Tiempos*, del dominico burgalés fray Alonso Venero, que añadía noticias sobre el descubrimiento de las Indias. En 1552 se realizó, igualmente en la ciudad del Ebro, y en los talleres de Agustín Millán, la edición príncipe de la famosísima obra del sevillano Francisco López de Gómara: *La Historia de las Indias*. La lectura y venta de esta obra fue prohibida por el Consejo Supremo de Indias; pero es curioso constatar que, a pesar de todo, a lo largo del siglo xvi fue editada en Amberes, Roma, París, Venecia y Londres. En España tan sólo se publicó una vez en Medina del Campo, y en Zaragoza tuvo al menos cuatro ediciones.

Tras testimoniar esta aportación de la imprenta aragonesa, pasemos a la relación de autores de esta misma naturaleza que dedicaron su atención a las tierras del Nuevo Mundo dejando para otra ocasión la de aquellos que lo hicieron a tierras de Asia o África.

1. Abbad y Lasierra, Íñigo, *Historia de California* (manuscrito). Es de destacar el gran número de escritos dejados por este autor que se conservan en el Archivo Diocesano de Barbastro. Para más información sobre su obra se puede consultar el texto.

2. Abbad y Lasierra, Íñigo, *Historia Geográfica, Civil y Política de la Isla de San Juan de Puerto Rico*, Antonio de Espinosa, Madrid, 1778, 4.º, 3 h., 403 pp. Se reimprimió en Puerto Rico en 1831, por don Pedro Tomás de Córdoba, 4.º, 7 h., 264 pp., y en 1866 lib. Acosta, 4.º mayor, 2 h., 508 pp., facsímil.

3. Abbad y Lasierra, Íñigo, *Relación del Descubrimiento, Conquista y Población de las Provincias y Costas de la Florida*, Madrid, 1885, 4.º, 132 pp.

4. Aduarte, fray Diego de, *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores de Filipinas, Japón y China*, Colegio de Santo Tomás, Luis Beltrán, Manila, 1640, 4.º, portada grabada, 4 h., 437 pp.

5. Aduarte, fray Diego de, *Relación de lo que han padecido los cristianos del Japón desde 1628 a 1630, acompañada de la vida del religioso Fray Mateo Cobisa*, Imprenta de Santo Tomás, J. Magarilau, Manila, 1631, 4.º, 48 pp. (de esta obra hubo al menos seis ediciones como puede deducirse de W. E. Retana. Aparato bibliográfico de la Historia Ge-

neral de Filipinas M. 1906, y de las repetidamente citadas de Vindel y Palau).

6. Aduarte, fray Diego de, *Relación verdadera y fiel del excelente martirio que veynte y un religiosos de la Sagrada Orden de Predicadores y en particular dos de ellos Catalanes hijos del insigne Convento de Santa Catalina Martyr de Barcelona...*, Lorenzo Deu, Barcelona, 1632.

7. Aduarte, fray Diego de, *Relación de muchos que han padecido con título de Christianos en el Japón desde el año 1626 hasta el 1628 y en particular el de seys Religiosos del Orden de N.P.S. Domingo*, Esteban Paulini, Roma, 1632, 12.º, 28 folios. (De esta obra, con algunas variantes, se hicieron diversas ediciones en Manila, especialmente en la imprenta del Colegio de Santo Tomás).

8. Aduarte, fray Diego de, *Relación de los gloriosos martirios de seis religiosos de S. Domingo en la provincia del Santo Rosario de las Filipinas...*, Colegio de Santo Tomás de Manila. Raimundo Magro y Jacinto Majarulau, 1634. (Esta obrita, como casi todas las de Aduarte, tuvo diversas reimpresiones).

9. Aduarte, fray Diego de, *Relación verdadera de las dificultades que hay en llevar religiosos a las Islas Filipinas, por lo mucho que aprietan las Órdenes de S. M. acerca de esto*, México, 20 de enero de 1606.

10. Aduarte, fray Diego de, *Relación de algunas entradas que han hecho los religiosos de la Orden de N. P. Santo Domingo de la Provincia del Santo Rosario de las islas Filipinas en tierras infieles*, Colegio de Santo Tomás, Jacinto Majarulau, Manila, 1633, 4.º, 94 folios. Podríamos citar varios opúsculos más de este autor pero entendemos que en su mayor parte su contenido fue recogido en las colaboraciones que hizo fray Diego Aduarte en la Historia de la Provincia del Santo Rosario de Filipinas, Japón y China, comenzada por él y continuada en varios temas por diversos autores de la misma Orden de Santo Domingo.

11. Argensola, Bartolomé, *La Conquista de las Islas Malucas. Al Rey Felipe III, N.º Sor.*, Alonso Martín, Madrid, 1609. Para ver más información sobre esta obra y sus posteriores ediciones remitimos una vez más al lector al apartado correspondiente a este autor en el texto. No obstante, hemos registrado reediciones en: Zaragoza (Imprenta Hospicio, 1891); Amsterdam, dos ediciones, Desbordes, 1706-1707; Londres, 1708; Frankfurt y Leipzig, 1710.

12. Arteta, Antonio, *Discurso Instructivo sobre las ventajas que puede conseguir la Industria de Aragón con la nueva ampliación de Puertos con-*

cedida por S. M. para el comercio de América, en que se proponen los géneros y frutos de este Reino más útiles a este fin y los medios de extraerlos y negociarlos con mayor economía y beneficio, Miedes, Zaragoza, 1780, e Imprenta Real, Madrid, 1783.

13. Azara, Félix de, *Apuntamiento para la historia natural de los paxaros del Paraguay y Río de la Plata*, Vda. de Ibarra, Madrid, 1802-1805, 2 vols.

14. Azara, Félix de, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, 4.º, Vda. de Ibarra, Madrid, 1802, 2 vols. De ella se hicieron ediciones en inglés y francés. La primera edición de 1801 es la realizada en París por M. L. E. Moreau-Saint-Méry, también en 2 vols., esta vez en 8.º. Existe además una edición inglesa realizada en Edimburgo en 1838.

15. Azara, Félix de, *Descripción o Historia del Paraguay y del Río de la Plata*, Sánchez, Madrid, 1847. Obra póstuma que publicó su sobrino y heredero Agustín de Azara y que se reprodujo en 1896 en Paraguay, Imp. Uribe y Cía., Asunción, 1896.

16. Azara, Félix de, *Diario de la Navegación y Reconocimiento del Río Tebucará*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836.

17. Azara, Félix de, *Diario de un Reconocimiento de las plazas y fortines que guarnecen la línea de la frontera de Buenos Aires, para ensancharla por Don Félix de Azara Capitán del Navío de la Real Armada*, Buenos Aires, 1837.

18. Azara, Félix de, *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801, demarcación de límites entre el Brasil y el Paraguay a últimos del siglo XVIII*, Imprenta Sánchez, Madrid, 1847. *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y misiones guaraníes*, Asunción, 1790. El manuscrito de esta obra se encuentra en la Biblioteca Nacional de Montevideo, y fue publicada con biografía, prólogo y notas de Rodolfo Scheller en Montevideo, Anales del museo nacional, 1904.

19. Azara, Félix de, *Voyages dans l'Amerique meridionale, contenant la description du Paraguay et de la riviere de la Plata, depuis 1781, jusqu'en 1801, publiés d'apres, les manuscrits de Pauteur*, par C.A. Walckenaer, enrichis de notes par G. Cuvier, 4 vols. y Atlas folio con retrato y 24 láminas, París, 1809 (obra en la que aparece incluido su trabajo sobre los «paxaros» del Paraguay). Existen ediciones posteriores en italiano, alemán y español. Hemos de significar que ésta no aparece hasta 1845 en Montevideo. La edición más reciente fue realizada en Madrid por

Espasa-Calpe en 1941 en 2 vols., en 8.º. Ninguna edición es tan completa como la citada en primer lugar.

20. Azara, Félix de, *Informe de Don Félix de Azara sobre varios proyectos de colonizar el Chaco*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836, opúsculo en folio VI, 16 pp.

21. Azara, Félix de, *Correspondencia oficial e inédita sobre la demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836, folio 2 h., 68 pp.

22. Belveder, Juan, *Libro General de las Reducciones de Plata y de Oro de diferentes leyes y pesos de menor a mayor cantidad y de sus intereses a tanto por ciento, con otras reglas y avisos muy necesarios para estos reinos del Pirú*, Antonio Ricardo, Lima, 1597, 4.º.

23. Bergosa y Jordán, Antonio, *Relación de la vida y martirio de Santa Orosia, patrona de la ciudad de Jaca*, Zúñiga y Ontiveros, México, 1803.

24. Blancas, fray Francisco, *Arte y Reglas de la lengua Tagala. Libro en que aprenden los tagalos la lengua castellana*, hecho por Tomás Pimpin, Diego Talaghay, Batán, 1610, 4.º, 8 h., 311 pp. (De ella se hicieron varias ediciones). Este libro fue el primero publicado en Batán (Filipinas). Puede aparecer citado este autor con el nombre de fray Francisco de San José.

25. Blancas, fray Francisco, *Librong pagaaralan hang mengo tagalos Bataan*, Diego Talaghay, 1610, 179 pp. Se trata de una gramática castellana en lengua tagala.

26. Blancas, fray Francisco, *Librong pinagpapalaman yto nang aasalin nag tavong Christiano sa pagco confesar*, Manila, 1792, 6.ª edición. Publicó también algunos memoriales en lengua tagala y un informe hecho en la corte de Lima sobre el estado que tienen las misiones del Cerro de la Sal, Madrid, 1713.

27. Boldo, Baltasar Manuel, *Epístola en latín dirigida desde Cuba a Don Tomás Villanova*, Curice Episcopales, Habana, 1798.

28. Bueno, Cosme, *Descripción de las Provincias de la América Meridional*, Madrid (s.f.), 8.º, 244 pp.

29. Bueno, Cosme, *Descripción de las Provincias del Perú*, Lima, 1763.

30. Bueno, Cosme, *El conocimiento de los Tiempos*, Lima, 1758.

31. Bueno (Dr. D.C.), *Descripción geográfica de las provincias pertenecientes al Reino del Perú, Chile y Río de la Plata, según el orden con que*

los da el público... (s.l.), 1768. Suponemos que esta obra corresponde a don Cosme Bueno y que incluso puede ser una variante de alguna de las antes citadas, también relacionadas con Perú.

32. Calvete de Estrella, Juan Cristóbal, *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de Don Pedro Gasca*, prólogo de D. A. Paz y Meliá, col. Escritores Castellanos, Madrid, 1889, 2 vols., 8.º, XXVIII-465 pp. = 570 pp.

33. Calvete de Estrella, Juan Cristóbal, *De Rebus Indicis*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1950.

34. Combes, padre Francisco, *Historia de las islas de Mindanao, Jolo y sus adyacentes. Progresos de la Religión y Armas Católicas*, Herederos Pablo de Val, Madrid, 1667, folio 12 h., 567 pp.

35. Combes, padre Francisco, *Panegírico Sacro a las tiernas memorias de Santa Teresa de Jesús*, Colegio de la Compañía, Manila, 1658, 4.º, 6 h., 26 folios. Cita también Palau la publicación en Manila de dos sermones impresos, dedicados respectivamente a san Juan de la Cruz y san Miguel Arcángel.

36. Cortés del Rey, fray Bonifacio, *Clarísimo Lucero para los espirituales y contemplativos*, Juan de Ibar, Zaragoza, 1662.

37. Cortés del Rey, fray Bonifacio, *Noviliario genealógico, desde Noé, por la línea de Jordano, hasta Carlos II, Rey de las Españas*, Vda. de Calderón, México, 1670, 8.º, 10 h., 25 folios, 1 lámina. Este breve nobiliario fue nuevamente reimpresso en México en 1712.

38. Cortés, Martín, *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar con nuevos instrumentos y reglas exemplificado con muy sutiles demostraciones*, Sevilla, Antón Álvarez, fol. got., 93 folios, 3 H. grabs. en madera, figuras movibles. Esta obra fue pronta y repetidamente reimpressa traducida al inglés.

39. Cortés y Larraz, Pedro, *Instrucción pastoral sobre el método práctico de administrar con fruto el Santo Sacramento de la Penitencia*, A. Sánchez Cubillas, Guatemala, 1773, 4.º, 13 h., 239 pp. Obra nuevamente reimpressa por Minfort en Valencia en 1784.

40. Cortés y Larraz, Pedro, *Reglas y estatutos del Coro de la... Iglesia de Santiago de Guatemala*, Arévalo, Guatemala, 1770, folio 9 h.

41. Cortés y Larraz, Pedro, *Instrucción pastoral a los curas en los decretos de la visita*, Joaquín Arévalo, Guatemala, 1769, 4.º, 16 h.

42. Cubero, Pedro, *Descripción General del Mundo*, Nápoles, 1648.

43. Cubero, Pedro, *Peregrinación que ha hecho de la mayor parte del Mundo D... Predicador Apostólico del Asia, natural del Reino de Aragón... desde España hasta las Indias Orientales*, Zaragoza, Pascual Bueno, 1688, 4.º, 286 pp., un grabado.

44. Echeandía y Giménez, Pedro, *Memorias sobre el Maní de los Americanos, Cacahuete de los Españoles y Arachis Hypogaea de Linneo*, Miedes, Zaragoza, 1800, 4.º, 22 pp.

45. Espinosa y Malo, Félix, *Declaraciones. Escarmientos Políticos y Morales*, Madrid, 1674, en la Imprenta de don José Fernández de Buendía, que dedicó a don Melchor de Navarra y Rocafull.

46. Espinosa y Malo, Félix, «Relaciones Históricas Generales desde 1.º de enero de 1670 hasta último de diciembre de 1676», en *Historia de España*, del padre Mariana, Imprenta García de la Iglesia, Madrid, 1679. Aun cuando este autor tiene otras obras importantes no están relacionadas con el Nuevo Mundo.

47. Gan, fray Carlos, *Epistola de Cultu, et ritibus Sinensium ad Emmanuelem Díaz, Visitatorem S. J. in Chinae, et Japoniae Regnis*, V. Martii, Manila, 1639.

48. Gimeno de Flaquer, Concha, *Civilización de los antiguos pueblos Mexicanos*, Montoya, Madrid, 1890, 8.º, 1 retrato y 108 pp.

49. Gimeno de Flaquer, Concha, «La Ilustración Hispanoamericana» titulada *El Álbum de la Mujer*.

50. Gimeno de Flaquer, Concha, *Mujeres de raza latina*, Madrid, 1904, 8.º, 254 pp.

51. Jarque, Francisco, *Insignes misioneros Jesuitas de la Provincia del Paraguay y estado del Río de la Plata*, Juan Micón, Pamplona, 1687, 4.º, 12 h., 432 pp.

52. Jarque, Francisco, *Ruiz de Montoya en las Indias (1608-1652)*, Gabriel Pedraza, Madrid, 1900, 8.º, 4 vols.

53. Jarque, Francisco, *Vida del V. jesuita Joseph Cataldino misionero apostólico en América*, J. Ibar, Zaragoza, 1664, 4.º, 12 ., 264 pp.

54. Jarque, Francisco, *Vida prodigiosa, en lo vario de los sucesos, exemplar en el heroico de religiosas virtudes, admirable en lo apostólico de sus empleos, del Venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya...*, Miguel de Luna, Zaragoza, 1662, 4.º, 8 h., 630 pp.

55. Jarque, Francisco, *Vida Apostólica del V. P. Jesuita José F. Cortaldino, uno de los primeros y más insignes conquistadores de las dilatadas*

provincias, y bárbaras del Guayana, Ibar, Zaragoza, 1664, 4.º, 18 h., 264 pp.

56. López, padre Pedro, *Práctica del Catecismo Romano en lengua Tagalog*, Manila, 1671.

57. López Martínez, Juan, *De las Informaciones secretas que hacen los corregidores sobre el nudo hecho*, Lima, 1685 (primer Marqués de Risco).

58. López Martínez, Juan, *Discurso Jurídico, histórico y político en defensa de la Jurisdicción Real*, Lima, 1685, folio, 146 pp.

59. López Martínez, Juan, *Discurso Legal y Teológico práctico en defensa de la previsión y ordenanzas de Gobierno de 20 de febrero de 1684* (impresa en el tomo I de las Ordenanzas del Perú, escrito por orden del Virrey Duque de la Palata, Lima, 1684, folio, 240 pp. Libro que tiene un grabado con el retrato y armas del autor.)

60. López Martínez, Juan, *Guancabelica, Ilustrada. Relación del descubrimiento de su cerro. Fundación de la villa...*, Lima, 1689, folio.

61. López Martínez, Juan, *Observaciones Theo Políticas*, Manuscrito B, Universidad de Sevilla.

62. López Martínez, Juan, *Observaciones Theopoliticas en que se ilustran varias leyes de la Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias*, Lima, 1668, 2 vols., folio.

63. López, padre Francisco, *El Sueño de Joseph en el viaje de los Exmos SS duques de la Palata, Príncipes de Massa, Virreyes del Perú y Chile*, M. de Lira, Madrid, 1681, 4.º, 8 h., 17 folios.

64. López, padre Francisco, *Sermón Panegrico de Nuestra Señora del Pilar*, L. de Lyra, Lima, 1683, 4.º, 5 h., 15 folios.

65. López, padre Francisco, *La preciosa Margarita. Calidades que dan verdadera estimación a la virtud*, Contreras, Lima, 1688, 8.º, 30 h., 108 folios, 26 h. Palau registra otros varios sermones editados en Lima por Luis de Contreras.

66. Cortés de Albácar, *Breve Compendio de la Sphera y de la Arte de Navegar*, Antón Álvarez, Sevilla, 1551, folio gót. XCV folios. 2 h. grabados madera figuras móviles. Obra repetidamente editada especialmente en Londres.

67. Martínez de Ródenas, padre Pedro, *Literae de Misionibus in India ad occidentem a Patribus Societatis Jesu Institulis, annis 1590 et 1591*.

68. Megino, Alberto, *Disertación// Sobre la necesidad de Juntar Cortes en// España// y éstas qué cosa son y con qué fin//. Escrita por un*

rancio, buen español y duro aragonés natural de Zaragoza, Malta, 1810, folio, portada, 28 pp.

69. Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Francisco, *Discurso Político: Histórico y Jurídico del Derecho y repartimiento de presas y despojos apprehendidos en Justa Guerra. Premios y Castigos de los soldados*, Juan Ruiz, México, 1658, 4.º, 27 h., 192 pp., 20. 1 mapa de las Antillas. Incluye una publicación anterior aquí reimpresa sobre la isla de la Tortuga. Esta obra tuvo una segunda edición en Amberes, 1683.

70. Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Francisco, *Excubationes Semicentum ex Decisionibus Regiae Chacilleriae Sancti Dominici Insulae, vulgo dictae Española totius nobi Orbis Primatis. Mexici*, F. R. Lupercio, 1667, 4.º, 14 h., 166 folios.

71. Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Francisco, *Pastor Bonus: Dominus Jesus: Sacerdos in æternum, Christus, secundum ordinem Melchisedech: exemplum dedit crucem suam baiulantibus illius vestigia sequentibus. Preasuli sanctissimo divo Nicolao, Myræ archiepiscopo ipsi ex corde addictus servus D. Joannes Franciscus a Montemaior, etc. Mexici, ex typographia, Francisci Rodríguez Lupercio, 1678, 8.º, 1 lámina, portada, 15 h., 3 partes: 67-81-85 folios y 10 h. Existe reimpresión de Lugduni Maffre, 1681.*

72. Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Francisco, *Recopilación de algunos mandamientos y ordenanzas del Gobierno de esta Nueva España, Zúñiga y Ontiveros*, México, 1787, 4.º, portada y 114 pp. La primera edición fue publicada con el título de *Recopilación Sumaria de algunos Autos acordados de la R. Audiencia y Chancillería de Nueva España*, en México en 1678.

73. Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Francisco, *Relación de lo sucedido en las provincias de Nexapa, Iztepex, y la villa de Alta, inquietudes de los indios naturales*, México, 1662.

74. Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Francisco, *Sumaria investigación de el origen y privilegios de los Ricos Hombres y Nobles, Caballeros, Infanzones e Hidalgos y Señores de Vasallos de Aragón y del absoluto poder que en ellos tienen*, parte primera, México, 1664, 4.º menor, portada grabada en madera. Hay reediciones en México y Zaragoza (1665).

75. Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Francisco, *Sumarios de las Cédulas, Órdenes y Provisiones Reales, que se han despachado por su Magestad, para la Nueva España y otras partes: especialmente desde el año de mil seiscientos y veinte ocho, en que se imprimieron los quatro libros, del*

primer tomo de la *Recopilación de Leyes de las Indias*, hasta el año de 1677, Vda. de Bernardo Calderón, México, 1678, 10 h., 276 pp.

76. Muñoz, Cipriano (Conde de La Viñaza), *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, Rivadeneyra, Madrid, 1892, 4.º mayor, XXV p. 1 h., 427 pp., 1 h.

77. Muñoz, Cipriano (Conde de La Viñaza), *Escritos de los portugueses y castellanos referentes a las lenguas de China y Japón*, estudio bibliográfico, La Derecha, Zaragoza, 1892, 4.º, 139 pp.

78. Navarra, Melchor de, *El Gobierno del Perú y de todo lo sucedido allí hasta el año 1689 desde el de 1681*, Manuscrito en folio.

79. Navarra, Melchor de, *Instrucción sobre el estado del Perú hecha por el Duque de la Palata...* Para mayor aclaración de estas obras citadas por Latasa y posiblemente manuscritas en su mayoría, véase la nota que a pie de página hay sobre ellas en el apartado correspondiente dentro del texto a don Melchor de Navarra y Rocafull. Palau tan sólo cita de este autor su obra *Ordinaciones de la Ciudad de Albarracín*, impresas por Ibar, 1755.

80. Navarra, Melchor de, *Publicaciones para luz de todo gobierno, de las ordinaciones y leyes municipales de América...*

81. Nogueras, José, *La medicina en el agua o sea la Hidropatía...* Imprenta de la Voz de la Religión, México, 1849, 8.º, 3 h., 533 pp., 9 h.

82. Nogueras, José, *Método el más sencillo y seguro para curar el cólera morbus con solo agua.. por...*, Imprenta de la Voz de la Religión, México, 1850, 28 pp., 2 h. Esta obra fue traducida al francés y editada en Aviñón en 1865.

83. Oliván, Alejandro, *Informe de un viaje de investigación a Jamaica para mejorar la elaboración del azúcar*. Fraternal, La Habana, 1831, 8.º. Posiblemente esta obra aparece también publicada en la misma imprenta, ciudad y año, con el título de *Informe a la Junta de Gobierno del Real Consulado...*

84. Palafox y Mendoza, Juan de, *Carta del V. Siervo de Dios D. Juan de Palafox y Mendoza al Sumo Pontífice Inocencio X*, traducida del latín al castellano por don Salvador González, Madrid, 1766, CI. Citamos esta edición por su más fácil localización y lectura, pese a no ser, como veremos, la primera edición.

85. Palafox y Mendoza, Juan de, *Carta Pastoral a la Venerable Congregación de San Pedro de la Puebla de los Ángeles*, Bernardo Calderón, México, 1640, 8.º, 20 h.

86. Palafox y Mendoza, Juan de, *Carta Pastoral a las Madres Abadesas y religiosas de los Monasterios de Santa Catalina, la Concepción, San Jerónimo...*, México, 1641, 8.º, 28 h.

87. Palafox y Mendoza, Juan de, *Carta Pastoral a los Diáconos, Subdiáconos y Clérigos del Obispado de la Puebla de los Ángeles*, Calderón, México, 1641, 8.º.

88. Palafox y Mendoza, Juan de, *Carta que escribió al Padre Horatio Carochi de la Compañía de Jesús*, Egidio Denique, Lovaina, 1713. Hemos optado aquí por citar sólo algunas de las numerosas cartas pastorales que escribió este obispo aragonés. No obstante, las más importantes y varias veces reeditadas son aquellas que hacen referencia a su polémica con los jesuitas, cartas además que tendrían gran trascendencia en el siglo XVIII en los momentos previos a la expulsión de los mismos. Estas cartas son:

89. Palafox y Mendoza, Juan de, *Constituciones de la Real y Pontificia Universidad de México*, Zúñiga y Ontiveros, México, 1775 (antes se había publicado en 1668).

90. Palafox y Mendoza, Juan de, *Historia de la Conquista de China por el Tártaro*, Antonio Berthur, París, 1670. Su biógrafo González de Rosende opina que esta obra no fue escrita por Palafox.

91. Palafox y Mendoza, Juan de, *Historia de las Virtudes del Indio*, La Puebla (sin fecha). Se publicó una temprana edición de esta obra en Zaragoza en 1661, en 12.º. Suponemos que la primera edición tuvo lugar entre los años 1648 y 1650. Existen varias reediciones.

92. Palafox y Mendoza, Juan de, *Relación y Socorro de Fuenterrabía*, Catalina del Barrio, Madrid, 1639.

93. Palafox y Mendoza, Juan de, *Satisfacción al Memorial de los Religiosos de la Compañía del nombre de Jesús de la Nueva España*, que se puso en el Expurgatorio del año 1707.

94. Palafox y Mendoza, Juan de, *Vida de San Juan el limosnero Patriarca y Obispo de Alejandría*, D. García Morras, Madrid, 1650.

95. Palafox y Mendoza, Juan de, *Carta que el Ilustrísimo Señor de Puebla y Visitador de la Nueva España Don Juan de Palafox, escribió a N.S. el Señor Inocencio Décimo, vulgarmente llamada la Inocenciana*, Gregorio Rodríguez, Madrid, 1647, 8.º, 248 pp. Ésta sería la primera de sus cartas frente a los jesuitas y es la que fue impresa en Madrid en 1766 con los comentarios de don Salvador González.

96. Palafox y Mendoza, Juan de, *Carta Tercera de tres que el Venerable escribió al Pontífice Inocencio Décimo*, Lira, Sevilla, 1750, 8.º, 3 h., 186 pp.

Dadas la gran cantidad de obras y opúsculos de Palafox y Mendoza, la dificultad de localizar algunas de ellas que fueron prohibidas por la Inquisición y la confusión provocada por el gran número de ediciones y variantes de las mismas, recomendamos a quien lo desee la búsqueda de la recopilación de la mayoría de sus publicaciones que puede encontrarse en Palafox y Mendoza, Juan de, *Obras*, Pablo de Val, M. Alegre, M.^a de Quiñones y Bernardo de Villadiego, Madrid, 1659-1671 (8 vols., fol.). También hizo otra bella impresión de sus obras don Gabriel Ramírez en Madrid, 1762, esta vez en 14 volúmenes.

97. Palafox y Mendoza, Juan de, *Carta segunda de las que el venerable señor D. Juan de Palafox y Mendoza escribió al Sumo Pontífice Inocencio X, sobre los dos pleitos, que litigaba con los Padres Jesuitas: Sobre diezmos y jurisdicción*, Francisco de Lira, Sevilla, 1650, 1 h., 94 pp.

98. Pallas y Faro, fray Francisco, *Apéndice a la Relación que de la persecución de la Christiandad de Fogan... escribió el P. Fr. Francisco Serrano*, Gerónimo Correa, Manila, 1748, 4.º, 29 folios.

99. Pallas y Faro, Fray Francisco, *Relación del Martirio de los VV. PP. Francisco Serrano, Fr. Juan Alcover... Misioneros de la Orden de Predicadores*, Colegio y Universidad de Santo Tomás, Manila, 1749, 4.º 1 h, 65 pp.

100. Parras, fray Pedro José, *Gobierno de los Regulares de América, ajustado religiosamente a la voluntad del Rey*, J. Ibarra, Madrid, 1783, 2 vols., 4.º XLIV + 217 pp. y XXXVI + 493 pp.

101. Parras, fray Pedro José, *Reglamento para las Oficinas del Colegio de Montserrat*, José Luis Busaniche. Esta obra y un itinerario de sus viajes por Europa, Río de la Plata y Paraguay no son recogidas por Palau pero sí por Furlong en su obra *Historia y bibliografía de las Primeras Imprentas Rioplatenses*, ed. Guaranía, Buenos Aires, 1953.

102. Pezuela y Sánchez, Joaquín de la, *Manifiesto en que el Virrey del Perú... refiere el hecho y circunstancias de la separación del mando, demuestra la falsedad, malicia e impostura de las atroces imputaciones contenidas en el oficio de intimación de 29 de enero de los Jefes del ejército de Lima, autores de la Conspiración...*, Núñez de Vargas, Madrid, 1821, 4.º, 130 + CXXIX pp.

103. Pezuela y Sánchez, Joaquín de la, *Memoria del Gobierno de... Virrey del Perú (1816-1821)*, Escuela Estudios Hispano-americanos, Sevilla, 1848, 8.º, 612 pp.

104. Pomar Tudela de Lanuza, Pedro Pablo, *Causas de la escasez y deterioro de los Caballos de España y medios de mejorarlos*, Vda. de Ibarra, Madrid, 1793.

105. Pomar Tudela de Lanuza, Pedro Pablo, *Memoria en que se trata de los Caballos de España*, Vda. de Ibarra, Madrid, 1789.

106. Porter, Pedro, *Relación de los felices sucesos que ha dado Dios a las Reales Armas en el Reino de Chile*, Santiago de Chile, 1658, folio, 6 pp.

107. Porter, Pedro, *Relación ajustada de los Servicios de el Almirante...*, Lima, 1655, folio, 6 h.

108. Porter, Pedro, *Carta Geográfica de Navegación*, Manuscrito de la Biblioteca Nacional, mss. 7095. (Para ampliación ver apartado correspondiente al autor).

109. Porter, Pedro, *Repaso de errores de la Navegación española*, María de la Torre, Zaragoza, 1634, 8.º, 10 h., 101 pp.

110. Pruneda, Pedro, *Historia de la Guerra de México desde 1861 a 1867 con todos los documentos diplomáticos justificativos*, Elizalde, Madrid, 1867, folio, XI + 462 pp., 1 h., 33 láminas fuera de texto.

111. Raulín y San Martín, fray Facundo, *Año Santo dentro y fuera de Roma*, Francisco Moreno, Zaragoza, 1750, 4.º, 32 h., 455 pp.

112. Rea, Alfonso de la, *Crónica y un Panegírico de Santa Clara*, México, 1646.

113. Rea, Alfonso de la, *Chronica de la Orden de Nuestro Seraphico Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacan en la Nueva España*, Vda. de Bernardo Calderón, México, 1643, 4.º, frontis grabado, 7 h., 166 folios, 6 h.

114. Revilla Bonet, José, *Desvíos de la Naturaleza o Tratado del origen de los monstruos*, Lima, 1695.

115. Ricafort, José, *Reglamento para establecer la comisión de policía ordenada con acuerdo de la Real Audiencia de las Islas Filipinas*, Imprenta de Sampaloc, 1826, folio, 5 h.

116. Ricafort, José, *Reglamento para los empleados de Hacienda del puerto de Zamboanga*, Manila, 14 de marzo de 1829, s.l.n.a. (posiblemente Sampaloc, 1829). Ésta es la referencia de Retana, Palau da otro título anterior: *Reglas que deberán observarse por los empleados de la Real*

Hacienda en el Puerto de Zaboanga, Real Palacio de Manila, marzo, 1820, folio, 3 h.

117. Ricafort, José, *Decreto sobre las funciones que debe llevar el intendente de Manila*, Sampaloc, 1829, folio, 5 h.

118. Ricafort, José, *Reglas que deben observarse en estos dominios para el uso del papel sellado*, Sampaloc, 1830, 10 h.

119. Ricafort, José, *Conquista de la Isla de Bohol, dirigida por el Excmo. señor Capitán General de las Islas Filipinas D. ... y ejecutada por el Capitán primer ayudante del batallón de infantería de la Reina, Don Manuel Sanz que dio comienzo en abril de 1828*, Manila, 1829, 4.º, 30 pp., 1.º estado. Existen otros decretos de este activo militar y funcionario español sobre asuntos tan interesantes como la introducción de máquinas agrícolas en el archipiélago filipino.

120. San Alberto, fray José Antonio de, *Colección de Instrucciones Pastorales que, en diferentes ocasiones y varios motivos publicó para edificación de los fieles, arreglo y dirección de su diócesis*, Imprenta Real, Madrid, 1786, 3 vols., 4.º, retrato, 418 + 369 + 830 pp. Aun cuando esta edición y otra publicada en Roma en 1793 serían las más aconsejables para el conocimiento de sus cartas pastorales, daremos en este capítulo la relación de las primeras ediciones sueltas de sus diversas cartas pastorales. Hemos de hacer constar que la mayoría fueron reeditadas en varias ocasiones.

121. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta a los Indios infieles Chiriguano*s, Imprenta Real, Madrid, 1781.

122. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta a los indios infieles Chiriguano*s, Real Imprenta de los Niños Expósitos, Buenos Aires, 1788.

123. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta Pastoral a todos sus diocesanos con ocasión de haber fundado dos casas para niños huérfanos*, Buenos Aires, 1783.

124. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta Pastoral acompañando las constituciones para las Casas de niños huérfanos*, Imprenta Real, Madrid, 1784 (antes en Buenos Aires, 1783).

125. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta Pastoral que dirige a los párrocos, sacerdotes y demás fieles de su diócesis de Córdoba de Tucumán*, Ibarra, Madrid, 1778, 4.º, 102 pp. (posteriormente en Buenos Aires, 1781).

126. San Alberto, fray José Antonio de, *Cuarta Carta circular o edicto... dirigido a todos sus amados hijos... que en adelante solicitaran ser*

promovidos a las Sagradas Órdenes, Imprenta Niños Expósitos, Buenos Aires, 1781, 8.º, 102 pp. Está fechada el 19 de febrero de 1781.

127. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta Pastoral que ... el Arzobispo de la Plata dirige a todos los que en el pasado concurso han sido nombrados y elegidos para curas*, Imprenta Niños Expósitos, Buenos Aires, 1791. Obra en la que compara los indios del Perú con aquellos a los que Juan de Palafox pintaba en Nueva España.

128. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta Pastoral, a todos sus Vicarios, Curas, Tenientes y Clero exortándoles a que contribuyan en algún donativo o empréstito, sin interés para las actuales urgencias de la Corona*, Niños Expósitos, Buenos Aires, 1799.

129. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta Pastoral, con motivo de publicar una instrucción para los seminarios de niños y niñas*, Imprenta Real, Madrid, 1786.

130. San Alberto, fray José Antonio de, *Segunda Carta Pastoral a todos los fieles del Obispado de Córdoba de Tucumán en la entrada y principio de su Gobierno*, Buenos Aires, 1781, 4.º, 99 pp.

131. San Alberto, fray José Antonio de, *Carta... a Pío VI, con motivo de los alborotos de Francia*, Imprenta de la Universidad, Alcalá, 1791.

132. San Alberto, fray José Antonio de, *Catecismo Real, que bajo la forma de instrucción compuso y publicó para enseñar a los seminarios de niños y niñas de su diócesis*, Madrid, 1766, 8.º. Este librito sería reeditado en Lima en 1818, 8.º, 3 h., 152 pp.

133. San Alberto, fray José Antonio de, *Catecismo Real*, Madrid, 1766 (se reimprimiría en Lima en 1818).

134. San Alberto, fray José Antonio de, *Instrucción, sobre las obligaciones más principales que un vasallo debe a su Rey y Señor*, Lima, 1818. Obra póstuma que creemos que es una reedición de su *Carta Pastoral que el ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Fray Antonio de San Alberto... dirige a sus Diocesanos con ocasión de publicar unas instrucciones para los Seminarios de Niños y Niñas, donde por lecciones, preguntas y respuestas se enseñan las obligaciones que un vasallo debe a su Rey y Señor*, Buenos Aires, 1794.

135. San Alberto, fray José Antonio de, *Oración fúnebre que en las solemnes exequias del muy alto y poderoso señor Carlos III Rey de España y de las Indias, celebradas en la Iglesia Metropolitana de la Plata*, Real Imprenta de los Niños Expósitos, Buenos Aires, 1789.

136. San Alberto, fray José Antonio de, *Panegírico de Santa Teresa de Jesús que traducido del francés al español, dedicó a la misma Santa y ofreció sus hijos los Carmelitas Descalzos*, Buenos Aires, 1779.

137. San Alberto, fray José Antonio de, *Segunda Carta Pastoral a todos los fieles del Obispado de Córdoba de Tucumán, en la entrada y principio de su gobierno*, Buenos Aires, 1781.

138. San Alberto, fray José Antonio de, *Septenario// de los Dolores// de María// Santísima// compuesto y dedicado// a la misma// soberana Señora// venerada en la Iglesia// de los Padres Carmelitas Descalzos de Calatayud y Huesca//. Por el Ilmo. y Revmo. Señor// D. Fr. Josef Antonio de San Alberto, Carmelita Des-// calzo y Obispo de Córdoba De Tucumán*, Real Imprenta de los Niños Expósitos, Buenos Aires, 1781. Hemos reseñado de forma especial esta obra por ser posiblemente la primera impresa en la ciudad de Buenos Aires, aunque otros opinan, y quizás sea así, que es anterior la carta circular o edicto fechado en 19 de febrero del mismo año.

139. San Francisco de Asís, fray Pedro de, y Santa Teresa, fray Diego de, *Historia General de los Religiosos Descalzos de la Orden de los Ermitaños del Gran Padre y Doctor de la Iglesia San Agustín de la Congregación de España y de las Indias (1651-1660)*, Herederos de Pablo y María Martí, Barcelona, 1743, t. III, folio, 12 h., 560 pp., 10 h. Esta obra es en realidad del segundo de los autores citados pero fue continuada por fray Pedro de San Francisco de Asís; por razones de orden y localización la hemos situado aquí.

140. San Francisco de Asís, fray Pedro de, *Historia General de los Religiosos descalzos... (1661-1690)*, Francisco Moreno, Zaragoza, 1756, folio, frontis grabado por Villafranca, 18 h., 604 pp.

141. San Francisco de Asís, fray Pedro de, *La Reina de la América, Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza: Sermón panegírico*, José Bernardo de Hogal, México, 1739, 4.º, 8 h., 13 folios.

142. Sancho de Santa Justa, padre Basilio, *Carta Pastoral que enseña las Obligaciones del Cristiano en Orden a Dios, a su Rey*, Imprenta del Seminario Pedro Ignacio Advínculo, Manila, 1775, folio, 4 h., 240 pp.

Escribió además el padre Basilio otras 18 cartas pastorales y oraciones en la ciudad de Manila como registra Palau entre los n.ºs 296835 y 296854 de su Manual del Librero. Hemos recogido aquí la que consideramos más importante. Va dirigida especialmente a los indios y

mestizos a los que invita a una mayor convivencia, refleja las visiones sociales de la época y plantea la conveniencia de que todos aprendan la lengua española para una mayor comunicación.

143. Sancho de Santa Justa, padre Basilio, *Ejemplares de Carta... al Capitán General D. J. Raón*, Imprenta del Rey, Manila, 1771, 1 lámina grabado de Carlos III, 2 h., 16 + 6 pp., 1 h.

144. Sancho de Santa Justa, padre Basilio, *Memorial hecho con el motivo de los disturbios, que han intentado algunos Regulares de Filipinas*, Imprenta Universidad, Manila, 1768, folio, 1 h., 12 pp.

145. Sancho de Santa Justa, padre Basilio, *Representación al Rey... Don Carlos III*, Imprenta Universidad, Manila, 1768, folio, part. y 39 h. Esta exposición toca el entonces controvertido tema de las jurisdicciones que enfrentaron a este obispo, como en su día a Palafox y Mendoza, con un sector del clero regular.

146. Sancho de Santa Justa, padre Basilio, *Sanctissimo Domino Nostro Clementi XIII*, Manila, 1768 (sobre la beatificación del aragonés Juan de Palafox), 1 h., 10 folios. Puede haber otras ediciones y de hecho Palau menciona una anterior, de 1760.

147. Sessé, Martín de, y Mociño, José, *Plantæ Novæ Hispaniæ*, Ignatium Escalante, México, 1887, folio, portada en castellano, 184 + XIII. Se hizo una segunda edición en castellano por la Secretaría de fomento, México, 1883.

148. Sobreviela, Manuel de, y Barceló, Nicolás, *Voyages au Pero, faits dans les anneés 1791 y 1794 por les PP. Manuel Sobreviela et Narciso Barceló, précèdeés d'un tableau de l'état actuel de ce pays, sous les rapports de la géographie, de la topographie, de la minéralogie, du commerce, de la littérature et des arts...*G. Dantú, París, 1809, 2 vols., 8.º, + atlas. Esta obra ya había sido publicada en Londres por Skinner a partir del original en castellano.

149. Sesse, Martín de, *Flora Mexicana*, Ignacio Escalante, México, 1887, folio, XI + 263 + XV. Esta obra se realizó en colaboración con José Mariano Mociño.

150. Sobreviela, Manuel de, *Mapa de todas las Misiones del Perú*, Lima, 1791.

151. Sobreviela, Manuel de, *Relación Sumaria de los Progresos de los Misioneros Franciscanos Observantes del Colegio de Propaganda Fide en Santa Rosa de Ocopa*, Lima, 1790, folio, 7 h.

152. Tauste, fray Francisco, *Arte y Bocabulario de la lengua de los indios Chaymas, Cumanagotas, Cores, Perias y otros diversos de la provincia de Cumana*, Bernardo de Villadiego, Madrid, 1680, 12.º, 8 h., 187 pp. Esta obra fue reproducida en edición facsímil por Julio Platzmann en Leipzig, 1885.

153. Tornos, Juan Antonio, *Retrato geográfico, histórico apologético de las islas Filipinas, con un apéndice de las islas Marianas y Carolinas*. La referencia de Latasa no hemos podido verificarla ni completarla en otros autores consultados.

154. Torrente, Mariano, *Bosquejo económico de la isla de Cuba*, Pita, Madrid, 1852, t. I, y Barcina, La Habana, 1853, t. II, 8.º, 420 pp., y 8.º 462.

155. Torrente, Mariano, Colección escogida de novedades científicas, cuadros históricos, artículos de costumbres y misceláneas jocosas, con el título de *Recreo Literario*, La Habana, 1837-1838, 4 vols., 12 t.

156. Torrente, Mariano, *Compendio de Historia de América con algunas pequeñas modificaciones...*, Imprenta de Comercio, Salta, 1886.

157. Torrente, Mariano, *Memoria sobre la esclavitud en la isla de Cuba...*, Londres, 1853, 8.º, 107 + 32 pp., texto inglés-castellano.

158. Torrente, Mariano, *Historia de la Revolución de Chile, 1810-1828*, Santiago de Chile, 1900, 4.º, XLVI + 482 pp.

159. Torrente, Mariano, *Cuestiones importantes sobre la esclavitud en la isla de Cuba*, Wood, Londres, 1853.

160. Torrente, Mariano, *Historia de la Independencia de México*, Pueyo, Madrid, 1918, 8.º, 352 pp. Tanto esta obra como la referida a la independencia de Chile forman parte de la Historia de la Revolución Hispano-americana, también citada en este repertorio.

161. Torrente, Mariano, *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, Amarita, Madrid, 1829-1830, 3 vols., 4.º, VIII + 456 pp., 1 mapa y 5 planos// 572 pp., 1 mapa y 6 planos// 640 pp., 1 mapa y 4 planos.

162. Torrente, Mariano, *Política Ultramarina que abraza todos los puntos referentes a las relaciones de España con los Estados Unidos, con la Inglaterra y las Antillas, y señaladamente con la isla de Santo Domingo*, Compañía de Libreros, Madrid, 1854, 8.º, VIII + 444 pp. y 1 estado plegado.

163. Torrente, Mariano, *Proyecto de Contribución apoyado en los sólidos principios de la ciencia económica, con el cual puede la isla de Cuba*

hacer frente al pedido extraordinario de Guerra, La Habana, 1838, 4.º, 69 pp.

164. Torrente, Mariano, *Cuestión importante sobre la esclavitud por D. ...*, Jordán e Hijos, Madrid, 1841, 8.º, 94 pp. Este autor publicó otros opúsculos sobre este mismo tema.

165. Torrente, Mariano, *Revista General de Economía Política*, La Habana, 3 vols., 1835.

166. Traggia, Joaquín, *Índice de la Colección de Manuscritos pertenecientes a la Historia de Indias* que escribió Don Juan Bautista Muñoz y por su muerte se han hallado en su librería, Madrid, 12 de agosto de 1799. Todos estos informes manuscritos, junto con otros de diversa índole, fueron escritos por Traggia en su condición de miembro de la Academia de la Historia y en su Archivo se conservan en la actualidad. Tiene diversas e importantes obras impresas, algunas de las cuales citamos en el texto y que aquí no reseñamos por no estar relacionadas ni escritas en el Nuevo Mundo.

167. Traggia, Joaquín, *Reparos puestos a la Historia de Indias de Don Juan Bautista Muñoz por la Academia de la Historia*.

168. Traggia, Joaquín, *Sobre el P. Servando Mier, O.P. de la Provincia de Santiago de México* (trata de un Sermón predicado en México el 12 de diciembre de 1794)².

169. Valdecebro, fray Andrés de, *Anticertamen. Aprecio de las Musas venganza del Parnaso*, Puebla de los Ángeles, 1655, 4.º.

170. Valdecebro, fray Andrés de, *Decentes lágrimas y sentimientos Justos...*, Puebla de los Ángeles, 1657, 4.º.

171. Valdecebro, fray Andrés de, *Erección Sacra del Templo más glorioso de la América contra Cromwell el tirano de Inglaterra*, Puebla de los Ángeles, 1654, 4.º.

172. Valdecebro, fray Andrés de, *Lamentación apologética en defensa del R. P. Abraham Borobio... y contra el P. Pedro de Alva*, Puebla de los Ángeles, 1650, 4.º.

173. Valdecebro, fray Andrés de, *Peligros de la América y calamidades de la Religión Católica*, Puebla de los Ángeles, 1650, 4.º.

174. Valdecebro, fray Andrés de, *Panegírico... a la congregación de la Santísima Trinidad*, Puebla de los Ángeles, 1651, 4.º.

² Biblioteca Real Academia de la Historia, B. 151, folios 222-238.

175. Ximénez Lobera, Francisco, *Cuatro Libros de la Naturaleza y Virtudes de las Plantas y Animales que están recibidos en el uso de la Medicina en la Nueva España... con lo que el Dr. Hernández escribió en lengua latina*, Vda. de López Dávalos, México, 1615, 4.º, 5 h., 203 folios, 7 h. Esta obra, que tradujo y aumentó este lego dominico natural de Luna, fue reeditada en México al menos en dos ocasiones.

176. Zamora, fray Alonso de, *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*, Llopis, Barcelona, 1701, folio, 5 h., 537 pp., 1 h. Esta obra fue reeditada en homenaje a Simón Bolívar con ocasión del centenario de su muerte en Caracas, 1930.

Nota: No mencionamos las obras de estos y otros autores que no tienen relación de publicación o contenido con América y Filipinas. Tampoco obras de autores aragoneses tan prolíficos como el padre Arbiol, cuyas obras fueron reimpresas en distintas naciones del mundo hispánico. Las obras publicadas en el siglo xx podrán verse reflejadas en los capítulos posteriores.

Capítulo XI

TOPÓNIMOS DE ARAGONESES EN AMÉRICA

Tomás Buesa

Los conquistadores, colonizadores y misioneros españoles, que sustituyeron con su lengua española tantos términos indígenas relativos a la configuración del terreno, respetaron, sin embargo, en la toponimia, acaso por comodidad, muchísimos topónimos aborígenes, con las imprescindibles modificaciones necesarias para adaptarlos al sistema lingüístico del castellano, sin que falten compuestos híbridos, es decir, nombres constituidos por un español y otro prehispano, como en el caso de *Nuestra Señora del Pilar de Macapillo*. Sorprende el abrumador número de topónimos procedentes de lenguas indias que figura en el valiosísimo *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* (1786-1789), del militar y criollo quiteño Antonio de Alcedo. Entre los nombres hispánicos que proporciona son poquísimos los que pueden tener origen aragonés, ya que estos últimos no son tan abundantes como los procedentes de otras regiones españolas, peculiaridad que está relacionada con la menor aportación humana aragonesa, respecto a la de otras regiones de España, especialmente de Castilla, León, Vascongadas, Extremadura o Andalucía, en la empresa conquistadora y pobladora. A pesar de todo, pueden rastrearse nombres de lugar de ascendencia aragonesa, sin que ello presuponga que los fundadores fueran aragoneses, ya que muchos de los topónimos se habían convertido en apellidos, y las personas que los llevaban podían haber nacido fuera de Aragón, bien en España o en las Indias.

Para asegurar si un topónimo tiene una filiación regional determinada hay que recurrir, como acertadamente señala Ubieto Artur, a las actas fundacionales, crónicas, historias locales y otras fuentes.

A continuación se establecen tres grupos de topónimos que pudieran tener directa o indirectamente ascendencia aragonesa, aunque

pueden —y deben— estar sujetos a una revisión: 1) réplicas americanas, 2) dobles de posible ascendencia india, 3) duplicados americanos que existen en Aragón y también en otras regiones españolas.

Dentro del primer grupo se halla el nombre *Aragón*, que no gozó de la vitalidad numérica de los de otras regiones españolas, como Castilla, Extremadura o Andalucía: es la denominación de una modesta localidad norteamericana, situada a 23 millas del sudoeste de Mangas. Inicialmente el nombre proviene del apellido de una familia que llegó a Nuevo México en 1693. Este *Aragón* es el viejo Fuerte Tulerosa que sirvió como agencia de indios apaches desde 1872 a 1874 (Calderón). Ubieta Artur, basándose en estudios de F. Solano, J.J. Andreu y J.A. Armillas, lo testimonia también en Estados Unidos, en el norte de California y en el interior de Georgia.

Mejor suerte tuvo *Zaragoza*, capital de la región, por el número de poblaciones bautizadas con dicho nombre, coincidiendo en este aspecto con el de otras poblaciones del norte y centro de España (Barcelona, Pamplona, León, Valladolid, Zamora, Salamanca, Segovia, Tuy, Toledo, Talavera, Valencia, Madrid, etc...) y el sur (Córdoba, Granada, Sevilla, Jerez, Málaga), además de las extremeñas de Mérida, Medellín o Trujillo. En Colombia, una localidad antioqueña lleva el nombre de *Zaragoza*, de la que Alcedo decía en el siglo XVIII:

Zaragoza. Ciudad de la provincia y gobierno de Antioquia, en el Nuevo Reino de Granada; fundada entre los ríos Cauca y Grande de la Magdalena, y a la orilla del de Nechi, cuyas aguas son muy delgadas y mezcladas con arenas de oro, el año de 1581 por el Gobernador Gaspar de Rodas, en el valle de Virué; es de temperamento cálido y enfermo, muy abundante de minerales de oro, cuya riqueza atrajo muchos vecinos, que la hicieron una población muy opulenta; pero la mala influencia de su clima la ha reducido a 200 vecinos; produce muchos frutos y pescado, pero es muy escasa de carnes y de comercio.

El fundador Gaspar de Rodas, que era oriundo de Trujillo, la llamó *Zaragoza de Las Palmas*, por la abundancia que había de éstas, en el valle de Virué. Posteriormente se trasladó al lugar donde se unen los ríos Nechi y Porce (Calderón). Actualmente su riqueza mayor es la minería, agricultura y ganadería, y contaba en 1975 con 13.000 habitantes.

México tiene varios municipios que llevan el nombre de *Zaragoza*, abundancia motivada posiblemente porque se quiso honrar al político y militar Ignacio Zaragoza (1829-1862), que contribuyó a la derrota del ejército francés del emperador Maximiliano. Dichas ciudades se localizan en los estados de Coahuila, Chihuahua México (antes llamada San Francisco de Atizapán, y Atizapán simplemente, denominada también hoy *Atizapán de Zaragoza*), Michoacán, Oaxaca (municipio llamado antes Santa Inés del Río), Puebla, San Luis de Potosí, Veracruz y Durango. Además existe en el Estado de Chihuahua una localidad nombrada *Valle de Zaragoza*. Alcedo recoge en su diccionario *Rincón de Zaragoza* «en la cabeza del partido de Puruandiro y Alcaldía mayor de Valladolid, en Nueva España; es pequeño y anexo al Curato del de Numarán». Guatemala cuenta con un municipio *Zaragoza* en el departamento de Chimaltenango, igual que El Salvador, en el departamento de la Libertad.

Con seseo, *Saragosa* es uno de los cuarteles o distritos de la ciudad de Moyobamba, capital de la provincia de este nombre, en el departamento peruano de Loreto. Con grafía *Saragoza*, municipio en Texas (EE.UU.). Con sufijo diminutivo, Alcedo menciona *Zaragocilla*,

pueblo de la provincia y gobierno de Cartagena, en el Nuevo Reino de Granada, del partido de la villa de Tolú; está situado en la costa, dentro de la misma ensenada de Tolú, al W. de la villa de este nombre.

(Tolú está en el departamento colombiano de Bolívar).

Existe, igualmente, otra *Zaragoza* en Filipinas, situada en la provincia de Nueva Écija, Luzón.

La mayoría de los topónimos que se citan a continuación, homónimos de aragoneses, está recogida por Ubieto Artur. Hay que hacer la salvedad de que muchos se deben a apellidos de colonizadores:

Alagón: en Zaragoza y Buenos Aires (Argentina).

Albarracín. Esta ciudad y sierra de la provincia de Teruel tiene su réplica americana en Alcedo: «Páramo de Albarracín: Monte muy alto, cubierto siempre de nieve, en el Nuevo Reino de Granada».

Biel: en Zaragoza y Camagüey (Cuba).

Borja: Alcedo registra cuatro localidades homónimas de esta ciudad zaragozana, nombre que tanta relevancia tuvo en la Corona de Aragón y en la Iglesia. El citado historiador quiteño escribió:

Borja: Ciudad capital de la provincia y gobierno de Mainas, en el reino de Quito, fundada el año 1619 por el Capitán Diego Vaca de Vega, con nombre de Nuestra Señora de La Concepción, a la orilla del río Marañón (...), cuando entró al descubrimiento para establecer las dilatadas Misiones que tenían allí los regulares de la Compañía; se trasladó después el (año) de 1634 al sitio en que está (...); dióle el nombre en obsequio de D. Francisco de Borja (y Aragón), príncipe de Esquilache, virrey del Perú, con quien capituló aquella conquista (...); sus primeros habitantes fueron los conquistadores de todas las naciones bárbaras del Marañón (...).

Alcedo continúa escribiendo:

Tiene el mismo nombre un pueblo de las Misiones, que tienen a su cargo los regulares de la Compañía en la provincia de Teraumara, y reino de Nueva Vizcaya (...). Otro de las Misiones, que tenían los mismos regulares, en la provincia y gobierno de Paraguay, situado a orillas del río Uruguay (hoy, departamento de Guairá). Otro, en la provincia y gobierno de Mojos, del reino de Quito, fundado a la orilla del río Manique.

Además hay otra localidad peruana en el departamento de Loreto.

Cardiel. Este topónimo oscense (aldea, monte y coto) figura como nombre de un lago en la Patagonia (Argentina), adonde llegó en expedición evangélica, a mediados del siglo XVIII, el jesuita José Cardiel.

Fraga: en Huesca y San Luis (Argentina).

Huesca. El capitán Alonso Esteban Rangel funda Huesca, hacia 1583, en el sitio de los Mogotes. Esta ciudad desapareció (Calderón).

Monzón. Esta ciudad de la provincia de Huesca tiene duplicado en el Perú, del que apunta Alcedo: «Pueblo de la provincia y corregimiento de Guamalíes en el Perú, anexo al Curato de Chavin de Pariarca». También es el nombre de un río peruano de Huanuco.

Morán: en Zaragoza y municipio y distrito de Lara (Venezuela), laguna de la provincia de Entre Ríos (Argentina).

Pilar. Esta advocación mariana, patrona de la ciudad de Zaragoza y de todo Aragón, fue —y es— venerada en algunos territorios americanos, como demuestra el siguiente texto dieciochesco de Alcedo en la descripción de la ciudad de Nuestra Señora de la Paz o Chuquiavo, en el reino de Perú: «Tiene una hermosa iglesia catedral, en que se venera

una imagen de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, dávida del emperador Carlos V».

La devoción a esta virgen ha podido ser el origen de los siguientes topónimos que se leen en Alcedo:

Pilar (Nuestra Señora del): Pueblo de las misiones que tenían los regulares de la extinguida Compañía en el Nuevo Reino de Granada, fundado en el año 1661 a la falda de la Sierra Nevada por el Padre Nicolás Pedroche (...); está a la orilla del río Tame, al sur de la ciudad de Pamplona. Otro pueblo hay del mismo nombre en la provincia de Barcelona y gobierno de Cumaná (Sucre, Venezuela), situado al sur de la capital. Otro de las que tienen los religiosos de San Francisco en la provincia y gobierno de Texas, en la América Septentrional (...).

Otro de la provincia y gobierno de Buenos Aires, situado en la costa que media entre el río de la Plata y el Estrecho de Magallanes, es de indios Puelches reducidos a la fe. Otro en la provincia y gobierno de Cumaná, distinto del que hemos referido arriba, situado a la orilla del río de su nombre, entre la costa y el seno interior del Golfo Triste. El río referido (Pilar) nace en la serranía a la parte del este de la ciudad de Ciriaco, corre a este rumbo, y sale al mar en el Golfo Triste.

Al registrar el *Pilar* tucumano, remite Alcedo a Mecapillo, en donde aclara:

Mecapillo (Nuestra Señora del Pilar de): Pueblo de la provincia y gobierno de Tucumán, en el territorio del Chaco, reducción de indios Pasainas, que hicieron los regulares de la Compañía, y hoy está al cuidado de los religiosos de San Francisco.

Además, hay otro *Pilar* en Córdoba (Argentina). Ubieto Artur testimonia el mismo topónimo en la provincia de Santa Fe (Argentina) y en Neembucú (Paraguay), ciudad que fue fundada a orillas del río Paraguay, en 1779, por Agustín Fernando de Pinedo. Por último, hay que mencionar un cabo en la provincia de Magallanes, Tierra de Fuego (Chile) y tres localidades en Brasil, en los estados de Alagoas, São Paulo y Paraíba. Jesús J. Álvarez acusa 60 topónimos en Iberoamérica, casi todos los núcleos de población, más algún barrio, comarca, partido y

distrito, así como alguna hacienda, rancho y finca, aparte de algunas minas, ríos, más un cabo, lago y una isla fluvial, accidentes geográficos estos últimos localizados en Brasil.

San Lorenzo. De los numerosos hagiotopónimos americanos que llevan el nombre de este santo, oriundo de la ciudad de Huesca, es fácil que alguno sea debido a aragoneses, como un pueblo que menciona Alcedo, sito en «la provincia de Barcelona y gobierno de Cumaná, en el reino de Tierra Firme» (Venezuela), el cual estaba «al cuidado de los padres Capuchinos de Aragón, al sur de Cumanagoto».

Sená: en Huesca y en Pando, río Madre de Dios (Bolivia).

Tello: en Zaragoza y en el departamento de Huila (Colombia).

Teruel: en Teruel y en el departamento de Huila (Colombia).

Un reducido número de topónimos, todos oscenses, en su mayoría prerromanos, se repite en América, aunque aquí pudieran tener su origen en alguna de las numerosísimas lenguas prehispánicas, hipótesis que parece confirmar su estructura fónica:

Abay: en Huesca y en Caazapá (Paraguay).

Basa: en Huesca y en Cauca (Colombia).

Chas: en Huesca y en Buenos Aires (Argentina).

Chía: en Huesca y Cundinamarca (Colombia).

Guara: una sierra en Huesca y un municipio en Anzoátegui (Venezuela).

Guaso: en Huesca y en Oriente (Cuba).

Jaca: en Huesca y un río en Venezuela.

Naya: en Huesca y un río en Cauca (Colombia).

Ola: en Huesca y en Natá (Panamá).

Tena: un valle en Huesca, un municipio en Cundinamarca (Colombia) y la capital de Napo (Ecuador).

Un tercer grupo está formado por abundantes topónimos que no son específicamente aragoneses, porque su presencia se testimonia asimismo en otras regiones de España, sin olvidar que algunos pudieron surgir, sin contacto directo con la metrópoli, espontáneamente en América. Sólo una fehaciente y meticulosa documentación podría demostrar si el origen de determinado nombre de lugar es o no de ascendencia aragonesa. Entre éstos se encuentra *Alcalá, Aler(t), Balonga, La Balsa, Cadret(e), Barne, Batán, Belmonte, Beltrán, Bello, Cabrero, Codo, Cortes, Cuba, Desierto, Frías, Las Heras, Langa, Lobera, Loreto, Lucena, Luna, Mara, María, Miraflores, Molinos, Montalbán, Monteagudo, Mon-*

temayor, Montón, Mora, Morillo, Muñoz, Noguera, Nuevo, Orihuela, Ortiz, Paraíso, Parra(s), Paúl, Pinillos, Plasencia, Pola, Portachuela, Portillo, Puebla, Remolinos, Revilla, La Rinconada, Rioviejo, Roda, Rueda, Sala, Salinas, Salvatierra, Santos, Serrezuela, La Sierra, Las Tejerías, Toledo, Torres, Tremedal, Triste, Tubo, Valverde, Vera, Villabermosa, Villafranca, Villalba, Villanueva, Villar, Villareal, Zamora. A todos estos nombres, en su mayoría citados por Ubieto Artur, podrían añadirse hagiotopónimos como San Andrés, San Gil, San José, San Juan, San Miguel, San Pedro, San Sebastián, San Vicente, Santa Ana, Santa Cruz, Santa Fe o Santa María. Tales nombres abundan tanto en diversas provincias españolas como en Hispanoamérica.

BIBLIOGRAFÍA

Alcedo, A., *Diccionario geográfico histórico de las Indias Occidentales o América* (Madrid, 1786-1789), edición de C. Pérez-Bustamante, 4 tomos, Ediciones Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1967.

Álvarez, Jesús J., «El Pilar en la toponimia americana», en *Aragón en el mundo*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1988, pp. 408-410.

Atlas geográfico de Aragón, Aguilar, Madrid, 1978.

Calderón Quijano, J.A., *Toponimia española en el Nuevo Mundo*, Caja de San Fernando, Sevilla, 1988.

Fernández-Shaw, C.M., *Presencia española en los Estados Unidos*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1972.

Gran Atlas Aguilar, Aguilar, Madrid, 1970, 3 vols.

Ubieto Arteta, A., *Historia de Aragón. Los pueblos y los despoblados*, Anubar Ediciones, Zaragoza, 1984-1986, 3 tomos.

Ubieto Artur, A.-P., «Topónimos aragoneses en América y en las Islas Filipinas», en *Estudios* (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza), 1985-1986, pp. 41-49.

Capítulo XII

ARAGÓN EN EL MUNDO HISPÁNICO EN EL SIGLO XX

Lo que en otros tiempos fueron las Indias Occidentales y Orientales son en los albores de este siglo jóvenes repúblicas hispanoamericanas, encubiertas o declaradas colonias de los Estados Unidos o parte del imperio Alemán. En el continente americano las distintas repúblicas viven una vida azarosa en la que no faltan las intromisiones de Norteamérica, los enfrentamientos bélicos entre ellas y en algunos casos las etapas de relativa prosperidad. Hacia estas repúblicas se dirigió preferentemente la emigración aragonesa de la que más tarde hablaremos. Tras la guerra del 98 Estados Unidos se erigió en Cuba como tutor de su política. La Enmienda Platt dio a la nación norteamericana el «derecho» a intervenir en la isla en caso de guerra civil y se reservó la Bahía de Guantánamo¹. Filipinas tuvo menos suerte. Estados Unidos, no sin resistencia, se adueñó de las islas. Sólo en 1934 consiguieron éstas una cierta autonomía bajo el protectorado norteamericano hasta que, finalmente, en 1946 lograron su total independencia con Manuel Rojas Acuña como primer presidente.

Únicamente una pequeña parte del antiguo imperio español quedó fuera del proceso independentista. Las Carolinas y las Marianas comenzaron el siglo bajo bandera alemana, pasaron por el Tratado de Versalles al imperio japonés y después de la Segunda Guerra Mundial entraron en el ámbito y control de Estados Unidos.

No es nuestro tema entrar en el desarrollo político de las distintas naciones, para cuyo estudio existen otros libros de esta misma colec-

¹ Este derecho de intervención fue publicado en la *Gaceta Oficial de la República Cubana* el 14 de julio de 1904. Estados Unidos no renunció a tal derecho hasta 1936.

ción, pero sirvan estas escasas e insuficientes líneas para centrar la situación de las partes del imperio español que se perdieron a finales del siglo anterior.

En este mismo período se acentúan las pautas marcadas en el pasado siglo. Disminuye su proporción en el producto nacional bruto, decrece la proporción de la población aragonesa con respecto a la nacional, y se potencia la emigración interior hacia la capital Zaragoza. Esta pérdida de población porcentual con respecto al total nacional es en cierta forma preocupante: en 1797 la población aragonesa representa el 6,23 % de la nacional; en 1834, el 6,04 %; en 1860, el 5,68 %; en 1877, el 5,38 %; en 1900, el 4,90 %, y en 1950, el 3,91 %. No puede decirse, sin embargo, que este descenso se deba a la emigración sino a otra serie de causas, como las altas tasas de mortalidad avivadas por las epidemias que hasta finales del *xix* impactaron en Aragón y a las ya de por sí, comparativamente, bajas tasas de natalidad². Esto es especialmente evidente si consideramos que otras regiones tienen una emigración sensiblemente superior.

En cualquier caso, las cifras absolutas de población esconden la realidad del fenómeno de un incesante crecimiento de la capital Zaragoza que absorbió la mayor parte del flujo migratorio de la población regional. De ello es expresivo el siguiente gráfico.

Zaragoza, provincia y capital, experimenta en cifras absolutas durante este siglo un crecimiento que tiende a frenar en el primer caso y a acelerarse en el segundo. La tendencia de crecimiento de Zaragoza a comienzos de siglo fue superior a la media nacional. Huesca y Teruel sufren en cambio, especialmente la segunda, un frenazo y retroceso en su crecimiento. El cambio de tipo de sociedad y la lenta pero definitiva implantación de la industria no podían dejar de afectar a unas zonas que tenían, al filo de 1920, un 51,6 % de su población ubicado en ayuntamientos de menos de 2.000 habitantes.

La ubicación geográfica de Zaragoza, el punto clave de ciudad-cruce de grandes ferrocarriles, y la actitud dinámica de su burguesía hicieron que Zaragoza ejerciera el papel de una gran ventosa del excedente de población agraria de las tres provincias. Huesca y Teruel pagaron el

² Entre las epidemias de finales del siglo *xix* cabe destacar la de 1885, que sólo en la provincia de Zaragoza supuso 13.526 muertos.

Padrón  513.210

y)  793.866

Padrón  501.140

z)  784.727

Padrón  488.504

aa)  774.346

Censo  469.366

bb)  757.433

Censo  303.975

cc)  641.115

Censo  244.015

dd)  609.393

Censo  205.094

ee)  574.566

Censo  162.121

ff)  530.127

Censo  140.426

gg)  498.590

Censo  109.635

hh)  449.501

Censo  98.125

ii)  421.023

Prov).

 Capital

 Total (Cap. y

abandono y olvido por parte de la Administración de sus comunicaciones y la escasa implantación del ferrocarril; incluso sus capitales sufrieron un estancamiento que escasamente les permitió oscilar entre los 40.000 habitantes de la primera y los aproximadamente 30.000 de la segunda. Ambas provincias siguen siendo de las de más escasa densidad de España, y el principal foco de la emigración aragonesa hacia Europa y América desde la segunda mitad del xix.

El problema de la despoblación fue ya preocupación de Joaquín Costa, que a finales del siglo pasado comentaba refiriéndose a los censos de 1860 y 1878:

ha crecido en los grandes centros pero ha disminuido en los de corto y medio vecindario. El de 1860 arrojó un total de 263.230 habitantes; el de 1878 ha sido muy otro, 252.023 almas población de hecho: 256.225 población de derecho ¡11.000 habitantes de pérdida!³

Costa intuía el proceso seguido por Aragón en el presente siglo: desertización y despoblación rural. La emigración aragonesa —salvo en casos puntuales como el del final de la Guerra Civil— se ha dirigido preferentemente hacia Zaragoza capital, Barcelona y Madrid, en este orden; en cuanto a la provincia de Teruel, habría que añadir Valencia.

América ha recibido una proporción de emigrantes aragoneses inferior a la nacional. No hay, sin embargo, estudios concretos sobre el tema, tan sólo datos dispersos: salida hacia Panamá de obreros aragoneses a principios de siglo con ocasión de la construcción del canal, algunas colonias ubicadas al norte de la capital de Argentina; casas regionales aragonesas en Chile, Venezuela y la propia Argentina que en ningún caso superan los 500 miembros.

Costa comenta en la misma obra citada el caso de un solo pueblo de la provincia oscense, Fago, que en aquel momento tenía 358 habitantes y que había contribuido en los años anteriores con 50 jóvenes que habían salido hacia tierras americanas⁴.

También en este siglo la emigración a tierras americanas ha tenido un carácter más cualitativo que cuantitativo.

³ J. Costa, «Efectos de la despoblación forestal en el Altoaragón», en *El Arbolado y la Patria*, Madrid, 1912, pp. 34-37.

⁴ Costa explicaba que aquel pueblo había disminuido su población desde 1860, en que constaba de 707 habitantes.

EL COMERCIO DE ARAGÓN CON EL MUNDO HISPÁNICO

Ya hemos visto que en el siglo anterior el comercio de Aragón con las Indias había sido más una ilusión que una realidad. En el siglo xx, una serie de circunstancias derivadas de la propia estructura de Aragón y de los países integrados en el mundo hispánico dificulta un comercio activo y dinámico.

Sin entrar en profundidades económicas es fácil entender las dificultades que sufre la mayor parte de los países de Hispanoamérica y Filipinas. Son naciones de economía por lo general inestable, importadoras preferentemente de productos industriales y con importantes dependencias de Estados Unidos.

Aragón por su parte es, como destaca Bono Ríos, «una de las pocas regiones en que el sector agrario tiene mayor capacidad que el industrial⁵». Sus exportaciones de bienes y servicios se canalizan en esta medida hacia las regiones españolas: 1978, 282.814 millones frente a 26.493 millones de exportación exterior.

Un nuevo factor ha aparecido en los últimos años, la actividad de Zaragoza de la General Motors, empresa que sólo en 1982 exportó al extranjero por valor de 100.000 millones de pesetas. No obstante, por ser una empresa aragonesa, no consideraremos en este capítulo su importante actividad. Los centros de la actividad exportadora aragonesa fuera del mercado europeo son Estados Unidos, Argentina, Cuba y México. Un total de 84 empresas aragonesas exportan en mayor o menor proporción hacia estos países, siendo mínima la exportación hacia otros lugares del continente americano y Filipinas. De estas empresas, seis están en la provincia de Zaragoza, cinco en la de Huesca y tres en la de Teruel⁶.

El sector más dinámico en sus exportaciones, preferentemente hacia Estados Unidos, es el de la industria del calzado.

En Aragón, al menos siete empresas de este sector exportan a América:

⁵ F. Bono Ríos, «La estructura productiva de la Región Aragonesa», en *Informe Económico Regional de España. Situación*, Revista de Economía del Banco de Bilbao, Bilbao, 1985, p. 82.

⁶ Datos del Departamento de Proceso de Datos de la Cámara de Comercio e Industria de Zaragoza.

Calzados Jovi: Mores (Zaragoza).

Calzados La Unión: Illueca (Zaragoza).

Calzados Leopard: Illueca (Zaragoza).

Calzados Nijean: Gotor (Zaragoza).

Calzados Ordesa: Illueca (Zaragoza).

Calzados San Babel: Illueca (Zaragoza).

Calzados Sestrica: Sestrica (Zaragoza).

Es de destacar que todas las empresas se encuentran en centros de población de la provincia de Zaragoza, fuera de la capital, y son básicas para la economía de los pueblos en los que se hallan ubicadas.

El total de las áreas urbanas de Zaragoza, Huesca y Teruel es de 32, si bien varias de ellas se encuentran en centros urbanos de la periferia de Zaragoza, tales como Utebo o Cuarte de Huerva. Empresas con cierta actividad exportadora, fuera de las del calzado, son: Balay (sector electrodomésticos), Comercial Salgar (accesorios de baño), Construcción Maquinaria Lebrero, Fomento de Exportación o Importación (empresa que activa y canaliza las exportaciones hacia países de diversas áreas), Industrias Luna (empresa oscense de maquinaria de obras públicas), Talleres Auxiliares de la Industria Minera (TAIN), Walthon Weir Pacific, S.A. (empresa de válvulas especiales), y constituyen algunas de las empresas aragonesas que exportan en la actualidad al continente americano⁷.

Es necesario hacer constar que hechos puntuales históricos como la pérdida de Cuba y Filipinas repercutieron, en cierta forma, en Aragón. Curiosamente, es una región que poco se benefició de aquel comercio. La pérdida de las colonias activó la industria de la remolacha azucarera a comienzos del siglo, siendo Aragón la primera productora de España. Zaragoza fue en 1907 la primera productora provincial de azúcar de remolacha con una cantidad de 32,6 millones de kilos. Operaron en esta provincia siete azucareras: Alagón, Épila, Luceni, Calatayud, Zaragoza (2) y Casetas. Los beneficios obtenidos sirvieron en una buena medida para la aportación de capitales que participaron en la fundación del Banco de Aragón. En la actualidad, si bien los datos son escasos, hemos podido verificar la colocación de capitales aragoneses en empresas de países como Puerto Rico, Venezuela, Argentina o Santo Domingo.

⁷ Datos del Departamento de Proceso de Datos de la Cámara de Comercio e Industria de Zaragoza.

LAS RELACIONES CULTURALES

Las relaciones culturales de Aragón con los pueblos hispánicos, entendido el concepto cultural en el sentido más amplio, han sido siempre bastante más intensas que las económicas. El propio simbolismo del Pilar como centro de la Hispanidad ha provocado continuas relaciones y referencias de América y Filipinas con Aragón. En este sentido se manifestaba ya en el siglo XVIII el primer Marqués del Risco, comentando en sus *Observaciones Theopolíticas* la significación del Descubrimiento en un 12 de octubre, fecha entonces discutida por otros autores. En torno al Pilar, el presidente de la República Argentina Irigoyen declaró el 12 de octubre «Día de la Raza» en 1917; en torno al Pilar se colocaron el 29 de noviembre de 1908 las banderas de 19 países del mundo hispánico, y en torno al mundo hispánico Eduardo Tora de Arana ha encontrado un total de 72 topónimos con el nombre del Pilar: 10 en México, dos en Cuba, siete en Venezuela, cuatro en Colombia, tres en Perú, dos en Chile, 13 en Argentina, tres en Paraguay, 17 en Brasil, 10 en Filipinas, uno en las Azores y uno en Oceanía⁸. Mito para algunos y punto clave para otros, nadie puede negar que el Pilar ha sido y es un importante punto de encuentro de los pueblos hispanos. Es más, la Basílica guarda en su archivo abundantes muestras de legados americanos que comienzan con los relacionados con donaciones de la familia del Almirante⁹.

En cuanto a otro tipo de relaciones, Aragón siguió los avatares y los vaivenes políticos de España que determinaron no sólo una mayor o menor voluntad de encuentro sino también una forma distinta de encontrarse. Después del proceso independentista, que temporalmente hiere las relaciones del mundo hispánico, durante una veintena de años las relaciones económicas y políticas aparecen cortadas¹⁰. Desde 1820 hasta la década de los 40 son escasas las evocaciones al mundo hispánico; España aparece centrada en sus propias luchas y problemas.

⁸ E. Torra de Arana, «El Pilar en el Mundo», en *Aragón en el Mundo*, pp. 409-410.

⁹ Puede verse al respecto F. Gutiérrez Lasanta, *Historia de la Virgen del Pilar*, Zaragoza, 1979, tomo VIII, pp. 91 y ss. Este tomo está dedicado al estudio de las relaciones del Pilar con los distintos países del mundo.

¹⁰ Para el tema del restablecimiento de relaciones puede verse J. Castel, *El restablecimiento de las relaciones entre España y las Repúblicas hispanoamericanas (1836-1894)*, Madrid, 1955.

Lentamente, sin embargo, empezaron los acercamientos diplomáticos. El 26 de mayo de 1845 se verificó el reconocimiento de paz y amistad entre la República de Venezuela y la Reina de España; en el artículo 13 de este tratado se decía:

Para borrar de una vez todo vestigio de división entre los súbditos de ambos países, tan unidos hoy por los vínculos de origen, religión, lengua, costumbres y afectos...

El 26 de marzo de 1846 se firma un tratado similar con la República Oriental del Uruguay, y paulatinamente tratados análogos fueron estableciendo los vínculos que nunca debieron romperse.

Al mismo tiempo, en España comienza a gestarse una idea de Hispanidad que hunde sus raíces en la tradición y que está formada por los Balmes, Donoso, Vázquez de Mella o Menéndez Pelayo. En ella la religión en primer lugar y la lengua en segundo son los centros de un mundo de ideales comunes.

En el siglo xx, con diferentes perspectivas pero con un anhelo común de afirmar las relativamente débiles relaciones del mundo hispánico, comienzan a formularse ideas y a crearse instituciones. En el siglo anterior tan sólo la creación de la Unión Iberoamericana en 1884 y la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América habían supuesto realizaciones prácticas para estrechar la amistad y el intercambio cultural.

Fuera de esto sólo la labor misional de los sacerdotes y religiosos españoles había supuesto un vínculo de acercamiento. Sirva como ejemplo el documento por medio del cual el 10 de abril de 1845 el presidente interino de México José Joaquín de Herrera, por mano del Secretario de Estado, agradece a España el establecimiento en su país de las Hermanas de la Caridad. Un fragmento del escrito enviado a la legación de España decía textualmente:

De todos los puntos de la república piden con instancias que vayan hermanas de la caridad españolas para fundar Institutos: con el fin de facilitar esta benéfica obra, el Congreso General ha aprobado y sancionado el presidente y el decreto que en un fragmento del Discurso de Gobierno envió a V.E. adjunto a este despacho ¹¹.

A comienzos del siglo xx empiezan a cobrar más fuerza las ideas que, a finales del siglo anterior, habían planteado hombres como Ángel Ganivet:

reconstruir nuestras fuerzas materiales para resolver nuestros asuntos interiores y nuestra fuerza ideal para influir en la esfera de nuestros legítimos intereses externos, para fortificar nuestro prestigio en los pueblos de origen hispánico ¹².

Los notables esfuerzos de hombres como Rafael Altamira, el auge de publicaciones sobre América, especialmente en el período de la Dictadura de Primo de Rivera y algunas acciones concretas con la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929 contribuyen a un notable acercamiento cultural y político ¹³. Tras el período de la Dictadura y acaso por los problemas internos, el impulso americanista fue quizás menor.

Terminada la Guerra Civil volvió a reactivarse una línea de fuerte impulso de acercamiento cultural, tanto desde el lado de los vencedores como del de los vencidos, en el que no estuvieron ausentes ni Aragón ni los aragoneses. Impulso debido tanto a la labor de los intelectuales aragoneses exiliados, como a la propia política del franquismo. Es indudable el esfuerzo del régimen de Franco a la labor de acercamiento a Iberoamérica y Filipinas. Algunos historiadores como Lorenzo Delgado han venido a considerar esta labor como fruto de un intento de romper el cerco internacional al régimen tras la Segunda Guerra Mundial ¹⁴. Sin negar que el régimen de Franco pretendiera tal empeño, no cabe duda que en los sustratos ideológicos en los que teó-

¹¹ Documento Oficial que fue publicado en diversos periódicos españoles. Tomado en este caso de *El Pensamiento de la Nación*, n.º 7, miércoles, 16 de julio de 1845.

¹² A. Ganivet, *Idearium Español*, Madrid, 1896, pp. 139-140.

¹³ Destacaremos entre los libros de este período: I. Bauer, *Hacia la confraternidad hispanoamericana*, Madrid, 1924; J.J. Ruano, *Aspectos económicos en las relaciones hispanoamericanas contribuciones a una idea*, Madrid, 1925; E. Zurano, *Alianza Hispano-Americana*, Madrid, 1926. Entre las publicaciones de este período en esta línea de estrechamiento cultural hay que destacar la aparición de *La Gaceta Literaria* y *Atlántico*, revistas que dedicaron buena parte de sus páginas a temas hispanoamericanos.

¹⁴ L. Delgado, *Diplomacia Franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*, CSIC, Madrid, 1988.

ricamente se apoyaba había una clara voluntad de acercamiento a los pueblos hispánicos. En las revistas *Acción Española* con Ramiro de Maeztu, en *La Gaceta Literaria* con Giménez Caballero o Juan Rodríguez, en la *Unión Iberoamericana* con Eugenio D'Ors, pueden encontrarse ejemplos de tal voluntad ¹⁵.

En el terreno cultural y universitario se plasmaron medidas concretas como la creación de secciones de Historia de América en las Facultades de Letras de Madrid y Sevilla en 1945. Más tarde, otras universidades, entre ellas la de Zaragoza, incluirían en sus planes de estudio la asignatura de Historia de América. En esa época y de la labor de hombres que, más por decisión política que por especialización histórica, dedicaron en la Facultad de Letras de Zaragoza una parte de su atención al americanismo, surgieron especialistas como los profesores José Antonio Armillas o Juan José Andreu. Desgraciadamente, en la actualidad ese camino del americanismo parece cortado por la dirección actual del Departamento de Historia Contemporánea que dirige Juan José Carreras, más propicio a otro tipo de estudios históricos.

La actividad del Instituto de Cultura Hispánica, los cursos de verano de La Rábida en los que participaron diversos profesores de la Universidad de Zaragoza, los Colegios Mayores Hispanoamericanos, uno de los cuales se ubicó en la ciudad de Zaragoza, las reservas de plazas para alumnos procedentes del mundo hispánico, fueron algunas de las plasmaciones de la voluntad hispanista del régimen de Franco. Especial relevancia tendría la creación del Instituto de Cultura Hispánica de Aragón, inaugurado por el ministro Martín Artajo en el Teatro Principal de Zaragoza el 19 de octubre de 1950. Es de destacar que a este Instituto pertenecieron, entre otros, ocupando diversos cargos directivos, los catedráticos de la Universidad de Zaragoza Juan Bautista Bastero y Carlos Corona Baratech, el abogado del Estado José Lorente Sanz, que en los últimos años de la guerra había ocupado el cargo de subsecretario del Interior, el periodista Ramón Salanova o el escritor e historiador Ricardo del Arco. Recitales, exposiciones, conferencias sirvieron para hermanar a diferentes artistas e intelectuales españoles y americanos bajo el auspicio de esta institución.

¹⁵ Expresivos son los artículos de Maeztu «La Hispanidad» y «La defensa de la Hispanidad», publicados en *Acción Española*, en 1935.

PUBLICACIONES AMERICANISTAS EN ZARAGOZA: 1935-1963

De ese período son los trabajos de Corona Baratech:

«Notas para un estudio de la sociedad en el Río de la Plata durante el Virreinato», *Anuario de Estudios Americanos*, VIII, Sevilla, 1961, pp. 59-167.

Hernán Cortés, Publicaciones Españolas, S.A., Madrid, 1953.

«Presentimientos de la emancipación hispanoamericana», *Estudios Americanos*, II: 6, Sevilla, 1950, pp. 237-242.

«Abascal. El Virrey de la emancipación», *Estudios Americanos*, III: II, Sevilla, 1951, pp. 477-499.

Estos y otros trabajos fueron publicados en su etapa de la Universidad de Sevilla por el profesor, natural de Jaca (Huesca), Carlos Corona Baratech, que luego ocuparía en Zaragoza la Cátedra de Historia Contemporánea.

Fernando Solano Costa, en los comienzos del aludido período que siguió a la Segunda Guerra Mundial y en línea más política, publicó en Zaragoza junto a J. Navarro Latorre:

Conspiración Española, 1787-1789, Librería General, I.F.C., Zaragoza, 1949.

«Los problemas diplomáticos de las fronteras de Luisiana», *Cuadernos de Historia Diplomática*, 3, Madrid, 1956, pp. 51-96.

«Renobales y la enajenación de Florida», *Revista Universidad*, XIX: 3, Zaragoza, 1942, pp. 423-444.

También en estos años A. Gascón de Gotor publicó en Zaragoza la obra *Aventurero Genial*, Zaragoza, 1950, dedicada a Pedro Porter.

En temas de derecho, García Arias publicó en Zaragoza varios trabajos dedicados al tema de América. En la colección Clásica Ebro, Manuel Ballesteros Gaibrois publicó en dos volúmenes su obra *Escritores de Indias*, Zaragoza, 1949.

Un año después, este buen americanista publicaría en la capital del Ebro *Descubrimiento y Fundación del Potosí*.

Otros americanistas publicaron en Zaragoza algunos de sus trabajos, como Amando Melón y Ruiz de Gordijuel, autor del libro *Magallanes-Elcano o la Primera vuelta al Mundo*, Zaragoza, 1940.

Los temas de los conquistadores y de los mitos americanos interesaron en cierta medida a las editoriales aragonesas y la Librería General, El Heraldo de Aragón y en menor medida El Noticiero publi-

caron obras dedicadas a Colón, Hernán Cortés o Bolívar, de Marcelo Gaya, Luis Torres y la del propio Simón Bolívar: *Bolívar pintado por sí mismo*.

En 1959 El Heraldo editó el libro de Rómulo Gallegos, *Pobre Negro*, y el Noticiero, en 1962, el de Gutiérrez Lasante, *Rubén Darío el Poeta de la Hispanidad*.

De las revistas de este período, la que dedicó más atención a temas de Indias fue *Revista Universidad*. En ella se publicaron trabajos históricos y jurídicos sobre las Indias de Manuel Lasala Llanas, García Arias, Felipe Aragües, Fernando Solano, Ángel Canellas y, sobre todo, en este período que va desde la Guerra Civil hasta comienzos de los años 60, Leandro Rubio García.

A pesar de todo y aun cuando hay que reconocer un ligero despertar del interés por el americanismo en Aragón, el bagaje no es muy espectacular. Madrid y Sevilla acaparaban por esta época el 75 % de la producción bibliográfica americanista en España ¹⁶.

ARAGONESES EN AMÉRICA A COMIENZOS DEL SIGLO XX

Cuando se quiere hablar de la huella aragonesa en la América del siglo xx parece como si todo comenzase tras la guerra española de 1936 y como consecuencia de la misma. En los últimos años, congresos, libros y artículos han tratado de los exiliados españoles que encontraron refugio y trabajo en tierras americanas. Sin embargo, es importante precisar que nunca dejó de haber una especial atracción de los españoles, y en este caso de los aragoneses, por aquellas tierras hermanas de allende los mares. Fueron muchos los aragoneses anónimos que por estos años pasaron a tierras del continente americano, algunos incluso desde Cuba.

Tampoco faltaron aragoneses más ilustres o conocidos que dejaron allí su huella. Entre éstos podemos destacar algunos como el emprendedor ingeniero Francisco Bastos Ansart. Ya en su juventud, como tantos otros, había estado en Cuba en los años de la guerra sirviendo

¹⁶ Puede consultarse a tal efecto la obra del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, *Bibliografía Americanista Española, 1935-1963*.

como ingeniero militar. De regreso a España lo encontramos en 1900 en el cargo de director de la recién fundada sociedad «Minas y Ferrocarriles de Utrillas». Él fue, precisamente, el impulsor del ferrocarril de este nombre. Su labor y sus proyectos generaron la constitución en Aragón de la sociedad «Electroquímica Aragonesa». Trasladado a Cataluña siguió su gran carrera técnica y empresarial y redactó el proyecto del Metropolitano de Barcelona para la «Sociedad de Tranvías». En 1926 fundó en Buenos Aires la compañía «Formio». Ello le llevó a frecuentes viajes a aquellas tierras que le atrajeron de tal manera que llegó a publicar sobre ellas diversos artículos y folletos, incluso publicó un libro con el título de *Viaje a nuestras antípodas, dando la vuelta al mundo* (Espasa-Calpe, Madrid, 1928, 2 vols.).

Otro hombre, en este caso intelectual y diplomático de raigambre aragonesa pero nacido en tierras americanas, fue Cipriano Muñoz, más conocido por su título de Conde de la Viñaza. Nació en La Habana en 1862 y nunca olvidó aquellas tierras del otro lado del Atlántico. Siempre tuvo especial dedicación a temas históricos y literarios y entre sus obras y artículos hay algunos dedicados a aspectos americanistas. Destacaremos, entre sus obras, la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, Madrid, 1892, premiada por la Biblioteca Nacional¹⁷. El Conde de la Viñaza, diputado, senador y diplomático, es un orgullo compartido por España y América, con una vida llena de trabajos que nunca abandonó hasta su muerte acontecida en tierras francesas en 1933.

También con sus pintores ha contribuido Aragón a imprimir alguna huella en tierras americanas. Uno de los más famosos del período de entre siglos, Mariano Barbasan, dejó allí su nombre, su huella y su amistad. Aunque nació en 1864, su relación con América corresponde primordialmente a los años del tránsito entre los siglos xix y xx. Este famoso pintor zaragozano que estudió primero en la Academia de San Carlos de Valencia, la misma que frecuentara Sorolla, para pasar más tarde a la Academia de Pinturas de Roma, tuvo a los uruguayos entre sus más fervientes admiradores. En el museo de Montevideo se fundó una sala con su nombre y sus pinturas, e incluso la ciudad llegó a de-

¹⁷ Sobre esta obra puede consultarse una recesión de Rodolfo Schuller en el n.º 26 de la *Revista de Archivos*.

dicarle una calle. Sus viajes a aquel país dieron muestras de una mutua estima que continúa hasta la muerte del pintor acontecida en Zaragoza en 1924.

Podíamos seguir con otros muchos aragoneses, pero quizá fueron los médicos quienes en mayor medida viajaron a tierras americanas abriendo una larga y profunda tradición. Dejando aparte la siempre mencionada presencia de Ramón y Cajal en Cuba a finales del siglo anterior, otros muchos médicos aragoneses de forma voluntaria viajaron y estudiaron en aquellas tierras. Entre los más famosos no podemos silenciar al profesor Francisco Tello, nacido en 1880 en Alhama de Aragón. Este ilustre aragonés, que fue auxiliar de Ramón y Cajal y más tarde desde 1922 su continuador en la cátedra, se hizo célebre con sus estudios sobre la regeneración del sistema nervioso, siendo uno de los médicos que completó el ciclo de los estudios del Premio Nobel aragonés. Director del Instituto Ramón y Cajal, viajó en varias ocasiones a México dando conferencias y asistiendo a congresos y fue nombrado profesor honorario de aquella capital.

Sin embargo, quizá el primero que abrió en los tiempos contemporáneos la estela de médicos aragoneses que viajaron y estudiaron en aquellas tierras fue Andrés Martínez Vargas. Licenciado en medicina y cirugía por la Universidad de Zaragoza, hizo en la Universidad Central con la máxima calificación su doctorado. Más tarde recorrió Estados Unidos, donde estuvo en contacto con el profesor Jacobi. Se trasladó a México y allí realizó diversas investigaciones y trabajos, llegando a ser nombrado Académico de la Nacional de Medicina mexicana. De regreso a España obtuvo una cátedra en la Universidad de Barcelona. Senador del reino, y rector de la Universidad de Barcelona fueron cargos a los que llegó en 1922 y 1923, respectivamente. Y siguió manteniendo estrecho contacto con América. Diversas sociedades de medicina como la de Pediatría de Argentina, la de Granada (Nicaragua) o la Asociación Chapter Magnum de Nueva York le nombraron miembro honorífico.

Aún podríamos citar a otros muchos médicos como Julio Bravo, que en 1926 viajó a Estados Unidos becado por la Fundación Rockefeller y fue lector de la Universidad de Detroit, o Casimiro Sarriá Gorriz, que llegó a trabajar en la Universidad de Pensilvania. Todos estos nombres, junto a otros anónimos que no hemos podido localizar, pue-

den ser el testimonio de una continua relación entre los aragoneses y las tierras americanas.

EL EXILIO ARAGONÉS DE 1939 Y LA PRESENCIA ARAGONESA DURANTE EL SIGLO XX EN AMÉRICA

Si en España y Aragón se intentaba un cierto acercamiento a América, hacia allí fue un buen número de españoles a los que una vez más una guerra civil arrojaba de su patria. México, Argentina, la República Dominicana, Cuba, Guatemala, Colombia y Puerto Rico son entre otras las naciones que acogieron a aquellos españoles que iban a hacer de ellas una parte entrañable de su patria. Así parecen evocarlos algunos de los escritores desterrados. El «alabada seas ciudad hermosa de América, por habernos resucitado» que dedicaba M.^a Teresa León a Buenos Aires podía ser el grito de reconocimiento de cada español que en los siglos XIX y XX había de exiliarse a cada una de las ciudades que los cobijaron¹⁸.

Si los exiliados americanos del siglo XIX están poco estudiados, los producidos en el siglo XX tras la Guerra Civil tienen un número bastante más amplio de trabajos a ellos dedicados. Aquí tan sólo haremos referencia en texto o en nota a algunos de los alusivos a exilios aragoneses. En el estudio de Agustín Sánchez Vidal, *Tres aventuras americanas*, podemos seguir el destierro en un caso y la aventura en dos que tres de los mejores cineastas españoles, naturales de Aragón, vivieron en aquellas tierras¹⁹.

Luis Buñuel, nacido en Calanda (Teruel) en 1900 y muerto en la ciudad de México en 1983, llegó por la vía del exilio; legó a la nación mexicana el recuerdo de 20 películas rodadas en sus tierras. Carlos Saura, nacido en Huesca en 1932, no llegó a América forzado por la política, sino como bien dice Sánchez Vidal «en busca del Dorado».

¹⁸ Cita de M.^a Teresa León, recogida del artículo de M.^a Teresa Pochart, «María Teresa León, memoria del recuerdo en el exilio», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, noviembre-diciembre de 1989, *El exilio español en Hispanoamérica*.

¹⁹ A. Sánchez Vidal, *Tres Aventuras Americanas*, Col. Aragón de América, Zaragoza, 1991.

José Luis Borao, nacido en Zaragoza en 1929, igual que el anterior llegó a América para forzar las puertas de Hollywood.

América y España han compartido lo mejor que Aragón ha dado a la historia del cine. A ella habría que incorporar, aunque de él no se ocupe el bien escrito libro *Tres Aventuras Americanas*, la figura de otro exiliado que fue uno de los mejores operadores de cine de la época de la guerra: José María Beltrán. Nacido y muerto en Zaragoza (1888-1962), se exilió en 1939 en Argentina, donde fotografió nada menos que 33 largometrajes entre los que destacan: *Rosa de América* (Alberto de Zabala, 1946); *Pampa Bárbara* (Hugo Fregonese-Lucas Demare, 1945), y *La Balandra Isabel llegó esta tarde* (rodada en Venezuela, 1950, Carlos Hugo Christensen), premiada en el Festival de Cannes.

Entre los escritores aragoneses más importantes de este período un grupo de ellos anidó algunas de sus mejores obras en el destierro al otro lado del Atlántico. Benjamín Jarnés nació en el pueblo de Codos (Zaragoza) en 1888 y murió en Madrid 1949. Al terminar la guerra, este ex seminarista, maestro, militar y escritor fijó su residencia en México hasta su vuelta a España un año antes de morir. Es curioso ver que antes ya de su exilio colaboró en una colección con evocaciones de las tierras a las que había de acudir: *Vidas españolas e hispanoamericanas*. Buen biógrafo literario como demostró antes de la guerra en sus obras sobre Zumalacárregui (1932), Castelar o Bécquer (1936), continuó en México su importante labor literaria publicando diversas obras entre las que podemos citar la que en 1843 publicó con el título de *Españoles en América*.

Ramón Sender, nacido en Chalamera (Huesca) en 1901, tras una guerra que para él fue aún más dura, si cabe (ya que se cuenta entre aquellos de uno y otro lado que sufrieron la muerte alevosa de los suyos), se exilió en México para pasar más tarde a Estados Unidos. En 1935 había conseguido ya el Premio Nacional de Literatura, y como Jarnés había tenido alguna relación con América, ya que en 1928 había publicado *El problema religioso en México*. *Santa Teresa*, *Valle-Inclán*, *Tupac Amaru*, *La Guerra de España* y *Hernán Cortés* son nombres que evocan algunas de sus muchas obras²⁰.

²⁰ Quienes deseen un mayor estudio pueden ver J. Rubio Barcia, «Réquiem por Ramón J. Sender», en *Destierros Aragoneses II. El exilio del siglo XIX y la Guerra Civil*, Za-

Manuel Andújar, en las Actas del Congreso de Destierros Aragoneses que citaremos en nota, publicó una ponencia con el título de «Aragoneses Ilustres trasterrados a México» en la que podemos encontrarnos con otros ilustres aragoneses desterrados como Rafael Sánchez Ventura, Santiago Hernández o el abogado José Ramón Arana. No faltaron tampoco en el exilio algunos personajes que habían sido profesores de la Universidad Cesaraugustana como el doctor Gumersindo Sánchez Guisande, catedrático de Fisiología contratado por la Universidad de Cochabamba en Bolivia.

Con ser importante el exilio, cuyo impacto en las relaciones entre América y España aún no ha sido suficientemente estudiado, muchos españoles y algunos aragoneses conocidos o anónimos siguen proyectando Aragón en América. A los hombres tan conocidos como Grande Cobián, hoy en Zaragoza, ayer en América como profesor de Fisiología en la Universidad de Minnesota, que ha figurado entre los candidatos a Premio Nobel, habría que añadir un gran número de aragoneses de toda condición que forman ya parte de la historia de Aragón y América, desde embajadores como el oscense Lorenzo Vidal Tolosana, embajador en Guatemala y Filipinas, hasta quienes han seguido llevando a tierras hispanas la imagen misionera.

Sirvan como representación de todos los misioneros y sacerdotes de este siglo fray Benigno Benabarre, licenciado en Pedagogía por la Universidad Católica de Washington y doctor por la de Manila; el escolapio barbastrense Ángel Clavero, nacido en 1882 y muerto en Argentina en 1957 después de publicar varias obras sobre la Historia de la Iglesia del País de la Pampa; el sacerdote de Daroca Miguel Fuertes, que en 1898 marchó a tierras argentinas para pasar luego a Perú, Panamá, Cuba y Santo Domingo, donde murió en 1926, habiendo adquirido una gran fama como botánico²¹. La figura del hoy anciano sacerdote de Albella (Huesca) don Mariano Orus se salvó de las matanzas de sacerdotes en la Guerra Civil pasando a Argentina. Volvió

ragoza, 1988. También la tesis doctoral dirigida por el catedrático de la Universidad de Zaragoza, José Carlos Mainer, *La segunda generación del exilio español en México*, literatura de la que es autor el doctor don Eduardo Mateo.

²¹ J. L. Sáez, S.J., *El Padre Fuertes*, Santo Domingo, 1987; J. Sanz y Díaz, *Científicos Españoles: el botánico Fuertes Loren*, Boletín de la Sociedad Española de M.^a de la Farmacia, n.º 53 (Madrid, marzo, 1963).

tras la guerra de 1936 y fue archivero diocesano de Barbastro. En 1943 publicó en Argentina una historia del pueblo de San Javier con el título de *Segundo Centenario de San Javier*.

Tampoco han faltado en este siglo los obispos aragoneses en tierras americanas como el salesiano padre Félix Pintado, que lo fue de Mendoza (Ecuador) y que destacó como geólogo y naturalista; y el claretiano montisonense Antonio Pueyo, que lo fue a comienzo de siglo de la diócesis de San Juan de Pasto. Finalmente, queremos evocar a una misionera, Pilar Coll, nombrada Hija Predilecta de su pueblo natal Fonz (Huesca) el 12 de abril de 1991. El pasado año recibió en Washington el Premio Letellier. Misionera en Perú desde 1966, fue nombrada en 1988 Secretaria Nacional de la Coordinadora de Derechos Humanos.

Todos estos aragoneses y otros muchos que aquí no citamos, exiliados de la guerra u obreros de la paz, son símbolos de un encuentro permanente de los pueblos de las Españas que desde la época de los descubrimientos hasta el momento actual se han proyectado más allá de los océanos.

BIBLIOGRAFÍA

Comentados a lo largo del texto o a pie de página se han ido desgranando los títulos de buen número de libros y artículos relativos a cada una de las personas o temas a las que hemos hecho referencia. Igualmente hemos intentado recopilar todas aquellas obras que escritas por aragoneses se han realizado en o sobre el Nuevo Mundo.

En las colaboraciones que no llevan notas a pie de página y que corresponden a las realizadas por los doctores Andreu y Buesa, se puede encontrar al final de las mismas una bibliografía específica.

Nos resta comentar aquí la bibliografía general sobre Aragón y América, muy escasa, y las fuentes bibliográficas que nos han servido para nuestro trabajo. En el primer aspecto los libros existentes no suelen ser una relación completa y cronológica de la vinculación que a lo largo del tiempo y desde el Descubrimiento ha existido entre Aragón y el Nuevo Mundo, sino más bien una serie de colaboraciones sobre los personajes aragoneses más conocidos o los aspectos más destacados de la participación aragonesa en la empresa americana. El V Centena-

rio, como en su día lo fue el IV, ha sido el detonante de una serie de publicaciones que van en la línea antes mencionada. Del estado de los estudios sobre este tema puede verse el trabajo de uno de quienes más ha investigado en Aragón sobre temas americanistas:

Armillas Vicente, J.A., «Estado actual de los estudios sobre Aragón y el Nuevo Mundo», en *Los aragoneses en la empresa de Indias*, Institución Fernando el Católico, 1990; «Historiografía americanista en la Universidad de Zaragoza 1940-1989», en *Revista de Indias*, XLIX, n.º 187, septiembre-diciembre, 1989, pp. 709-728.

Entre las obras generales podemos citar:

Aragón en el Mundo, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1988. Esta obra colectiva fue dirigida por el profesor Guillermo Fatás. Sólo mínimamente se refiere al Nuevo Mundo. Abarca desde la Edad Antigua al siglo xx y es una suma de artículos de colaboradores muy diversos. Tan sólo hacen referencia a este tema los artículos de M.^a Dolores Albiac sobre Félix de Azara, el de Eloy Fernández Clemente sobre José Martí y el de Eduardo Torra de Arana sobre la vinculación del Pilar con el Mundo.

La presencia de Aragón en el descubrimiento, General Motors, edición Venal, Zaragoza, 1990.

Esta obra ha sido editada bajo el cuidado de Rafael Margalé. Lleva publicados dos volúmenes con una tirada total de 1.155 ejemplares. Se compone de una serie de artículos todos ellos sobre el tema que da título a la obra. Son artículos breves y de divulgación realizados en la mayor parte de los casos por conocidos especialistas como Olivier Baulny, Vicente Martínez Tejero, José M.^a Bardavio, Rafael Olaechea, Demetrio Ramos o José Gella. Es una obra bellamente ilustrada, de fácil lectura y realizada con un carácter bastante divulgador, donde las colaboraciones raramente superan las tres páginas de texto.

Aragón y América, Diputación General de Aragón y Crealibros S.A., Zaragoza, 1991.

Esta obra es la última realizada hasta el momento y ha sido dirigida por José Antonio Armillas y Domingo Buesa. Está dividida en tres bloques: los aragoneses en la empresa de Indias; los aragoneses y el conocimiento de América; los aragoneses y la independencia de América.

Si bien, al igual que las anteriores, se centra en la relación de los personajes aragoneses más estudiados y conocidos con América, como

Martín Cortés de Albacar, Pedro Porter y Casanate, Félix de Azara o Leonardo de Argensola, incluye otros artículos de aspectos menos estudiados como: «La idea de América en la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País», trabajo realizado por José Francisco Forniés; «Los científicos aragoneses y el “conocimiento” de América», por Vicente Martínez Tejero, o «Fondos americanos en archivos eclesiásticos aragoneses», de Domingo Buesa Conde. Hay otros trabajos menos novedosos pero de notable interés, como es el caso del de Demetrio Ramos «Los aragoneses y la Empresa de Indias».

Una obra anterior dirigida en cierta forma por José Antonio Armillas y que ha quedado un poco superada por la que acabamos de comentar es *Los aragoneses y el Nuevo Mundo*, Zaragoza, 1986.

Tendríamos que hacer referencia a la colección, que auspiciada por la Diputación General de Aragón se viene publicando desde 1989 con el título general de *Colección Aragón y América*. Lleva de momento publicados 15 números. Los títulos son a veces muy forzados y en su interior hay muy pocas noticias o referencias relacionadas con América, independientemente de la calidad de los libros; tal es el caso de *Los Pueblos de América y los Sitios de Zaragoza*, de José A. Pizarro o *Los judíos aragoneses en la época del descubrimiento de América*, de Motis Dolader (obra que, sin embargo, es de bastante interés como todas las de este autor para el tema de los judíos en España).

No obstante, es necesario no generalizar y hacer referencia a otras obras bien centradas en el tema como la de Agustín Sánchez Vidal *Tres aventuras americanistas*, que trata de los cineastas aragoneses en América, o *El sueño del «Nuevo Reino de Aragón»*, de Manuel Gracia Rivas, que actualiza la obra que sobre Pedro Porter realizara en su día Anselmo Gascón de Gotor titulada: *Aventurero genial*, Zaragoza, 1950.

Repertorios bibliográficos

Dado que en nuestro trabajo hemos prestado especial atención a la búsqueda de aquellas obras que desde los tiempos del Descubrimiento han hecho los aragoneses en América o sobre América, hemos tenido que realizar el vaciado y a veces el necesario cotejo de diversos repertorios bibliográficos. Nos han sido de especial interés los que a continuación reseñamos:

Viñaza, Conde de la, *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América*, Ribadeneira, Madrid, 1892. La obra de este aragonés, premiada por la Biblioteca Nacional en 1891, nos ha sido de gran interés y ofrece una buena descripción e incluso comentarios de los libros por él recogidos.

Sánchez, J., *Bibliografía aragonesa del siglo xvi*, Madrid, 1913-1914, 2 vols. Esta obra, que completa la que el mismo autor dedicó al siglo anterior, es quizás, pese al tiempo transcurrido desde su publicación y la escasez de su tirada (400 ejemplares en total), obra indispensable para el estudio de la imprenta aragonesa. En ella pueden encontrarse las referencias citadas en el texto de las obras de López de Gómara, Hernán Cortés, etcétera.

Gómez Uriel, M., *Bibliotecas antiguas y nuevas de escritores aragoneses de Latasa, aumentadas y refundidas por...*, Zaragoza, 1884-1886, 3 tomos.

Esta importante obra que actualiza la que en su día realizara Latasa es una relación alfabética de autores aragoneses de los que da pequeñas reseñas biográficas. Las citas de sus obras no siempre son correctas ni completas y necesitan un trabajo complementario para su correcta relación. Sin embargo, es un libro útil y fundamental para éste y cualquier otro trabajo sobre autores aragoneses.

Palau y Dulcet, A., *Manual del librero español e hispanoamericano*, Madrid, 1948-1977, 28 tomos.

Ésta es la segunda edición, mucho más amplia y completa que la primera, que ha sido recientemente reeditada de este autor. Tiene además siete tomos de índices y una *adenda* que se está publicando. Nos ha sido en muchos casos fundamental para completar los datos de la obra de Gómez Uriel antes mencionada.

Furlong, G., *Historia y bibliografía de las Primeras Imprentas Rioplatenses*, ed. Guaranía, Buenos Aires, 1953, 4 tomos.

Aunque en menor medida que las anteriores esta obra, junto al *Diccionario Biográfico Colonial Argentino*, nos ha sido de utilidad para el estudio de algunos aragoneses como San Alberto o Azara, entre otros, que publicaron obras en aquella parte de las Américas.

Otros repertorios que hemos utilizado en alguna ocasión han sido: Sánchez Alonso, B., *Fuentes de la Historia Española e Hispano-Americana*, Revista de Filología hispánica, Madrid, 1952, y *Bibliografía Americanista Española 1935-1963*, Sevilla, 1964.

Conviene hacer especial mención a Vindel, F., *Mapas de América en los libros españoles de los siglos xvi al xviii (1503-1798)*, Madrid, 1945. De esta obra se presentó un segundo tomo con el título de *Mapas de América y Filipinas en los libros españoles de los siglos xvi al xviii (1503-1798)*, Madrid, 1959. Este libro es un apéndice de la obra publicada en 1945 con una adición de lo relativo a Filipinas. Está editada en gran folio y presenta reproducciones de los más interesantes mapas que incorporan diferentes libros españoles referidos a América. En ella puede encontrarse también la ficha e incluso algún pequeño resumen de los mismos.

Vindel, F., *El Arte tipográfico en España durante el siglo xv*, Madrid, 1949-1954, 9 vols. El tomo dedicado a la imprenta en Zaragoza es el n.º V.

Vindel, M., *Manual gráfico descriptivo del bibliófilo hispano-americano*, Madrid, 1930-1934, 12 vols. Esta obra quedó superada por la publicación de la de Palau en 1948.

Otra bibliografía

Sería largo hacer referencia a todas las obras que de una u otra forma hemos utilizado en nuestro trabajo. Siguen siendo, no obstante, referencia obligada los trabajos ya antiguos de:

Serrano Sanz, M., «Los amigos y protectores aragoneses de Cristóbal Colón», en *Orígenes de la dominación española en América*.

Este trabajo extenso (257 pp.) fue quizá el primer estudio serio sobre la colaboración aragonesa en la empresa del Descubrimiento y sigue siendo obligada su lectura.

Ibarra Rodríguez, E., *Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América*, Madrid, 1892.

Mir, M., *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*, Palma de Mallorca, 1892.

Estas dos obras realizadas con ocasión del IV Centenario fueron en cualquier caso superadas por la anteriormente citada de Serrano Sanz.

Todo este tema de la participación aragonesa en los primeros tiempos del Descubrimiento, junto al de su exclusión o no exclusión en las Indias, han sido los aspectos más estudiados y sobre ellos hay

importantes trabajos ya referidos en el texto y en los lugares correspondientes y que fueron realizados por los profesores Demetrio Ramos, Juan Manzano, Javier Gil Pujol, Ismael Sánchez Bella, etcétera.

Es de destacar que, en contraste con la atención que la participación aragonesa ha merecido en los momentos iniciales del Descubrimiento e incluso hasta el filo de 1700, a partir de aquí la atención bibliográfica ha sido hasta los momentos actuales casi inexistente. Quizá ello ha motivado una mayor dificultad para la realización de ese último período.

No hemos reseñado otro tipo de obras fuentes o catálogos que, como es el caso del *Catálogo de Pasajeros a Indias*, hemos utilizado en el lugar correspondiente. Lo mismo acontece con lo que podemos considerar fuentes bibliográficas como son las obras de Solís, Gómez de Gomara, Bernal Díaz del Castillo, Juan de Castellanos, etcétera.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abarca de Bolea, Luis, 99.
 Abarca, conde de Aranda, Pedro Pablo de, 124, 174.
 Abbad y Lasierra, Íñigo, 175, 177, 206, 207.
 Abbad y Lasierra, Manuel, 175.
 Abraham Zacuto, 65.
 Aduarte, fray Diego de, 116, 117, 206, 207.
 Aguirre, Juan Francisco, 142.
 Alburquerque, Rodrigo de, 49.
 Alba de Liste (conde), 89.
 Albalate, Miguel de, 114.
 Albert Matea, A., 131.
 Alcalde Ibieca, Agustín, 191.
 Alcedo, Antonio de, 227-232.
 Aldas y Hernández, Jerónimo, 99.
 Alejandro VI, papa, 56, 57, 71.
 Algás, Juan de, 29.
 Almanzor, 17.
 Almenara (conde), 79.
 Altamira, Rafael, 244.
 Altolaguirre, Juan de, 169.
 Álvarez, Jesús J., 231.
 Álvarez, de Sotomayor, Antonio, 141.
 Alvear, Diego de, 141.
 Allué y Sesé, Antonio, 202.
 Amar y Borbón, Antonio, 196.
 Amperosa, Francisco, 169.
 Ampíes, Juan de, 65, 75, 205.
 Anchías, Juan de, 28.
 Anda, Simón de, 165.
 Andrés, Juan Francisco, 67, 85.
 Andrés, Pedro, 169.
 Andreu, Juan José, 10, 133, 228, 245.
 Andújar, Manuel, 252.
 Angelix, Pedro de, 132.
 Antonio, Nicolás, 67.
 Arbúes, Pedro de, 28, 30.
 Aragón, Alfonso de, 119.
 Aragón, Blasco de, 31.
 Aragón, Juan de, 68.
 Aragües, Felipe, 247.
 Arana, José Ramón, 252.
 Arco, Ricardo del, 245.
 Ardevives, Juan, 99.
 Archavaleta, José, 146.
 Argensola, Bartolomé Leonardo de, 68, 79, 96, 97, 112, 127, 206, 208.
 Argensola, Lupercio, 96, 112.
 Argensola, Pedro Leonardo de, 111, 112.
 Arijá, María Asunción, 165-168.
 Ariño (marqueses), 150.
 Ariza (marqués), 102.
 Armillas, J. A., 89, 228, 245.
 Arredondo, Nicolás Antonio de, 133.
 Arteta, Antonio, 181, 182, 208.
 Artigas, José Gervasio, 148.
 Artigas, Juan Antonio, 148.
 Arxo, José Raimundo, 119.
 Asís, Luis Javier de, 109.
 Aturia y Loscertales, Román, 192.
 Aubá, Enrique, 10.
 Austrias (dinastía), 81.
 Autel (barón), 96.
 Ayala, Fernando de, 53.
 Aysa, Francisco, 150.
 Aytona (marqués), 80.

- Azara, Agustín de, 132, 146, 209.
 Azara, Alejandro de, 133.
 Azara, Eustaquio, 134.
 Azara, Félix de, 11, 61, 131-132, 138, 140, 142-146, 148, 206, 209, 210.
 Azara, Francisco Antonio de, 134.
 Azara, José Nicolás de, 174.
 Azara, Lorenzo de, 134.
 Azara, Mariana de, 134.
 Azara, Mateo de, 134.
 Aznar, Domingo, 25.
 Aznar y Naves, Andrés, 109.
 Baeza, fray Sebastián de, 76.
 Balmes, Jaime, 243.
 Balsac, Jaime, 111.
 Barbassan, Mariano, 248.
 Barceló, Nicolás, 222.
 Bardají, José, 134.
 Bardají y Azara, Anselmo, 148.
 Bardavio, José María, 173.
 Bardaxí, Felipe, 99.
 Barrera Domingo, Francisco, 131, 185.
 Barrio y Aguero, Juan, 197.
 Barrueco, Manuel, 111, 112, 169.
 Barrientos, Pedro Nolasco, 171.
 Bartolomé, Gregorio, 108.
 Bastero, Juan Bautista, 245.
 Bastos Ansart, Francisco, 247.
 Bedmar, Lucas de, 108.
 Belgrano, Manuel, 196.
 Belmonte, Lorenzo de, 113.
 Beltrán, José María, 251.
 Belveder, Juan, 67, 210.
 Belló, Pedro, 169.
 Benabarre, fray Benigno, 252.
 Benedicto XIV, papa, 155.
 Bergosa, Antonio, 127, 128, 202, 210.
 Blancas, fray Francisco, 76, 116, 210.
 Blázquez de Valverde, Juan, 99.
 Boldo, Baltasar Manuel, 130, 185, 210.
 Bolívar, Simón, 247.
 Bonelli, Emilio, 188.
 Boneo, Martín, 142.
 Bonet de Campodarve, José, 98.
 Bono Ríos, F., 240.
 Borao, José Luis, 251.
 Borja, Francisco de, 119, 230.
 Borruey, José, 111.
 Bravo, Julio, 249.
 Brun Normante, Tomás, 150.
 Buen, Odón de, 188.
 Bueno, Cosme, 128, 130, 210.
 Buesa, Tomás, 10, 127, 130.
 Buffon (conde), 142, 143.
 Buil, F. Bernardo, 60, 63, 64, 70, 71, 72, 96, 205.
 Buñuel, Luis, 250.
 Burgos, Juan de, 29.
 Burillo, fray José, 204.
 Busaniche, José Luis, 172.
 Caballería (familia), 31.
 Caballería, Alfonso de La, 28, 31, 54.
 Caballería, Felipe de La, 31.
 Caballería, Pedro de La, 25.
 Cabrero, Juan, 10, 48, 49, 54, 55, 56, 67.
 Cabrero, Martín, 49.
 Cáceres, Francisco de, 12.
 Cadreira (marqués), 88, 109.
 Caípe, Ángel Custodio de, 170-171.
 Calomarde, Francisco Tadeo, 195, 198.
 Calvete de Estrella, Juan Cristóbal, 67, 69, 211.
 Calvo de Torla, Juan, 29.
 Campomanes, Pedro Rodríguez, conde de, 168.
 Campos y Julián, José Antonio, véase San Alberto, fray José Antonio de.
 Canales, Antonio, 167.
 Cáncer, fray Luis, 76.
 Canellas, Ángel, 247.
 Canellas, Vidal de, 40.
 Cañete Fernández, J. M., 131.
 Capdevilla, Lucas Raimundo de, 98.
 Carabantes, José de, 113.
 Cardiel, José, 230.
 Carlos I, emperador de España y V de Alemania, 64, 68, 74, 231.
 Carlos II, rey de España, 136.
 Carlos III, rey de España, 77, 123, 131, 133, 137, 139, 153, 156, 168, 172, 174.
 Carlos IV, rey de España, 133, 163, 176.
 Carlos de Habsburgo (archiduque), 121.
 Carnicer y Solar, Lorenzo, 99.
 Carreras, Juan José, 245.
 Carrillo, Alonso, 28.
 Casas, Bartolomé de Las, 48, 50, 51, 52, 65, 76, 108.
 Castellano, Tomás, 195, 199.
 Castellanos, Juan, 72, 76.

- Castillo, Juan del, 127, 128, 185.
 Casús y Torres, Ramón, 203.
 Catalina, zarina de Rusia, 134.
 Caverni, Domingo, 99.
 Caveró, Pedro, 99.
 Caveró de Hernao, Hernando, 118.
 Cavia, Mariano de, 189, 190.
 Ceberio, Francisco, 10.
 Cebrián, fray Juan, 164.
 Cebrián y Agustín, Pedro 152.
 Cerbuna, Pedro, 131.
 Cerralbo (marqués), 86, 88.
 Cervantes, Vicente, 128.
 Cerviño, Pedro, 133, 140, 141.
 Cevallos, Pedro A. de, 183.
 Cieza de León, Pedro, 67.
 Cistue y Coll, José, 149.
 Claver Caldevilla, Miguel, 152, 153.
 Claveró, Ángel, 252.
 Clavo Cortilles, Mariano, 152, 153.
 Clemente XII, papa, 169.
 Clemente XIV, papa, 174.
 Climent, Felipe, 54.
 Coci, Jorge, 68, 207.
 Coloma, Juan de, 10, 48, 50, 55, 67, 71.
 Colón, Cristóbal, 10, 47, 48, 50, 52-57,
 60, 63, 64, 67, 71, 247.
 Colón, Diego, 48, 49, 63.
 Colón, Doménico, 54.
 Combes, Francisco, 118, 211.
 Conchillos, Lope de, 49, 64, 68, 205.
 Consolación, José de la, 201.
 Contreras, Diego, 99.
 Cook, James, 177.
 Corona Baratech, Carlos, 245, 246.
 Cortés, Hernán, 65, 67, 68, 88, 96, 207,
 247.
 Cortés, Martín, 11, 65, 66, 132, 211.
 Cortés del Rey, fray Bonifacio, 112, 211.
 Cortés del Rey, fray Dionisio, 112.
 Cortés y Larraz, Pedro, 153, 155, 211.
 Cortínez Espinoza, José, 191.
 Cosco, Leandro, 67.
 Costa, Joaquín, 239.
 Cruz, fray Juan de la, 75, 141.
 Cubero, Pedro, 120, 211, 212.
 Cueva y Silva, Antonio, 99.
 Desbordes, Jaques, 96.
 Deza, fray Diego de, 48.
 Díaz de Aux, Miguel, 68.
 Díaz del Castillo, Bernal, 64, 68.
 Domeco de Jarauta, Celedonio, 194.
 Donoso, Juan, 243.
 Dorado Astorga, Fernando, 99.
 Dormer, Diego José, 82, 85, 122.
 Doz y Funes, Vicente, 148.
 Duaso y Latre, José, 202.
 Echeandía y Giménez, Pedro, 185, 212.
 Egea, Juan de, 28.
 Embún, Juan de, 29.
 Ena y Sas, Manuel de, 197.
 Enrique IV, rey de Castilla, 18.
 Enrique VII, rey de Inglaterra, 21, 59.
 Ermillas (marqués), 130.
 Escalona (duque), 104.
 Escudero de Peralta, Miguel, 99.
 Espina, fray Alonso de la, 27.
 Espinola, Agustín, 104.
 Espinosa, fray Antonio, 153, 162.
 Espinosa y Malo Félix, 212.
 Estachería, José de, 150.
 Estrella de Salamanca, Pedro de, 70.
 Ezeta, Bruno de, 177.
 Faria, José Custorio de Saa, 141.
 Fatás, Juan 29, 31.
 Federico II, rey de Prusia, 133.
 Felipe II, rey de España, 12, 79, 138,
 139.
 Felipe III, rey de España, 81.
 Felipe IV, rey de España, 81, 86, 104,
 109, 114.
 Felipe V, rey de España, 95, 122, 123,
 124, 136.
 Félix, José, 111.
 Fernández, Antonio, 88.
 Fernández, Manuel Ignacio, 160.
 Fernández de Castro, Pedro, 98.
 Fernández de Córdoba, Francisco, 192.
 Fernández de Heredia, Juan, 29, 100.
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, 50, 64,
 71, 72.
 Fernando I, rey de Aragón, 34.
 Fernando II el Católico, rey de Aragón y
 V de Castilla, 10, 18, 23, 30, 36, 38,
 41, 42, 47-51, 54, 58-60, 64, 65, 71.
 Fernando VII, rey de España, 145, 188,
 192, 196, 199, 201.
 Ferraz, Valentín, 148, 191.
 Ferraz y Cornel, José, 199.
 Ferriz, Gaspar, 72.

- Figuera, Gaspar de la, 119.
 Flaquer, Francisco de Paula, 189.
 Floridablanca (conde), 124.
 Fontanarosa, Susana, 54.
 Fonte, Pedro, 203, 204.
 Forns, Luis Ricardo, 162.
 Fraguas, fray Lorenzo, 171.
 Francés, Pedro, 29.
 Franco Bahamonde, Francisco, 244.
 Franco de Espés, Carlos, 192.
 Fraso, Domingo, 100.
 Frías, Agustín de, 113, 115.
 Fuenclara (conde), 152.
 Fuertes, Miguel, 252.
 Furlong, Guillermo, 10, 162.
 Gaínza, Gabino, 185.
 Gálvez, José, 172.
 Gallegos, Rómulo, 247.
 Gan, fray Carlos, 117-212.
 Ganivet, Ángel, 244.
 Garayta, Francisco de, 116.
 Garcés, Francisco, 172, 173.
 Garcés, Isabel, 74.
 Garcés, Julián, 72, 74, 75, 76.
 Garcés, Ximén, 74.
 García de Enterría, Eduardo, 187.
 García Ferrer, Pedro, 110.
 Gargajos, Pablo de, 113.
 Gasco, Domingo, 190.
 Gascón, D., 117.
 Gascón de Gotor, Anselmo, 90, 246.
 Gato, Purificación, 157, 160, 162.
 Gaya, Marcelo, 247.
 Gelsa, Pedro de, 170.
 Gil Berges, Joaquín, 195, 199.
 Gil Pujol, Javier, 12, 82, 90, 96.
 Gilaberte, Francisco Salvador, 164.
 Giménez Caballero, Ernesto, 245.
 Gimeno de Flaquer, Concha, 189, 212.
 Gimeno Gil, M.^a Concepción, 189.
 Gómez, Miguel, 119.
 Gómez de la Pertusa, Martín, 28.
 Gómez Ortega, Casimiro, 185.
 González, Francisco, 53.
 González Mollinedo, Antonio, 203.
 González Sánchez, José Fernando, 199-200.
 Gracia, Gil de, 29.
 Grande Cobián, 252.
 Grasa, Manuel, 89.
 Gricio, Gaspar, 55.
 Grimaraest y Oller, Pedro, 194.
 Gurrea, Lope de, 29.
 Gutiérrez Arroyo, I., 176.
 Heras, Carlos, 162.
 Hernández, Francisco, 77.
 Hernández, Santiago, 252.
 Hernández Sánchez-Barba, M., 163.
 Hernández y Pérez de Larrea, Juan Antonio, 182.
 Herrera, Antonio de, 11.
 Herrera, José Joaquín de, 243.
 Hija y Mendoza, Martín de, 109.
 Hilton, S.L., 176.
 Hortal, Jerónimo, 11, 61, 68.
 Huesca, Ramón de, 176.
 Humboldt, Alexandre von, 65, 205.
 Ibáñez, Marcos, 131.
 Ibarra, José de, 148.
 Ibarz y Faure, Antonio, 191.
 Ibor, Juan de, 94.
 Inciarte, Luis, 140, 141.
 Inocencio X, papa, 105.
 Iranzo, José, 130.
 Isabel I la Católica, reina de Castilla, 18, 47, 57, 59.
 Iturbide, Agustín, 186, 187.
 Jaime I, rey de Aragón y Cataluña, 40, 164.
 Jarnés, Benjamín, 251.
 Jarque, Francisco, 119, 212.
 Jarque, José de, 171.
 Jiménez Pérez, fray Manuel, 176.
 Jordán, Pedro, 28, 31.
 José II, rey de Austria, 134.
 Juan II, rey de Aragón, 18, 23, 32, 35, 50, 51, 60.
 Juan IV, rey de Portugal, 136.
 Juana la Beltraneja, 58.
 Juárez, Francisco, 101.
 Juglar de Benabarre, Gaspar, 28, 30.
 Justicia, José de la, 119.
 Konetzke, R., 163, 164.
 Labao, Juan, 111.
 Lagasca, Mariano, 188.
 Lanuza, Juan de, 29.
 Laplana y Burrell, Antonio, 192.
 Laporta, Tristán de, 29.
 Lasala Llanas, Manuel, 247.

- Latasa, 10, 65, 67, 68, 85, 89-91, 93-95, 98, 101, 104, 110, 112, 115-117, 119, 130, 131, 148, 150, 154, 168, 169, 171, 172, 175, 186, 187.
- Latras, Francisco, 100.
- Latras, Jacinto, 100.
- Lemos (conde), 96, 98.
- León, María, Teresa, 250.
- Lezaún, T. de, 14.
- Lezcano, Fulgencio, 111.
- Linneo, Carl, 142.
- Lizana, Francisco Javier, 203, 204.
- Longuinos, José, 128.
- Lope, Pedro, 118, 213.
- Lopes, Tomás, 70.
- López, Francisco, 94, 118, 119, 213.
- López, Juan Lamberto, 95.
- López de Calatayud, Diego, 28.
- López de Gómara, Francisco, 10, 12, 67, 207.
- López de Legazpi, Miguel, 75.
- López de Rosenda, Antonio, 108.
- López de Toro, José, 67.
- López Martínez, José Isidro, 100.
- López Martínez, Juan Luis, 12, 90, 92, 93, 95, 100, 213.
- López Pacheco, Diego, 104.
- Lorente Sanz, José, 245.
- Lucio Espinosa y Malo, Félix de, 101.
- Luis XI, rey de Francia, 21, 59.
- Luna, Antonio de, 167.
- Luyando, Vicente Ruperto de, 152.
- Macarulla, Antonio, 152, 154.
- Macías, Manuel, 192.
- Maeztu, Ramiro de, 245.
- Magallanes, Fernando de, 98.
- Magallón, Lorenzo de, 114.
- Magdalena, Miguel de la, 112.
- Maite Abaurre, Miren, 114.
- Manzano, Juan, 57, 58, 59, 60.
- Marcó del Pont, Francisco, 190.
- Marcuello, Antonio, 204.
- Margarit, Bertran de, 205.
- Margarit, Pedro, 60, 63, 64.
- Mariana, Juan de, 58, 102.
- Marroviza y Estrella, Juan de, 70.
- Martí, José, 184.
- Martín I, rey de Aragón, 18, 32.
- Martínez de Ródenas, Pedro, 118, 213.
- Martínez de San Antonio, Martín, 167.
- Martínez Tejero, Vicente, 130.
- Martínez Vargas, Andrés, 249.
- Martón, fray José, 119.
- Mata, Manuel de la, 171.
- Maximiliano, emperador de México, 229.
- Megino, Alberto, 182, 183, 213.
- Melo de Portugal y Villena, Pedro, 133.
- Melón, Armando, 246.
- Mendoza, Juan de, 89.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino, 174, 243.
- Millán, Agustín, 10.
- Millán, Juana, 207.
- Millas, Joaquín, 175.
- Mimbela, fray Jaime de, 152, 153.
- Mimbela, fray Manuel, 115, 152, 154.
- Mir, Miguel, 12.
- Miranda y Vega, Antonio, 100.
- Mociño, José, 128, 222.
- Modesto Meler, Juan, 100.
- Molina, fray Juan de, 120.
- Moliner, Emilio, 111.
- Molón, Miguel, 29.
- Monegrillo, Antonio de, 114.
- Monroy, José Mariano, 148.
- Montemayor Córdoba de Cuenca, Juan Francisco, 90, 100, 214.
- Montesa, Jaime de, 31.
- Monzón, Bienvenido, 204.
- Moreau-Saint-Méry, M. L. E., 209.
- Moreno, Francisco, 170.
- Moscoso, Baltasar de, 110-111.
- Müller, Max, 205.
- Muñoz, Cipriano, 215, 248.
- Muñoz, Juan Bautista, 168.
- Mur, Ramón, 28.
- Mur y Soldevilla, Juan, 100.
- Napoléon I Bonaparte, emperador de Francia, 134.
- Narváez, Pánfilo de, 65.
- Navarra y Rocafull, Melchor de, 90, 92, 93, 94, 100, 101, 118, 215.
- Navarrete, Fernando, 71.
- Navarro Latorre, J., 246.
- Neila, fray Francisco, 120.
- Nogueras, José, 185, 215.
- Oliván, Alejandro, 187, 215.
- Olivares (conde-duque), 121.
- Oller, Francisco de Paula, 195.
- Oñate (conde), 98.

- Oquendo, Antonio de, 86.
 Ordóñez, Alonso, 70.
 Ordóñez, fray Andrés, 120.
 O'Reilly, Alejandro, 134.
 Orellana, Francisco de, 136.
 Ors, Eugenio d', 245.
 Orus, Mariano, 252.
 Palafox y Mendoza, Juan de, 11, 74, 90,
 100, 102, 104, 105, 108, 109, 110,
 127, 153, 160, 174, 215, 216, 217,
 220.
 Palata (duque), 95.
 Palau, A., 10, 66, 91, 94, 116, 130, 168,
 172, 186, 203, 208, 211, 218.
 Palma, Ricardo de, 196.
 Pallas y Faro, fray Francisco, 153, 154,
 217.
 Pamplona, fray Francisco de, 114.
 Pardo, Ángela, 177.
 Pardo, José, 111.
 Para, Juan Sebastián de la, 119.
 Parras, fray Pedro José de, 160, 171, 172,
 206, 217.
 Pasamonte, Esteban de, 70.
 Pasamonte, Juan de, 70.
 Pasamonte, Miguel de, 64, 65, 68, 205.
 Pascual de Pano, Francisco, 101.
 Paternoy, Sancho, 29, 31, 54, 67.
 Patiño, José, 152.
 Patiño, María Teresa, 152.
 Paulo III, papa, 74.
 Pazos, Ignacio, 142.
 Pedro III, rey de Aragón, 18.
 Penen y Dehesa, Santiago, 198.
 Perera y Rivas, María, 133.
 Pérez, Antonio, 79.
 Pérez, fray Juan, 50.
 Pérez Collados, José María, 96.
 Pérez de Quesada, Hernán, 75.
 Pérez Manrique, Dionisio, 101.
 Pérez Sarrión, Guillermo, 125.
 Pero Sánchez, Juan de, 25.
 Pezuela, Juan Manuel de la, 196, 200.
 Pezuela y Sánchez, Joaquín de la, 195,
 196, 200, 217, 218.
 Pi y Margall, Francisco, 199.
 Pidal (marqués), 79.
 Pimentel, Luis, 118.
 Pinedo, Agustín Fernando de, 231.
 Pinelo, Francisco, 53.
 Pintado, Félix, 253.
 Piña, Román, 86.
 Pío VI, papa, 158.
 Pizarro, Fernando, 12.
 Platzmann, Julio, 223.
 Pobo, Juan del, 115.
 Pomar Tudela, Pedro Pablo, 150, 218.
 Ponce, Felipe, 28.
 Porter, Juan José, 86.
 Porter Casanate, Pedro, 61, 85, 86, 88,
 89, 90, 218.
 Portillo, A. del, 86.
 Portocarrero, Melchor de, 94, 98.
 Primo de Rivera, Miguel, 244.
 Pruneda, Pedro, 189, 190, 218.
 Puente, Francisco de la, 113.
 Pueyo, Antonio, 253.
 Pueyo, José, 101.
 Pueyo y Urries, Andrés, 150.
 Pujadas, Juan, 101.
 Pumacahua, Mateo García, 196.
 Quijada y Solórzano, Jerónimo, 101.
 Quiroga, Vasco de, 75.
 Raga, Martín de La, 28, 29.
 Ramón y Cajal, Santiago, 184, 190, 249.
 Ramos, Demetrio, 12.
 Rangel, Alonso Esteban, 230.
 Raulín y San Martín, fray Facundo, 170,
 218.
 Rea, Alfonso de la, 115, 218.
 Rebullida, fray Pablo de, 115.
 Redín, Tiburcio, 114.
 Requejada, fray Vicente de, 75, 76.
 Retana, W. E., 118, 207, 218.
 Revilla Bonet, José, 94, 98, 218.
 Revuelta, Manuel, 201.
 Rey Pastor, Julio, 65.
 Reyes Católicos, 20, 21, 26, 27, 31, 42,
 56, 60, 71.
 Ricafort, José, 197, 218, 219.
 Ricafort Palacín y Abarca, Mariano, 197.
 Ricardos, Antonio, 148.
 Risco (marqués), 12, 92, 93, 94, 95, 118,
 119, 242.
 Robertson, M., 205.
 Roda, Manuel, de, 124.
 Rodas, Gaspar de, 228.
 Rodríguez, Juan, 245.
 Rodríguez, Ventura, 169.
 Rodríguez de Fonseca, Juan, 64.

- Rojas Acuña, Manuel, 235.
 Rubí (marqués), 148.
 Rubio, Miguel, 111.
 Rubio, Nicasio, 109.
 Rubio García, Leandro, 247.
 Ruesta, Francisco Domingo de, 85, 86.
 Ruiz de Calcena, fray Antonio, 77.
 Ruiz de Calcena, Juan, 10, 67.
 Sabatini, Francisco, 131.
 Sada, Diego de, 101.
 Salanova, Ramón, 245.
 Salvatierra (conde), 86, 88, 104.
 San Alberto, fray José Antonio de, 153, 156, 157, 160, 162, 206, 219-221.
 San Francisco de Asís, fray Pedro de, 169, 170, 221.
 San José, fray Francisco de, 76, 113, 206, 210.
 San Martín, José de, 183, 191.
 San Miguel, Evaristo, 187.
 San Vicente, fray Manuel de, 157.
 Sánchez (familia), 31.
 Sánchez, Antonio, 156.
 Sánchez, Gabriel, 10, 31, 54, 56, 67.
 Sánchez, Juana, 70.
 Sánchez Bella, Ismael, 12, 96.
 Sánchez de Calatayud, Jaime, 25.
 Sánchez de Zuazo, Rodrigo, 28.
 Sánchez Guisande, Gumersindo, 252.
 Sánchez Ventura, Rafael, 252.
 Sánchez Vidal, Agustín, 250.
 Sancho de Santa Justa, Basilio, 152, 153, 165, 167, 221, 222.
 Santa Cruz, fray Baltasar de, 117.
 Santa Fe, Francisco de, 29.
 Santa María, fray José de, 115.
 Santa Marta, Juan de, 120.
 Santa Teresa, fray Diego de, 170.
 Santángel (familia), 31.
 Santángel, Brianda de, 51.
 Santángel, Jaime de, 50, 51.
 Santángel, Luis de, 48, 50-56, 67.
 Santángel (hijo), Luis de, 50, 51.
 Sanz y Español, Ramón, 202.
 Sarmiento, Pedro, 96.
 Sarrailh, Jean, 174.
 Sarriá Gorriz, Casimiro, 249.
 Sas, Santiago, 201.
 Sástago (condes), 152.
 Saura, Carlos, 250.
 Saval y Dronda, Pascual, 198.
 Schuller, R. R., 146.
 Sender, Ramón, 251.
 Serna, José de la, 192.
 Serrano Sanz, M., 12, 52, 54, 66.
 Sessé, Martín de, 127, 128, 185, 222.
 Sierra, Juan, 111.
 Silva y Aguiar, José, 160.
 Skinner, Joseph, 172.
 Sobreviela, Manuel de, 172, 222.
 Sobrino, Gaspar, 118.
 Solano, F., 228, 246, 247.
 Solís, A., 68.
 Solís, Juan de, 105.
 Solórzano, Juan de, 12.
 Soltón, E. H., 173.
 Sorolla, Joaquín, 248.
 Sort, Andrés, 28.
 Soto, Juan de, 149.
 Tauste, fray Francisco de, 115, 206, 223.
 Tello, Francisco, 249.
 Tobías, Mariano, 150.
 Toledo Osorio, Fadrique de, 89.
 Tomás de Villanueva, santo, 109.
 Tora de Arana, Eduardo, 242.
 Tornos, Cirilo de, 187.
 Tornos, Juan Antonio, 175, 223.
 Torquemada, fray Tomás de, 28.
 Torre (marqués), 149.
 Torrelasnegros, Simón de, 170.
 Torrente, Mariano, 186, 223, 224.
 Torres, Antonio, 64.
 Torres, Eugenio, 111.
 Torres, Francisco de, 113.
 Torres, Luis, 247.
 Torres, fray Miguel de, 113.
 Toscanelli, Paolo del Pozzo, 47.
 Traggia, Domingo, 165.
 Traggia, Joaquín, 153, 165, 167, 224.
 Trastámara (dinastía), 18, 41.
 Tupac Amaru, 158.
 Ubieta Arteta, Antonio, 54, 55.
 Ubieto Artur, 227-229.
 Urbina, Antonio, 196.
 Urdaneta, Andrés de, 111, 165.
 Uribarri, Pascuala, 165.
 Valdecebro, fray Andrés de, 116, 224.
 Varela y Ulloa, José, 138.
 Vargas, fray Nicolás de, 75.
 Vázquez de Mella, Juan, 243.

Velázquez, Diego, 65.
Vértiz y Salcedo, Juan José de, 156, 160, 171.
Vidal Tolosana, Lorenzo, 252.
Vilardaga, Pere, 25.
Viluma (marqués), 196.
Villalba y Aybar, Victoriano de, 152.
Villarroel Cabeza de Vaca, Ana de, 70.
Villegas, Domingo de, 113.
Vindel, 10, 66, 116, 208.
Vizaña (conde), 206, 215, 248.
Ward, Bernardo, 182.
Ximénez de Urrea, Lope, 31.

Ximénez Lobera, Francisco, 77, 225.
Yáñez y Girola, Agustín, 189.
Zagarriaga, Ramón, 101.
Zamora, fray Alonso de, 116, 225.
Zamora Orencio, Luis, 101.
Zapata, Marcos, 189, 190.
Zapata, Pedro, 72.
Zapata y Palafox, Rodrigo, 64, 69.
Zaragoza, Luis de, 68.
Zaragoza, fray Silvestre de, 170.
Zárate, Agustín de, 67.
Zizur, Pablo, 142.
Zumárraga, Juan de, 74, 75.
Zurita, J., 58.

ÍNDICE TOPONÍMICO

- Abay, 232.
 Abiego, 192.
 África, 138, 148, 184, 207.
 Aguaray (río), 140.
 Aguas Calientes, 150.
 Ainsa, 19, 39.
 Alagoas, 231.
 Alagón, 229, 241.
 Alagón (Argentina), 229.
 Albarracín, 19, 40, 80, 113, 116, 202, 229.
 Albarracín (Nueva Granada), 229.
 Albella, 252.
 Alcalá de Henares, 74, 104, 175.
 Alcañiz, 19, 189, 198.
 Alcorisa, 110.
 Aldehuela de Liestos, 175.
 Alejandría, 54.
 Alemania, 104, 184.
 Alfajarín, 50.
 Alfonso (tratado), 137.
 Alguer, 109.
 Alhama de Aragón, 249.
 Almudévar, 128.
 Alto Pádamo, 113.
 Alto Perú, 196.
 Amazonas (río), 68, 136.
 Amberl, 164.
 Ambers, 91, 207.
 Ampurdán, 64.
 Amsterdam, 96.
 Anciles, 191.
 Andalucía, 227, 228.
 Andes (cordillera), 172.
 Ángeles (Los), 172.
 Antillas (archipiélago), 98, 131.
 Argel, 134.
 Argentina, 190, 232, 239, 240, 241, 242, 249, 250, 252, 253.
 Ariza, 108, 110.
 Arizona, 173.
 Arnedo, 203.
 Ártico (océano polar), 98.
 Asia, 138, 184, 207.
 Asunción, 143.
 Atizapán, 229.
 Atlántico (océano), 12, 47, 60, 165, 189, 248, 251.
 Ávila, 53.
 Aviñón, 215.
 Azores, (archipiélago), 56, 242.
 Babilonia, 54.
 Baguena, 111.
 Bailén (batalla), 183.
 Baleares, 18.
 Banda Oriental, 144.
 Baraguas, 128.
 Barbastro, 19, 37, 50, 76, 82, 85, 86, 102, 112, 145, 166, 167, 176, 177, 207, 253.
 Barbuñales, 133, 145.
 Barcelona, 10, 17, 47, 50, 60, 72, 123, 130, 134, 188, 189, 228, 239, 248, 249.
 Basa, 232.
 Belchite, 81, 155, 169.
 Belver de Cinca, 128.
 Benabarre, 112, 154, 204.

- Benasque, 191, 199.
 Berlín (congreso), 184.
 Biel, 229.
 Biel (Cuba), 229.
 Bigaa, 112.
 Bisayas, 169.
 Bogotá, 76.
 Bolela, 150.
 Bolívar, 229.
 Bolivia, 130, 252.
 Bolonia, 175.
 Borja (Ecuador), 230.
 Borja (Nueva Vizcaya), 230.
 Borja (Paraguay), 230.
 Borja, 50, 74, 75, 81, 229.
 Brasil, 120, 136, 138, 139, 140, 145, 231, 232, 242.
 Brea de Aragón, 81.
 Buenos Aires, 136-140, 142-144, 152, 157, 160, 162, 171, 172, 190, 195, 206, 231, 232, 248, 250.
 Bujaraloz, 66.
 Burgos, 48, 49, 92.
 Caazapá, 232.
 Cádiz, 66, 71, 114, 128, 149, 156, 182, 201, 202.
 Cadrete, 81.
 Calahorra, 28.
 Calanda, 70, 80, 250.
 Calatayud, 19, 38, 50, 58, 69, 77, 82, 102, 156, 241.
 California, 86, 88, 89, 148, 173, 176, 228.
 Camagüey, 229.
 Camarillas, 204.
 Camayagua, 152.
 Camboya, 117.
 Campol, 202.
 Canarias, 57.
 Cannes, 251.
 Caracas, 191.
 Caramapuey, 113.
 Cardiel, 230.
 Cardiel (Argentina), 230.
 Cariñena, 70, 188.
 Carolinas (archipiélago), 180, 184, 235.
 Caroní, 113, 170.
 — río, 114.
 Casetas, 241.
 Caspe, 19, 111.
 Castilla, 11, 12, 14, 18, 19, 21, 27, 28, 29, 41, 42, 48, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 78, 81, 101, 102, 117, 121, 122, 123, 125, 148, 227, 228.
 Cataluña, 17, 18, 19, 25, 60, 80, 81, 82, 90, 92, 96, 124, 125, 180, 248.
 Cebú, 111, 165, 169, 204.
 Cerdeña, 18, 109, 123.
 Ceuta, 201.
 Coahuila, 229.
 Cochabamba, 252.
 Codos, 251.
 Coello, 111.
 Colombia, 75, 111, 118, 228, 232, 242, 250.
 Colonia, 108.
 Comayagua, 154.
 Concepción, 89.
 Copacabana, 109.
 Córdoba, 228, 231.
 Córdoba (Argentina), 140, 156, 162, 171, 175.
 Coro, 75.
 Corrientes, 142.
 — río, 133.
 Costa Rica, 75.
 Cuba, 64, 91, 128, 130, 140, 148, 180, 183, 184, 186, 192, 194, 197, 200, 203, 232, 235, 240, 241, 242, 247, 249, 250, 252.
 Cumaná, 113, 114, 170, 171, 176, 206, 231.
 Cundinamarca, 232.
 Curuguaty (río), 140.
 Cuzco, 109.
 Chacabuco (batalla), 191.
 Chaco, 140, 141, 231.
 Chalamera, 251.
 Charcas, 152.
 Chas, 232.
 Chía, 232.
 Chiapas, 76, 105.
 Chihuahua México, 229.
 Chile, 89, 92, 109, 118, 130, 190, 191, 239, 242.
 Chimaltenango, 185, 229.
 China, 54, 56, 98, 102, 106, 111, 112, 119, 155.
 Chiprana, 19.
 Chiquitos, 141.

- Chocó, 119.
 Chuquiavo, 230.
 Damaguel, 112.
 Darién, 114, 119.
 Daroca, 72, 101, 167, 198.
 Detroit, 249.
 Durango, 152, 154, 204, 229.
 Ebro (río), 19, 25, 80, 117, 122.
 — valle, 17, 19, 40.
 Ecuador, 232.
 Ejea, 19, 37.
 Ejulve, 155.
 Encinacorba, 188.
 Entre Ríos, 230.
 Épila, 28, 172, 241.
 Escatrón, 19.
 España, 14, 17, 18, 21, 27, 47, 53, 54,
 56, 59, 60, 69-71, 76, 86, 94, 98, 104-
 106, 110, 114, 116, 120-122, 125,
 128, 136, 137, 144, 145, 148, 150,
 155, 166, 167, 170, 174-176, 179,
 180, 182-184, 187-189, 195, 196, 201,
 202, 204, 206, 207, 227, 228, 232,
 239, 241-243, 247-252.
 Española (isla), 49, 55, 63, 64, 65, 75, 76,
 90.
 Esperanza, 145.
 Espíritu Santo (provincia), 11.
 Estadilla, 149, 176.
 Estados Unidos, 130, 184, 200, 235, 240,
 249, 251.
 Estella, 176.
 Europa, 21, 22, 23, 86, 102, 133, 138,
 142, 143, 172, 184, 239.
 Extremadura, 227, 228.
 Fachoda (batalla), 184.
 Fago, 239.
 Figueras, 134.
 Filipinas, 15, 75, 76, 94, 98, 102, 106,
 109, 111, 112, 115-119, 152-155, 164,
 167-169, 175, 179, 180, 183-185, 187,
 189, 192, 194, 195, 197, 200, 202,
 205, 206, 225, 235, 240-242, 244,
 252.
 Fitero, 102.
 Flandes, 104.
 Florida, 76, 192.
 Fo-Kien, 153, 155.
 Fonz, 253.
 Fraga, 115, 153, 154, 230.
 Fraga (Argentina), 230.
 Francia, 18, 21, 59, 80, 81, 82, 104, 124,
 133, 136, 145, 179, 184, 187, 194.
 Frasno, 120, 156.
 Galicia, 53, 125, 180.
 Gatemy (río), 140.
 Gea de Albarracín, 81.
 Gelsa, 19, 81.
 Georgia, 228.
 Gotor, 241.
 Granada, 52, 57, 58, 63, 180, 228.
 Granada (Nicaragua), 249.
 Guadalajara (México), 75, 115, 150, 152,
 154.
 Guantánamo, 235.
 Guara, 232.
 Guaso, 232.
 Guatemala, 76, 131, 149, 150, 153, 155,
 184-185, 203, 229, 250, 252.
 Guayana, 186.
 Guayaquil, 93.
 Habana (La), 149, 186, 187, 194, 198,
 248.
 Henares (río), 134.
 Hajar, 80, 81, 155, 169.
 Hijuelas (río), 192.
 Holanda, 139.
 Honduras, 75, 154.
 Huamantla, 110.
 Huazar, 150.
 Huesca, 19, 37, 38, 40, 75, 82, 90, 91,
 104, 109, 111, 134, 145, 149, 150,
 152, 156, 187, 197, 198, 200, 203,
 230, 232, 236, 240, 241, 250.
 Huila, 232.
 Ibdes, 65, 70.
 Ibicuy (río), 145.
 Iguazú (río), 140.
 Igurey (río), 133.
 Illueca, 241.
 India, 54, 56.
 Inglaterra, 21, 59, 137, 140, 184, 188,
 194.
 Iriarte (golfo), 113.
 Italia, 19, 92, 104, 148, 175, 194.
 Jaca, 19, 37, 39, 70, 109, 113, 128, 199,
 200, 202, 203, 246.
 — río, 232.
 Jalón (río), 80.
 Japón, 76, 102, 117, 119, 120.

- Jarama (río), 134.
 Jerez de la Frontera, 192, 228.
 Jesuy (río), 140.
 Jiloca (río), 80.
 Juaré (río), 140, 141.
 Jucharpel, 150.
 Ki-Chien, 155.
 Lara, 230.
 León, 57, 201, 227, 228.
 Lérida, 30, 201.
 Letux, 19.
 Libertad, 229.
 Lima, 92, 93, 94, 95, 98, 109, 112, 119,
 130, 139, 150, 196, 200, 210, 213.
 Linares de Mora, 203.
 Liorna, 187.
 Lisboa, 56, 132, 134, 137.
 Litera, 82.
 Loarre, 197.
 Lon del Puerto, 169.
 Londres, 186, 187, 207.
 Loreto, 229, 230.
 Luceni, 152, 241.
 Luenga (La), 90.
 Luna, 77.
 Luzón, 229.
 Llerena, 150.
 Macao, 112.
 Madeira (río), 137.
 Madrid, 104, 108, 110, 118, 128, 130,
 132, 134, 137, 148, 157, 163, 168,
 175, 187, 188, 190, 194, 197, 202,
 204, 209, 228, 239, 245, 247, 251.
 Maella, 171.
 Maestrazgo (sierra), 185, 194.
 Magallanes (estrecho), 96, 139, 231.
 Málaga, 201, 228.
 Maldonado, 144.
 Malta, 183.
 Maluenda, 118.
 Mallorca, 60, 134.
 Mamoré (río), 137.
 Mangas, 228.
 Manila, 88, 111, 113, 115, 116, 118, 152,
 153, 155, 164, 165, 167, 168, 198,
 204, 208, 211, 221, 252.
 Mantua, 175.
 Mapuy (valle), 113.
 Maracaibo, 153, 163.
 Marañón (río), 68, 148.
 Margarita (isla), 176.
 María de Huerva, 81.
 Marianas (archipiélago), 150, 180, 184,
 194, 235.
 Mazara, 28.
 Medellín, 228.
 Medina del Campo, 207.
 Mediterráneo (mar), 60, 65, 164.
 Mendoza, 140.
 Mendoza (Ecuador), 253.
 Mequinenza, 19.
 Mérida, 228.
 México, 65, 70, 75, 77, 86, 91, 105, 110,
 115, 118, 128, 145, 149, 150, 152,
 154, 169, 171, 187, 189, 190, 202,
 203, 204, 211, 229, 240, 242, 243,
 249, 250, 251, 252.
 Michoacán, 75, 229.
 Milán, 82.
 Minas de Sombrerete, 150.
 Molucas (archipiélago), 10, 96, 98, 111,
 206.
 Montalbán, 19.
 Montevideo, 132, 137, 142, 144, 148,
 209, 248.
 Montpellier, 195.
 Monzón, 57, 61, 82, 104, 230.
 Monzón (Perú), 230.
 Morán, 230.
 Morán (Argentina), 230.
 Morán (Venezuela), 230.
 Morata de Jalón, 172.
 Mores, 241.
 Moyobamba, 229.
 Muel, 81.
 Munebrega, 74.
 Nájera, 176.
 Nápoles, 18, 82, 101, 120, 123.
 Natá, 232.
 Navarra, 12, 31, 58.
 Naya, 232.
 Nicaragua, 75, 150, 152, 153.
 Nuestra Señora de la Paz, 230.
 Nuestra Señora del Carmen, 171.
 Nuestra Señora del Rosario de Yagura-
 pan, 170.
 Nueva Andalucía, 206.
 Nueva Cáceres, 165, 167.
 Nueva Écija, 229.

- Nueva España, 82, 83, 86, 88, 108, 115,
 116, 118, 120, 123, 128, 130, 148,
 150, 152, 154, 164, 171, 192, 203,
 229.
 Nueva Granada, 196, 197, 228, 229, 231.
 Nueva Orleans, 197.
 Nueva Segovia, 117, 165.
 Nueva Vizcaya, 154.
 Nueva York, 249.
 Nuevo México, 150, 228.
 Nuevo Reino de Aragón, 88, 127.
 Oaxaca, 202, 203, 229.
 Oceanía, 242.
 Odón, 131.
 Ohajaca, 115.
 Ola, 232.
 Olite, 204.
 Oñar (río), 134.
 Orán, 195.
 Orihuela, 201.
 Orihuela de Albarracín, 119, 150.
 Orihuela del Tremedal, 162.
 Orinoco, 113, 170, 176.
 — río, 114, 136, 148.
 Osma, 104, 105.
 Oviedo, 201.
 Pacífico (océano), 139.
 Palma de Mallorca, 123.
 Pamplona, 17, 201, 228.
 Panamá, 93, 115, 118, 138, 139, 152,
 232, 239, 252.
 Pancrudo, 171.
 Paraguay, 119, 130, 132, 140, 171, 172,
 175, 206, 232, 242.
 — río, 140, 141.
 Paraiba, 231.
 Paraná (río), 140, 141.
 Pardo (El) (tratado), 134, 137.
 Paria, 68, 170.
 — golfó, 113.
 París (tratado), 137.
 París, 207, 209.
 Patagonia, 140, 144, 230.
 Patmongón, 169.
 Pedrola, 81.
 Pensilvania, 249.
 Perene (río), 93.
 Perú, 67, 70, 82, 83, 92, 93, 94, 95, 98,
 109, 118, 119, 128, 130, 138, 139,
 154, 191, 192, 195, 198, 211, 230,
 242, 252, 253.
 Pomer del Cinca, 153.
 Portobelo, 94.
 Portugal, 47, 56, 81, 98, 134, 136, 137,
 139, 140.
 Potosí, 119.
 Prades, 120.
 Puebla, 229.
 Puebla de Albortón (La), 148.
 Puebla de Híjar, 81.
 Puebla de los Ángeles, 74, 104, 105, 108,
 109, 110, 116.
 Puerto Rico, 49, 55, 76, 128, 148, 176,
 183, 184, 194, 198, 199, 200, 206,
 207, 241, 250.
 Puy de Cinca, 192.
 Quaporé (río), 137.
 Querétaro, 115, 172.
 Quito, 109, 149.
 Rafales, 155.
 República Dominicana, 250.
 Ribagorza, 19, 82.
 Ricla, 81.
 Río de Janeiro, 137.
 Río de la Plata, 136, 138, 139, 140, 144,
 145, 153, 156, 172, 231.
 Río Grande de San Pedro, 138.
 Roma, 109, 155, 174, 202, 207, 248.
 Rombión (isla), 113.
 Rosellón, 72, 130, 148.
 Rueda de Jalón, 81.
 Sacramento, 136, 137, 144.
 Salamanca, 74, 92, 94, 104, 228.
 Salta, 140.
 Sallente, 119.
 San Carlos Borromeo de Amacuru, 171.
 San Cucufate del Vallés, 72.
 San Francisco, 172.
 San Francisco de Atizapán, 229.
 San Gabriel de Baloví, 133.
 San Gabriel de Batovi, 145.
 San Gregorio (provincia), 115.
 San Javier, 253.
 San José de Caymeguar, 113.
 San Juan (río), 192.
 San Lorenzo, 232.
 San Lorenzo Mártir, 113.
 San Luis de Potosí, 229.
 San Martín del Río, 109-110.

- San Miguel de Neveri, 68.
 Santa Ana del Coro, 65.
 Santa Cruz de la Sierra, 141, 152, 154.
 Santa Fe, 140, 231.
 Santa Inés del Río, 229.
 Santa María (río), 145.
 Santa María Magdalena, 171.
 Santo Domingo, 68, 75, 76, 91, 150,
 152, 188, 192, 204, 241, 252.
 Santo Rosario, 117.
 Santos Reyes, 171.
 São Paulo, 231.
 Saragoza (Estados Unidos), 229.
 Sariñena, 67.
 Sástago, 19.
 Segovia, 228.
 Segura de la Frontera, 68.
 Sena, 232.
 Sena (Bolivia), 232.
 Sesa, 150.
 Sestrica, 241.
 Sevilla, 48, 64, 85, 98, 120, 139, 180,
 204, 207, 228, 244, 245, 246, 247.
 Sicilia, 18, 28, 82, 123.
 Sieso, 153.
 Sigüenza, 201.
 Sinaloa, 89.
 Sinopoli, 155.
 Sinopolis, 153.
 Sobrarbe, 37, 102.
 Solsona, 201.
 Sonora, 173.
 Soria, 105, 113.
 Tajuña (río), 134.
 Talavera, 228.
 Tamarite, 82.
 Tarazona, 18, 19, 28, 37, 70, 71, 75, 79,
 102-104, 116, 148, 156, 170, 201.
 Tarragona, 128, 202.
 Tauste, 19, 67.
 Tebicuary (río), 140.
 Tello, 232.
 Tello (Colombia), 232.
 Tena, 232.
 Terrer, 67.
 Teruel, 19, 29, 30, 40, 41, 50, 80, 92,
 109, 110, 171, 192, 203, 232, 236,
 239, 240, 241.
 Teruel (Colombia), 232.
 Texas, 152, 229, 231.
 Tierra de Fuego, 231.
 Tierra Firme, 92, 232.
 Tierra Santa, 119.
 Tiete, 140.
 Tlaxcala, 74, 75.
 Toledo, 110, 228.
 Tolosa, 198, 199.
 Tolú, 229.
 Tordesillas (tratado), 98, 136.
 Torija, 191.
 Toro, 51.
 Torrelacárcel, 92.
 Torrelasnegros, 169.
 Tortosa, 19, 51, 77, 155.
 Tortuga (isla), 91, 214.
 Trento (concilio), 158.
 Trujillo, 51, 92, 154.
 Tucumán, 152, 153, 231.
 Tunja, 76.
 Tuy, 228.
 Urgel, 201.
 Urrea de Gaén, 81.
 Urrea de Jalón, 81.
 Uruguay, 130, 243.
 — río, 140, 145.
 Utrech (tratado), 137.
 Valderobles, 18.
 Valencia, 10, 18, 19, 50, 51, 60, 80, 82,
 110, 122, 123, 124, 125, 168, 180,
 188, 201, 204, 228, 239, 248.
 corregir Palencia en p. 180.
 Valenciana, 194.
 Valladolid, 49, 55, 228.
 Vascongadas, 125, 128, 227.
 Vela (cabo), 68.
 Venecia, 207.
 Venezuela, 75, 111, 113, 114, 115, 170,
 231, 232, 239, 241, 242, 243, 251.
 Veracruz, 68, 148, 194, 203, 229.
 Versalles (tratado), 236.
 Vich, 201.
 Viena, 152.
 — congreso, 184, 201.
 Villafeliche, 81.
 Villafranca de Oria, 111.
 Villanueva del Rebollar, 153.
 Villel, 198.
 Vitoria, 98.
 Washington, 188, 252, 253.
 Yucatán, 70, 75.

Zacatecas, 115, 154.

Zamora, 228.

Zaragoza, 10, 19, 23, 24, 25, 26, 28, 29,
30, 31, 32, 33, 34, 37, 38, 39, 41, 48,
50, 59, 63, 64, 65, 66, 74, 75, 76, 80,
81, 82, 83, 86, 89, 94, 95, 96, 98,
108, 109, 110, 111, 112, 113, 114,
116, 117, 119, 120, 123, 128, 145,
148, 149, 150, 154, 155, 156, 163,

164, 166, 167, 168, 170, 171, 175,
176, 177, 181, 182, 184, 185, 186,
188, 190, 192, 194, 196, 197, 198,
199, 200, 202, 203, 206, 207, 230,
231, 236, 239, 240, 241, 245, 246,
249, 251, 252.

Zaragoza (Filipinas), 229.

Zaragoza (Guatemala), 229.

Zaragoza (México), 229.

Zaragoza (El Salvador), 229.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

El libro *Aragón y América*, de Francisco Javier Asín, forma parte de la Colección «Las Españas y América», dirigida por el profesor Mario Hernández Sánchez-Barba, Catedrático de Historia de América en la Universidad Complutense de Madrid.

COLECCIÓN LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

- Castilla y América.
- Baleares y América.
- Andalucía y América.
- Valencia y América.
- Aragón y América.

En preparación:

- Navarra y América.
- Madrid y América.
- Extremadura y América.
- Galicia y América.
- Cataluña y América.
- Canarias y América.
- Asturias y América.
- Cantabria y América.
- Vascongadas y América.
- Los riojanos y América.
- Los murcianos y América.

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



Editorial Asín

Fernando Asín

ARAGON Y AMÉRICA

COLECCIÓN NUEVAS ESPAÑAS Y AMERICANAS